

J U A N M A N U E L C A I C E D O



NO ÉRAMOS INVISIBLES

Historias reales de jóvenes a los que el mundo ya había descartado

JUAN MANUEL CAICEDO

NO ÉRAMOS INVISIBLES

Historias reales de jóvenes a los que el mundo ya había descartado

2026

Derechos de autor © 2026. Juan Manuel Caicedo Martínez

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma, ni en ningún medio conocido o por conocer, ni por ningún sistema de almacenamiento o de recuperación, sin la autorización por escrito del autor.

Recopilación de textos: Juan Manuel Caicedo Martínez

Editora de textos: Lenny Z. Pito Bonilla

Ilustraciones y diseño: Matilde Agency

Primera edición: 2026

Servicios editoriales: Escribetulibro.com

Impreso en Colombia

NOTA LEGAL, DERECHOS DE AUTOR Y USO DIGITAL

La presente obra es un trabajo de carácter cultural, histórico y testimonial, elaborado con fines exclusivamente educativos, sociales y de memoria histórica.

Será distribuida de manera gratuita, sin ánimo de lucro.

Los relatos y testimonios contenidos en este libro han sido reconstruidos, adaptados y redactados por el autor, a partir de testimonios públicos, fuentes abiertas y material de referencia de acceso general, manteniendo un enfoque narrativo propio y sin reproducir de forma literal contenidos protegidos por derechos de autor. Esta obra no pretende atribuirse la autoría de testimonios originales, ni vulnerar los derechos morales o patrimoniales de terceros. Los textos han sido elaborados respetando el espíritu, la dignidad y el sentido humano de los relatos vinculados al legado del padre Javier De Nicoló.

Cláusula de uso digital:

Esta obra puede ser leída, descargada y compartida libremente en formato digital (PDF, EPUB, aplicaciones móviles o plataformas web), siempre que se conserve su integridad, se respete la autoría del texto y no se realicen modificaciones, usos comerciales ni reproducciones parciales o totales con fines lucrativos, sin autorización expresa del autor.

Queda prohibida la venta, comercialización, alteración del contenido o uso de esta obra con fines publicitarios, políticos o comerciales.

Si alguna persona considera que un contenido incluido en esta obra puede afectar sus derechos, se invita cordialmente a comunicarse con el autor para realizar las aclaraciones o ajustes pertinentes.

ÍNDICE

Dedicatoria	8
Carta del autor	9
El propósito de «Sesenta testimonios»	11
Carta del Padre Javier de Nicoló.....	15
La vida del hombre que nos enseñó a creer.....	17
CAPÍTULO I — La mirada que reconocía almas	23
Cómo veía y entendía a los jóvenes de la calle	24
CAPÍTULO II — Educar con amor	30
Los pilares que guiaban su labor	31
CAPÍTULO III — El nacimiento de un milagro social	35
Cincuenta años tejiendo esperanza en las calles de Colombia	36
Primera etapa — Con la puerta siempre abierta El club de externos	41
Segunda etapa — El renacer en comunidad Bosconia.....	42
Tercera etapa — La tierra prometida de los muchachos La Florida, República de los Muchachos	43

Cuarta etapa — El mundo que los esperaba Inserción laboral	51
CAPÍTULO IV — Testimonios de vida	60
Voces desde el fondo «Cuando el infierno tenía dirección» Del Cartucho al abismo: Las historias más crudas (9 testimonios)	61
Voces desde el umbral «La mano extendida» Los encuentros que cambiaron destinos (9 testimonios)	96
Voces que aprendieron a crear «Cuando las manos aprenden a crear» El arte de renacer: Deportes, música, oficios y amor (10 testimonios).....	129
Voces que volvieron a dar «El círculo que nunca termina» De rescatados a rescatadores: El legado que se multiplica (13 testimonios)	170
Voces que el mundo debe escuchar «Testimonios de esperanza, advertencia y triunfo global» (14 testimonios).....	225
CAPÍTULO V — La responsabilidad de seguir sus pasos	281
Cuando el amor se multiplica	285
Amor incondicional de una madre para todos	289
La religiosa con alma de mamá	295
La sonrisa eterna de «Capulina».....	301
El sueño que se hizo nación	306

Soporte a la transformación desde las oficinas	309
La promesa que sigue viva	314
Epílogo	321
Agradecimientos finales	326
Jerga de los gamines y pandilleros	329
Referencias bibliográficas	332

DEDICATORIA

A la memoria del padre Javier De Nicoló, sembrador de esperanza en corazones rotos que, con gran ternura y firmeza a la vez, nos enseñó que ningún niño está perdido, que cada joven merece un mañana y que la calle no es destino, sino punto de partida. Este libro es un homenaje a su legado y aquella certeza que tanto repitió hasta convertirla en convicción: La fe, la educación y el amor genuino, transforman la oscuridad en luz.

A los cada uno de los egresados y los colaboradores que abrieron sus corazones con valentía y me confiaron sus historias más íntimas, las más dolorosas, pero también las más luminosas. Sin su generosidad, este libro no tendría voz y sin su coraje, el legado del padre correría el riesgo de ser olvidado. Me siento honrado por haberme permitido ser custodio de tan valiosas memorias, que cargo con orgullo, a sabiendas que no me pertenecen solo a mí.

A la vida, por el regalo más inesperado y grande: cruzarme con Javier De Nicoló. Él no me dio solo un empleo ni una gran misión, sino una manera de mirar el mundo, una forma de entender el servicio y la certeza de que educar con amor no es un acto de bondad ocasional, en cambio sí, el más revolucionario que existe. De él aprendí a ser hombre, educador y mejor persona. Y en silencio, sin que lo supiera del todo, de él también aprendí a ser padre.

A mis hijos Juan Alberto y Stefanny Alexandra, el mejor regalo que he recibido. Ustedes son la razón por la que cada mañana tiene sentido y la prueba más clara de que el padre Javier tenía razón: cuando se siembra con amor, los frutos superan con creces lo que el sembrador imaginó. Gracias por acompañar a este viejo soñador, por creer en cada proyecto y por estar siempre cerca y atentos, como si supieran que su presencia es todo lo que necesito para seguir adelante.

CARTA DEL AUTOR

Querido lector:

En la vida hay encuentros que marcan un antes y un después, el mío con el padre Javier De Nicoló fue, sin duda, uno de ellos. Durante más de treinta años tuve el privilegio de caminar a su lado, verlo convertir en realidad aquello que para muchos parecía imposible y ser testigo de cómo un hombre, sostenido por una profunda fe, era capaz de transformar la oscuridad en esperanza.

Recuerdo la primera vez que lo escuché decir: «La mejor profesión del mundo es servir a los demás». No lo dijo desde un púlpito ni en medio de un discurso solemne, sino compartiendo un frugal almuerzo con muchachos del programa Bosconia La Florida y con la naturalidad de quien vive lo que pronuncia. En ese instante comprendí que no estaba frente a un filántropo ocasional o un idealista ingenuo, sino ante alguien que había descubierto el sentido más hondo de la vida: que la felicidad no se acumula, se entrega.

Este libro nació de una deuda de gratitud, pero también de una necesidad interior que no me dejaba en paz. Han pasado diez años desde la partida del padre Javier y siento con absoluta certeza, que su obra no puede diluirse en el tiempo y ser olvidada. No solo por lo que hizo, sino ante todo por la manera tan especial en que miraba a las personas, su capacidad de encontrar luz donde otros solo veían sombras y su inquebrantable convicción de que nadie está perdido mientras exista alguien que crea en él.

Fueron muchas las noches a lo largo de estos años en las que me pregunté cómo preservar algo tan grande y, al mismo tiempo, tan vivo. Cómo traducir en palabras lo que, en esencia, es amor puesto en acción. La respuesta llegó de forma sencilla y clara: dejando que hablen las vidas que él tocó, ya que el verdadero legado del padre Javier no está en los edificios ni en las estructuras institucionales, sino en cada niño o joven rescatado, cada persona que volvió a creer en sí misma y cada familia reconstruida.

Durante todos aquellos años a su lado, pude ver cómo sus tres pilares fundamentales: Libertad, amor y alegría no eran solo frases bonitas, ni consignas inspiradoras, sino la base concreta de una forma de transformar vidas. Vi cómo la libertad devolvía dignidad a jóvenes que habían sido tratados como descartables. Fui testigo de cómo el amor sincero, lograba sanar heridas profundas, más que cualquier medicina. Y viví esa alegría contagiosa que nos recordaba, una y otra vez, que incluso en medio del dolor la vida sigue valiendo la pena.

No soy escritor de profesión. Soy, simplemente, custodio de una memoria que no me pertenece solo a mí y uno más entre miles de personas que fuimos marcados por su ejemplo. Desde ese lugar, con profunda gratitud, me he atrevido a convocar a cada una de estas voces, reunir estos testimonios y construir este homenaje, a través de palabras para honrar su legado.

Un proyecto caminado desde el principio entre lágrimas y sonrisas. Un recorrido lleno de conmovedores reencuentros con exalumnos, educadores y compañeros de camino, que no veía desde hacía años. También ha sido el descubrimiento de historias que incluso desconocía. Cada testimonio recibido no ha hecho más que confirmar algo que siempre supe: el padre Javier sembró en tierra fértil semillas de eternidad y hoy seguimos recogiendo los frutos de esa tan generosa siembra.

Escribo no como alguien que tiene todas las respuestas, sino como un testigo agradecido que desea compartir lo que vio y vivió. Alguien que todavía escucha su voz diciéndome: «Juanma, servir no es un sacrificio, es un privilegio». Este libro es mi forma de honrar ese privilegio, de compartir lo que recibí y de multiplicar aquello que el padre me regaló.

Te invito a recorrer estas páginas con el corazón abierto. En este sendero encontrarás historias de dolor transformadas en propósito, vidas rescatadas del abismo, jóvenes exalumnos que hoy son personas valiosas, padres y madres de familia, profesionales y ciudadanos comprometidos. Pero, sobre todo, encontrarás la prueba viva de que cuando se sirve con libertad, amor y alegría, el amor verdadero no muere: se multiplica en cada vida que toca.

Con profundo respeto y esperanza,

Juan Manuel Caicedo Martínez

EL PROPÓSITO DE «SESENTA TESTIMONIOS»

¿Para qué este libro?

Cuando un gran árbol cae, el bosque entero lo siente, sin embargo, si ese árbol dejó semillas, el bosque renace más fuerte. El padre Javier De Nicoló fue un árbol gigante cuya sombra protegió a miles, de ahí qué esta obra literaria es la memoria escrita de las semillas que sembró y que entre otras de miles más, dieron excelente fruto.

«Sesenta testimonios» no se refiere a una biografía convencional, tampoco pretende narrar cronológicamente la vida del padre, ni menos enumerar sus logros institucionales, porque los miles de testimonios que dejó su obra, su recorrido completo y todo lo que construyó, sería una saga de varios tomos. Este en cambio es un libro coral, una sinfonía de voces que cantan en armonía, aunque cada una a su manera, pero con la misma verdad fundamental: «Un hombre con fe puede mover montañas y el amor genuino tiene el poder de resucitar lo que parecía muerto».

Ahora bien, el número sesenta no es casual, si observamos puede representar la parábola del pastor que deja las noventa y nueve ovejas para buscar la que se perdió. El padre Javier fue ese pastor incansable, que nunca dejó de buscar a cada una de sus ovejas. Y de entre los miles de seres que tocó, estos sesenta testimonios son apenas una pequeña muestra, pero suficiente para evidenciar la magnitud de su legado.

La visión compartida

Estas letras nacen de una clara visión, en la que el legado del padre Javier trasciende generaciones, con el único objetivo de que los jóvenes de hoy y de mañana sepan que hubo un hombre que creyó en ellos, antes de que ellos mismos creyeran en su potencial. Que los educadores, los trabajadores socia-

les y los profesionales de las ciencias humanas, encuentren inspiración para seguir adelante cuando el cansancio los venza. Que las familias rotas, descubran que la restauración es posible.

Queremos que este libro sea:

Un espejo, en el cuál quienes fueron formados por el padre Javier puedan verse reflejados, para reconocer con orgullo cuánto han crecido y se han transformado.

Una ventana, por la cual quienes no lo conocieron se asomen y vean una forma de vida que pone el servicio por encima del éxito personal.

Un puente inter generacional, que conecte a los primeros muchachos del programa y el IDIPRON con los más recientes, demostrando que todos somos parte de la misma familia.

Una semilla, que inspire la siembra de nuevos proyectos, nuevos líderes y nuevas formas de servir a los más vulnerables.

El compromiso espiritual

Esta obra no es una propuesta comercial, ella nació del alma, por lo tanto, es un acto de amor, un ejercicio «juicioso» como decía el padre Javier, de memoria agradecida y ofrenda espiritual.

Nos hemos comprometido a:

Preservar la verdad. Cada testimonio aquí recogido es auténtico, sin embellecimientos artificiales, porque la vida del padre Javier no necesita ser adornada, ya que con su propia luz es suficiente.

Honrar la dignidad. Respetamos la privacidad de quienes con total entrega y desnudando sus almas compartieron sus historias, en especial cuando ellas incluyeron momentos de dolor o vulnerabilidad.

Mantener vivo el espíritu. Los posibles beneficios de este libro serán destinados a continuar la obra que el padre Javier inició, apoyando proyectos que sirvan a jóvenes en situación de vulnerabilidad.

Construir comunidad. Este libro es un punto de reencuentro e invitación para que juntos creamos un espacio donde la familia espiritual del padre Javier se reconozca, comparta y se fortalezca.

La invitación

Este libro es para ti que fuiste parte del Instituto, para ti que lo conociste en una charla o para ti que solo has escuchado hablar de él. Es para los creyentes, pero también para los escépticos, para quienes buscan inspiración y para quienes necesitan pruebas de que el bien existe.

Te invitamos a leer estas páginas no como un observador pasivo, sino como parte viviente de esta historia, bajo la comprensión de que el legado del padre Javier no está terminado; continúa cada vez que una persona decide servir, cree en un joven rechazado o elige el amor sobre la indiferencia.

Estas sesenta voces se han unido y formado un poderoso coro, que al unísono canta hasta el cielo: «Gracias, padre Javier, por enseñarnos que la mejor profesión del mundo es servir a los demás».

Que este libro sea luz en los caminos de quienes lo lean, así como el padre Javier fue luz en nuestros caminos más oscuros.

«La mejor profesión del mundo es servir a los demás».

«Libertad, Amor y Alegría».

Javier De Nicolás S.D.B



«¡Mi luz siempre los acompaña!»-Javier

El padre de visita en Jerusalén, Israel

Fotografía: Sergio Orozco -Benefactor del programa

CARTA DEL PADRE JAVIER DE NICOLÓ

Queridos muchachos, muchachas, educadores, colaboradores, benefactores y amigos todos, del Programa Bosconia La Florida, la Fundación Servicio Juvenil y el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud, tanto de ayer como de hoy y de mañana hasta la eternidad:

Hace ya diez años que partí de este mundo, trascendí y estoy al otro lado del velo, pero mi voz y mi sueño no se han apagado. Cada vida transformada y rostro que pasó de la tristeza a la esperanza, sigue siendo mi mejor herencia.

A ustedes, que un día caminaron sin rumbo por las calles y encontraron un hogar en el programa, les dejo un mensaje eterno: nunca olviden de dónde vienen porque ese pasado que parecía oscuro, es en realidad la raíz de la fortaleza que hoy los sostiene. Ustedes son testigos vivos de cómo la educación y el amor sincero pueden salvar de la desesperanza a un niño, una niña o un joven.

Mi mayor deseo es que ese fuego de superación que arde en sus corazones, no se quede solo en ustedes; extiendan la mano, abracen al que aún está perdido y muéstrenle con su ejemplo que siempre existe un camino distinto. El mundo necesita ver en sus vidas la prueba de que nada está perdido cuando hay fe, solidaridad y valentía.

A los NNAJ que todavía sufren los peligros de la calle, les digo: ¡No se rinden! Aunque la sociedad los ignore, el hambre apreté o la violencia los hiera, ustedes como seres humanos valen mucho y merecen vivir con dignidad, ser felices y estar rodeados de amor. Cada uno de ustedes es un tesoro precioso y lleva dentro un talento dado por Dios que espera florecer.

Yo ya no estoy físicamente entre ustedes, pero espiritual mente sí, razón por la que mi misión sigue viva en cada joven rescatado, cada testimonio de superación y cada gesto de amor que ustedes siembren en otros.

Solo les pido, no dejen morir la esperanza. Conviertan su historia en una antorcha que ilumine a quienes aún caminan en la oscuridad. Ese fue mi sueño... Y ahora es su responsabilidad continuarlo.

Con todo mi cariño,

Javier De Nicolás

S.D.B

LA VIDA DEL HOMBRE QUE NOS ENSEÑÓ A CREER

Un niño italiano que conoció el horror de las dos Guerras Mundiales

Saverio (Javier) De Nicoló Lattanzi q.e.p.d., nació el 29 de abril del año 1928 en Bari, Italia. Fue el menor de seis hermanos. Su padre, herido tres veces en la Primera Guerra Mundial, quedó paralizado y murió cuando él era apenas un niño.

Transitando entre niño y adolescente experimento el impacto de la Segunda Guerra Mundial. Creció viendo las calles de su amada ciudad destruidas por los bombardeos. Las escuelas cerradas o hechas escombros. Los jóvenes deambulando sin rumbo e intentando sobrevivir a semejante tan destructivo desastre.

Entre escombros y ruinas el niño que vio tal destrucción aprendió algo: los jóvenes sin oportunidades no son el problema, ellos son las primeras víctimas.

En medio de ese caos, Javier conoció a un hombre de apellido Rossetti, quién le enseñó trucos de magia. Él los usaba para llamar la atención de otros muchachos, en aquellas desoladas calles. No lo sabía entonces, pero estaba aprendiendo la primera gran lección de su vida: para ayudar a los jóvenes, primero hay que ganarse su confianza.

En ese transcurrir de la vida, un día unos sacerdotes salesianos lo vieron haciendo magia en las calles y de inmediato reconocieron en él algo especial. Al cumplir dieciocho años de edad entró a la comunidad. Y el 28 de octubre de 1958 se ordenó como sacerdote.

El sacerdote que eligió a Colombia

Antes de ser enviado como misionero a Japón, alguien le habló de Colombia y le contó de una comunidad en Agua de Dios, Cundinamarca, que atendía a personas con lepra. Aquella terrible enfermedad contagiosa y crónica que aislaba del resto de la sociedad a quien la padecía y que al fin de cuentas el mundo había olvidado.

Javier, sin pensarlo dos veces sintió un llamado muy profundo y de inmediato solicitó cambiar a Japón por Colombia. Después de una muy larga travesía desde Italia, llegó en barco al puerto de Buenaventura en 1948, justo en el año del Bogotazo, cuando el país ardía en llamas entre la violencia y la intolerancia.

«¿Por qué venir a un país en guerra, cuando tuviste la oportunidad de ir a otro destino? ¿Por qué llegar a un país en guerra, cuando el tuyo había sufrido las dos peores de la historia?» Y la única respuesta que Javier De Nicolás siempre dio fue: «Porque tenía una brújula clara: ir dónde más se necesitaba».

Trabajó en El Rebolo, Barranquilla, Atlántico, una de las zonas más olvidadas del país (1950-1953). Después cuidó de enfermos de lepra en Bucaramanga, Santander (1959-1961). Dio clases de electricidad en el primer SENA. Y coordinó movimientos juveniles en toda América Latina.

Sin embargo, todo cambió entre los años 1968 y 1969, cuando fue capellán de la cárcel de menores de Bogotá, la capital de Colombia.

La revelación en la cárcel

Hablando con los muchachos presos, Javier entendió algo devastador: todos habían vivido en las calles antes de llegar a la cárcel. Entonces la cárcel no era el problema. Era el final de una historia que empezaba mucho antes, en las calles de la ciudad, con niños abandonados que nadie atendía. Y más allá, el gran problema era una sociedad enferma, que no se ocupaba del tejido social y por ende de la familia, núcleo de ese tejido.

El joven sacerdote Javier, vio el contexto completo de la problemática social y lo complejo que era en ese momento abordarla en su totalidad, pero sin desmoralizarse se preguntó: ¿Y si en lugar de esperar a que los muchachos

lleguen a la cárcel, alguien va a buscarlos a las calles? Pregunta que lo cambió a él y a Colombia.

Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud: Una revolución con nombre difícil.

En el año 1967 se fundó en la Alcaldía Mayor de Bogotá, el IDIPRON. El padre Javier De Nicoló por unanimidad fue elegido director general en 1971. Lo que de ahí en adelante hizo fue radical para su época: romper con todo lo establecido y la forma cómo se hacía antes.

Mientras otros encerraban y castigaban a los «gamines», él salió a buscarlos y con el fin de realizar esa pionera actividad creó la «Operación Amistad»: sus equipos iban a las calles, se ganaban la confianza de los muchachos y los invitaban, sin obligarlos, a entrar al programa, que denominó Bosconia.

Nada de cárceles ni de castigos, en cambio sobredosis de: Afecto, Libertad y Alegría. Tres poderosos pilares, inspirados en el sistema educativo y formativo de Don Bosco.

Él decía algo que escandalizaba a muchos: «Las cárceles y los centros de rehabilitación no sirven para nada». Y más allá de las palabras con acciones contundentes lo demostraba día a día. Mientras la sociedad veía delincuentes, él veía estudiantes. Mientras los ciudadanos daban limosna, él daba educación. Mientras el país los descartaba, él les daba un uniforme limpio, un pupitre, un lápiz y un papel.

Su visión era clara: el problema no era el niño, sino la estructura social, desde su núcleo primario la familia, la que lo expulsaba.

Las frases que nos taladró en la cabeza

El padre Javier tenía dos frases que repetía hasta el cansancio: «Primero la educación, lo demás por añadidura». «La mejor profesión del mundo es servir a los demás». Por supuesto no eran eslóganes motivacionales, sino su manual de vida.

Para él servir no era dar limosna, ni pan, era dar herramientas y «enseñar a pescar». Y la herramienta más poderosa era la educación, sin improvisación y con metodología, ya que todo su planteamiento estaba respaldado por sus estudios en teología, psicopedagogía, educación personalizada, desarrollo organizacional, matemáticas modernas y técnicas de psicología como la teo-

ría del desarrollo cognitivo de Jean Piaget, la programación neuro lingüística o el modelo de Milton Erickson, por ejemplo. ¡Amaba con método!

No estaba solo

Su hermana mayor la también religiosa Dora De Nicoló, en una oportunidad vino a visitarlo a principios del inicio del programa y se quedó a vivir con él, convirtiéndose en su más dulce e importante compañía. Además, por su vocación de servicio también se dedicó al cuidado de las niñas y dirigió hasta su fallecimiento la Unidad Educativa denominada «de las niñas», Juventud Unida. Una extraordinaria mujer que siempre fue vista como una madre estricta pero amorosa, porque como ella aseguraba, el amor verdadero es el que pone límites.

Cuarenta años salvando vidas

Javier De Nicoló fue el director general del IDIPRON por más de cuarenta años. También fundó y fue el director general de la Fundación Servicio Juvenil, extendiendo a través de ella el programa a Antioquia, Valle del Cauca y otras regiones del país.

Más de cuatro décadas levantándose cada día a buscar muchachos en las calles. Luchando por recibir los mayores presupuestos, tener los mejores maestros u obtener muchos cupos. Aguantando críticas, resistencias y burlas. Sin embargo, lo más importante, años ininterrumpidos diciéndole a cada niño: «¡Tú vales, tú puedes!»

Se estima que más de cien mil muchachos y muchachas pasaron por sus programas. Vidas que sin él quizá hubieran ido a la cárcel o al cementerio. Niños, niñas y jóvenes que crecieron, se convirtieron en adultos, para hoy día ser padres de familia, profesionales y ciudadanos de bien. Cien mil pruebas de que tenía razón.

El adiós amargo

En agosto del año 2008, la administración distrital lo retiró del Instituto, una decisión muy controversial y que mucha gente cuestionó. Después de

cuarenta años entregando su vida a la razón de ser de la institución, lo sacaron de su propia creación.

Sin embargo, Javier no se rindió, continuó su labor a través de la Fundación Servicio Juvenil, enfocándose en la formación técnica, la gestión de empleo y el fortalecimiento del emprendimiento para jóvenes. Todo porque para él, servir no era un cargo, ni una función, sino la razón misma de existir y el propósito de su vida.

El último viaje

Falleció en la ciudad de Bogotá D.C. el 22 de marzo del año 2016, a los ochenta y siete años de edad.

A lo largo de su vida y por su obra, recibió cientos de condecoraciones en Colombia y el mundo: la Orden de Boyacá, la Medalla Premio Humanitario Ivy y la Orden Estrella de la Solidaridad Italiana, son algunas de ellas.

En el año 2018, el Concejo de Bogotá le rindió homenaje póstumo con una escultura en el Parque Tercer Milenio y creó la Orden Civil al Mérito Javier De Nicoló.

Sin embargo, su verdadero legado no está en las medallas ni en las estatuas, lo dejó marcado en el alma de cada uno de nosotros.

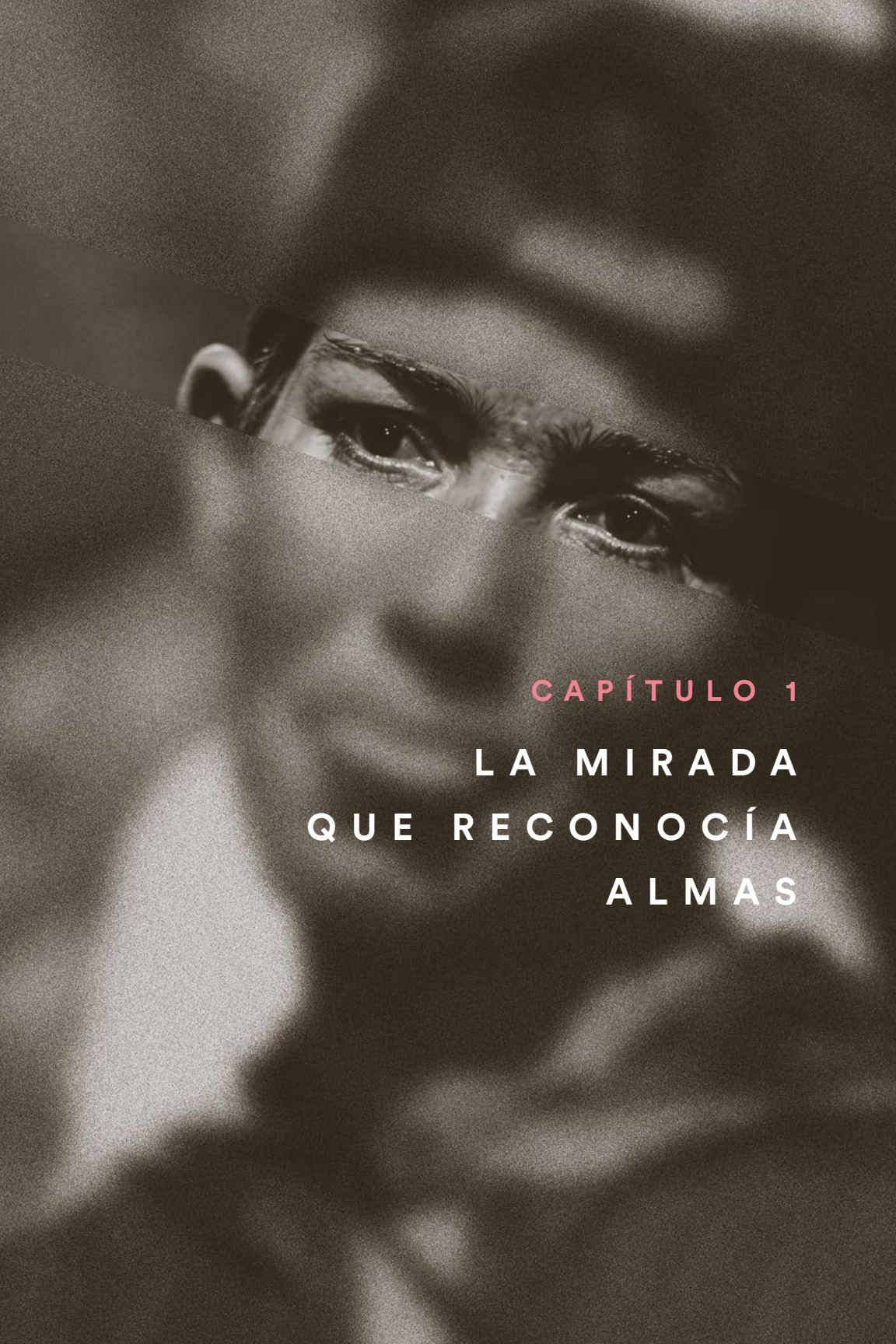
Lo que nos dejó

El padre Javier De Nicoló, papá Javier, como lo llamábamos en la intimidad de nuestra relación con él, nos dejó algo más valioso que un programa social. Nos dejó la certeza de que ningún niño, niña o joven es basura, ni desechable. Nos dejó la prueba de que la educación salva vidas. Nos dejó el ejemplo de que amar es trabajar, no solo sentir. Nos dejó la tarea de seguir sirviendo. Él no nos salvó, para que nos quedáramos quietos, sino para que hiciéramos lo mismo por otros.

Hoy, cada vez que un egresado del IDIPRON ayuda a una persona en necesidad, demuestra que el espíritu del padre Javier sigue vivo. Cada vez que un maestro cree en un niño que todos descartaron, el padre Javier sigue enseñando. Cada vez que alguien elige servir en lugar de acumular, el padre Javier sigue dando ejemplo.

Este no es el final de su historia, es el comienzo de lo que haremos con ella: Seguir su ruta, la que a pesar que nació en medio de la guerra, eligió para pasar su vida rescatando víctimas de otras guerras como la pobreza, el abandono y la exclusión. Llegó a un país que no era el suyo y lo hizo su hogar e incluso recibió la nacionalidad colombiana, de la que siempre se sintió tan orgulloso como de la italiana. Y vio en los niños de la calle lo que nadie más vio: futuro. Poderosas razones por la que ahora nos toca a nosotros demostrar que no se equivocó.

Honor a quien honor merece, nuestro amado padre Javier de Nicolás Lattanzi. Bari Italia 1928 – Bogotá D.C. Colombia 2016.



CAPÍTULO 1

LA MIRADA
QUE RECONOCÍA
ALMAS

CÓMO VEÍA Y ENTENDÍA A LOS JÓVENES DE LA CALLE

El don de ver lo invisible

Hay miradas que pasan sobre las personas sin en realidad tocarlas. Hay miradas que juzgan, clasifican y desechan. Y luego, estaba la mirada del padre Javier, aquella tan penetrante; la que tenía el poder de resucitar lo que parecía muerto, reconocer lo que estaba oculto y creer en lo imposible. Un verdadero poema hecho hombre.

Cuando el padre Javier miraba a un joven de la calle, no veía en él lo que la mayoría de las personas veían... Dónde la sociedad veía basura humana, él veía un diamante cubierto de lodo. Dónde los transeúntes apresuraban el paso, él se detenía con curiosidad genuina. Dónde el sistema catalogaba «casos perdidos», él descubría historias por escribir.

No era ciega ante la realidad, en realidad veía perfectamente bien la suciedad, las heridas supurantes, los ojos vidriosos por el sacol, las cicatrices de peleas callejeras o las marcas de años durmiendo en el pavimento. Veía todo eso y más, lo profundo de un mundo cruel, pero se negaba a que esa fuera la historia completa. Se negaba de manera rotunda a reducir a un ser humano a su peor momento y condición.

La arqueología del alma

El padre Javier, tenía una metodología particular para acercarse a cada joven: practicaba lo que podríamos llamar «arqueología del alma». Su quehacer era equiparable al de un arqueólogo, que excava con supremo cuidado capa tras capa, con la fe de encontrar el tesoro enterrado. Iba entonces removiendo con infinita paciencia capas emocionales de dolor, rabia, resentimiento, odio, tristeza, culpa, traumas, crisis, conflictos y desconfianza, todas aquellas que cubrían el corazón de cada muchacho.

En el primer encuentro, no hacía preguntas invasivas, no exigía explicaciones, ni confesiones, simplemente estaba ahí, disponible y presente. Les ofrecía algo que nunca habían recibido: tiempo sin prisa y atención sin condiciones. Se sentaba con ellos en sus propios territorios, en el suelo, dónde se da el mejor contacto con la tierra decía, compartía un pan con chocolate, les hacía bromas, les tocaba la cabeza, les daba un abrazo, los miraba a los ojos a su altura, les hacía algún divertido truco de magia, reía con ellos a carcajadas y escuchaba con total atención sus historias cuando ellos decidían contarlas.

En esas conversaciones aparentemente casuales, el padre iba descubriendo quiénes en realidad habían sido esos niños, antes de llegar a la calle. Así con calma, sin prisa encontraba al niño que había soñado con ser bombero. La niña que dibujaba flores en los cuadernos del colegio. El muchacho que tocaba guitarra en las fiestas del barrio. El joven que cuidaba a sus hermanos menores, antes de que todo se derrumbara.

Reconocía en cada uno no solo lo que en verdad era como ser humano, sino lo que habían sido y lo más importante, por encima de todo mal pronóstico social, lo que podía volver a ser. Esa triple mirada pasado, presente y futuro simultáneos era su genio particular, la genialidad de su mente. No romantizaba el pasado, no negaba el presente, pero tampoco permitía que ninguno de los dos definiera irreversiblemente el futuro.

«Nadie nace malo, la vida lo lastima»

Esta frase del padre Javier como todas las suyas, eran más que un lema; era una convicción antropológica profunda que guiaba toda su aproximación al ser. Él rechazaba de raíz cualquier teoría que sugiriera que algunos seres humanos nacen defectuosos, perversos o irredimibles.

Cuando un educador decía —«este muchacho es un delincuente nato», el padre lo corregía firmemente. —«No, este muchacho es un niño herido, que aprendió que la violencia es el único lenguaje que funciona en su mundo». Cuando alguien comentaba —«esta niña es una perdida», él respondía de inmediato —«no, esta niña es una sobreviviente, que ha tenido que hacer cosas impensables para no morir». Y así iba desarrollando un dialogo aquí y allá interminable de amor, comprensión, empatía y enseñanza, del cual todas las personas que lo escucharon aprendieron algo, para nunca más fueron las mismas.

Entendía con claridad cristalina, más allá de lo profesional y de lo religioso, la lógica del trauma psicológico. Sabía que un niño de cinco años golpeado de manera sistemática por su padre o su madre, aprende que el mundo es un lugar peligroso donde debes golpear primero, sino quiere ser golpeado. Que una niña abusada sexualmente por su padrastro, un hermano mayor o un tío aprende que su cuerpo no le pertenece y que los adultos no son fuente de protección sino de amenaza. Que un joven expulsado de su casa por su familia, aprende que no vale nada y que la calle es su único hogar.

El padre Javier veía las conductas destructivas no como maldad innata, sino como estrategias de supervivencia en contextos infernales. Entonces observaba la realidad tal cual es, cruda, pero cierta. Ese fue el cambio de perspectiva que logró en sí mismo, a partir del cual cambiaba todo, basado en el siguiente análisis: «Si el problema no es el joven, sino el contexto que lo hirió emocionalmente, entonces la solución no es castigarlo, sino sanarlo y no es abandonarlo, sino transformar su contexto».

El traductor de dos mundos

Una de las capacidades más extraordinarias que tenía el padre, era moverse con fluidez entre dos mundos que normalmente no se tocan: el mundo de la calle y el mundo de las instituciones, los organismos no gubernamentales e internacionales, los donantes, los benefactores y las políticas públicas.

Cuando hablaba con los jóvenes, usaba su lenguaje, entendía sus códigos y respetaba sus reglas no escritas. Sabía cuándo un silencio significaba trauma profundo o cuándo era desconfianza estratégica. Podía interpretar un gesto agresivo como miedo disfrazado y distinguir entre una bravuconería vacía o una amenaza real.

Entre tanto, cuándo se sentaba con funcionarios de gobierno, políticos, empresarios, profesionales y académicos, sabía traducir esa realidad compleja de la calle a términos que ellos pudieran entender, sin traicionar la dignidad de los muchachos, ni simplificar su dolor. Les ayudaba a ver que aquellos denominados «desechables» eran en realidad capital humano desaprovechado, por lo tanto, invertir en ellos no era caridad, sino justicia, porque cada joven rescatado era un problema social menos y un ciudadano productivo más.

Javier fue un auténtico puente viviente entre dos mundos que se ignoraban de manera mutua. Y a través de ese imponente puente, miles de muchachos encontraron el camino de regreso a la sociedad, al tiempo que parte de la sociedad tomó conciencia.

La mirada que sana

Todos los muchachos que pasaron tiempo junto al padre Javier, describen con similar asombro lo mismo: sintieron que fue la primera vez que alguien los miró como si valieran algo. «Yo estaba acostumbrado a que la gente me mirará con asco, miedo o simplemente no me viera», recuerda uno de los egresados. «El padre me miró a los ojos y me preguntó mi nombre. Nadie me había preguntado mi nombre en meses. Después me preguntó qué me gustaba hacer. Me quedé en blanco porque nunca nadie me había preguntado qué me gustaba, como si yo fuera una persona con gustos, con sueños», comparte otro egresado.

Esa mirada tenía un profundo poder sanador, ya que comunicaba algo que aquellas almas tan heridas necesitaban desesperadamente escuchar: «Tú existes. Tú importas. Tu vida tiene valor. Tu futuro puede ser diferente».

No era por supuesto una mirada ingenua ni endulzada, en la medida en que el padre veía también las partes oscuras, las decisiones equivocadas, las adicciones y la violencia. La diferencia con relación a los demás, era que nunca dejaba que la oscuridad definiera totalmente a la persona, sabía que ella es solo un lado, pero que siempre, siempre, hay un resquicio de luz, una posibilidad de redención o una puerta abierta hacia algo mejor.

Ver el potencial escondido

Quizá lo más revolucionario de su mirada, fue que no solo veía quiénes eran los habitantes de la calle, sino que clase de personas podían llegar a ser. Tenía una capacidad casi profética de percibir talentos dormidos, habilidades sin desarrollar o liderazgos potenciales esperando una oportunidad.

Veía al futuro chef, en el muchacho que robaba comida en los restaurantes. «Si te gusta tanto la comida, ¿por qué no aprendes a cocinarla?», le decía. Y ese muchacho terminaba inscrito en un curso de gastronomía.

Veía al futuro mecánico, en el joven que desarmaba motos robadas. «Tienes manos hábiles y entiendes cómo funcionan las máquinas. Eso es un talento», le afirmaba. Y ese joven terminaba trabajando en un taller legítimo.

Veía a la futura trabajadora social, en la muchacha que cuidaba de los niños más pequeños en la calle. «Tienes corazón de madre y don de gente. Eso se necesita en muchos lugares», le aseguraba. Y esa muchacha terminaba estudiando psicología.

No inventaba de manera ingenua potenciales inexistentes, sino que reconocía semillas reales que solo necesitaban tierra fértil para germinar. Y al nombrar esos potenciales en voz alta, les daba permiso a los jóvenes para creer en sí mismos, quizá por primera vez en sus vidas.

La mirada que multiplica esperanza

Lo más hermoso de la brillante mirada del padre Javier es que era contagiosa. Los educadores y las personas que trabajaban con él, aprendían a mirar así mismo. Los muchachos que se transformaban, aprendían a mirarse a sí mismos de la misma manera y a mirar así a otros. Creaba entonces de manera natural una cadena de reconocimiento y una multiplicación de esperanza.

Muchos de los que fueron rescatados por el padre, eventualmente se convirtieron en rescatadores de otros. Aprendieron que la manera más poderosa de agradecer es multiplicar y replicaron esa mirada con otros jóvenes en situación de calle, con sus propios hijos o con las personas vulnerables que encontraron en sus caminos.

El espejo donde se descubrieron

Al final, la mirada del padre Javier funcionaba como un espejo, pero no como uno que reflejara su presente miserable, sino como aquel potente gran espejo que reflejaba su dignidad esencial, potencial dormido y verdadera identidad más allá de las cicatrices.

En sus ojos, miles de jóvenes se vieron por primera vez como Dios los veía: amados, valiosos, capaces y merecedores de una segunda oportunidad. Y esa revelación, descubrimiento de su propia dignidad, reflejada en la mirada de alguien que creía en ellos, fue el verdadero punto de inflexión de sus vidas.

No fue magia, aunque recordemos que Javier también fue un gran mago. Fue amor encarnado en atención genuina, fe traducida en mirada constante y esperanza materializada en reconocimiento cotidiano. Y así, con una mirada a la vez, fue reconstruyendo paso a paso almas que el mundo había dado por destruidas. Devolvió identidad a quienes la habían perdido. Recordó a estos hijos olvidados de Dios que nunca, nunca, nunca, estuvieron verdaderamente solos, ya que siempre hubo alguien que los vio y creyó en ellos, aquella mirada que tuvo el poder de decir: «Tú vales. Tú puedes. Tú mereces. Yo creo en ti».

Una mirada que lo cambió todo.

CAPÍTULO 2

EDUCAR

CON

AMOR

LOS PILARES QUE GUIABAN SU LABOR

El padre Javier nunca improvisaba, ya que detrás de cada abrazo, palabra, decisión y proyecto había sólidos principios, aquellos que muy bien sostenían su obra a manera de columnas invisibles, aunque inquebrantables. Pilares que no eran teorías pedagógicas aprendidas en libros, sino convicciones forjadas en la trinchera de la práctica del amor cotidiano.

Amor, libertad y alegría

Antes de todo método y toda estrategia, estaban los tres pilares fundamentales que el padre consideraba no negociables:

Amor; no el romántico ni sentimental, sino aquel comprometido, exigente e incondicional. El amor auténtico que dice: «Te amo tal como eres, pero te amo demasiado como para dejarte donde estás». Amor incondicional que permanece incluso cuando el joven tropieza, recae o decepciona. El amor que nunca abandona.

Libertad; considerada porque nadie se transforma bajo coacción. El padre Javier sabía que los muchachos habían vivido toda su vida bajo amenazas, violencia e imposiciones. Su obra debía ser un espacio donde pudieran, por primera vez, elegir libremente su propio camino. Una libertad responsable y acompañada, pero libertad al fin.

Alegría; ya que la vida a pesar de todo el dolor, merece ser celebrada. Resaltaba que la risa es medicina, la fiesta es pedagogía, la diversión es terapéutica y aprender a disfrutar de la existencia es parte esencial de la sanación. El padre Javier enseñó que se puede ser profundamente serio sobre el compromiso y las responsabilidades, sin perder nunca la capacidad de sonreír.

Amor
Libertad
Alegría

«ALA: La poderoso estructura, que al ingresar al programa cada niño y joven habitante de la calle desarrolla a su derecha e izquierda, para alzar vuelo y volar tan lejos y, tan alto, como su alma se lo permita». —Lenny Z. Pito Bonilla

Primero la educación, lo demás por añadidura

Este fue quizás el pilar más revolucionario de todos. En un contexto donde la emergencia material era aplastante: Muchachos con hambre, sin techo y enfermos, entre otras muchas carencias, el padre Javier insistía en que la educación no podía esperar.

No se trataba de ignorar las necesidades básicas, por supuesto que había que alimentarlos, darles un lugar seguro donde dormir y curarlos, sin embargo, mientras muchos programas sociales se quedaban en ello, el padre Javier sabía que, sin educación y formación integral, los jóvenes volverían eventualmente a la calle. La pura asistencia sin educación es un círculo vicioso, ya que la educación es la verdadera liberación. Pensamiento guía de toda su vida y obra.

Educación no significaba solo alfabetización o títulos académicos, era ir más allá para enseñarles a pensar de manera crítica, soñar con un mejor futuro y desarrollar habilidades que les permitieran sostenerse dignamente. Era formarlos en valores, ciudadanía, autoestima y ofrecerles ambientes pedagógicos, que les permitieran abrir horizontes que nunca habían imaginado posibles.

El padre Javier invertía en talleres, capacitaciones y educadores de calidad. Mientras otros programas sociales destinaban el 80% del presupuesto a infraestructura y el 20% a educación, para él esas proporciones fueron inversas. Sabía con certeza que un joven educado podía construir su propia infraestructura, mientras que uno con infraestructura, pero sin educación, seguiría siendo dependiente.

«Lo demás por añadidura» no significaba que lo demás no importará, sino que cuando se prioriza la educación, todo lo demás como empleo, estabilidad financiera, equilibrio emocional, relaciones sanas y ciudadanía activa, llega como consecuencia natural. Un joven educado encuentra trabajo, cuida su salud física y mental, construye familia y transforma su comunidad.

Este principio era la apuesta más audaz del padre: creer que invertir en la mente y el corazón de un joven, además en su fortaleza espiritual, incluso cuando todo su entorno gritaba emergencia, urgencia e inmediatez era la única inversión que, aunque a mediano plazo, realmente rompía el ciclo de la pobreza y la exclusión.

Hay pan para todos o para ninguno

Este principio era la materialización de la justicia más radical, así por ejemplo en cualquier comedor del programa, nadie comía si no había suficiente para todos. Podía haber abundancia para cincuenta, pero si llegaban la persona cincuenta y uno, se repartía equitativamente, aunque significara que todos comieran un poco menos.

No era crueldad, sino pedagogía de la solidaridad y en ese contexto los muchachos aprendían que en una verdadera familia nadie llena su estómago, mientras otro pasa hambre. Que el bienestar individual solo tiene sentido en el marco del bienestar colectivo. Que compartir no es un acto de generosidad opcional, sino la base de la convivencia humana.

Este principio fundamental por supuesto se extendía más allá de la comida, así cuándo había una oportunidad y varios muchachos la necesitaban, no se elegía al «mejor», sino que se rotaba para que todos tuvieran chance o si había recursos limitados, se distribuían con equidad, no con favoritismos. El padre Javier detestaba la competencia desleal y la cultura del «sálvese quien pueda». En su espacio todos ganaban o todos aprendían juntos de la escasez.

Los jóvenes que venían de la calle, donde la ley es «el más fuerte come primero», encontraban en este principio una revolución ética y en medio de la cotidianidad de la convivencia, aprendían que hay otra forma de vivir, en la que la fortaleza no se mide por cuánto se puede arrebatar, sino por cuánto se puede compartir.

Reflexión en la acción

El padre Javier era un hombre profundamente contemplativo y espiritual, aunque ninguna de las dos estaba divorciada de la acción. Para él, actuar sin reflexionar era ceguera, pero reflexionar sin actuar era cobardía, por esa

razón su pedagogía integraba de manera constante estos dos movimientos: hacer y pensar sobre lo hecho, actuar y luego examinar la acción.

Después de cada jornada había espacios para preguntarse: ¿Qué pasó hoy? ¿Qué funcionó? ¿Qué podríamos mejorar? ¿Qué aprendimos? No se trataba de sesiones tediosas de evaluación burocrática, sino de conversaciones genuinas donde educadores y jóvenes procesaban juntos la experiencia vivida.

Este principio enseñaba a los muchachos a ser conscientes de su propio proceso, así iban entendiendo que no se trata simplemente de vivir la vida de manera reactiva, sino ser protagonistas reflexivos de su propia historia. Desarrollaban la capacidad de preguntarse sobre el «por qué» y el «para qué» de sus decisiones y aprendían no solo de los éxitos, sino en especial de los errores.

Solía decir: «No me interesa que hagan todo bien a la primera. Me interesa que aprendan a pensar sobre lo que hacen, porque esa es la única manera de crecer». Una constante invitación a la madurez intelectual y emocional, a salir de la impulsividad y entrar en la deliberación.



CAPÍTULO 3

EL NACIMIENTO DE UN MILAGRO SOCIAL

El legado del padre Javier De Nicoló

CINCUENTA AÑOS TEJIENDO ESPERANZA EN LAS CALLES DE COLOMBIA

Una historia que merece ser contada

En las frías madrugadas bogotanas de los años sesenta, cuando la niebla aún cubría las calles del centro, un sacerdote italiano recorría los callejones más oscuros de la ciudad. No buscaba conversos para su fe, sino rostros olvidados, miradas perdidas e infancias rotas. Eran los pasos sigilosos de Javier De Nicoló, quién había llegado a Colombia con un propósito, que transformaría la vida de miles de muchachos.

Por la fría capital caminaba un soñador que creía en lo imposible, un educador que esperaba con fe, revolucionar la pedagogía social, un hombre que había elegido dedicar su vida a construir puentes entre la calle y la esperanza.

Es la historia que paso a paso construyó el padre Javier, a través de su programa, desde lo público y lo privado, que con amor y libertad proyecto por más de cincuenta años.

Los orígenes de un revolucionario del afecto

Nacer en Bari, al sur de Italia y crecer en medio de los estragos de la Segunda Guerra Mundial, lo llevó a comprender desde temprana edad las condiciones humanas y a interesarse por ellas. Como complemento, aprender trucos de magia que usaría toda su vida, no para entretener, sino para atraer, fue muy valioso porque todo aquello le permitió desarrollar poderosas herramientas para acercarse a los muchachos y generar ese primer momento de asombro que abre la puerta de la confianza.

Colombia lo recibió, el país que se convirtió en su hogar y en el escenario de su trascendental obra, moldeada por su comprensión de la pobreza, la exclusión y las violencias que empujan a los niños hacia las calles.

Como capellán, antes de recorrer las calles, De Nicolás veía llegar día tras día los mismos rostros: jóvenes que habían vivido en las calles, habían pasado por instituciones de «reeducación» y que inevitablemente terminaban delinquiendo. Comprendió muy pronto que era el sistema el que estaba roto y la sociedad enferma. Además, los métodos represivos, el encierro sin afecto y las correccionales que trataban a los niños como criminales, solo producían más violencia, resentimiento y criminalidad.

Sintió que profundas reflexiones y análisis se daban en su mente maestra, pero eso no fue suficiente, tenía que haber otro camino de acción y se empeñó en encontrarlo.

Un día, el director de la cárcel lo llamó soñador, cuándo el joven padre Javier le pidió permiso para sacar de paseo a los treinta jóvenes más problemáticos de la institución. «Se van a escapar y aprovechar», le advirtieron. Pero De Nicolás tenía la fe de Jesús de Nazaret, así que se los llevó al río donde jugaron, nadaron, cantaron y fueron simplemente niños por unas horas. Al caer la tarde, todos sin excepción, volvieron con él a la institución. Esa experiencia le confirmó lo que su corazón ya sabía: el respeto por la libertad y el afecto genuino, son más poderosos que cualquier reja.

El contexto: Bogotá y sus niños invisibles

Para entender la magnitud de la obra del padre Javier, es necesario comprender la ciudad que encontró en aquellos años. La capital estaba marcada por las heridas del Bogotazo del año 1948, el mayor estallido de violencia social dado en Colombia tras el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán y que destruyó gran parte del centro histórico de Bogotá.

La violencia bipartidista azotaba el campo colombiano, empujando oleadas de campesinos hacia una capital que crecía muy rápido, sin control, ni planificación. Los barrios de invasión brotaban en las periferias, mientras que familias enteras se hacinaban en los inquilinatos del centro y miles de niños quedaban atrapados en medio de una pobreza que devoraba todas las esperanzas. Según los primeros registros para el año 1975, se estimaba que Bogotá había producido cerca de ciento treinta mil gamines, así llamados entonces los niños de la calle, lo que representaba casi el 4% de la población total.

Niños que no eran simplemente pobres, ya que habían roto con sus familias, abandonado la escuela y hecho de la calle su completo hogar. Se orga-

nizaban en galladas y camadas, grupos con sus propias jerarquías, códigos y jerga. El «largo» o «perro» mandaba y los «chinchés» o «chichiguas» que eran los más pequeños mendigaban y robaban. Todos compartían bajo la ley del «pormis» que significaba repartir todo por mitades, con feroz equidad en medio de la miseria.

La sociedad los veía con una mezcla de temor y desprecio. De los pintorescos «chinos de la calle» del siglo XIX se había pasado a los «gamines», término que sonaba más despectivo y de paso amenazante. La respuesta oficial del distrito y la nación oscilaba entre la indiferencia y la represión. Ejemplo de ello fue que durante la visita del Papa Pablo VI en el año 1968, el alcalde Virgilio Barco simplemente ordenó recoger y encerrar a todos los gamines hasta que se fuera el pontífice, una inversión en dos meses, equivalente al presupuesto anual destinado a atenderlos.

Los estudios de la época los catalogaba como seres en «situación irregular», con «trastornos neuróticos» y «menores antisociales». Se les veía como el problema, no como víctimas de profundos problemas sociales estructurales. Las instituciones que existían funcionaban con modelos represivos: estrictos internados o correccionales donde el castigo y el encierro eran la norma, lugares de los cuales los niños huían una y otra vez, prefiriendo el frío de la calle a la frialdad de esos lugares sin alma.

En medio de tan desolado contexto, el padre Javier De Nicoló tuvo claridad absoluta: «El gaminismo tiene como causa aparente, la descomposición de la familia, pero la causa determinante es la estructura social» fue su predica constante, pero no desde el púlpito, sino en todo estamento dónde tenía la oportunidad. No se trataba de niños malos, sino de una sociedad injusta que los expulsaba, para luego más injusto aun criminalizarlos. La causa real por lo tanto era estructural, así que la respuesta no podía ser simplemente encerrarlos; había que ofrecerles una alternativa tan atractiva que eligieran libremente dejar la calle y luego formarlos de manera integral de la misma manera como se forma a un hijo, de esa forma podrían sin duda transformar sus vidas.

Nace el IDIPRON: La utopía se hace institución

Después de un largo y complejo camino, en el año 1967, mediante el Acuerdo 80 del Concejo de Bogotá, se creó oficialmente el Instituto Distrital para la

Protección de la Niñez y la Juventud. Ya desde años atrás, varios concejales venían presentando proyectos en tal dirección e incluso inicialmente se pensó en llamarlo «Pronica» Protección al Niño Callejero o «Pronibo» Protección al Niño Bogotano, pero fue precisamente la vergonzosa operación de «limpieza» dada durante la visita papal, cuando quedó en evidencia que la ciudad necesitaba una respuesta real y no de cosmética temporal, entonces la idea tomó fuerza.

El Distrito Especial de Bogotá, como se llamaba entonces la capital, destinó para IDIPRON el 25% de las utilidades de la recién creada Lotería de Bogotá, más aportes de la Empresa de Teléfonos y otras fuentes de financiación. Se asignaron terrenos en la Hacienda La Florida, al norte de la ciudad, donde se construiría lo que sería conocido como la Ciudadela del Niño.

Sin embargo, más importante que los recursos y los terrenos era definir quién dirigiría aquel proyecto sin precedentes. Las actas de la Junta Asesora del IDIPRON al respecto son reveladoras: En junio de 1971, tras presentar ante ellos su visión del programa para la niñez bogotana, el sacerdote salesiano Javier De Nicoló, fue elegido por unanimidad como director general.

Ya había demostrado con creces su compromiso y su innovador método, porque antes de asumir formalmente el desafío más importante de su vida, para la ciudad y el país, De Nicoló había fundado la Fundación Servicio Juvenil en el año 1966, justo ahora hace seis décadas. Desde su quehacer en ella, había realizado estudios exhaustivos sobre el fenómeno del gaminismo. Conocía a profundidad las calles, comprendía como nadie a los niños y manejaba sus códigos, sus miedos, como también sus sueños. Adicional a todo, tenía absoluta claridad sobre lo que no funcionaba y nunca funcionaría: El encierro forzado, el castigo, la infantilización o el paternalismo que niega la dignidad.

Su propuesta era sin lugar a dudas tremendamente revolucionaria: un programa basado en dos principios innegociables ¡el afecto y la libertad! Afecto genuino, no lástima, ni caridad condescendiente. Libertad real, no como premio, sino como derecho fundamental. Los niños ingresarían de manera voluntaria al programa, podrían irse cuando quisieran y el proceso educativo respetaría por completo sus ritmos, sus particularidades y su humanidad.

Con estas ideas, el padre Javier inició una aventura que transformaría a miles de vidas y que se convertiría en un importante modelo internacional

de atención a la niñez y la juventud en situación de calle. De esa manera, se convirtió en un referente mundial.

La Operación Amistad: Donde todo comienza

Si hay una metodología que definió el espíritu del Instituto en sus inicios, fue la Operación Amistad. Reitero no era simplemente «ir a buscar niños a la calle», ya que en esencia fue una verdadera revolución pedagógica, que partía de reconocer la dignidad del otro, su libertad y su capacidad de decidir.

Cada noche, equipos de educadores muchos de ellos egresados del propio programa, antiguos gaminos que gracias a su transformación devolvían lo recibido, recorrían las camadas y galladas de Bogotá. No iban a rescatar, sermonear o juzgar, su misión fundamental era a hacer amigos de los niños, con quienes se sentaban, compartían el frío de la madrugada, escuchaban sus historias, jugaban y reían. Les hablaban en su propio lenguaje, usando la jerga callejera y respetando sus códigos.

«¿Les gustaría tener un lugar donde bañarse, comer comida caliente y descansar un poco? Un club, como el que tienen los ricos para ir a la piscina, pero para ustedes». No promesas grandiosas de cambiar sus vidas, ni amenazas veladas sobre lo que les pasaría si seguían en la calle, simplemente una amorosa invitación, sin presiones, ni condiciones.

El padre Javier insistía: «Hay que hacerse primero amigo del niño, para luego poder educarlo con éxito. La amistad implica aceptar al niño y entender que en la calle se siente a gusto». Un claro derrotero que muchos egresados confirman: «Yo no niego que la calle fue bacana; si yo volviera a nacer, me gustaría volver a ser gamín, pero gamín en esa misma época».

La calle tenía sus atractivos: libertad absoluta, aventuras por doquier y camaradería con la gallada, entre otras muchas cosas bacanas. Entonces el programa no podía simplemente ofrecer techo y comida; tenía que ofrecer algo que compitiera con esa vida y que la superara sin traicionarla. De ahí que los educadores eran seleccionados y formados con mucho cuidado. Necesitaban conocer la calle desde dentro, hablar el idioma ñero, entender las dinámicas de poder, los códigos de lealtad, los miedos y los anhelos de aquellos niños que habían construido su propia cultura de supervivencia.

La Operación Amistad no terminaba con llevar a los niños al «club», era un poderoso y continuo proceso de construcción de confianza. El padre

Javier organizaba tours por las diferentes casas del programa, como él las denominó, para darles carácter de hogar y alejarlas del concepto institucional. A través de esas visitas guiadas, les mostraba las comodidades, los talleres y las oportunidades sin nunca presionar, solo se le preguntaba al muchacho con total respeto: «¿Te gusta? ¿Quieres intentarlo? La puerta está abierta para que entres si lo eliges así, pero también lo estará si quieres salir». Esa confianza fundamental de saber que no estaban atrapados y que su libertad era respetada hacía toda la diferencia.

El modelo pedagógico: Una arquitectura del afecto

El programa que diseñó el padre Javier era, en realidad, todo un modelo pedagógico, una filosofía educativa que se materializaba en espacios físicos, metodologías concretas y, sobre todo, en relaciones humanas auténticas. No era un programa rígido, sino un proceso vivo que se adaptaba a cada niño, que crecía y se transformaba con la experiencia.

Primera etapa

El Club de Externos: Con la puerta siempre abierta

Todo comenzaba en el centro de la ciudad, en el denominado Patio de La Once, ubicado estratégicamente en el corazón del sector del Cartucho, la zona más dura de Bogotá, donde abundaban todo tipo de drogas y delincuencia, sin autoridad alguna. En medio del caos y el horror de ese espacio ciudadano, prohibido para el resto de los ciudadanos, aparecía como un oasis —nombre que precisamente se les dio años después a los patios—, un espacio amplio con todos los servicios básicos: Duchas con agua caliente, baños, lavandería, peluquería, atención médica y odontológica, salones de juegos y apoyo psicosocial. Funcionaba de las ocho de la mañana a las cuatro y treinta de la tarde. Ahí los niños entraban y salían libremente.

En el Patio no había exigencias académicas, ni normas estrictas de comportamiento. Se recibía a los niños tal como llegaban: Sucios, drogados o desconfiados. Eso sí con reglas mínimas, límites claros y respeto máximo, por ejemplo, se le preguntaba «¿eres marihuanero? Entonces aquí no fumas». Antes de entrar se les guardaban sus pertenencias, sin importar qué fueran:

Armas, drogas u objetos robados, sin juzgar su procedencia. El mensaje era claro: «¡Aquí eres aceptado!».

Los educadores organizaban actividades: Campeonatos de fútbol entre galladas, juegos de mesa, fogatas alrededor de las cuales los niños reflexionaban sobre sus vidas. Aunque el objetivo principal no era entretener, sino generar ese primer vínculo y destello de confianza. Mostrarles que el programa no era una trampa, que no perdían su identidad al entrar y que podían ser ellos mismos.

El ambiente físico era intencionalmente modesto, porque no se trataba de deslumbrarlos con lujos que los hicieran «amañarse» de inmediato. La idea era que quisieran avanzar, que se motivaran a pasar a las siguientes etapas, donde encontrarían mejores condiciones. Era una pedagogía de la gradualidad, con profundo respeto por los ritmos individuales.

Segunda etapa

Bosconia: El renacer en comunidad

Cuando un niño decidía ingresar definitivamente al programa y era su libre decisión, no la de un juez o un trabajador social, se realizaba una fiesta de bienvenida. El padre Javier organizaba una celebración, durante la cual el niño expresaba sus motivaciones y expectativas. Había un ritual poderoso llamado «borrón y cuenta nueva»: el niño escribía todo aquello que dejaba atrás, las «cosas feas» de su vida en la calle, para luego quemar ese papel junto con su ropa vieja, la marihuana y cualquier otra pertenencia de la que deseara deshacerse. Finalmente, se le entregaba ropa nueva y tenis nuevos, símbolos de un nuevo comienzo.

En Bosconia, vivían organizados en Clanes de entre quince y dieciocho niños, cada uno con un educador responsable. Cada Clan tenía autonomía tanto en la organización interna como en las normas de autocontrol y autodisciplina. Esto era fundamental: no había un adulto imponiéndoles cómo vivir, sino que ellos mismos aprendían a autogobernarse, resolver conflictos y cuidarse mutuamente.

Los Clanes tenían nombres indígenas: Taironas, Sinúes, Yanubas, Caribes, Andaquíes y Nemquetebas, algo que como todo en el programa no era por casualidad. Se trataba de recuperar raíces, darles identidad positiva o conectarlos con una historia de resistencia y dignidad. Cada Clan era autónomo y

responsable de su dormitorio, las labores cotidianas en beneficio de toda la comunidad y, mantener un ambiente de respeto y camaradería.

Había un «Servicio Cívico» rotativo: grupos de cinco niños se encargaban cada tres días de cuidar la casa, repartir la comida y la ropa, atender a los visitantes, hacer respetar el silencio nocturno, etcétera. Todos de esa manera pasaban por todas las tareas, aprendían que el bienestar colectivo dependía del esfuerzo de cada uno, socializaban entre ellos mismos y de paso con personas e incluso representantes de organizaciones locales, nacionales e internacionales que en forma permanente visitaban el programa, para aprender, aportar o colaborar.

En esta etapa comenzaba también la formación académica en la Escuela Auto Activa de La Arcadia y la formación en artes-oficios en los talleres de Chibchalá. Sin embargo, el corazón del proceso era la llamada personalización: Aprender a auto conocerse, valorarse, ser responsable de sí mismo, manejar sus emociones, sanar y amarse. Se enfatizaba en el valor de la sinceridad, la reflexión, el diálogo continuo y la resolución pacífica de las diferencias. No se trataba de imponer un molde, sino de ayudar a cada niño a descubrir quién era y quién quería ser, lo que el padre llamaba psicología de la vida cotidiana.

Tercera etapa La Florida - República de los Muchachos



Si Bosconia era el renacimiento, La Florida era la mayoría de edad. Una imponente Ciudadela inaugurada en el año 1974, con capacidad para seiscientos niños, representaba la culminación del proceso: el pleno autogobierno.

La Florida no era solo una escuela o un internado, era literalmente, una República Independiente, administrada con autonomía por los muchachos. Tenían su propia Constitución, que fue redactada por noventa jóvenes, quienes durante meses estudiaron constituciones de varios países, luego entre todos debatieron, propusieron y votaron. El resultado fue un documento de 49 artículos que establecía derechos, deberes, organización política, sistema electoral y sistema de justicia.

Había Alcaldía, con alcalde elegido democráticamente y un Consejo de Gobierno constituido por secretarios de gobierno, educación y hacienda. Existía también el Consejo de jefes de Tribu, la Procuraduría (dirigida por el director del IDIPRON y el director de La Florida, con poder de veto), un Juzgado completo con juez, fiscal, defensor y jurados. Y una Asamblea General como máxima autoridad. La democracia que el padre predicaba era la que, en la Florida, ejerciéndose, se aprendía.

No era un juego, era auténtica vivencia, ya que las decisiones que tomaban estas autoridades juveniles, tenían efectos reales en la cotidianidad de la Ciudadela. Ellos organizaban las actividades, establecían las sanciones y resolvían los conflictos. Así si un compañero infringía las normas, siguiendo las reglas de la justicia, pasaba por un debido proceso: Primero tenía una conversación privada con el jefe de Tribu, luego la Tribu completa analizaba el caso y después lo hacían el Consejo Regional, el alcalde, un educador, el Consejo de Gobierno, el Consejo de jefes, el director... Y solo si todo esto fallaba, llegaba a la Asamblea Plenaria donde se aplicaba «el banquillo»: el joven se sentaba en medio de todos y recibía las críticas por demás constructivas de la comunidad, pero también su apoyo incondicional si mostraba voluntad de cambio.

Con el fin de hacer más vivencial todo el proceso de autogobierno, se creó un sistema monetario propio: el Florín, que luego se transformó en el Camello. No era dinero de juguete, era real, por lo que con esos billetes se compraba en la también real fundada Cooperativa: Ropa, zapatos, útiles de aseo o escolares y las golosinas, que jamás podían faltar, ya que Javier consideraba que los dulces en su justa proporción, igual que el juego y la diversión, eran

parte fundamental de la niñez. El dinero se ganaba trabajando en los talleres, es decir camellando: a mayor esfuerzo y calidad, más se ganaba. Quién no trabajaba, en consecuencia, no tenía cómo comprar lo que necesitaba. Era una lección de responsabilidad y auto sostenimiento, porque como dice la biblia, recordaba siempre el padre «a Dios rogando y con el mazo dando».

Ahora bien, lo más pedagógico del sistema monetario era el llamado «Factor C» o Factor Comunidad, que consistía en qué el valor de la moneda subía o bajaba (como el dólar), según los acontecimientos colectivos. Si había logros comunitarios destacados, el florín se revaluaba y todos podían comprar más con lo ganado. Si había situaciones graves que afectaban la convivencia tales como peleas, robos, retiradas masivas, etcétera, el florín se devaluaba. Así aprendían visceralmente que sus acciones individuales, afectaban de manera directa al colectivo, por lo tanto, el bien común era responsabilidad de cada uno.

La escuela auto activa: Aprender haciendo

La metodología educativa del padre Javier rompía con todo lo tradicional y todos los modelos conocidos. Nada de aulas rígidas, maestros dictando clases y memorización sin sentido. La Escuela Auto Activa, se basaba en el principio de que «el niño se educa a sí mismo, valiéndose de los medios y los recursos que tiene a su alrededor».

En la casa-escuela campestre La Arcadia, rodeados de naturaleza, los niños aprendían con material didáctico diseñado específicamente, para representar sus realidades: Láminas, fichas o rompecabezas que mostraban escenas de la calle, las etapas del programa o situaciones que ellos conocían. Cada niño avanzaba a su propio ritmo y no había la presión de «ponerse al día» con un grupo. Las guías integradas permitían trabajar de manera simultánea varios temas y el profesor era más un facilitador que un instructor.

Las clases no se limitaban a un salón, ya que se extendían a espacios de aprendizaje temáticos distribuidos por la finca, con énfasis en las áreas de lenguaje, sociales, naturales y matemáticas. Había laboratorios de agricultura y matemáticas. Los niños aprendían cultivando hortalizas y rosas, cuidando conejos y cerdos o construyendo y reparando las instalaciones. La educación no estaba separada de la vida; era la vida misma convertida en aprendizaje cotidiano.

En seis meses, siguiendo un sistema cíclico, cubrían los contenidos fundamentales de cada área. Esto permitía que nuevos niños ingresaran en cualquier momento del año sin quedar rezagados. Y lo más importante: recuperaban el amor por aprender. Muchos habían abandonado la escuela formal porque en ella solo encontraban fracaso y humillación, mientras que en el programa descubrían que sí podían, que eran inteligentes y que tenían futuro.

Los talleres: Dignidad a través del trabajo

Paralelamente a la formación académica, los niños rotaban por diferentes talleres de oficios en Chibchalá: Artesanías, ornamentación o electricidad. Luego, cuando mostraban inclinación y habilidad en alguna área, se especializaban en ella. El trabajo no era un castigo y menos aún una obligación penosa, era en la visión del padre Javier, un medio de dignificación humana.

Los talleres tenían un triple propósito. Primero terapéutico: Ocupar el tiempo de manera productiva, canalizar energías, desarrollar disciplina y fomentar la concentración. Segundo formativo: Descubrir habilidades, desarrollar destrezas y aprender un oficio que les permitiera ganarse la vida. Tercero comunitario: Lo que producían no era solo para ellos, contribuía al sostenimiento del programa. Así, por ejemplo, las camas que hacían en los talleres de carpintería, se usaban en las Casas o los alimentos que cultivaban, alimentaban a sus compañeros.

Al final todo el trabajo era remunerado con florines, manera práctica en que los niños aprendían el valor del esfuerzo, como la relación entre trabajo y bienestar. Adicional a ello también aprendían que el trabajo no era solo para enriquecerse individualmente, sino para contribuir al bien común. Al final, el lema que resumía todo era: «Servir es mandar»; quién servía a la comunidad y trabajaba por el bienestar de todos, era el verdadero líder.

Los coordinadores de taller no eran adultos externos, sino miembros de la comunidad seleccionados por su capacidad de servicio. Recibían un estímulo económico mensual denominado la «gratificación», pero la verdadera motivación era el reconocimiento de los compañeros. Era un sistema que premiaba la excelencia, pero la excelencia entendida no solo como habilidad técnica, sino como compromiso comunitario.

Las artes y la fiesta permanente

Si hay algo que caracterizó profundamente el programa del padre Javier fue la centralidad en las artes y la celebración; «la música es el pilar de la educación; hoy constituye el lenguaje de la juventud», decía. Y actuaba en consecuencia.

La banda de música de La Florida fue legendaria y reconocida en toda la ciudad, a nivel nacional e internacional. Bajo la dirección del maestro Alessandro Tagliaferri, italiano también y músico de la Orquesta Sinfónica de Colombia, los muchachos aprendían gramática musical, solfeo y técnica instrumental. No era simplemente un hobby, sino formación de altísimo nivel, que les habría puertas profesionales. Muchos egresados terminaron trabajando en las bandas del Ejército Nacional, la Policía Nacional, como profesores de música o continuaron estudios universitarios en reconocidos conservatorios.

Además, más allá de la formación profesional, la música cumplía una función pedagógica esencial: generaba disciplina sin represión, en la medida en que aprender un instrumento requiere constancia, práctica diaria, atención al detalle y trabajo en equipo. Y todo eso lo lograban motivados por el placer de hacer música, por el reconocimiento que recibían cuando tocaban, por los viajes nacionales e internacionales que les permitían conocer otras regiones u otros países o por las infinitas puertas que el arte musical les abría.

La música también marcaba los ritmos de la vida cotidiana, el horario, por ejemplo: Despertaban con música, cambiaban de actividad con música y cada celebración incluía presentaciones musicales. No había silencio opresivo ni órdenes gritadas, era la música el lenguaje del afecto, del llamado amable y de la fiesta permanente.

Y precisamente las fiestas sí que eran constantes, ya que se celebraban cumpleaños, el fin de una jornada de duro trabajo, logros colectivos, el inicio o finalización de una etapa educativa, el día de la comunidad que coincidía con el cumpleaños del padre y todas las fechas marcadas en el calendario del país como la navidad. Cada fiesta incluía cantos, danzas, teatro, títeres, dibujo, manualidades y en fin un abanico artístico sin precedentes. Los niños expresaban artísticamente lo que vivían, por eso era catártico, alegre y profundamente formativo.

El padre Javier entendía que la calle había sido atractiva para estos niños, en buena parte porque ella era espacio de aventura y diversión, por ende, el programa tenía que ser igual o más divertido, gestando sana diversión, «esto tiene que ser una continua fiesta» insistía, palabras acompañadas siempre de una sonrisa marcada por la felicidad. Y lo era, sí una fiesta con propósito, estructura y sentido, pero fiesta, al fin y al cabo, ya que solo desde la alegría y el genuino disfrute de la vida, los niños podían sanar las heridas de su muy doloroso pasado y construir un futuro diferente lleno de esperanza.

Los desafíos: Acandí y El Tuparro



En los años ochenta, el contexto social de Colombia se transformó de manera dramática. El narcotráfico permeó todas las estructuras sociales y una de sus más crueles consecuencias fue que el basuco, aquella pasta base de la coca mezclada con sustancias tóxicas, invadió las calles y reemplazó a la marihuana, que hasta entonces había sido la sustancia preferida de los sectores marginales. Ese cambio tuvo irremediablemente efectos devastadores.

A diferencia de la marihuana que propiciaba la sociabilidad y la risa, el basuco generaba paranoia, aislamiento y violencia. Las galladas y camadas, esos grupos que habían sido espacios de protección y camaradería, empezaron a desintegrarse, llevando a cada consumidor a encerrarse en su propia burbuja de terror químico. La calle se volvió más dura, más solitaria y, por ende, más peligrosa.

Simultáneamente, emergió la llamada «limpieza social»: grupos de exterminio que asesinaban habitantes de calle con total impunidad. El término «desechable» se instaló en el lenguaje cotidiano para referirse a estas personas, como si fueran basura que había que eliminar. Entre los años 1979 y 1993, miles de habitantes de calle fueron asesinados en Bogotá y otras ciudades del país, sin acción legal y frente a la indiferencia de los colombianos.

Ante esta brutal realidad, el padre Javier tomó una decisión radical: sacar a los niños y los jóvenes de Bogotá, llevarlos a lugares remotos y rurales donde la violencia urbana no los alcanzara. Ambientes propicios para desintoxicarse del basuco, en medio de la naturaleza, reencontrar la paz y continuar el proceso educativo.

Así nacieron dos Casas emblemáticas: Acandí, en el departamento del Chocó, a seis horas de la frontera con Panamá, un espectacular lugar bañado por el océano atlántico y accesible solo por lancha o en pequeños aviones. Y El Tuparro, en el Vichada, en plena Orinoquía, en medio de uno de los desiertos más hermosos y también calientes del mundo, rodeado del imponente río Orinoco y frente a Venezuela, a más de veinte horas de viaje en carro desde Bogotá, por carreteras inhóspitas y solo en camión o en pequeñas avionetas. Literalmente, dos maravillosos paraísos naturales en los confines de Colombia.

Acandí: el paraíso de los ñeros

Imaginen el asombro, la mirada y la sonrisa de un niño bogotano, acostumbrado al frío de la madrugada y a despertar en los andenes del centro, al ver por primera vez el mar Caribe. Acandí, una finca a orillas del Atlántico, rodeada de selva, con una hermosa e infinita playa donde las tortugas gigantes desovan y sus crías nacen, un río cristalino que ahí mismo desemboca en el mar, fauna exuberante y tierra fértil. Era el paraíso que el padre Javier había prometido: «montañas de caramelo y ríos de chocolate».

A aquel territorio de fantasía llegaban los niños más pequeños, para iniciar la etapa de personalización. Las rutinas eran estrictas, amables y agradables: Levantada a las cinco de la madrugada, pero cuando el sol ahí ya brilla, asearse, desayunar, estudiar en la mañana, trabajar en la tarde, jugar, descansar y dormir temprano. Los educadores muchos de ellos mujeres jóvenes con vocación de servicio, les enseñaban hábitos básicos: bañarse, comer con cubiertos, tender la cama, lavar la ropa y cuidar su espacio.

Sin embargo, más allá de adquirir tan importantes hábitos, Acandí les devolvía la niñez y su condición humana. Jugaban en la playa, nadaban en el río, observaban y hasta se montaban encima de aquellas inmensas tortugas marinas, que llegaban cada año a su propia playa para desovar, cuidaban con amor de sus crías, para luego ayudarlas a ingresar al océano, exploraban la selva, pescaban, aprendían a cultivar la tierra y a construir huerta, además eran los mejores anfitriones y guías de los visitantes nacionales e internacionales.

Muchos por primera vez en sus vidas comían tres veces al día, dormían en una cama limpia o tenían ropa nueva. Y, sobre todo, se sabían queridos, aceptados y valorados. Las educadoras eran como verdaderas madres, los compañeros como hermanos y esa gran casa-finca su hogar. Era la familia y el espacio propios que muchos nunca habían tenido.

El tупarro: etapa de florecimiento

Si Acandí era el reencuentro con la niñez, El Tuparro era la preparación para la vida adulta. Ahí iban los jóvenes mayores, quienes ya habían pasado y completado con éxito todo el proceso previo. Llenos de ilusiones llegaban a terminar su bachillerato y a formarse en oficios varios, que les permitieran ganarse la vida como toda persona de bien.

El Tuparro era una inmensa hacienda conformado por cuatro casas: Tambora, Pinardi, El Cejal y Palomazón con capacidad para hasta ochocientas personas, distribuidas en la inmensidad de la sabana oriental. El viaje hasta allá desde Bogotá ya de por sí era toda una aventura: horas y horas en camión, que parecían interminables, atravesando infinitas llanuras orientales, caminos que en muchos trayectos eran verdaderas trochas y encuentro con la selva, para terminar la travesía en lancha por el río Orinoco. Sin embargo, todo aquello bien valía la pena porque al llegar, encontraban instalaciones

que ellos mismos habían ayudado a construir, tierras que cultivar y animales que cuidar.

La autonomía era total. Los mismos muchachos cocinaban, cuidaban de todo, administraban y trabajaban. Había talleres de agricultura, construcción y mecánica. Producían su propia comida, mantenían las instalaciones y generaban recursos. En esta etapa los jóvenes terminaban el bachillerato y aprendían oficios: Ganadería, agricultura, construcción o carpintería. El objetivo era que salieran con habilidades concretas para ganarse la vida de modo honrado. Muchos de ellos se convertían en educadores del mismo programa, cerrando el círculo virtuoso: los que fueron rescatados se convertían en rescatadores.

Cuarta etapa Inserción laboral

Los egresados salían con las certificaciones exigidas por el Ministerio de Educación Nacional, con gran experiencia y con el apoyo necesario para conseguir empleo o iniciar un emprendimiento. Muchos se convertían en educadores del mismo programa, otros montaban sus propios negocios y algunos estudiaban en universidades.

Este proceso completo podía tomar años, pero como todo buen padre, Javier sabía que no había atajos, ya que la transformación real siempre requiere de tiempo, paciencia y constante acompañamiento.

La innovación constante: Adaptándose a los tiempos

Una de las características más notables de la obra del padre Javier fue su capacidad de adaptación. A medida que las dinámicas de la calle cambiaban, él cambiaba sus estrategias.

La crisis del Cartucho y la creación de los Oasis

Al final de los años noventa, el gobierno distrital decidió demoler el Cartucho, el barrio más peligroso de Bogotá, epicentro del narcotráfico y la habitabilidad de calle. El padre Javier una vez más respondió de manera contundente y creó los Oasis, patios temporales, con la misma metodología de

los permanentes, pero para población de los largos, adultos. Y creó la Unidad de Protección Integral de Puente Aranda, diseñada específicamente para atender a los habitantes de calle adultos que quedarían sin refugio.

Oasis era diferente a todo lo anterior, ya que no era para niños, sino para los mayores, muchos de ellos consumidores crónicos de basuco y con muchos años viviendo en la calle. El reto era enorme: ¿cómo ayudar a personas tan deterioradas, desconfiadas y profundamente marcadas por la violencia?

El padre Javier ofreció nuevas técnicas y alternativas de servicio, pero aplicó los mismos principios directrices: Afecto, libertad y gradualidad. Oasis ofrecía los servicios básicos de comida, baño y un lugar para dormir, sin exigir nada a cambio. Poco a poco, algunos habitantes de calle comenzaron a confiar; algunos aceptaron la ayuda para desintoxicarse, otros retomaron sus estudios y unos se reinsertaron laboralmente.



A pesar de los grandes esfuerzos, no todos lograron salir de aquel mundo y muchos volvieron a la calle. Sin embargo, para los que sí lo lograron, Oasis fue la diferencia entre la vida y la muerte.

El Programa de Trapecistas: Atendiendo a los jóvenes de los barrios

En los mismos finales de los años noventa, surgió un nuevo fenómeno: las pandillas juveniles, en los barrios periféricos de Bogotá. Estos jóvenes no

eran habitantes de calle en el sentido tradicional, ya que vivían con sus familias, iban a la escuela, aunque ocasionalmente, pero pasaban la mayor parte de su tiempo en la calle, involucrados en actividades delictivas, consumo de drogas, prostitución y violencia.

El padre Javier, decidió ocuparse de primero entender y luego atender la problemática. En medio de tal alto desafío, identificó que aquellos jóvenes estaban «en la cuerda floja» de la existencia mismas, de ahí el término «trapeceistas»; a punto de caer completamente en la habitabilidad de calle o en la delincuencia organizada. Entonces necesitaban intervención urgente.

Así nació el Programa Trapecistas, con un enfoque diferente: en lugar de sacar a los jóvenes de sus barrios, el IDIPRON fue a sus territorios. Se abrieron unidades educativas en Bosa, Kennedy, Ciudad Bolívar y Usme, las localidades más pobres y con mayor presencia de pandillas.

Los educadores de calle, muchos de ellos egresados del programa, salían con nuevos desafíos a buscar a estos jóvenes donde estaban: En los parques, las esquinas o las canchas de microfútbol. Les ofrecían talleres, educación y formación para el trabajo. Todo en modalidad de externado, de manera que los muchachos no tuvieran que abandonar sus hogares.

Este programa atendió a miles de jóvenes en riesgo, muchos de los cuales terminaron su bachillerato, aprendieron oficios y consiguieron empleos formales. Fue en últimas una extensión natural de la filosofía del padre Javier: llevar la esperanza a donde esté la necesidad.

El programa de niños en fragilidad social: Prevención desde la primera infancia

A principios de los años 2000, el padre Javier dio otro paso innovador: creó un programa preventivo para niños pequeños de entre cuatro y doce años de edad, que estaban en riesgo de llegar a la calle, pero que aún vivían con sus familias.

Ellos eran hijos de recicladores, trabajadoras sexuales, habitantes de calle y personas en condiciones de extrema vulnerabilidad. El objetivo fue intervenir antes de que los niños llegaran a la calle, ofreciéndoles educación, alimentación, atención psicosocial y, crucialmente, trabajando también con las familias.

Este programa reconocía algo fundamental y es que, para salvar a los niños, es fundamental apoyar a sus padres. Con ese fin el Instituto comenzó a ofrecer alfabetización para madres, formación para el trabajo y apoyo para la generación de ingresos.

La dimensión espiritual: Don Bosco en las calles de Bogotá

El padre Javier era sacerdote salesiano, seguidor de San Juan Bosco, el santo italiano del siglo XIX que dedicó su vida a los jóvenes pobres y abandonados, por lo tanto, la espiritualidad salesiana permeaba toda su vida y obra.

Don Bosco había desarrollado un «sistema preventivo» basado en la razón, la religión y el amor. El padre Javier adaptó este sistema y lo adaptó de modo magistral al contexto Colombiano, pero mantuvo sus elementos esenciales:

La razón: Los niños y jóvenes debían entender el porqué de las normas, no simplemente obedecerlas por miedo. La educación debía apelar a su inteligencia, capacidad de razonar y poder de tomar decisiones informadas.

La religión: Sin imponer creencias, el programa ofrecía formación en valores, sentido de trascendencia y espacios de espiritualidad. Muchos niños por esa vía encontraron en la fe un ancla y una poderosa razón para cambiar.

El amor: Como ya se ha mencionado, este era el fundamento de todo. Un amor incondicional, concreto, práctico y encarnado en acciones cotidianas.

El padre Javier celebraba misa con los jóvenes, pero nunca la imponía como obligatoria. Hablaba de Dios, pero respetaba a quienes no creían. Su testimonio era su mejor prédica: una vida entera dedicada al servicio de los más pobres, sin buscar reconocimiento, sin acumular riqueza y sin descanso.

Los números que cuentan la historia

Durante sus cincuenta años de continuo trabajo en Colombia, el padre Javier y su equipo lograron cifras que impresionan:

Más de trecientos cincuenta mil niños, niñas y jóvenes atendidos directamente por el IDIPRON desde su fundación hasta su muerte.

Veintinueve unidades educativas, operando de manera simultánea en el momento de mayor expansión del programa.

Miles de jóvenes graduados de bachillerato, que nunca habrían pisado un salón de clase.

Cientos de educadores formados, muchos de ellos egresados del mismo programa, multiplicando el impacto.

Testimonios de vidas transformadas en todos los continentes: egresados viviendo y trabajando en los Estados Unidos, España, Italia, Australia y Dubái entre otros países.

Sin embargo, más allá de los números, están las historias de vida, restauración, superación y desarrollo como la de Cristian, que de niño de la calle en Bogotá pasó a ser agente aeroportuario en Dubái. Mayerly, que encontró en el baile su salvación y ahora vive en España. Arnold, que de delincuente del Cartucho se convirtió en técnico en sistemas. Juan Pablo, que del Cartucho voló literalmente en avión a Medellín, descubriendo que el cielo no tiene límites.

Las crisis y los desafíos

La obra del padre Javier no fue un camino fácil ni lineal. Enfrentó constantes y muy profundas crisis entre ellas:

Crisis económicas: El programa siempre operó con recursos limitados. El padre Javier pasaba gran parte de su tiempo consiguiendo donaciones, firmando convenios y buscando apoyo internacional. Hubo épocas en que no había dinero para pagar a los educadores, y él les pedía paciencia, prometiendo que pronto llegarían los recursos. Y llegaban, porque su credibilidad y su testimonio abrían puertas.

Crisis políticas: Cada cambio de administración distrital traía incertidumbre. Algunos alcaldes apoyaban de manera incondicional el programa, mientras que otros lo veían con sospecha. Hubo momentos en que parecía que el Instituto sería cerrado o radicalmente transformado. El padre Javier, con su inigualable capacidad para comunicar, relacionarse y don de gentes, luchaba, negociaba y defendía su modelo.

Crisis institucionales: A medida que el programa crecía, surgieron retos de gestión. Mantener la coherencia pedagógica en veintinueve unidades educativas distribuidas por toda la ciudad, el departamento de Cundinamarca y muchas regiones de Colombia no era para nada fácil. Había conflictos entre educadores, problemas de convivencia con las comunidades vecinas, celos entre funcionarios o quejas de comerciantes que no querían a «esos muchachos» cerca.

La crisis del abuso: Como toda institución que trabaja con niños y jóvenes vulnerables, el IDIPRON enfrentó casos de abuso. El padre Javier tomaba estos casos con extrema seriedad, separando inmediatamente a cualquier educador acusado y colaborando con las autoridades. Sin embargo, el solo hecho de que ocurrieran era un dolor profundo para él.

El legado más allá de las instituciones

Cuando el padre Javier falleció en el año 2016, dejó no solo un programa institucional, sino un legado mucho más amplio.

Un cambio en la mirada social: Antes del padre Javier, los gaminos eran vistos como «desechables», como basura humana que había que eliminar. Él cambió esa narrativa; mostró que eran niños, que merecían amor y oportunidades porque podían transformarse. Este cambio de percepción social fue quizá su mayor logro.

Un modelo pedagógico replicable: Su sistema de atención por etapas, basado en afecto, libertad y gradualidad, ha sido estudiado y replicado en varios países. Delegaciones de México, Brasil, Argentina y España entre otras naciones, han visitado el Instituto para aprender del modelo.

Una red de egresados: Los miles de muchachos que pasaron por el programa, son su mayor legado. Muchos están educando a sus hijos de manera diferente a como ellos fueron educados, rompiendo ciclos de violencia y abandono. Otros trabajan en educación social, multiplicando lo que aprendieron. Cientos más han prosperado económicamente, demostrando que sí era posible salir adelante.

Una generación de educadores: El padre Javier formó a cientos de educadores; egresados del programa, exalumnos de las mejores normales del país y profesionales multidisciplinarios que se unieron a su causa. Estos educadores llevan su filosofía en el corazón y la aplican en sus propias vidas y trabajos.

La filosofía de «dar lo mejor»

Yo mismo, uno de los educadores que trabajé largos años con el padre Javier, resumo así su enseñanza más importante: «El Padre me volvió una persona ambiciosa. No ambiciosa de riquezas, sino ambiciosa para los jóvenes. Me enseñó que a ellos hay que darles lo mejor».

Esta ambición por dar lo mejor a los más pobres, era el sello de Javier, no se conformaba con lo mínimo, ni con lo suficiente. Quería que sus niños tuvieran experiencias extraordinarias, conocieran el mar, viajaran en avión, comieran en buenos restaurantes, aprendieran música clásica y tuvieran acceso a tecnología de punta. Como todo gran padre, deseaba y buscaba siempre que los muchachos vivieran muy bien, tuvieran lo mejor y experimentaran la belleza, la riqueza y la prosperidad de un universo inmensamente rico, del que ellos también merecían ser parte. Además de divertido, «el programa debe ser un Disney World» decía con frecuencia.

Muchos lo criticaban por aquella filosofía de vida. «¿Para qué gastar en paseos y fiestas cuando apenas hay para comer?» le reclamaban. Él respondía: «Estos niños han vivido en la miseria toda su vida. Merecen saber que existe algo mejor. Merecen saber que ellos valen tanto como los niños ricos».

Esta visión implicaba a veces enfrentarse con las autoridades, con los financiadores e incluso con la misma comunidad del Instituto, pero el padre Javier no transigía: los niños de la calle merecían lo mejor, punto.

Javier la persona

Quienes lo conocieron describen a Javier De Nicoló como un hombre ordinario que hacía cosas extraordinarias y de grandes contrastes: Tierno y duro, paciente e impaciente, humilde y orgulloso (con y de sus muchachos).

Era capaz de pasar horas escuchando a un niño contar su historia, ofreciéndole todo su tiempo y atención. También era capaz de enfadarse profundamente cuando veía injusticia o cuando un educador maltrataba a un niño.

Era un hombre de profunda espiritualidad y fe; decía que no tenía fe en Jesús, sino la fe de Jesús. Rezaba el rosario diariamente y celebraba misa con devoción. De otro lado, también era pragmático, realista o capaz de negociar con políticos y empresarios sin perder su integridad.

Era italiano de nacimiento, pero colombiano, ciudadano naturalizado, de corazón. Debido a su inmensa labor social y los años de servicio en el país, fue reconocido oficialmente en documentos públicos y homenajes como sacerdote colombo-italiano. Amaba este país, las montañas, la gente, la música típica y la gastronomía criolla, aunque disfrutaba de la deliciosa pasta tan italiana que preparaba su hermana Dorita. Dejó este planeta lejos de Italia, pero desde la tierra que adoptó como suya.

Era, sobre todo, un hombre coherente; no predicaba una cosa y vivía otra. Vivía de un modo muy sencillo, a pesar de que disfrutaba de la belleza que el mundo le ofrecía. Su hogar fue el que conformó con su hermana y junto a las niñas, en la sede de La 78, donde tenía una modesta habitación, una pequeña oficina, un centro de operaciones que también funcionaba como comedor, un cuarto lleno de golosinas y una nutrida biblioteca. No tenía propiedades, no acumuló riqueza, ni dejó herencia económica, pero sí un legado de inigualable valor. Todo lo que consiguió a lo largo de su vida, con total generosidad lo invirtió en el programa.

El legado que sigue vivo

La obra del padre Javier continúa una década después de trascender. El IDIPRON sigue operando, atiende a miles de niños, niñas y jóvenes. Muchos de los educadores que él formó siguen trabajando en la institución. La gran mayoría de los egresados que él rescató siguen multiplicando lo que recibieron.

Su legado no está solo en las instituciones que fundó, sino en cada vida transformada, cada niño que encontró esperanza donde solo había desesperación y cada joven que descubrió que merecía algo mejor.

Como dice Francisco Calderón, quien trabajó con él durante décadas: «El legado del padre Javier no son solo muros o instituciones, sino cada vida rescatada del abismo que hoy camina con la frente en alto».

Este libro es un intento mancomunado de preservar tan valioso e inigualable legado, de contar las historias de quienes fueron tocados por su amor y de mostrar que es posible transformar vidas, cuando se tienen los principios correctos: Afecto incondicional, respeto por la libertad, fe en el potencial humano y ambición de dar siempre lo mejor a los más pobres entre los pobres.

El padre Javier creía que ningún niño estaba perdido, que todos merecían una segunda oportunidad, que el amor podía más que la violencia y cincuenta años de amoroso trabajo demostraron que tenía toda la razón.

Su legado nos desafía a todos: ¿Estamos dispuestos a ver a los más vulnerables como él los veía? ¿Estamos dispuestos a dar lo mejor de nosotros mismos por quienes más lo necesitan? ¿Estamos dispuestos a creer que la transformación es posible?

Las historias humanas contenidas en la presente obra responden con un rotundo sí. Y nos invitan a seguir escribiendo unas nuevas llenas de esperanza, transformación y amor.



CAPÍTULO 4

TESTIMONIOS DE VIDA

VOCES DESDE EL FONDO

«Cuando el infierno tenía dirección»

Del Cartucho al abismo: Las historias más crudas

1. El infierno tiene una dirección — *Milena*
2. Desde el Cartucho hasta el cielo — *Juan Pablo*
3. De las sombras a la luz de la esperanza — *Arnold*
4. La palabra que me devolvió la vida — *Diana*
5. Caminando sobre las brasas del infierno — *Magnolia*
6. Quince días encerrando al diablo — *Carlos Andrés*
7. Doce años perdidos — *Ronald*
8. Veintitrés veces al abismo — *El Oso*

El Cartucho ya no existe en el mapa de Bogotá. Lo derribaron, lo borraron, lo enterraron bajo cemento y olvido. Pero sigue vivo en la memoria de quienes sobrevivieron a él. Y estas ocho personas no solo sobrevivieron: vencieron. Porque el verdadero infierno no es un lugar del que no puedes salir. Es la creencia de que no mereces salir. El Padre Javier les demostró que siempre hay una puerta. Solo necesitas a alguien que te ayude a encontrarla.

EL INFIERNO TIENE UNA DIRECCIÓN

Tenía diez años de edad cuando mi mundo se derrumbó a causa de una tarea escolar. Me pidieron hacer un árbol genealógico y buscando fotos viejas, encontré un sobre escondido. Adentro había una carta del Instituto de Bienestar Familiar que decía algo que no entendí: mi madre biológica me había entregado a mi abuela cuando nací. La mujer que yo llamaba mamá era en realidad mi abuela. La que creía mi hermana Paola, era quién me había dado la vida y abandonado.

Fui a donde una vecina de años para que me explicara. Sus palabras partieron mi corazón en dos: «Su mamá la dejó», me dijo. Esa noche confronté a mi abuela, solo para escucharla decir: «Sí, hija, es verdad». En ese instante explotó mi cabeza, porque todo lo que conocía se convirtió en mentira. ¿Quién era mi papá? ¿Quién era mi mamá? ¿Quién era mi hermana? Mi abuelo no era mi papá y mi hermana no era mi hermana. ¿Quién era yo realmente? Todo era mentira.

Esa noche, mi abuela perdió toda autoridad sobre mí. Cuando me decía «no salgas», yo salía. Cuando me hablaba, le respondía: «¿Quién es usted? Usted no es mi mamá».

La caída

Empecé a volarme de la casa, a no volver y me perdí completamente. No volví a hablar con Paola (mi hermana-mamá), ni con mi abuela. Comencé a tener amigos más grandes, a salir y a relacionarme con gente de la calle. Me hice novia de un muchacho que se fue a vivir a otro barrio, entonces yo que lo amaba, me fui detrás de él con once años. Ahí empezó todo.

La rabia me consumió, dejé de obedecer, empecé a escaparme de la casa y a juntarme con gente mayor. A los once años probé la marihuana, porque alguien me dijo que me quitaría un dolor de oído. Terminé viviendo en la calle y durmiendo donde cayera la noche. Un día una mujer que vendía dro-

gas me ofreció techo a cambio de un favor, que era ir a buscar la mercancía. «¿A dónde?», pregunté. «Al Cartucho», me respondió.

El Cartucho era el infierno, con dirección en el centro de Bogotá. Una calle donde la basura se mezclaba con los cuerpos, había niños, ancianos y hasta profesionales destruidos por el vicio. Vi odontólogos que habían perdido todo por una traición amorosa e ingenieros que probaron algo en una fiesta y nunca volvieron a ser los mismos. Allá la ley del silencio era absoluta: vea lo que vea, escuche lo que escuche, cálese o muere.

A los doce años ya era «taquillera», es decir vendedora de drogas. Un día, una compañera me robó la mercancía, como consecuencia a mí me dieron una paliza brutal: me reventaron la nariz y quemaron un brazo con un disparo que rozó mi piel. Acto seguido, me dieron unas cuantas horas para conseguir el dinero, de lo contrario las consecuencias serían peores.

Cuando encontraron a la ladrona, presencié lo que el verdadero infierno significa. La obligaron a hacer cosas con un perro, una horrible tortura mientras le preguntaban si ya se quería acordar dónde estaba la plata. Trajeron indigentes de la calle para que ella los satisficiera. Después, cinco hombres la violaron. Yo tuve que ver todo aquello, en tanto que me repetían: «Para que aprenda lo que pasa cuando falta dinero aquí». Tenía entonces trece años.

Aprendí que allá se podía alquilar un arma para jugar ruleta rusa. Cuando sonaba el disparo a medianoche, simplemente se contrataba a alguien para sacar el cuerpo. La policía entraba, sí, pero a cobrar el impuesto y avisar sobre los operativos con días de anticipación.

En esas mismas calles del Cartucho, a pocas cuadras de donde yo vendía droga y veía morir gente, funcionaba Bosconia. El padre Javier De Nicoló, caminaba esas mismas esquinas buscando niños como yo. Sus muchachos recorrían los barrios y las ollas invitándonos a cambiar de vida. Recuerdo haberlos visto. También recuerdo que alguien me habló de la Ciudadela de La Florida, un lugar donde daban comida, educación y uno podía dormir sin miedo, mientras aprendía un oficio.

Escuche y escuche, pero no fui. No quise ir. A veces el infierno se siente más seguro que lo desconocido. En ocasiones una niña cree que ya sabe todo lo que necesita saber.

El Padre De Nicoló decía que el secreto estaba en darles amor a los muchachos, porque la falta de amor en las familias era la raíz de todos los males.

Preguntaba siempre: «¿Qué se le puede pedir a un joven que no recibió amor en la casa?» Yo era esa joven, exactamente la persona que él buscaba salvar.

Cuando apenas era una quinceañera, mientras las niñas sueñan con su celebración de quince, yo quedé embarazada. No fue por amor, sino por supervivencia. Necesitaba un lugar donde vivir y no tener que dormir más en la calle. Trabajé cinco meses más en el centro, con mi bebé en el vientre. Tuve amenazas de aborto por el estrés y los golpes. Sin embargo y a pesar de todo, esa niña que crecía dentro de mí ¡me salvó! Decidí que se llamaría María Fernanda, incluso antes de saber que era niña. Algo dentro de mí lo supo siempre, así como supo que ella era mi salida.

Hoy pienso en todo lo que el Padre construyó: Más de cien mil niños rescatados de las calles, setenta centros en todo el país, muchachos que aprendieron música y que hasta tocaron en la Casa Blanca, que fueron aplaudidos en España, que formaron familias y se convirtieron en hombres de bien. Pienso en las fogatas donde él les pedía que lanzaran su prenda más sucia y pidieran un deseo. Pienso en los niños que hoy cuentan que su deseo se cumplió.

¿Qué habría sido de mí si hubiera aceptado esa invitación? ¿Cuántas cicatrices me habría ahorrado? ¿Cuántas noches de terror? Quizás habría aprendido panadería o música, en lugar de aprender a contar billetes manchados de sangre. Quizá habría conocido el amor antes de conocer el miedo, pero no puedo cambiar mi historia, solo puedo contarla.

Mi hija María Fernanda, fue quien me sacó del Cartucho porque cuando la tuve en mis brazos y vi su carita, dije: «No más. Ella no va a vivir lo que yo viví». No fue fácil, su papá desapareció y tuve que trabajar honradamente, reconstruirme, pero lo hice por ella. Ahora tiene dieciocho años, su estudio, todas sus cosas y la vida que yo nunca tuve.

Hoy tengo dos hermosas hijas que son mi vida entera y milagro. Les doy estudio, la vida que yo no tuve y lo más importante amor. Salí del infierno, pero no por la mano de un sacerdote que sí la extendió, sino por la fuerza de una vida que crecía en mi vientre. A todos los niños el Padre nos mostró un atajo hacia la dignidad, unos lo siguieron y, otros como yo, elegimos avanzar por el camino más largo y más doloroso.

Mi mensaje para ti es que no rechaces la mano que te tienden. Si estás leyendo esto y te identificas conmigo, escúchame bien: Yo rechacé las oportunidades que el padre Javier creó para niñas como yo, al IDIPRON cuando

tenía doce años, La Florida cuando estaba embarazada a los quince y la rehabilitación cuando mi hija nació.

Y viví el infierno por esas decisiones, por vergüenza y creer que podía sola. No puedes sola, yo tampoco pude. Ahora, la diferencia entre los que salieron adelante con los programas del padre Javier y yo, es que yo tuve suerte de quedar embarazada y de que eso me despertara, pero muchas no tienen esa suerte, mueren en el Cartucho o siguen ahí. Vi morir a muchos amigos. Vi a esa mujer que años después encontré en condiciones terribles. Vi el infierno. Y pude haberme evitado todo eso, si hubiera dicho sí cuando me tendieron la mano.

Si pudiera volver atrás, lo que le diría a esa niña de diez años que encontró el sobre: «Sé que duele y te sientes traicionada, pero tu abuela te ama. Y hay gente que quiere ayudarte». «No te metas en ese mundo. Por favor, no entres al Cartucho». «Escucha sobre el padre Javier y ve a su programa». «Tu vida vale más que cualquier hombre que te diga que no busques ayuda». «No esperes a tocar fondo para pedir ayuda. No esperes a que una hija te salve. Sálvate tú ahora». Sin embargo, como no puedo volver atrás, solo puedo hablarte a ti mi niña interna y contarte mi historia y compartirla con otros para que no cometas mis errores.

Este testimonio es mi forma de honrar lo que él hizo, aunque yo no haya sido una de sus historias de éxito. Es mi forma de decirles a los niños que hoy caminan por calles oscuras: cuando alguien les extienda la mano, ¡tómela! No cometan el mismo error mío. El amor existe, aunque nunca lo hayan conocido. «Mi hija me salvó, pero el padre Javier estuvo ahí todo el tiempo. Yo fui quien no aceptó la ayuda». Y sigue habiendo personas con él, que dedican su vida entera a demostrarlo.

Las mujeres podemos salir adelante por más adversidades que se nos presenten. Yo viví en el infierno. Sin embargo, incluso desde el infierno, se puede regresar.

Milena

DESDE EL CARTUCHO HASTA EL CIELO

Nací en el lugar más difícil de Bogotá para nacer: El Cartucho. Ese nombre que durante décadas fue sinónimo de todo lo que puede salir mal en una ciudad: Drogadicción, prostitución y delincuencia. Aquello no eran palabras abstractas para mí, sino el paisaje de mi infancia en la localidad de Santa Fe, el telón de fondo contra el cual mi madre luchó todos los días, para que mis hermanos y yo no nos perdiéramos entre tanta desolación.

Mi mamá nos crió con mano dura y fue muy estricta con mi hermano y conmigo. Nos inculcó valores, mientras nos hablaba acerca de las drogas, cuáles eran y sus efectos. Siempre nos decía que siguiéramos el buen camino y en medio del caos, ella fue el faro que ilumino tal camino. Cuando vivíamos en el Cartucho, mi madre fue beneficiaria del Plan Colombia, uno de esos programas que intentaban rescatar a las familias del abismo. Y funcionó: contra todo pronóstico, mi hermano y yo nos mantuvimos en pie.

A los catorce años de edad, mientras otros adolescentes pensaban en fiestas y videojuegos, yo ya era líder comunitario de mi barrio y localidad. Algo dentro de mí ardía, era la necesidad de trabajar por los niños y los jóvenes, de ser para otros lo que mi madre había sido para mí. En tanto ese era mi deseo, la vida no daba tregua, como no la da a los pobres y, entonces tuve que abandonar los estudios de secundaria, para trabajar y ayudar a mi familia. El sueño de terminar el bachillerato quedó suspendido, pero no mi vocación de servicio.

Así llegué a la Secretaría Distrital de Integración Social. En mi trabajo ahí debía cumplir metas y lo hacía con entusiasmo porque era mi pasión trabajar por la niñez y la juventud. Un día escuché por primera vez sobre el IDIPRON, me dijeron: «Allá también trabajan con la niñez y la juventud. Puedes terminar tus estudios y participar en un convenio». Aquellas palabras llegaron en el momento exacto: mi madre había enfermado, ninguno de los

dos hermanos estábamos trabajando y atravesábamos una crisis económica que amenazaba con derrumbar todo.

Ingresé al proyecto Jóvenes en Paz. Y algo cambió. Le cogí cariño a la institución y conocí muchas historias de jóvenes habitantes de calle, así como a muchos profesionales, educadores y voluntarios egresados del Instituto. Finalmente, me gradué de bachiller, con ello el sueño que había quedado suspendidos años atrás por fin se cumplía. El niño de El Cartucho ahora tenía su diploma.

Sin embargo, la vida tenía preparada otra prueba en la que estuve a punto de perderla. Después de trabajar un tiempo en la Secretaría de Integración Social atendiendo fundaciones con comunidades LGBTI y habitantes de calle, un problema gastrointestinal serio me tumbó. Fui sometido a cuatro cirugías, tuve un año y medio de incapacidad, realizando terapia todos los días. Gracias a Dios superé todo aquello, que sin duda fue muy complicado. Como familia nos aferramos a Dios, le pedimos con fe por mi salud y salí adelante.

Debilitado, pero vivo, regresé. El Instituto me recibió con los brazos abiertos: me daban alimentación mientras me recuperaba y comencé a estudiar belleza para ser técnico capilar. Me ayudaron mucho en mi proceso, durante los controles médicos mensuales que debían hacerme, hasta que me regulé. Seis meses después, me postularon al proyecto de logística en Cultura Ciudadana.

La tarea era ambiciosa y consistía en cambiarle la fachada a las Unidades de protección integral (UPIS), pintándolas con colores vibrantes que reflejaran la transformación que ocurría adentro. El reto mayor fue Oasis, una cuadra inmensa que parecía interminable. Sin embargo, ¡lo logramos! Y tuvimos un gran reconocimiento, por haber embellecido estos espacios y darles una cara más amable a todas las Unidades, objetivo a través del cual no solo pintamos paredes, sino que pintamos esperanza.

Cuando el coordinador del grupo de Cultura Ciudadana se fue, tuve la oportunidad de asumir el liderazgo. Aquel niño que a los catorce años ya era líder comunitario en Santa Fe, ahora guiaba a otros jóvenes en su proceso de transformación. El círculo se completaba de maneras maravillosas como nunca imaginé.

Y entonces llegó diciembre y con él una experiencia que marcó mi vida: el convenio IDIPRON-LATAM con el programa Viajes por Colombia. Viajé a

Medellín con un grupo de jóvenes. Excelente experiencia porque muchos de los chicos jamás habían montado en avión, nunca habían visitado otra ciudad, ni conocían el mar. Fue muy bonito para todos, imaginen a jóvenes que crecimos en las calles más duras de Bogotá, elevándonos sobre las nubes y descubriendo que el mundo era más grande de lo que nuestras circunstancias nos habían permitido soñar.

Hoy, a mis veintiséis años, aun vivo en el centro de Bogotá con mi madre y mi hermano, como siempre los tres seguimos juntos. El Instituto es una casa de puertas abiertas y muchas oportunidades que algunas personas aprovechan, porque hay muchos jóvenes que sacan la cara por la institución. Es una experiencia de vida.

Mis actuales proyectos son crear un ahorro familiar programado, porque aprendí que la estabilidad económica es la base de todo, seguir mis estudios universitarios en administración de empresas y continuar capacitándome en la labor social. Ahora bien, mi gran sueño, el que me mantiene despierto por las noches, es crear una fundación para atender a niños y jóvenes. Quiero ser para otros lo que el IDIPRON fue para mí, lo que mi madre fue para mí y lo que esos líderes comunitarios que conocí en mi adolescencia fueron para mí.

Soy la prueba de que el lugar donde naces no determina a dónde puedes llegar. Soy la evidencia de que una madre con valores puede más que un barrio sin esperanza. Soy el testimonio de que las instituciones, cuando funcionan con corazón, pueden cambiar destinos. De el Cartucho a Medellín en avión. De abandonar el colegio para trabajar y graduarme de bachiller. De estar al borde de la muerte a liderar equipos de jóvenes que pintan paredes de múltiples colores y profunda esperanza.

Literalmente, desde El Cartucho hasta el cielo, ya que ese día cuando el avión despegó rumbo a Medellín, entendí que no hay límites para quien decide seguir el buen camino. Y que el buen camino, muchas veces, pasa por las puertas siempre abiertas.

Juan Pablo

DE LAS SOMBRAS DE EL CARTUCHO A LA LUZ DE LA ESPERANZA

Mi historia comienza donde muchas terminan: en las entrañas de el Cartucho. Nací en el año 1991, hijo de lo que ahí llamaban la realceza de la miseria. Mi padre, graduado en derecho de la universidad del Rosario, había cambiado las leyes por el bazuco. Mi madre, toda una heredera de una flota de taxis terminó perdida en el humo de esa misma calle. Fui el segundo de cuatro hermanos, criado entre el caos y el liderazgo criminal de mis padres en el barrio Santa Inés.

La violencia no tardó en marcar mi destino. Tenía apenas tres años de edad cuando una apuesta y tres balas me arrebataron a mi padre. Mi madre, rota por el dolor y la droga, se desvaneció entre las sombras del centro, dejándonos a la deriva y sin rumbo. Pasé de ser hijo de los «capos» del sector, a ser un número más en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF. Sin embargo, la sangre llama y la calle también, así que cuando tenía ocho años el encierro me asfixió y me volé de la institución junto con mi hermano mayor.

Todavía recuerdo el frío de esa primera noche sobre el pavimento. Un frío que te cala hasta los huesos y te enseña que el hambre duele más que un golpe. Bajo duras circunstancias sobrevivimos un año, robando pan y leche, corriendo para devorar el botín en cualquier parque, hasta que la familia nos encontró.

La vida intentó darme treguas. Viví con una prima rodeado de lujos: PlayStation, colegio de corbata y todo lo que el dinero puede comprar, pero me faltaba lo único que el dinero no compra: ¡afecto! Entonces me volé otra vez.

Luego encontré refugio con mi abuela paterna. Con ella no había lujos, pero en cambio desbordado amor. Me enseñó a cocinar y me contó quién era mi padre antes de caer en la droga. Fui feliz. ¡De verdad feliz!

Hasta ese día maldito en que, mientras hablamos en la sala, ella simplemente se desplomó en mis brazos y falleció. Yo tenía doce años. Con su último aliento, se fue mi última ancla a la bondad y aquel profundo dolor me empujó de vuelta al abismo.

Volví a la calle, pero ya no era el niño que robaba pan. Durante cinco años me convertí en la temida sombra de la calle 8o y Los Héroes. Cuchillo en mano, cosquilleo o terror psicológico, era mi oficio. Ganaba millones al día, pero, así como llegaban, se iban en perico, éxtasis y hoteles en San Bernardo. Era una vida vacía, acelerada y suicida. Yo lo sabía, pero no sabía cómo salir de ella.

Cuando cumplí diecisiete años, el ejército me reclutó. Al principio fui un problema: peleaba, desobedecía y era indomable. En medio de aquel comportamiento un coronel vio en mí algo que yo no veía: potencial. Entre consejos y dulces en su oficina, me enseñó que existía otra forma de vivir.

Sin embargo, el pasado siempre cobra factura y justo cuando empezaba a cambiar, llegó una orden de captura por mis delitos. Pensé entonces que todo había terminado, pero la vida, terca, me dio otra oportunidad: me dejaron redimir, terminar mi servicio militar y limpiar mi nombre.

A los veintiún años regresé a Bogotá, ya no a robar, sino a luchar. Lavé carros y lustré zapatos, manteniéndome a flote, aunque el vicio seguía susurrándome. Cada día era una batalla contra mi propia sombra.

El verdadero giro, el milagro real, ocurrió a los veinticuatro años, cuando crucé las puertas del IDIPRON, donde encontré el legado vivo del padre Javier De Nicoló. En ese lugar, diseñado para rescatar almas como la mía, terminé mi bachillerato. Y descubrí algo que me cambió la vida: mis manos servían para mucho más que empuñar un arma o un bazuco. ¡Servían para crear tecnología!

Estudí sistemas en el SENA. Gané una beca de Marketing. Y hoy, aquel niño de el Cartucho, el delincuente de la calle 8o, el que ganaba millones y los perdía en drogas, ahora trabaja en el área de sistemas del Instituto.

Ya no soy el delincuente que la gente esquivo en la acera. Soy Arnold, el técnico, el estudiante, el que saluda con gratitud a todos los que mantienen viva esta obra. Soy el que llega temprano a trabajar, que ayuda a otros con sus computadores y que continúa estudiando cada noche para ser mejor.

Mi abuela me enseñó que dentro de mí había bondad. El coronel me enseñó que yo tenía potencial, pero fue el Instituto, el legado del padre

Javier, el que me dio las herramientas para convertir esa bondad y ese potencial en una vida real, en un futuro tangible.

No fue magia, sino educación y oportunidad. Fue alguien diciéndome: «Tú vales, tú puedes, tú tienes futuro». Y cuando alguien te lo dice suficientes veces, te lo demuestra con acciones y no solo con palabras, eventualmente empiezas a creerlo.

Mi vida es prueba de que no importa qué tan profundo caigas, siempre hay una mano dispuesta a levantarte si tienes el coraje de tomarla. Yo caí hasta el fondo, nací en el Cartucho, perdí a mi padre siendo muy pequeño, vi morir a mi abuela en mis brazos iniciando la adolescencia, además fui delincuente durante cinco años, adicto y violento. Lo maravilloso es que también fui rescatado, educado y transformado.

El padre Javier nunca me conoció en persona. Él falleció antes de que yo llegara al IDIPRON, pero su obra si me conoció, su legado me abrazó y su visión de que ninguna vida está perdida, que todos merecemos una segunda oportunidad, ¡me salvó!

Hoy día trabajo como técnico en sistemas, uso computadoras en lugar de cuchillos y creo código en lugar de destruir vidas. Y cada vez que enciendo mi computador, pienso en aquel pequeñito que vio morir a su padre, en el muchacho que sostuvo a su abuela mientras partía o en el joven que no sabía hacer otra cosa que robar y consumir. Entonces me digo: valió la pena no rendirse y creer que podía ser más que mi pasado.

Este es mi legado, construido sobre las ruinas de mi pasado y, cimentado en la educación y el amor que aquí me dieron. No soy un milagro, sino el resultado de una apuesta radical: la que todo ser humano, sin importar cuán roto esté, merece la oportunidad de reconstruirse.

Gracias padre Javier, por construir lugares donde niños como yo, que nacimos en el infierno, podemos encontrar el camino hacia la luz. Su obra no solo me dio un diploma o una habilidad técnica, sino que ante todo me devolvió algo que había perdido a los doce años, con la muerte de mi abuela entre mis brazos: la esperanza.

Y con esperanza, todo es posible e incluso que el hijo del Cartucho, termine trabajando en una oficina, agradecido de estar vivo, de tener futuro y de poder decir: yo también soy parte de su legado.

«Mis manos servían para empuñar armas. La institución me enseñó que servían para crear tecnología. Del Cartucho a sistemas: esa es la prueba del legado del padre Javier».

Arnold

LA PALABRA QUE ME DEVOLVIÓ LA VIDA

Cuando alguien ve en ti lo que tú ya no puedes ver

Ya me había dado por perdida cuando solo tenía trece años edad. El bazuco me había robado todo: El brillo de los ojos, el hambre, los abrazos y hasta el miedo. Vagaba entre calles frías, esquinas que parecían siempre las mismas, noches que nunca terminaban. Mi piel estaba negra por la mugre y el olvido, pero mi alma, por dentro, estaba todavía más sucia. No era un ser humano, era una sombra.

Dormía donde la noche me encontraba, comía lo que recogía por ahí o lo que me daba la droga. Cada mañana era solo continuar sobreviviendo, hasta que ya no importara seguir haciéndolo. Había olvidado que alguna vez tuve nombre, que alguna vez mi mamá me había buscado y que alguna vez fui algo más que esta cosa rota tirada en una esquina.

Y ¡él me vio! Fue en una esquina cualquiera, aunque ahora sé que era mi esquina del destino. El Padre Javier se acercó sin miedo, asco, ni juicios. Como si yo fuera digna de ser mirada y todavía importara. «Ven, te invito a un lugar mejor», me dijo esa primera vez.

Lo insulté y le grité cosas horribles. No quería ayuda, no sabía cómo se recibía algo bueno, porque hacía años que nadie me ofrecía nada sin pedir algo a cambio. La bondad me asustaba más que la violencia, porque la violencia yo ya la conocía.

Sin embargo, él volvió... Una, dos, tres, veinte veces... Mientras me hundía cada día más, él se mantenía firme, como si supiera que yo aún tenía un pedacito de esperanza respirando allá adentro, bien escondido, casi muerto, pero no del todo.

Ese día, ese día me habló distinto. Se agachó a mi altura, me miró a los ojos como nadie lo hacía desde que mi mamá dejó de buscarme. Y dijo algo que me partió por la mitad: «Tú no eres lo que consumes. Tú eres lo que sueñas».

¿Sueños? Yo había olvidado esa palabra. Los sueños eran cosas de gente que tenía futuro, pero yo solo tenía la siguiente piedra, la siguiente noche y el siguiente día igual al anterior. Esa palabra, ¡esa maldita palabra hermosa!, se me clavó en el pecho como un anzuelo.

Entonces, como por arte de magia, esa magia que solo Javier podía hacer, la rabia se me rompió y se convirtió en lágrimas. Lloré con ruido y profundo dolor, fue un llanto animal que venía desde un lugar que yo creía muerto. Lloré porque por primera vez en mucho tiempo, alguien me veía. No a la drogadicta, la niña perdida o la sombra. Me veía a mí como ser humano.

Lo seguí. No porque confiara, sino porque quería volver a sentir algo que no fuera vacío. La rehabilitación fue una guerra contra mí misma, mis demonios y el cuerpo que me pedía a gritos volver a consumir. Me escapaba, recaía, dudaba de todo y de todos. Había noches en las que quería rendirme y mañanas en las que no encontraba razones para levantarme.

Y ahí a mi lado siempre, siempre, había un educador que me extendía la mano. Y él, el Padre, aparecía justo cuando más lo necesitaba, con su paciencia eterna y esa fe inquebrantable que yo no entendía. «Levántate, hija, que Dios no se rinde contigo», me decía. A veces creí que exageraba al creer en mí, ya que yo no veía en mí lo que él veía. Yo solo veía una niña rota, que había hecho demasiadas cosas malas, había perdido demasiado tiempo y estaba demasiado sucia por dentro, para volver a estar limpia.

Pero él insistía: «Todos somos responsables de todos». En esa casa no había lujos, ni alfombras, ni camas blandas, ni comida de restaurante, pero había algo que valía más que todo eso: había amor en exceso. Y eso, descubrí, alimenta más que el pan y sana lo que ninguna medicina puede tocar.

Aprendí que recuperar la vida duele, vaya que duele enfrentar lo que hiciste, lo que te hicieron y lo que perdiste. Duele mirar al espejo y reconocer a esa extraña que está del otro lado. Duele construir desde las cenizas, cuando ya no recuerdas cómo se construye. Aunque también sana, lento y doloroso, pero sana.

Hoy tengo dos hijos, dos razones para levantarme cada día y luchar, mis pedacitos de luz que me miran con ojos llenos de confianza, sin saber que su mamá alguna vez fue una sombra que vagaba por las calles esperando morir.

Mis hijos me abrazan sin miedo, porque su mamá dejó de ser una sombra y volvió a ser luz. Duermen tranquilos porque saben que su madre estará ahí

cuando despierten. Sonríen porque su mami puede sonreír de verdad, no esa sonrisa vacía que uno pone cuando ya no siente nada.

Cada vez que los miro dormir pienso: «Si no fuera por él, yo no estaría aquí». No estaría viva, ni tendría hijos, menos esta vida pequeña y simple que para mí es un milagro todos los días.

No tengo palabras suficientes para agradecer. La calle casi me mata y en ella el bazuco por muy poco me borra de este mundo. Pero el Padre Javier me resucitó en vida. Me encontró cuando estaba perdida, me levantó cuando estaba caída y creyó en mí cuando yo no me creía capaz de nada.

Él me enseñó que uno renace cuando alguien cree en uno. Que uno vuelve a vivir cuando alguien insiste en verlo, incluso cuando uno mismo has dejado de mirarse. Y que el amor, el amor verdadero, el amor incondicional aquel que no pide nada a cambio, ese amor tiene el poder de sacar a cualquiera del infierno.

Esta historia no es solo mía, porque siento que es de todos los que alguna vez tocamos fondo y encontramos una mano que no nos soltó. Soy una de las cien mil vidas que él tocó. Una entre miles que hoy respira, ríe y vive porque un día, en una esquina cualquiera, el padre se detuvo y me dijo: «Tú vales más de lo que crees».

Si estás leyendo esto y alguna vez estuviste donde yo estuve, quiero que sepas algo: No estás sola, tu historia importa, tu vida importa y aunque hoy no lo veas, ya que solo sientes oscuridad, hay luz esperándote. Hay gente que cree en ti incluso cuando tú no puedes creer en ti misma.

No dejes que este legado se apague. El padre Javier, dedicó su vida entera a recordarnos que ningún ser humano es basura, que todos merecemos una segunda oportunidad y que el amor es más fuerte que cualquier adicción.

Yo fui esa niña de trece años tirada en una esquina, esperando morir. Hoy soy una madre de dos, una mujer que lucha cada día por mantenerse en pie y una sobreviviente que sabe que los milagros existen porque ella misma es uno.

Y todo empezó con una palabra que yo había olvidado: ¡Sueños! Tras lo cual el Padre me recordó que yo no era lo que consumía, sino lo que soñaba. Y aunque en ese momento no tenía sueños, él soñó por mí, hasta que yo pude volver a soñar por mí misma.

Esa es la herencia que nos dejó. No solo programas, casas, comida y techo, sino la capacidad de volver a soñar, creer y ser.

«Tú no eres lo que consumes. Tú eres lo que sueñas». Padre Javier De Nicoló, en una esquina cualquiera, salvando una vida más.

Diana

CAMINANDO SOBRE LAS BRASAS DEL INFIERNO

Una mujer que encontró la luz entre la oscuridad

Si nunca has caminado descalzo sobre las brasas del mismísimo infierno, no hables de ello y no juzgues, ya que no sabes lo que cuesta estar ahí abajo. A mí me costó la vida que tenía, la familia, la confianza, el amor propio y hasta el sentido de existir.

Crecí con comodidades materiales, pero con enormes vacíos afectivos. Fui una niña solitaria, la única mujer entre hombres, criada bajo un modelo autoritario, en el que se esperaba que fuera delicada, obediente y correcta, pero en él nadie se preguntó jamás qué yo sentía por dentro. Nadie me abrazó cuando lo necesité. Nadie me dijo que estaba bien ser diferente. Y esa ausencia fue sembrando silencios, que con los años se convirtieron en rabia.

Fui buena estudiante, sí, pero «indisciplinada». Sensible en un mundo rígido y mi rebeldía no era otra cosa que un grito mal entendido. Me expulsaron de varios colegios, hasta que dejé de estudiar. Tenía apenas trece años de edad cuando empecé a sentir que no había un lugar para mí. Me llevaron a trabajar, me controlaron, me cerraron puertas... Hasta que un día simplemente me solté.

Llegué a vivir con mi mamá, entonces pasé de una vida cómoda a una existencia medida y estricta. No era pobreza, pero para mí lo fue y, sobre todo, fue libertad sin guía. Nadie me cuidaba, ni me contenía. Empecé a caminar sin rumbo las calles de Bogotá y a declamar poesía en los buses para ganarme unas monedas. Corría el año 1997 y por primera vez sentí que podía sostenerme sola.

Lo que no calculé fue que junto con el dinero llegarían los vicios. Primero el cigarrillo, luego el pegante y después el bazuco. El consumo entró a mi vida y todo cambió: la calle se volvió mi casa. Allí entendí algo que nunca olvidé: nadie debería atreverse a juzgar, sin saber lo que es caminar sobre las

brasas del infierno. Allí se aprende que detrás de cada habitante de calle hay una historia, un niño herido y una vida que se quebró.

Luego conocí el Cartucho, ¡otro planeta! Calles destruidas, lodazales, bodegas llenas de colchones sobre el suelo, donde la gente consumía hasta desaparecer, enfermedad, abandono, desesperanza... Todo en un mismo lugar. Yo observaba y exploraba, creyendo que tenía control sobre mí misma, sin darme cuenta que ese mundo también me estaba devorando.

Allí viví uno de los momentos más aterradores de mi vida. Estuve a punto de ser violada y asesinada. Sentí el miedo real, el frío de la muerte respirándome en la nuca. Me salvé por segundos, por un milagro, por una sirena lejana. Hay experiencias que te parten para siempre y esa fue una de ellas.

Después de eso, fui llevada a un lugar donde bañaban a los habitantes de calle, les daban comida limpia y ropa. Allí conocí al padre de mis hijos. En medio del caos, apareció el amor. Un amor imperfecto, pero verdadero.

Quedé embarazada de mi primer hijo, mientras seguía consumiendo. David nació por supuesto con complicaciones respiratorias y no pudo quedarse conmigo. Luego nació Valeria, tampoco permaneció a mi lado y aunque nunca me negaron verlos, el dolor de no criarlos fue una herida abierta durante años.

Toqué fondo. Y fue allí, cuando ya no tenía fuerzas, el momento milagroso en que apareció un ángel que trabajaba con el padre Javier. Me vinculé a la casa las niñas en la 78, llamada Servicio Juvenil, donde no veían a una adicta, una habitante de calle o una mujer «perdida», sino a un ser humano con dignidad, historia y futuro.

Las educadoras no me miraban con lástima ni asco, en cambio sí como persona. Me llamaban por mi nombre, me preguntaban qué sentía, qué necesitaba y qué soñaba, cosas que nadie me había preguntado en años.

Me ofrecieron educación y volví a un salón de clase después de años de haberlo abandonado. Al principio claro fue muy difícil, recuerdo que mis manos temblaban, mi mente divagaba y el síndrome de abstinencia me torturaba. Sin embargo, había profesores que esperaban, creían en mí y no se rendían cuando yo quería rendirme.

Aprendí que la libertad sin responsabilidad destruye, pero que la libertad acompañada transforma. En el programa podía irme cuando quisiera, nadie me encerraba, pero justamente por eso, cada día que elegía quedarme

era una victoria. Cada día que elegía estudiar en lugar de consumir, era un paso adelante.

El proceso no fue para nada fácil, hubo recaídas, tuve días en que me iba, pero volvía. Hubo momentos en que pensé que no lo lograría, que era demasiado tarde para mí, porque el daño era irreversible.

Sin embargo, el padre Javier había diseñado su modelo pensando en personas como yo. Personas rotas que necesitaban tiempo, paciencia y múltiples oportunidades. Su programa no era para los que lo lograban a la primera, sino para los que necesitaban intentar diez, veinte o treinta veces.

Aprendí oficios y descubrí que tenía habilidades que desconocía como: Tejer, cocinar y trabajar con mis manos, pero lo más importante, más que los oficios fue lo que aprendí sobre mí misma. Valía la pena como persona, tenía futuro y mi historia no era una condena sino una herramienta.

Los educadores me enseñaron que mi pasado no me definía, que podía construir algo diferente y que los errores eran parte del camino, no el final del mismo. Poco a poco, volví a creer en mí, terminé mi bachillerato y lloré de dicha el día que recibí mi diploma. También sentí orgullo de mí misma, no solo por lo que significaba ese papel, sino por todo lo que había tenido que atravesar para llegar a esa meta.

Después del bachillerato, el programa me apoyó para continuar mi formación y estudié una carrera técnica en el SENA. Luego, contra todo pronóstico, entré a la universidad y estudié psicología, una carrera con la que quería devolver lo que había recibido y, ser para otros, lo que el padre Javier y sus educadores fueron para mí.

Hoy soy Psicóloga. Trabajo con jóvenes en extrema vulnerabilidad, esos mismos muchachos que la sociedad prefiere no ver: chicos que viven en la calle, consumen drogas, han sido expulsados de todas partes y cargan historias tan duras como la mía.

Cuando los miro, me veo a mí misma, por esa razón cuando les hablo, no lo hago desde el juicio, sino desde la experiencia. Les digo en medio de su asombro: «Yo estuve donde tú estás. Yo caminé por ese infierno. Y si yo pude salir, tú también puedes».

No les miento, ni les digo que será fácil. Les digo la verdad: que será el camino más difícil de sus vidas, que habrá días en que querrán rendirse y tendrán momentos en que pensarán que no vale la pena. Pero también les

digo que sí vale la pena, ya que al otro lado del dolor está la vida y al otro lado del infierno está la luz.

Cuando miro hacia atrás y veo a aquella adolescente que empezó a declamar poesía en los buses, que buscaba su lugar en el mundo o a la joven mujer que cayó en las profundidades del Cartucho, entonces observo un hilo conductor: una búsqueda desesperada de ser vista, valorada y amada.

Yo caminé por las brasas del infierno, descalza y quemándome. Creí que no había salida, pero alguien extendió su mano y me dijo: «Ven, camina conmigo. No tienes que hacerlo sola». Fue el padre Javier, a través del modelo que él construyó durante cincuenta años. Un modelo basado en la convicción radical de que nadie está perdido para siempre, que la educación salva vidas y que el amor auténtico cambia destinos, como cambió el mío.

Hoy camino con otros, para que no tengan que atravesar las brasas solos. Ese es el legado del padre Javier vivo en mí. Ese es el regalo que recibí y que ahora multiplico.

Cada joven que se gradúa bajo mi acompañamiento, es una deuda pagada. Cada muchacho que deja las drogas, es una victoria compartida. Cada chica que recupera la esperanza, es un milagro que me recuerda el mío.

A veces los jóvenes me preguntan: «¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo saliste de ahí?» Y yo les respondo con la verdad: «No lo hice sola. Alguien creyó en mí, cuando yo había dejado de creer en mí misma. Alguien me ofreció un camino iluminado, cuando yo solo veía oscuridad. Y ese alguien se llama Javier De Nicoló». Yo recibí su mano amiga y ahora la extiendo hacia otros. Mientras respire, seguiré multiplicando ese amor, siendo testimonio vivo de que la transformación es posible y prueba de que nadie, absolutamente nadie, está perdido para siempre.

«Yo caminé por las brasas del infierno. Hoy camino acompañando a otros, para que no tengan que atravesarlas solos. Ese es el legado del padre Javier».

Magnolia

QUINCE DÍAS ENCERRANDO AL DIABLO

Para la mayoría de las personas, dos semanas pasan volando entre rutinas y preocupaciones cotidianas, mientras que para mí Carlos Andrés, estos pasados quince días han sido una eternidad. La eternidad más valiosa de mi vida, un par de semanas sin consumir drogas, después de tres años consecutivos fumando basuco sin parar.

Tres años, hermano. Mil noventa y cinco días perdido en esa mierda. Fumando día tras día esa droga que te absorbe, da todo tipo de problemas y convierte en un fantasma que, aunque camina, ya no está vivo.

El comienzo de estos quince días fue de completo estrés. Un verdadero infierno. Porque dejar el basuco después de tres años, es como encerrar al diablo.

El diablo que no te deja dormir

¡Encerrar al diablo! No hay metáfora más precisa para describir lo que estoy viviendo; El diablo de la ansiedad que te come por dentro, que te susurra al oído a las tres de la mañana y dice que un solo jalón no hace daño, que mañana sí lo dejarás, para luego replicar que la vida sin la droga no vale la pena.

Llevo quince días encerrando a ese diablo, minuto a minuto, hora tras hora y un día a la vez. Durante Los primeros días no podía dormir, mi cuerpo temblaba, sudaba frío, veía sombras y escuchaba voces. Mi cuerpo me gritaba: «Dame basuco, hijueputa, dame o me muero». Y yo tenía que repetirme una y otra vez: «No. Ya no. Se acabó».

¿Sabes lo que es pelear contra tu propio cuerpo? ¿Contra tu propia mente que te traiciona, miente y dice que morirás si no consumes? Es una verdadera guerra que se pelea segundo a segundo, tanto así, que en algunos segundos pierdes, pero otros los ganas y se convierten en las pequeñas victorias

que animan. Y así compruebo que llevo quince días ganando más de los que pierdo.

Todo comenzó una mañana en mi cambuche. Ese refugio improvisado donde los habitantes de calle intentamos protegernos del frío y la violencia. Yo estaba ahí, tirado, probablemente oliendo a mierda, con la ropa sucia y sin haber comido en días.

Ese día llegó el equipo de Operación Amistad. Esos manes que recorren las calles de Bogotá buscando a la gente como yo, a los que todos los demás ya ni miran. Me ofrecieron acompañarlos para que pudiera bañarme, alimentarme y conocer los talleres donde le enseñan a uno a tener un oficio. Una invitación simple, sin presiones y sin juicios. Solo una mano extendida.

Y yo, después de tres años perdido en la droga y de creer que ya no había salida, de repente tuve un pensamiento: «Quiero saber si puedo salir adelante». Esas seis palabras me salvaron la vida, porque si no hubiera querido saber y no hubiera tenido esa chispa, no estaría aquí contándote esto. Estaría muerto en alguna zanja o seguiría fumando basuco hasta que mi corazón dijera «ya no más».

Yo cargo las marcas de mi vida pasada; cicatrices de peleas, caídas y golpes, pero adicional cargo dos voces: Una es mi voz normal, tranquila, casi frágil, aquella del Carlos Andrés que era antes, el que tenía una mamá que lo cuidaba y sueños que deseaba realizar. La otra es una voz impostada, grave, intimidante, la que aprendí en la calle para sobrevivir y que no me tomaran por débil, ya que en la calle si te ven débil, te comen vivo.

A veces no sé cuál de las dos voces soy realmente. En ocasiones hablo con una, mientras me doy cuenta de que sale la otra. Es como tener dos personas dentro de mí: la que era y la que tuve que ser para no morir. Aquí en el programa me están enseñando que puedo usar mi voz real, porque ya no tengo que asustar a nadie. Que puedo ser vulnerable sin que eso signifique que me vayan a lastimar.

Es raro, hermano. Es muy raro aprender a ser uno mismo, después de tanto tiempo siendo otro.

Cuando murió mi mamá, yo también morí

La calle me recibió cuando mi madre falleció y ese fue el momento de mi caída. La muerte de mi mamá fue para mí como si se apagara el sol, porque de repente el mundo se tornó oscuro, frío y sin sentido.

No tenía para empezar ni cómo pagar un arriendo, entonces me dediqué al rebusque, pero la envidia de mucha gente me hizo pasar muy malos ratos, me robaban, pegaban y quitaban lo poco que conseguía.

Ahí fue cuando conocí el basuco porque alguien me dijo: «Prueba esto, te hace olvidar». Y tenía razón, me hizo olvidar; me hizo olvidar que mi mamá murió, que estaba solo, que tenía hambre, que sentía frío y que ya no era nadie. Lo peor fue que me hizo olvidar quién era yo, mis sueños y que alguna vez había sido un niño con una vida por delante.

Hermano, el basuco te roba todo: La memoria, el presente, el futuro y lo más importante el alma. Y cuando llevas tres años fumando sin parar, ya no sabes quién eres sin él.

Mis manos que ahora crean

Ahora llevo quince días aquí, aprendiendo a hacer manillas con mis manos. Estas mismas manos que antes solo sabían buscar droga y pelear, ahora están creando algo bello. Es increíble hermano, ver cómo mis manos que han hecho tanto daño; robado y peleado, ahora pueden hacer algo que la gente puede usar, algo que no destruye, sino que construye.

Cada manilla que hago, es una pequeña victoria. Cada nudo que amarro, es un minuto más sin pensar en el basuco. Cada pieza que termino, es una prueba de que puedo ser otra cosa... Sí, algo más que un drogadicto de la calle.

Los profes me dicen que tengo talento y que mis manos son hábiles. Y yo me río porque nunca pensé que alguien me diría algo así. Siempre pensé que mis manos solo servían para destruir.

Ahora, yo no solo busco reconstruir mi propia vida, sino también a mis hermanos, como yo les digo, esos con quienes compartí «la desgracia de ser drogadictos». No sé dónde están o si siguen vivos. A veces pienso en ellos y me pregunto si estarán en algún cambuche, tirados, fumando, muriendo lentamente como yo estaba hace quince días.

Quiero encontrarlos y decirle a cada uno: «Hermano, hay salida. Yo la encontré. Usted también puede». Quiero invitarlos a caminar juntos hacia la recuperación, porque nadie que ha estado en ese infierno, debería quedarse ahí para siempre.

Si alguno de mis hermanos lee esto, si alguno de los que fumamos juntos en el Bronx, el Cartucho o en cualquier olla de Bogotá, lee estas palabras, quiero que sepa que yo lo estoy logrando. Y si yo puedo, usted también puede. Quince días que parecen años, pero que me dan una nueva esperanza.

Nunca conocí al padre Javier De Nicoló, ya se había ido de este mundo cuando yo llegué al programa. Sin embargo, su espíritu sigue vivo en la gente de Operación Amistad, en los profes que me enseñan y en este lugar que me dio una oportunidad cuando yo ya no creía que la merecía.

Me contaron que el padre Javier decía que a los muchachos hay que darles mil y una oportunidades. Yo recibí la mía una mañana en un cambuche, cuando alguien se detuvo a preguntarme si quería intentarlo y yo dije que sí. Aquella fue mi oportunidad número uno, pero si meto la pata y recaigo, sé que tendré la oportunidad número dos. Y si vuelvo a caer, tendré la tres. Hasta la mil y una si es necesario.

Eso es lo que el padre Javier entendió: que la gente como yo no necesita perfección, sino oportunidades y todas las que sean necesario, hasta que alguien crea que todavía hay algo que salvar.

Dieciséis, diecisiete, dieciocho...

Mañana serán dieciséis días, luego diecisiete, después dieciocho... Y así, un día a la vez, seguiré encerrando al diablo, haciendo manillas y buscando a mis hermanos. Aunque quince días, cuando vienes de tres años en el infierno, es toda una eternidad... Es la prueba de que sí se puede y de que el basuco no tiene la última palabra.

Y esto es apenas el comienzo. Cada mañana que despierto sin haber consumido es una victoria. Cada noche que me acuesto limpio es un milagro. Cada manilla que hago es una oración sin palabras y que dice: «Gracias por darme otra oportunidad».

Soy Carlos Andrés, llevo quince días limpio después de tres años perdido en el basuco. Algunos días el diablo todavía grita, patea y me tienta, pero yo

lo mantengo encerrado. Un día a la vez, una manilla a la vez y una esperanza a la vez.

Pienso que, si el padre Javier creyó que gente como yo merecía mil y una oportunidades, lo mínimo que puedo hacer es aprovechar esta primera. Y mañana serán dieciséis días.

Carlos Andrés

DOCE AÑOS PERDIDOS

Pero volví a dónde el padre javier me esperó

Tenía doce años de edad cuando conocí al padre Javier. Estaba interno en la olla de Bosa, era un niño de la calle sin rumbo y sin futuro visible. Y entonces llegó él, se sentó a mi lado y me habló del programa. Me dijo que había un lugar para mí, dónde podía estudiar y tener una vida diferente. Me ayudó y mandó al Oasis, aunque en ese programa trabajaban con personas de treinta años para arriba, el Padre hizo entonces una excepción conmigo y después me trasladó a La Florida.

Estuve allá dos meses, durante los cuales tuve todo: Comida, cama, maestros y oportunidades, pero me salí. Una decisión que me costó doce años.

Decidí volver a las calles, no sé exactamente por qué, tal vez pensé que podía solo o el llamado de la calle fue más fuerte. Quizá no entendía el regalo que me estaban dando. En todo caso, duré doce años en las calles; consumiendo vicio, atado a las drogas y viviendo como habitante de calle. Tiempo que jamás voy a recuperar, durante el cual pude haber estado estudiando, creciendo y construyendo algo. Años que el padre Javier me había ofrecido para cambiar y que yo rechacé.

El tiempo pasó, pero cuando cumplí veintidós años, algo cambió: miré mi vida y me pregunté: ¿Esto es todo? ¿Así voy a morir?

Decidí entonces volver al programa. Toqué la puerta del mismo lugar que había abandonado doce años atrás y me recibieron sin juzgarme, sin reproches, como si el padre Javier hubiera sabido que yo iba a volver algún día, como el hijo prodigo.

Sin embargo, al regresar me enteré de algo que me destrozó: el padre Javier había muerto en el año 2016. Me dolió no haber podido agradecerle y decirle lo que quería: «Padre, perdón por haberme ido. Tenía razón. Usted tenía toda la razón». No pude decirle que esos doce años en la calle, me enseñaron exactamente lo que él trataba de evitar, porque la calle no perdona, las

drogas destruyen y el tiempo perdido no regresa. Javier ya no estaba, pero su programa sí.

Cuando veo mi vida hacia atrás, hago cuentas: Si me hubiera quedado a los doce años de edad, habría terminado el bachillerato a los diecisiete, estudiado una carrera técnica a los diecinueve, hubiera trabajando desde los veinte y ya hoy tendría ocho años de experiencia laboral. Lo que realmente pasó: doce años en las calles, volví a los veintidós y ahora a los veintiocho apenas estoy terminando el bachillerato.

Perdí una década entera y algo más. Y lo más duro es que no tenía que haber sido así, ya que el padre me abrió la puerta y mostró el camino. Yo fui quien cerró aquella puerta y se perdió entre las calles.

Hoy día estoy terminando mi bachillerato, estudio de noche técnico de cocina en el SENA y hago prácticas en un restaurante italiano, irónico ¿no? Como el padre Javier. Estoy trabajando, construyendo la vida que pude haber tenido a los veinte, pero que apenas tengo a los veintiocho.

No soy Angie, que aprovechó la oportunidad y ahora es ingeniera en Australia. No soy el vendedor que salió adelante y tiene pensión. Yo soy el que se fue, el que dijo no cuando debí haber dicho sí y pagué el precio: doce años de mi vida. Estoy agradecido de estar aquí, de haber vuelto y de que el programa me recibió de nuevo. Pero no puedo recuperar esos doce años.

Si eres un niño o una niña en una de las Unidades de Protección Integral (UPI) ahora, quédate, te invito a que no cometas mi error, no pienses que las calles son mejor opción y no creas que puedes solo. No puedes, fíjate en mí, lo intenté y perdí doce años.

Si estás pensando en irte, piensa: ¿Qué vas a encontrar afuera que no tengas aquí? ¿Libertad? En la calle no hay libertad, hay supervivencia. ¿Dinero fácil? Se acaba rápido y te deja con nada. ¿Amigos? Te abandonan cuando ya no les sirves. El programa del padre Javier te está dando lo único que realmente importa: futuro. No lo desperdicies como lo hice yo.

Si Javier estuviera vivo, le diría: «Padre, perdón por haberme ido. Usted creyó en mí cuando tenía doce años. Me dio el Oasis, La Florida y oportunidades. Y yo me fui, pasé años perdido, exactamente como usted me advirtió que pasaría. Pero volví, porque usted sembró algo en mí que las drogas no pudieron destruir: la certeza de que merecía algo mejor. Volví tarde, muy tarde. Perdí años que no voy a recuperar, pero volví. Y voy a terminar lo que empecé con usted. Voy a graduarme, seré técnico en cocina y trabajaré hon-

radamente. Voy a ser la prueba de que usted no se equivocó conmigo, aunque yo me haya equivocado».

El padre Javier hizo su parte, yo no hice la mía. Él me dio educación, yo elegí las calles. Me dio refugio, yo elegí la intemperie. Me dio futuro, yo elegí el vicio. Y pagué las consecuencias. Hoy, mientras cocino en ese restaurante italiano, pienso en él, en que vino de Italia a salvar niños como yo y pienso en todos los años que pude haberle demostrado que su esfuerzo valió la pena. Sin embargo, me fui y cuando volví, él ya no estaba.

Ya no podre prepararle una deliciosa pasta a lo Ronald, pero su programa sigue vivo y la prueba de ello es que cuando toqué esa puerta otra vez, me recibieron. No me dijeron «ya tuviste tu oportunidad» o «te fuiste, ahora te jodes» o «es muy tarde para ti». Me dijeron: «Bienvenido de vuelta». Ese es el legado del padre Javier: Programas que no se rinden con nadie. Que saben que a veces la gente se va, que a veces se pierde, pero que siempre, siempre, puede volver.

La diferencia entre los que triunfaron y yo es que ellos aprovecharon la primera oportunidad, mientras que yo necesité una segunda. Y gracias a Dios, el programa del padre Javier cree en segundas oportunidades, terceras y más...

Créeme, es mucho mejor aprovechar la primera, de lo contrario quizá como yo cargarás siempre con esta pregunta que me persigue cada día: ¿Qué habría pasado si me hubiera quedado? No tengo respuesta. Solo tengo doce años perdidos y una segunda oportunidad que no voy a desperdiciar.

Ronald

VEINTITRÉS VECES AL ABISMO

La paciencia infinita de quien no se rinde

Corría el año 1980 y yo era tan solo un cachorro de nueve años. Emergía de un clan disfuncional cuyo padre siempre fue mujeriego. Fui uno más de sus tantos hijos que ignoraba una vez asomaban al mundo. Cuando tuve alguna comprensión de lo que era la vida, me vi solo frente a un terreno convulsionado socialmente, venía de una ciudad pequeña a una gigante como Bogotá.

En los años ochenta, la capital era un hervidero de rostros indiferentes, fríos y despistados y, a mi corta edad, el frío y el miedo me castigaban en un mundo cruel, inhumano, sin sentimientos. No había lugar para un niño sin padre, nombre, ni nadie que se diera cuenta si desaparecía.

Llegué al terminal de transportes del barrio 7 de Agosto, al norte de Bogotá, un lugar comercial y agitado. Ahí vi por primera vez a otro infante, tan carisucio y con las mejillas quemadas como yo. Coincidimos en una bolsa de comida donada por un restaurante, el famoso «repele» con sopa y todo. Lo compartimos, y de sobremesa, el robo de una colombiana, la gaseosa de la época.

Así comenzó mi vida en la calle. Luego vinieron las actividades tácitas de esos días: Las pepas, el cambuche, la gasolina, la gallada y el abataneo. También las horribles veinticuatro horas en los calabozos de las estaciones de policía. Fueron incontables las veces que el camión de las batidas nos recogía junto con putas, maricas, locos y carangas. Éramos la escoria, los desechables, los que este sistema salvaje producía y luego fingía no ver.

Pasaron los años e historias curtidas de dolor y estigmas se acumulaban sobre mi espalda como capas de mugre imposible de lavar. Yo era un gamín más entre miles, un número, una estadística y una molestia pública. Hasta que un día aparecieron unos señores enviados por un padre, cuya descendencia extranjera tenía propósitos de labores humanitarias. Raro en un mundo donde cada quien andaba por su lado sin importar la vida de los demás, y

más aún, en los gobiernos de turno donde todo se lo robaban y el asunto de los pelafustanes era para ellos inexistente o simplemente no les importaba.

Sin embargo, este cura era diferente, se llamaba Javier De Nicoló, y emprendió el noble odio de rescatar más que gaminos: quería rescatar seres humanos, resultado de la iniquidad social, la desigualdad y la injusticia característica de los pueblos latinoamericanos.

Llegó la chocolatada, con su Operación Amistad, invitando a un paseo, preámbulo a un cambio de vida, situación y mentalidad. Por primera vez en nuestras vidas, alguien nos trataba con calor humano, hacía ver lo que valíamos para la sociedad o las autoridades. Una sociedad estratificadora y de doble moral, que nos había condenado desde el día en que nacimos.

Una vez invitados e ingresados a las casas del programa, aprendimos a expresarnos, a comer con cubiertos y a adquirir ciertos modales para ser aceptados socialmente. Cosas que para cualquier niño normal son obvias, pero que para nosotros eran como aprender un idioma extranjero.

En mi caso, tuve muchos ingresos por la inestabilidad de mi personalidad, la inmadurez y múltiples factores que no dejaban que enderezara mi destino. La calle, las pepas y la libertad salvaje de no responder ante nadie, me llamaban más fuerte que las promesas de un futuro mejor. Así que en un eterno círculo vicioso me escapaba, volvía, me recibían y me escapaba otra vez.

Tuve veintitrés ingresos al programa. Veintitrés veces toqué la puerta. Veintitrés veces me abrieron. Veintitrés veces el Padre y, sus colaboradores, decidieron que yo todavía valía la pena, que para mí había esperanza y que merecía una oportunidad más.

¿Pueden imaginar eso? Veintitrés veces. La mayoría de la gente te da una oportunidad, tal vez dos si tienes suerte, pero veintitrés es algo que solo se explica con una palabra: amor incondicional. Amor necio, terco y obstinado que se niega a rendirse, incluso cuando la lógica dice que ya no hay nada más que hacer.

Cada regreso era una verdadera batalla campal contra mí mismo, mis demonios, aquella voz en mi cabeza que me decía que yo no servía para nada bueno, que siempre sería un gamín o que mejor me quedara en la calle donde al menos nadie esperaba nada de mí.

Entre tanto, el Padre esperaba. Siempre esperaba. Esa actitud me sirvió para irme poco a poco convenciendo de la necesidad de una nueva mentalidad y no fue cosa de un día, ni un año. Fue un proceso lento, doloroso, de ires

y venires, caídas y levantadas, rendiciones y resurrecciones. Al final lo logré, después de muchos intentos, veintitrés entradas y salidas para ser exactos, sí logré quedarme. Creí que yo podía ser algo más que un desechable. Vi en mí mismo lo que el Padre había visto desde el principio: un ser humano digno de amor y oportunidades. Hoy agradezco al Padre y a sus colaboradores por su paciencia conmigo. Por no cerrar la puerta la segunda vez, ni la quinta, ni la décima, ni la vigésima. Por creer que valía la pena insistir, incluso cuando yo mismo ya no creía en mí.

En todo ese camino recorrido, al paso de los años, vi caer a muchos compañeros en la ruta del paso a la conversión y la victoria. Amigos que no llegaron al otro lado. Hermanos de calle que murieron tratando de superar esa batalla, muchas veces consigo mismos y con un entorno ciego a las luchas desiguales.

Hoy hago con nostalgia un recuento retrospectivo de esos años compartidos; pienso en los rostros que ya no están, en todos los que se quedaron en el camino y en los que no tuvieron la suerte de encontrar a alguien que les dijera a la veintitrés veces: «Todavía hay esperanza para ti».

A mi paso por el programa superé muchos defectos y descubrí cualidades para ser alguien, dentro de esta inequitativa sociedad. Aprendí que el cambio es posible, pero que requiere paciencia, la de quien te ayuda, pero también contigo mismo. Entendí que caer no es fracasar, porque fracasar es no volver a levantarse, pero levantarse es posible siempre, porque siempre hay alguien dispuesto a extenderte la mano, si tú estás dispuesto a tomarla.

El padre Javier me enseñó que ningún ser humano es desechable, que todos merecemos no una, sino veintitrés oportunidades si es necesario, por la sencilla razón que el amor verdadero no se cansa, no se rinde y no lleva cuentas.

Yo fui un cachorro de nueve años en la década de los 80s, perdido en las calles de una ciudad que no me quería. Hoy soy un hombre que sabe que vale mucho, que aporta algo y que merece estar aquí. Y eso se lo debo a un cura que decidió que los gamines no eran basura, sino seres humanos esperando ser vistos.

Si mi historia sirve para algo, que sirva para recordar esto: ¡nunca es tarde para cambiar!, ya que jamás son demasiadas las veces que caes. Lo que importa es que siempre haya alguien esperándote cuando decides volver a levantarte. Y gracias a Dios, gracias al padre Javier, yo siempre tuve a alguien esperándome, veintitrés veces para ser exactos. «Por primera vez alguien nos

trataba con calor humano y nos hacía ver lo que valíamos para la sociedad». El Oso, después de veintitrés oportunidades, finalmente está en casa.

El Oso



Acabas de leer sobre el infierno. hombre que se atrevió a entrar en él con una sonrisa, una taza de chocolate y la convicción de que nadie estaba perdido.

VOCES DESDE EL UMBRAL

«La mano extendida»

Los encuentros que cambiaron destinos

1. El ángel que llegó con pan y chocolate — *Natalia Pereira*
2. El camino de la salud y el servicio — *Héctor Salazar Petete*
3. Mientras almorzaba con el Padre Javier — *Brayan Barreto*
4. La puerta que cambió mi vida — *Ángel Lozano*
5. La mano que me enseñó a caminar — *Jimmy Reyes Cañas*
6. La primera vez que vi el mar — *Alejandra Ordóñez*
7. La promesa que cambió mi vida — *Gabriel Herrera*
8. El número que salvó mi vida — *Mondragón*
9. La hamburguesa de las Naciones Unidas — *Lucho García*

La salvación no siempre llega con trompetas celestiales. A veces llega con una taza de chocolate caliente, con una palabra dicha en el momento exacto, con alguien que se sienta a almorzar contigo y te trata como si fueras importante. El Padre Javier sabía que antes de transformar una vida, primero hay que tocar un corazón. Y él tocó miles. Uno a la vez. Con paciencia infinita. Con amor profundo. Con la convicción inquebrantable de que ningún ser humano es desechable.

EL ÁNGEL QUE LLEGÓ CON PAN Y CHOCOLATE

Nací en el Bronx, no el de las películas en la ciudad de Nueva York, sino en ese barrio de Bogotá, infierno colombiano donde: se vendían niños, niñas de mi edad ya eran prostitutas y la muerte era tan común como el hambre. Mis papás eran habitantes de calle; mi mamá Angélica, llevaba en la calle desde los catorce años de edad. Mi papá Emilio, había regado hijos por toda la ciudad, como quien siembra sin esperar cosecha.

Cuando nací, mi mamá no pudo amamantarme, ya que la droga le había robado hasta eso. Me alimentaron con sobras de restaurantes y sopas de menudencias que pedían en las calles. Durante cinco meses viví así, entre el cemento del Bronx y los brazos de dos personas cuyo primer amor era la droga, no yo.

Mi mamá estuvo en la cárcel en tanto se encontraba embarazada de mí. Ahí fue abusada sexualmente por otras mujeres, mientras yo crecía en su vientre. Los guardianes le dijeron algo que aún me estremece: «Vaya, tenga a su hija y vuelva». Como si yo fuera un trámite o un paréntesis en su condena. Cuando salió, volvió con mi papá y empezaron a «criarme» esos cinco meses. Criarme es un decir generoso para apenas mantenerme viva.

Entonces apareció José Mora, un hombre que había sido drogadicto, había conocido ese mismo infierno y había salido de él gracias al programa del padre Javier De Nicoló. Un hombre que, transformado por esa experiencia, había creado con su esposa una fundación para niñas, la que llevaba pan con chocolate al Bronx.

José, había aprendido del padre Javier algo que cambiaría mi vida: Que quien fue rescatado tiene la obligación de rescatar a otros. Que el amor se demuestra con acciones, no con palabras. Que servir a los más vulnerables es la mejor profesión del mundo.

Entrar al Bronx era jugarse la vida, tanto que una vez mataron a un doctor que fue a ayudar, pero José entraba, con su pan y chocolate, siguiendo el

ejemplo del hombre que había caminado las calles más peligrosas de la capital sin miedo y mirando a los ojos a los que todos ignoraban. En una de esas entradas conoció a mi papá biológico.

Meses después, caminando por Chapinero, se lo encontró de nuevo. Y mi papá le dijo algo aterrador y que me hubiera condenado para siempre: «Tengo una hija de cinco meses. Ya hablé con un jíbaro. La voy a vender por droga».

José le rogó que entendiera lo que me pasaría, le explicó que me iban a prostituir y que me destruirían, pero mi papá estaba en su mundo. Su primer amor era la droga y allí no cabía nadie más. Entonces José le dijo: «Regálemela».

Mi mamá estaba sentada conmigo en brazos en plena calle, en el momento en que mi papá biológico se le acercó, me arrancó de sus brazos y me entregó a José, como quien entrega un paquete. José cogió un taxi y me llevó a la casa de su mamá. Ese día, con cinco meses de vida, mi historia cambió de rumbo.

No fue nada fácil porque la esposa de José acababa de perder un bebé y no me quiso. No tengo recuerdos de ella cargándome o peinándome. Fue José quien se encargó de todo: Bañarme, vestirme y cuidarme. Dos años después, mis papás biológicos aparecieron con otro bebé, un varoncito prematuro, canguro, al que tampoco podían cuidar. Y José, ese ángel terco formado en la escuela del padre Javier, dijo que sí otra vez.

Mi hermano y yo crecimos sabiendo que éramos adoptados, pero sin entender qué significaba. A veces escuchábamos gritos afuera de la casa, «esos loquitos gritando» decíamos, sin saber que eran nuestros papás biológicos pidiendo dinero y amenazando con llevarnos. Hasta que un día la policía tuvo que intervenir y mis papás adoptivos iniciaron el proceso legal.

Cambié de nombre, entonces de Jamie Marilyn Barzola Vargas pasé a ser Natalia Pereira. En cada cita médica, mi papá José pedía que no dijeran mi nombre anterior para protegerme de la confusión. Siempre protegiéndome.

A los doce años de edad empecé a hacer preguntas. Quería saber quiénes eran mis papás biológicos, «no estás lista» me decían. Pero una noche de diciembre, viendo las luces navideñas, apareció un habitante de calle gritando nuestros nombres antiguos: «¡Jamie! ¡John!». Hubo una pelea entre mis dos papás, José le dio dinero y ese hombre se fue. Yo me senté frente al televisor y lo supe: ese era mi papá biológico.

Tiempo después encontré una foto mía de bebé, en brazos de dos personas que me miraban con ojos vacíos. Un día, en la cocina de nuestra fin-

quita, le pedí a Dios que me dijera el nombre de mi mamá, a mi mente llegó «Angélica». Corrí donde mi mamá adoptiva y se lo dije, entonces ella pensó que había esculcado documentos, pero no. Fue algo más grande que yo.

Me confirmaron todo: Angélica y Emilio, el Bronx, la droga, el abandono y la venta que nunca se concretó, porque un hombre con pan y chocolate decidió que mi vida valía más que eso.

El legado invisible que me salvó

Nunca conocí al padre Javier De Nicoló, sin embargo, su obra me salvó la vida de una manera que solo ahora, a mis veinte años, puedo entender completamente.

José Mora, fue rescatado por los programas del padre Javier. Ahí aprendió que su vida tenía valor, que podía ser más que su pasado y que el servicio a otros era la forma más alta de gratitud. Entonces cuando salió transformado, no se conformó con estar bien, sino que creó una fundación. Entró al Bronx con pan y chocolate. ¡Me salvó!

José no inventó nada de eso, todo lo aprendió del padre Javier, quien durante décadas caminó las calles más peligrosas de Bogotá, con esa misma convicción: que ningún niño merece ser abandonado, que toda vida vale la pena y que el amor no es teoría sino práctica cotidiana.

El padre Javier nunca me cargó en sus brazos, pero José, formado por él, sí lo hizo. El padre Javier nunca me cambió un pañal, pero José, inspirado por su legado, sí lo hizo. El padre Javier nunca supo mi nombre, pero creó una cultura de rescate que hizo posible que hoy yo tenga un nombre, una familia y un futuro.

Hoy tengo veinte años de edad, miro hacia atrás y veo dos caminos: el que me tocaba y el que me dieron. Debí crecer vendiendo mi cuerpo en el Bronx y debí ser una estadística más, un nombre sin rostro, en las cifras de niños perdidos. Sin embargo, José Mora transformado por el padre Javier, con su fundación, su fe terca, su pan y chocolate, me mostró que había otro mundo posible.

No romantizo mi historia, repito ella fue dura: La diferencia de trato con mi hermano me dolió. Las preguntas sin respuesta me atormentaron. El saber que mis papás biológicos estuvieron tan cerca y nunca pude abrazarlos

me partió el corazón. Mi papá Emilio ya murió y nunca pude decirle que lo perdonaba, que entendía que la droga había sido más fuerte que él.

Entiendo muy bien, que el padre Javier De Nicoló, con su visión y sus programas, creó una red de personas como José, quiénes decidieron ser ángeles tercos. Individuos que entraron al infierno del Bronx con pan y chocolate. Seres que dijeron «regálemela» cuando otros decían «véndala». Personas que nos mostraron que merecíamos sábanas limpias, nombres nuevos, abrazos, futuro y amor.

El padre Javier enseñó que «servir es la mejor profesión del mundo», José lo aprendió y me salvó. Ahora yo, toda una jovencita, estoy aprendiendo lo mismo. Mi forma de agradecimiento es contar esta historia, estudiar para ayudar a otros y no olvidar nunca de dónde vengo ni quién hizo posible que llegara a donde estoy.

Esta es mi verdad: estaba destinada a vivir y morir en la calle, pero un ángel apareció en el camino. Y ese ángel no llegó solo, estaba respaldado por una muy poderosa red de fe, trabajo y la profunda convicción, de que ningún niño merece ser vendido por droga. Llegó formado por un ángel superior en cuerpo de hombre, que dedicó su vida a crear ángeles, uno tras otro.

Gracias, padre Javier, por crear espacios donde se forman personas como José, enseñarles con ejemplo que el amor no es un sentimiento, sino una decisión que se toma todos los días y mostrarles que vale la pena arriesgar la vida entrando al Bronx con chocolate y pan.

Nunca pude mirarte a los ojos, para decirte «gracias» en persona, pero cada día que vivo, cada meta que cumplo o cada vez que cuento mi historia, para que otros sepan que la transformación es posible, estoy honrando tu legado, querido padre Javier. Tú no solo salvaste a José, sino que a través de él también me salvaste a mí. Y estoy segura por lo que hay en mi alma, que a través mío salvarás a otros. Así funciona el amor verdadero: se multiplica, expande y trasciende generaciones.

Yo soy ahora Natalia Pereira y, estoy viva, porque el padre Javier creyó en José y a su vez José creyó en mí. Estoy viva porque alguien decidió que mi vida valía más que cinco meses en el Bronx, esperando ser vendida. Estoy viva porque el legado del padre Javier, incluso después de su partida, sigue rescatando niños.

Natalia Pereira

EL CAMINO DE LA SALUD Y EL SERVICIO

Tenía dieciséis años de edad cuando llegué interno a la Florida. Corría el año 1978 y oficialmente cursaba octavo de bachillerato, pero lo que en realidad me definía en esos días era mi rol en el Consejo de Gobierno, donde ejercía como alcalde de la República de los Muchachos. No fue un cargo que busqué, pero tampoco supe rechazarlo, ya que los sacerdotes tenían la capacidad de ver en nosotros posibilidades, que ni siquiera nosotros mismos percibíamos y eso pasó en mi caso.

Fue el padre Javier quien me encargó una tarea aparentemente simple: ir al aeropuerto a recibir a una enfermera que llegaba de los Estados Unidos, de nombre Pamela Suedixon. Recuerdo que en aquella época tenía cierto prejuicio contra los anglos, pero Pamela era diferente; campesina, íntegra y dedicada al servicio a través del Cuerpo de Paz. Ella comenzó a compartir conmigo sus conocimientos de enfermería y algo despertó dentro de mí que no sabía porque estaba dormido. Aquello no fue un acto deliberado de enseñanza, sino el resultado de estar cerca de alguien que vivía su vocación con total autenticidad.

Pasé por varios talleres incluido el taller de pintura con el maestro Manuel Ospina, pero fue el trabajo al lado de Pamela lo que realmente me cautivó. Llegué a ser su asistente, luego secretario de salud en el Consejo de Gobierno. La biología me fascinaba de una manera que no puedo explicar por completo. Tal vez era herencia de mi padre, quien en su momento estudió medicina, aunque su ausencia dejó más vacíos que respuestas. En todo caso lo que sí quedó claro fue que llevaba la salud en la sangre, como quien hereda un llamado sin proponérselo.

Egresé en el año 1981 con esa espinita clavada. El padre Javier me propuso continuar como educador en Bosconia, entonces trabajé en varias casas entre ellas Camarín y Liberia, lo curioso fue que en cada una de ellas aquella inquietud por la salud me perseguía. Como educador, sentía la responsabilidad de poder asistir a los muchachos en sus urgencias médicas. Recuerdo el

primer caso grave: una emergencia en Liberia que me obligó a actuar con los pocos conocimientos que tenía. Fue aterrador y revelador al mismo tiempo.

En 1984 comencé mis estudios formales en el Centro de Enseñanza Paramédica CEP. Cuando se presentó el desastre de Armero en 1985, estuve ahí como socorrista, con treinta estudiantes bajo mi responsabilidad, atendiendo heridos y tratando de ser útil en medio del caos, en una de las tragedias más grandes que ha vivido Colombia.

Cada experiencia me enseñaba algo nuevo: que la teoría sin práctica es estéril y que el servicio real tiene un costo emocional que los libros nunca mencionan.

Pasaron los años y adicional estudié técnico profesional en servicio farmacéutico en el SENA alrededor de 2010, luego complementé mi formación en el CEAP. Pero fue en la unidad de la Dosis donde en realidad viví mi vocación, durante los casi doce años en que trabajé como enfermero en el patio. Teníamos traumas, patologías diversas y permanentes urgencias que me desafiaban constantemente, pero no estaba solo, el doctor Luis Carlos España fue mi maestro más influyente. Un hombre místico, con profunda entrega a los muchachos, que me enseñó que la medicina no es solo técnica, sino filosofía de vida. También estuve cerca al doctor Cuellar Geneco, quien me enseñó los fundamentos en La Florida.

Esos años fueron de aprendizaje constante. Me atrevía a hacer cosas que asustaban a algunos: Suturar, pasar líquidos o actuar como médico en situaciones donde no había otro remedio. Hice mis cursos y prácticas, siempre movido por ese ánimo de servicio que el padre Javier nos inculcaba. La privacidad de mis pacientes, el manejo ético de sus historias clínicas y la calidad en la atención, no eran detalles, eran principios fundamentales.

Luego estuve en Acandí, en medio de la selva, con recursos precarios, pero con la misma determinación. Inyectaba, suturaba y hacía lo que fuera necesario con lo que tenía a mano. En El Tuparro enfrenté malaria, paludismo y afecciones tropicales que desafiaban mis conocimientos. Machetes, espinas de pescado, micosis o problemas digestivos en medio de la vida salvaje que no respeta protocolos. Entonces fue ahí, rodeado de selva y limitaciones, cuando entendí que la verdadera medicina es la capacidad de no rendirse ante la adversidad.

Chibchalá: El sueño que no fue

Hubo un momento en que el padre Javier nos mostró su visión más ambiciosa: Chibchalá. Recuerdo el brillo en sus ojos cuando hablaba del proyecto, un pequeño hospital de urgencias para muchachos de la calle. Un espacio donde la medicina que practicábamos en los patios de las otras unidades pudiera expandirse, profesionalizarse y con ello salvar más vidas.

Cuando me designaron coordinador en Chibchalá, sentí el peso de esa responsabilidad, ya que no era solo administrar un lugar, sino custodiar un sueño. Vimos cómo levantaban la infraestructura y se invertían recursos considerables en un proyecto que parecía estar «en popa», como decimos. Todo indicaba que ese hospital sería la culminación de años de trabajo, como también la materialización de lo que el padre Javier nos enseñó: que los muchachos de la calle merecían atención médica digna.

Sin embargo, como sucede en la vida, especialmente cuando se trabaja en contextos frágiles, las cosas no siempre salen como se planea. Estuve ahí, administrando, soñando con lo que podría ser, pero al final solo quedó la infraestructura, una verdadera lástima porque era una idea noble, que bien representaba años de fe y planificación. A veces pienso en eso y duele, pero también entiendo que el padre Javier plantaba semillas sin saber qué flores brotarían.

Durante ese tiempo en Chibchalá además enfrenté un momento difícil, uno de esos instantes donde casi pierdo todo. Había cometido errores o al menos errores que así fueron catalogados. El desánimo comenzaba a apoderarse de mí y pensé que quizá mi camino en el programa terminaba ahí. Fue entonces cuando Manuel Ospina me extendió la mano, sin juzgarme, sin dar sermones, simplemente me dio la oportunidad de continuar. Ese gesto de solidaridad, me recordó que la obra del padre Javier no era solo de ladrillo y cemento, sino de comunidad y personas que se sostenían mutuamente cuando alguien flaqueaba.

El legado que permanece

No inicié medicina como alguna vez prometieron, quizá fue por trámites o tal vez por circunstancias que escapaban a mi control. Sin embargo, lo que el padre Javier y su obra me dieron fue algo más profundo: el entendimiento

de que servir es un acto de amor, que la salud no es un lujo sino un derecho y que cada persona que toco en mi labor merece mi mejor versión.

Pasé de ser enfermero a auxiliar administrativo y finalmente me pensioné en el IDIPRON. Fue mi aporte final, mi manera de cerrar un ciclo que nunca esperé fuera tan transformador, después de años que no fueron simplemente de trabajo. Fueron la oportunidad de conocer caracteres, vidas e historias de muchachos en las diferentes unidades. Cada uno de ellos dejó una marca en mí; aprendí que la verdadera medicina no está en solo los medicamentos, sino en la presencia, en escucharlos y en la disposición a estar ahí cuando alguien lo necesita.

Hoy, años después, esa inquietud sigue viva. La medicina ahora la aplico en casa, con mi familia, en esa inyección o toma de presión requeridas. Sin embargo, llevo conmigo los años vividos en la Dosis, Acandí, El Tuparro, Chibchalá y en cada unidad donde pude hacer la diferencia. El padre Javier construyó mucho más que casas; construyó espacios donde las vocaciones podían florecer y un joven como yo podía descubrir su propósito sin temor a equivocarse, sabiendo que había gente como Manuel Ospina, el doctor España o él mismo, dispuestos a creer en nosotros incluso cuando nosotros ni creíamos en sí mismos.

La vida me quitó la oportunidad de ser médico en el papel, pero el padre me dio algo mejor: el privilegio de vivir cada día como si lo fuera, sirviendo a quienes más lo necesitaban. Y eso no tiene precio.

Héctor Salazar (Petete)

MIENTRAS ALMORZABA CON EL PADRE JAVIER

El privilegio que no todos tuvieron

La primera vez que el padre Javier me invitó al IDIPRON, dije que no, ya que e dio miedo. Era el año 1997, yo tenía ocho años y medio de edad y, vivía en las calles de el Cartucho. Sin embargo, la segunda vez que me invitó, poco tiempo después del anterior, dije que sí, una decisión que cambió mi vida para siempre.

El padre Javier me llevó a una casa llamada Belén, llegando a la Circunvalar por la séptima. Ahí me acogieron, alimentaron y dieron ropa, cosas que jamás había tenido. Entré como un niño pequeño y salí como un adolescente de casi dieciocho años de edad, a punto de terminar el bachillerato, después de pasar en el programa nueve años completos, del año 97 al 2006, donde aprendí casi todo lo que sé.

Durante ese tiempo, gracias a Dios y al Padre, me volví bailarín, la gente dice que muy bueno y hasta fui jefe de baile por un tiempo. Aprendí sistemas, vitrales, pintura y llegué hasta décimo grado, pero lo más importante que aprendí fue que alguien creía en mí.

Hay algo que mucha gente no sabe y que guardo en mi memoria como el mayor tesoro: yo me senté muchas veces a almorzar con el padre Javier, en la casa de la 78 donde él vivía, como jefe de baile tuve ese privilegio. Casi todos los días me sentaba a su mesa y mientras almorzábamos, yo lo escuchaba. Escuchaba su forma de pensar, de ver las cosas y de amar sin esperar nada a cambio. Hablaba de cómo tratar a los muchachos, de por qué la educación era lo primero o de cómo cada uno tenía un talento esperando ser descubierto. Todo charlado con ese acento italiano que nunca perdió.

Y yo, un niño que venía del Cartucho, estaba sentado ahí, escuchando a un hombre muy sabio, pero que me veía como su igual. No como basura o un problema, sino como una persona. Ese era papá Javier.

En el año 2006 pasó algo terrible, hubo el homicidio de un muchacho en el Instituto. Fue muy doloroso para el Padre y doloroso también para todos nosotros. Por esa razón le tocó sacarnos, no fue su culpa, pero él sintió que nos había fallado. Yo lo vi ese día, vi su dolor y sentí cómo un hombre que había dedicado su vida entera a salvarnos, cargaba con una culpa que no era suya.

Tengo que ser honesto, no aproveché al 100% las oportunidades que él me dio: Pude haber terminado once, estudiado una carrera y hecho más. Sin embargo, aproveché mucho, pasé de ser un niño de la calle a ser un hombre con educación, habilidades y futuro, lo que cambió mi vida por completo. Cuando veo lo que tengo hoy día: El baile, los conocimientos y, la capacidad de trabajar y vivir dignamente todo, absolutamente todo, viene de esos nueve años en el programa.

Hay algo que siempre me impresiona y es que el padre Javier ni siquiera era de Colombia, era italiano. Pudo haberse quedado en su país y haber tenido una vida tranquila y cómoda, pero eligió venir aquí. Eligió meterse en las calles más peligrosas de Bogotá y Colombia. Eligió recoger niños que nadie más quería.

Jamás le escuché pedir algo para él, todo era para nosotros. Cada esfuerzo, peso y minuto de su vida, sin esperar nada a cambio. Eso es amor verdadero. Hoy algunas personas niegan lo que el padre Javier hizo y se atreven a decir cosas horribles de él, pero yo me senté en su mesa. Lo vi trabajar cada día y puedo decir con toda seguridad, que ayudó a miles de personas de la calle.

Yo soy solo uno de esos miles. Y si yo, que no aproveché todo al 100%, pude cambiar mi vida, imagínate los que sí aprovecharon todo. Para mí es muy importante saber que hay personas que, como yo, aman al padre Javier esté donde esté, porque él nos ayudó. Nos ayudó demasiado. Y yo tuve el privilegio de sentarme a su mesa, escucharlo, ver cómo pensaba, amaba y servía. Ese privilegio me cambió la vida.

Lo que le diría hoy

Si el padre Javier estuviera vivo le diría: Javier, gracias por la segunda oportunidad. Gracias por no rendirse cuando la primera vez dije que no. Gracias por los nueve años y con ellos el baile, los vitrales, la pintura, los sistemas y

la educación. Gracias por las comidas en su mesa, las conversaciones y verme como una persona, no como un problema.

Siento no haber aprovechado el 100% de la oportunidad y no haber terminado once. Sin embargo, quiero que sepa que soy la persona que soy, gracias a usted y que nunca voy a olvidar lo que hizo por mí. Sacarme del Cartucho siendo un niño y darme formación integral, hasta salir del programa como un adolescente con futuro, no tiene precio. Aquello no se paga con nada.

Brayan Barreto

LA PUERTA QUE CAMBIÓ MI VIDA

Recuerdo el frío del andén como si fuera ayer. No el frío de una noche ocasional, sino ese frío que se mete en los huesos cuando sabes que el cemento es tu cama y la oscuridad tu compañera. Éramos ocho «chinchas» durmiendo en la calle 12, cerca del teatro Novedades en Bogotá, niños de ocho a trece años de edad, que habíamos aprendido a sobrevivir formando una camada humana: los más fuertes en los flancos, protegiendo del viento y de los depredadores nocturnos; los pequeños en el centro, buscando calor. Todos apiñados sobre cartones de lucha libre, que arrancábamos de las paredes como si fueran tesoros.

La calle tiene sus rituales. Primero, asegurar el sitio: siempre cubierto, nunca un lote baldío y jamás solo. Luego, buscar el cartón o el plástico para contrarrestar el frío implacable. Y finalmente, organizarse, porque en la calle se sobrevive en manada o no se sobrevive. Los «perros», los «malos» o los «feos» se ubican en los flancos. Los chiquitos e inocentes en el centro. Así formábamos nuestro amasijo de cuerpos, adaptándonos a las irregularidades del andén, al pliegue del cartón y al frío que siempre, siempre y sin piedad lograba filtrarse.

Despertar en la calle es un acto de guerra. A veces era un celador con manguera gritando: «¡Hijueputicas, despierten, fuera de aquí!» Otras veces, una señora con cara de madre preocupada, advirtiendo de la policía que vendría a levantarnos a patadas, pero aquel día fue diferente.

Llegó una camioneta verde «la micro del padre», supimos después. Un tipo con alegría excesiva, sospechosa para quienes estamos acostumbrados a que nos gritaran o ignoraran, nos invitó al «cambio y al progreso». Mis compañeros subieron emocionados, pero yo dudé. Los vi subir uno tras otro y me quedé solo, tirado en el piso. Antes de ceder, oriné en una llanta de la camioneta, no sé si fue protesta, rabia o un último vestigio de rebeldía. Cuando finalmente subí, les grité: «Ustedes son unos faltos, hijueputas».

Llegamos al patio de la 11. No había visto tantos gamines juntos desde la visita del papa Pablo VI, cuando todos los niños de la calle fueron recogidos. Allí nos esperaba un cura, el padre Javier, quien nos invitó a bañarnos y nos prestaron ropa deportiva.

Entré a la ducha y descubrí algo que nunca había experimentado: ¡agua caliente! ¿Saben lo que es sentir agua caliente por primera vez, cuando has vivido siempre en la calle? Es como tocar el cielo con las manos. Me bañé con jabón de olor, no con el Jabón Rey multiuso que servía para lavar platos, ropa, piso y hasta como desinfectante. Cuando salí, apenas me reconocí ¡olía a limpio! Todos olíamos a limpio.

Después vino un desayuno propio para reyes: Fruta, huevo, café y pan. Esas cosas que siempre escuché que otros niños comían en alguna parte, pero que nunca creí del todo hasta ese día.

Mientras lavaban mi ropa, jugamos microfútbol, dormimos y cantamos. Había unos «cuchos» educadores, en realidad asegurándose de que pasáramos un buen tiempo. Y en medio de esas actividades, una voz susurró en mi oído: «Al salir, quédate». Me dio miedo, entonces les comenté a mis compañeros y todos dijeron lo mismo: «A mí también me lo dijo».

A las cuatro de la tarde, yo ya quería escapar. Todo me incomodaba: Mi nuevo olor, la ropa limpia, las actividades dirigidas y las canciones. Quería salir corriendo con los demás gamines, pero ninguno de mi camada quiso acompañarme. Me vi solo en la acera y, con disgusto, solo atiné a decirles otra vez: «Faltones, hijueputas».

Cruzamos una puerta que comunicaba con un gran patio, parecía el umbral hacia lo desconocido. Entramos al comedor y el olor era delicioso, pero extraño. No podía describirlo porque esos aromas no me recordaban nada. Cada mesa tenía un mantel colorido, un plato con fruta, servilleta, cuchara, cuchillo, tenedor y una cucharita pequeña perfectamente alineada. Jamás había visto algo tan ordenado y limpio. Ese olor tan agradable, a su vez, me resultaba sospechoso.

Sin embargo, lo que realmente me sacudió fue «el dormitorio» Quimbayas, le decían. Dos hileras de camas, unas treinta en total y al lado de cada una, una cómoda. Dentro, la ropa organizada con precisión militar: Camisas arriba, interiores y medias en el medio, pantalones después, suéteres abajo. Zapatos debajo, y más abajo aún, una bolsa para la ropa sucia. Cada cama perfectamente alineada, con almohada, colchón supersuave, sábana, sobre

sábana palabras que desconocía y un edredón calentito. Todo idéntico, un orden infinito que me dejó perplejo y sin palabras.

El padre Javier sacó una moneda de su bolsillo e hizo un volado sobre una cama. «La moneda debe saltar al menos tres veces», advirtió, «para comprobar que no tiene ni una arruga».

El baño era igual de impresionante. Tan limpio y ordenado que el cura y Mario, un muchacho de mi edad bromearon: «Estos baños son tan limpios que podríamos desayunar aquí. Y así deben quedar todos los días».

En medio de ese silencio inquietante, con ese orden meticuloso, sin una sola mancha en las paredes, ni un solo objeto fuera de lugar, sentí un vacío profundo. Todo ese orden me aterrorizaba porque me mostraba todo lo que no tenía, todo lo que nunca había conocido y, ante todo, mi propia miseria.

Subimos al cuarto piso, ahí una señal indicaba «biblioteca». Al entrar, algo hizo clic dentro de mí. Acaricié los lomos de los libros, hojeé las revistas, toqué algunos discos... Y por primera vez en mi vida sentí que pertenecía a un lugar. Esa sensación me llenó y me asustó al mismo tiempo, porque sentir que perteneces a algo, también significa admitir que antes no pertenecías a nada.

Al salir de la biblioteca el vacío regresó, pero esta vez era más profundo, como un eco en el alma. Formamos un círculo y el padre Javier comenzó a hablar. Dijo cosas que no entendí completamente, pero todos asentían con expresiones compungidas. Luego, con un gesto teatral, señaló la puerta y declaró: «El que quiera salir, que salga, pero el que se quede debe hacerlo libremente y prepararse para el cambio».

Me levanté decidido a marcharme. No aguantaba más esa calma, ese silencio y ese vacío que me obligaban a verme a mí mismo, pero miré a mis compañeros y ninguno se movió. Los observé con rabia, imaginándome saliendo solo, regresando a nuestra camada y enfrentando la calle sin ellos. Los miré con más furia aún y les dije por tercera vez: «Ustedes son unos faltones, hijueputas». Y me senté.

Ese día crucé una puerta invisible. No fue fácil ni romántico, en realidad fue aterrador, porque aceptar el cambio significaba admitir que había otra forma de vivir, que yo merecía algo más que el frío del andén y la violencia de la calle. Significaba renunciar a lo único que conocía, por doloroso que fuera, para abrazar algo desconocido que me daba tanto miedo como esperanza.

El padre Javier no me salvó ese día; me mostró una puerta, que yo tuve que decidir cruzar. Y esa decisión, esa elección que hice con rabia, miedo y mis compañeros como única ancla, fue la más importante de mi vida.

Han pasado los años y hoy entiendo que ese hombre con su micro verde y su orden obsesivo, no solo nos dio agua caliente y comida, nos dio algo que la calle nos había arrebatado: dignidad. Nos mostró que éramos más que chinchés, que gamines y que estadísticas de una ciudad que nos había olvidado. Nos mostró que merecíamos sábanas sin arrugas, jabón de olor, libros que acariciar y un lugar al cual pertenecer.

Esta es mi verdad: el padre Javier De Nicoló me enseñó que el cambio duele. Que aceptar el amor y la oportunidad puede ser más difícil que sobrevivir en la calle, porque te obliga a mirarte al espejo y decidir quién quieres ser. Me enseñó que la libertad no es solo poder salir por una puerta, sino poder quedarse y elegir un futuro diferente.

Yo me quedé, con rabia, miedo y mis insultos todavía en la boca, pero me quedé. Y esa decisión, esa puerta que crucé arrastrando los pies y maldiciendo, me salvó la vida.

Hoy soy la prueba viviente de que un niño de la calle puede transformarse. No porque alguien lo rescate, sino porque alguien cree que vale la pena mostrarle que hay otro camino. El padre Javier nos dio algo que nadie más nos había dado: una oportunidad real, sin condiciones, ni juicios. Solo una puerta abierta y la libertad de elegir.

Este testimonio es parte del legado que miles de niños, hoy adultos, llevamos en el corazón. Padre Javier, gracias por no rendirse con nosotros, mostrarnos que merecíamos una oportunidad y creer en los que nadie más creía. Por enseñarnos que el agua caliente no es un lujo, sino un derecho. Que el orden no es una imposición, sino una forma de respeto. Que los libros no son para otros, sino también para nosotros. Gracias por esa micro verde que cambió nuestras vidas.

Ángel Lozano

LA MANO QUE ME ENSEÑÓ A CAMINAR

Conocí al padre Javier De Nicoló cuando era apenas un niño habitante de calle, a finales de los años setenta, en el centro de Bogotá. Yo vivía en la calle, desconfiado de todo y de todos, con un muro enorme levantado frente a cualquier forma de institución, ayuda o autoridad. La calle me había enseñado a no creer y no esperar nada de nadie.

Un día que quedo marcado en mi alma para siempre, mientras varios niños estábamos comiendo lo poco que teníamos, nuestro chute o repele, de repente apareció una figura que jamás olvidaré. Para mí era un ser inmenso: grande, fuerte, con una voz distinta, un acento extraño, pero con una presencia que no imponía miedo, sino curiosidad. Se acercó despacio, nos puso sus manos enormes sobre la cabeza y con un respeto que yo nunca había recibido, nos pidió permiso para sentarse con nosotros a comer de lo que teníamos. Ese gesto me rompió por dentro, ya que nadie, absolutamente nadie, había hecho algo así por mí.

Así comenzó mi historia con el padre Javier. Poco a poco fui descubriendo esos espacios que yo antes rechazaba sin conocerlos. Lugares por los que pasaba de largo camino a el Cartucho, convencido de que eran instituciones como todas las demás, pero en realidad no lo eran. Eran espacios de afecto, acogida y dignidad. El Patio, La Olla, Bosconia... Lugares donde no me miraban como un problema, sino como un niño.

Viví casi todas las etapas que el padre Javier diseñó, para acercarse a quienes vivíamos en la calle. Primero El Camarín y luego Liberia. Recuerdo la primera vez que me enfrenté a una cama limpia, a música para niños y a personas que me recibieron con amor. Yo llegué lleno de parásitos y heridas de calle, aun así, me trataron con cuidado y respeto. Ahí empezó algo que no sabía nombrar, pero que hoy entiendo como dignidad.

Cuando entré a Bosconia, quedé impactado. Me impresionó ver al padre Javier comiendo en la misma mesa que nosotros, lo mismo que nosotros, sin privilegios. Me ofrecieron aprender a leer, escribir y entender el mundo. La

escuela La Arcadia fue una revelación: no se trataba de memorizar, sino de aprender haciendo, explorando e investigando. Aprendí a leer y escribir casi sin darme cuenta y, con ello, descubrí que era capaz, que tenía habilidades como también que mi mente funcionaba.

Luego vino San Carlos: Los talleres, el trabajo comunitario, la formación espiritual y el contacto con la naturaleza. Aprendí a respetar la vida, cuidar el entorno, entender que no estábamos separados del mundo, sino que éramos parte de él. Más adelante conocí la República de los Muchachos La Florida, un espacio donde aprendí cooperación, solidaridad, servicio, arte, cultura, música, danza y teatro. Allí se formó en mí un liderazgo distinto, silencioso, basado en el ejemplo.

Uno de los aprendizajes más profundos fue la educación financiera. A través del banco interno, de la moneda propia, del ahorro, entendí que el dinero no era para gastarlo sin sentido, sino para multiplicarlo y generar bienestar colectivo. Ese aprendizaje marcó mi vida para siempre.

Cuando salí del programa, me enfrenté a un mundo que no estaba preparado para nosotros. Intenté insertarme en el sistema laboral y choqué de frente con la discriminación. Nunca oculté mi pasado, en cambio lo conté con orgullo. Eso me costó maltrato, humillaciones y rechazo. Yo no sabía agachar la cabeza, porque en la calle el respeto es sagrado. Entonces entendí que ese camino no era para mí.

El emprendimiento apareció como una salida. Empecé en el arte y la cultura, generé trabajo e ingresos tanto para mí como para otros. Ahora bien, lo más importante fue que pude volver al servicio. Durante casi dieciocho años fui voluntario de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), trabajé con comunidades marginales, niños, jóvenes y adolescentes. Me formé como recreador, aprendí sobre liderazgo, organización social y emprendimiento. Todo aquello complementó lo que había aprendido con el padre Javier.

Siempre estuve cerca de él. Cada vez que me llamó, estuve ahí. Colaboré en proyectos con jóvenes pandilleros, en procesos comunitarios y en intentos de consolidar cooperativas. No todo fue fácil, pero sí fue coherente con lo que él nos había enseñado: servir sin esperar nada a cambio.

Con otros compañeros, que también habían salido adelante, tomamos una decisión radical: dejar la vida de comodidad económica y crear una fundación. Así nació El Golero, una organización al servicio de las personas en condiciones marginales y del medio ambiente. Durante casi treinta años

hemos trabajado en procesos socioambientales, especialmente en el manejo responsable de residuos, creando oportunidades dignas para personas excluidas: jóvenes de pandillas, adultos habitantes de calle, personas desplazadas, madres cabeza de hogar y adultos mayores.

Nuestra fundación nunca ha pedido limosna. Todo lo que hemos construido ha sido a través del trabajo, los servicios prestados y creer en lo que hacemos. Hemos visto a muchas personas terminar su bachillerato, hacer carreras técnicas, llegar a la universidad y reconstruir sus vidas. Eso, para mí, es el milagro hecho realidad.

Hoy, a mis cincuenta y ocho años de edad, sigo activo. Soy atleta, corro maratones y ultra maratones. Y llevo siempre conmigo la imagen del padre Javier, en cada charla, conferencia y espacio donde hablo de resiliencia, emprendimiento o servicio me refiero a él, porque nada de lo que soy existiría sin su mano extendida.

El padre Javier llegó cuando yo era un niño solo, habitando en la calle. Me dio afecto, estructura y libertad con responsabilidad. Nunca me abandonó, siempre creyó en mí y por eso hoy sigo su legado vivo, no como recuerdo, sino como acción.

Yo soy testimonio de que nadie está perdido para siempre. De que una vida puede cambiar, cuando alguien decide ver al ser humano antes que al problema. Ese fue el milagro del padre Javier y mientras respire, seguiré multiplicándolo.

Jimmy Reyes Cañas

LA PRIMERA VEZ QUE VI EL MAR

Nací en el departamento del Huila. Mis padres se separaron cuando yo era una niña y aquella ruptura me llevó a un lugar que cambiaría mi vida para siempre: la 78, la unidad donde vivía el padre Javier De Nicoló.

La primera vez que vi el mar fue gracias al programa. Viajé a Cartagena de Indias, donde el inmenso océano se extendía hasta donde mi vista alcanzaba. Para mí, una niña de provincia cuya condición social hacía que ese tipo de experiencias parecieran imposibles, ese viaje fue mucho más que un paseo. Entendí por primera vez, que el mundo era más grande que mi historia, que mis circunstancias no definían mis límites y que había oportunidades esperándome más allá de lo que había conocido.

Ese mar fue la metáfora perfecta de lo que el IDIPRON representaba: horizontes infinitos donde antes solo veía muros.

Llegué en cuarto de primaria y permanecí hasta el grado once. Ocho años de mi vida transcurrieron entre esas paredes que nunca se sintieron como paredes, sino como hogar. Durante años aprendí música y a tocar el clarinete, así descubrí que la música no era solo notas en un pentagrama; era una forma de expresar lo que las palabras no podían y sanar lo que el tiempo no alcanzaba a curar.

Después de graduarme, salí a La Favorita para seguir estudiando música y permanecí en el programa hasta los veintitrés años de edad. Parte de mi niñez, adolescencia y primera juventud las viví ahí, por esa razón hoy puedo decir sin ninguna duda: fueron los mejores años de mi vida.

No porque fueran perfectos, sino porque fueron reales, durante los cuales no me preocupaba por absolutamente nada, solo por vivir el momento. Y creo que ese es el verdadero objetivo de la vida: estar presente, vivir el aquí y el ahora, sin el peso agobiante de la incertidumbre sobre el futuro.

Durante esos años nunca me sentí desamparada. Tuve acompañamiento todo el tiempo que lo necesité. Y eso, ese simple hecho de saber que alguien estaba ahí, marcó toda la diferencia.

Recuerdo cuando el padre Javier llegaba de sus viajes. Nos traía chocolates de diferentes partes del mundo y nos hablaba de lugares lejanos con nombres que apenas podíamos pronunciar. Conocí muchísima gente que llegaba a visitarlo para hacer donaciones, personas de todas partes que creían en su obra.

Verlo interactuar con cada visita, cada muchacho o cada situación, me enseñó algo fundamental: que la educación verdadera se hace desde el amor, con vocación y entrega genuina. Esa lección fue la que me llevó a estudiar pedagogía en la Universidad Pedagógica Nacional. Si la educación con amor hace la diferencia y yo soy la prueba viviente de eso, entonces yo quería hacer esa diferencia para otros.

Terminé mi carrera universitaria e incluso regresé, pero esta vez como profesora. Fui estudiante y luego fui maestra, un círculo perfecto que se cerró de la manera más hermosa: devolver lo que me habían dado y multiplicar la semilla que habían sembrado en mí.

Actualmente trabajo con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF y estoy aprendiendo idiomas porque mi meta es salir del país. No para huir, sino para crecer, llevar más lejos las lecciones aprendidas y demostrar que una niña del Huila puede conquistar el mundo, si alguien cree en ella.

No tengo hijos todavía y es una decisión consciente, porque pienso que ser madre es una inmensa responsabilidad y quiero poder ofrecerles a mis futuros hijos las mismas oportunidades que yo tuve junto al padre, Dorita y esa comunidad que me educó: Seguridad, educación, amor y amplios horizontes. Deseo que ellos nunca se sientan desamparados, así como yo nunca me sentí desamparada.

La música sigue siendo fundamental para mí, aunque no la ejerzo como carrera. Es mi hobby, refugio y la forma de mantenerme conectada con esa versión de mí, que descubrió el clarinete entre las paredes de la 78. Hay un grupo de egresadas, que nos reunimos para cantar en eventos, novenas o matrimonios, en una hacienda que se llama Pozo Chico. Cuando nos juntamos, volvemos a ser aquellas niñas que aprendieron a armonizar sus voces y descubrieron que juntas sonaban mejor que solas.

Mi mejor amigo de el IDIPRON está ahora en Dubái, a miles de kilómetros de distancia, pero seguimos en contacto, porque eso es lo que sé creó entre nosotros: no solo nos educamos, sino que nos convertimos en familia. Las personas más valiosas de mi vida han salido de ese lugar, las amistades

que construí ahí son las que perduran, aquellas que sobreviven distancias y años.

Debo ser honesta: no tenía consumo de drogas cuando llegué a la 78, pero sé, con una certeza que me da escalofríos que, si no hubiera pasado por ahí, probablemente lo habría tenido. Las circunstancias estaban todas alineadas: Familia rota, vulnerabilidad y falta de dirección. El instituto entonces no solo me educó; me salvó de caminos que ni siquiera sabía que existían.

Si yo no hubiera estado en el programa, no sería nada de lo que soy: No habría conocido el mar siendo una niña, ni hubiera aprendido clarinete y tampoco sería pedagoga. No tendría las maravillosas amigas que tengo. No trabajaría en el ICBF ayudando a otros niños. No estaría aprendiendo idiomas para conquistar el mundo. ¡No sería yo!

Al vincularme al programa tuve la oportunidad de construir mi vida desde una base sólida de amor, disciplina y oportunidades. Me enseñó que importaba, que valía la pena invertir en mí y que mi historia no terminaba donde comenzó.

Gracias padre Javier, por enseñarnos que el mundo era nuestro para explorarlo. Gracias por crear un lugar donde niñas como yo podían soñar sin miedo, crecer sin desamparo y, convertirse en mujeres capaces de cambiar sus propias vidas y las de otros.

Hoy trabajo en el ICBF porque aprendí que el amor transforma. Estudié idiomas porque aprendí que no hay límites. Práctico la música porque aprendí que la belleza sana. Y algún día, cuando sea madre, les daré a mis hijos exactamente lo que el Instituto me dio a mí: la certeza de que son valiosos, que el mundo es grande y que merecen todas las oportunidades.

La primera vez que vi el mar cambió mi vida, pero no fue solo ese inmenso océano. Fue todo lo que ese momento representó: alguien había invertido en mí, había creído que yo merecía ver aquel hermoso mar caribe, que mi felicidad importaba y que mi futuro valía la pena.

Ese alguien fue el padre Javier. Y su legado sigue vivo cada vez que una egresada como yo, devuelve al mundo lo que él le dio: Amor, educación y esperanza.

Alejandra Ordóñez Muñoz

LA PROMESA QUE CAMBIÓ MI VIDA

De gamín a padre de familia en los Estados Unidos

Siempre le estaré agradecido a mi papá Javier De Nicoló y no solo por lo que me dio, sino por lo que me enseñó a ser. Él fue el padre que nunca tuve, el que me dio estudio, educación integral y, sobre todo, un hogar lleno de calor humano, con buena alimentación, cánticos y mucha alegría.

Como alumno, aproveché inmensamente todas sus enseñanzas, incluso en medio de las rabietas que de vez en cuando también tenía, porque hasta en sus regaños había amor y la preocupación de un padre verdadero que quiere lo mejor para sus hijos.

El día que nos encerraron por ser gamines

Tengo una anécdota que nunca olvidaré, de cuando yo era un gamincito en la calle. Nos hicieron una redada a todos los gamines de la ciudad y nos llevaron a las estaciones de policía. Todo porque llegaba de visita a Colombia el Papa Pablo VI y la solución del gobierno fue escondernos como si fuéramos basura.

Dos días estuvimos encerrados como reos, sin haber cometido ningún crimen más que ser pobres y vivir en la calle. No pudimos ver al Papa. Nos robaron ese momento.

Algún día le comenté de aquello a mi padre Javier, con esa rabia que todavía guardaba en el pecho. Y él, en lugar de darme un sermón, me miró con esos ojos que tenía, esos ojos que te veían completo, no solo tu presente sino tu futuro, entonces me dijo algo que cambió mi vida: «Te lo prometo, Luis Gabriel, tenemos que ir a Roma y lo vemos personalmente. A cambio tienes que portarte bien en el estudio, aprovechar el programa, educarte y dejar los vicios. Y verás que lo lograrás».

Yo era un poco rebelde, no voy a negarlo, por eso él casi todos los días me preguntaba: «¿Cómo vamos Luis Gabriel?» Y me animaba con premios, palabras y esa infinita paciencia que solo un verdadero padre tiene.

El día que el Papa se arrodilló ante mi padre

¡Y lo logramos! Cumplió su promesa. Estuve con él en la Capilla Sixtina, viviendo juntos una experiencia maravillosa, hermano. Abrazamos y saludamos al Papa Juan Pablo II, sin embargo, lo que pasó después es algo que todavía me pone la piel de gallina cuando lo recuerdo. Cuando salió el Papa, el padre Javier se iba a arrodillar ante el Sumo Pontífice, como era la tradición, pero él no lo dejó. Juan Pablo II fue quien se arrodilló ante mi padre Javier.

Todos aplaudimos. Aplaudimos ese gesto con lágrimas en los ojos. Todos los de la Banda de la República de los Muchachos, como nos llamaban, entendimos en ese momento la magnitud de lo que nuestro padre había hecho por nosotros.

El Papa, el hombre más poderoso de la Iglesia Católica, el Jefe de Estado del Vaticano, se arrodillaba ante un sacerdote flaco y desaliñado que había dedicado su vida a salvar gamines. Ese día entendí que mi padre no era solo un cura bueno, era un verdadero santo caminando entre nosotros.

De gamín a padre de familia en Estados Unidos

Hoy tengo sesenta y cinco años de edad. Vengo de bien abajo, de ese niño encerrado en una estación de policía por el «crimen» de ser pobre. Y ahora vivo en los Estados Unidos con mi familia, mis hijos ya son grandes y uno de ellos es ciudadano canadiense. Entonces ya casi todos mis sueños están cumplidos.

Y ¿cómo llegué hasta aquí? Por las promesas de mi padre Javier, ya que cada promesa que él hacía, nos la cumplía como un verdadero papá. No eran palabras vacías, ni mentiras piadosas para hacernos sentir mejor. Eran compromisos reales de un hombre que creía en nosotros, más de lo que nosotros mismos creíamos.

Tengo muchas anécdotas más de mi querido padre y cada una es un tesoro guardado en mi corazón, pero esta, la de la promesa cumplida, la del Papa arrodillándose ante él, es la que mejor resume quién fue Javier De Nicoló.

El legado que vive en mí

Les digo a todos ustedes que lean esto: el padre Javier no solo nos salvó de la calle, sino que nos enseñó a soñar. Nos enseñó que no importa de dónde vienes, sino hacia dónde vas. Nos enseñó que las promesas se cumplen, que el amor transforma y que la educación libera.

Hoy miro a mis hijos y les cuento sobre su abuelo Javier, ese viejito «loco» que recogió gaminos en Bogotá, para convertirlos en hombres y mujeres de bien. Les cuento cómo cumplió cada una de sus promesas, cómo nos llevó a Roma cuando nadie creía que era posible y cómo nos dio dignidad cuando el mundo nos había descartado.

Y cuando mis nietos me preguntan cómo logré salir adelante, les digo la verdad: «Porque un día un cura italiano me vio tirado en la calle y en lugar de pasar de largo, me tendió la mano. Y no la soltó hasta que yo aprendí a caminar solo».

Gracias, muchas gracias, querido padre Javier. Que Dios lo tenga en su Santa Gloria, mi viejito. Usted no solo cambió mi vida, sino el destino de toda mi familia. Y ese es el legado más poderoso que un padre puede dejar: hijos que caminan con la frente en alto, sabiendo que fueron amados de verdad.

Luis Gabriel Herrera

EL NÚMERO QUE SALVÓ MI VIDA

Cuando Dios escribe derecho en renglones torcidos

5690 es solo un número, cuatro dígitos sin significado aparente, pero para mí, ese número representa el día en que dejé de ser invisible. El día en que dejé de ser un desechable más tirado en las calles de Santa Marta. El día en que alguien me dijo: «Tú existes. Tú importas. Tú tienes un lugar aquí».

Era mi número de cuenta en el programa Bosconia-La Florida, mi identificación o mi nueva identidad, por eso nunca, nunca en mi vida, lo olvidaré. Entre los años 1994 y 1996 viví la etapa más importante y hermosa de mi vida. También la más dolorosa, porque fue cuando toqué fondo y, al mismo tiempo, cuando alguien me extendió la mano para sacarme del abismo.

En esa época estaba perdido en la droga, ¡completamente perdido! Vivía en situación de indigencia en la hermosa ciudad de Santa Marta, vagando por sus calles sin rumbo, propósito, ni futuro. Sentía que mi vida no tenía salida, que ya no había esperanza para alguien como yo, ya que había cruzado una línea invisible de la que pensé que no había retorno.

Cada día era igual al anterior: despertar sin saber dónde, buscar la siguiente dosis, sobrevivir hasta la noche y rezar para que mañana no llegara, porque mañana significaba repetir el mismo infierno. Una y otra vez, sin ningún fin, ni mucho menos sentido.

¿Cómo se explica ese vacío? No es solo hambre de comida, es hambre de todo: Amor, propósito y razones para seguir respirando. Es sentir que tu vida no le importa a nadie, que podrías desaparecer mañana y el mundo seguiría girando como si nunca hubieras existido.

Yo no tenía entonces un propósito de vida, pero Dios tenía uno para mí. Y usó al IDIPRON para rescatarme. No sé exactamente cómo llegué al programa. Los recuerdos de esos días son borrosos, como si mi cerebro hubiera decidido borrar lo peor para protegerme. Lo que sí recuerdo con claridad cristalina, es ese preciso momento en que me asignaron aquel número 5690.

«Mondragón, tu número de cuenta es 5690», me dijeron. Y algo cambió en mí, ya no era «el indigente» o «el drogadicto», sino Mondragón, número 5690. Tenía una identidad, un lugar y existía en el registro de alguien que se ocupaba de mí.

Fue ahí donde todo cambió. A través del programa conocí personas maravillosas que me brindaron apoyo, guía y amor. No el amor condicionado que había conocido antes, ese amor que dice «te ayudo si...» o «te quiero cuando...». No, este era amor puro, el que dice: «Te veo. Te valoro. Creo en ti incluso cuando tú no crees en ti mismo».

Poco a poco fui entendiendo que aún podía levantarme. Que todavía era posible volver a soñar. Que mi historia no tenía que terminar en una calle de Santa Marta, con una sobredosis y una etiqueta en el dedo del pie.

El IDIPRON me devolvió la dignidad. Esa palabra tan grande e importante: ¡dignidad! Me enseñó que con fe y disciplina siempre hay una nueva oportunidad. Que caer no define quién eres, ya que lo que te define, es si decides levantarte.

Los educadores fueron ángeles terrenales. Pacientes cuando yo era insoportable. Firmes cuando necesitaba límites. Cariñosos cuando me sentía indigno de cariño. Cada uno de ellos dejó una huella en mi alma tan profunda, que el tiempo no ha podido borrar.

Y luego estaba él. El padre Javier De Nicoló, un verdadero enviado de Dios. No era solo su programa, ni solo sus recursos, era su corazón amoroso y su mirada profunda que te decía sin palabras: «Yo creo en ti. Tú puedes. No te rindas». Entonces, ¿cómo se le agradece a alguien que te salva la vida? ¿Qué palabras existen para expresar gratitud por el regalo de un futuro que creías perdido?

Esos años fueron la mejor etapa de todas, cuando aprendí a valorar lo simple: Un plato de comida caliente, una cama donde dormir, una conversación sin estar intoxicado o una risa sincera. Cosas que para la mayoría de la gente son cotidianas, pero que para mí eran milagros diarios.

Aprendí a tener fe. No la fe vacía de repetir oraciones sin sentir las, sino la fe viva de creer que Dios no te abandona ni siquiera, cuando tú te has abandonado a ti mismo. La fe de saber que siempre hay alguien esperándote, incluso cuando te has perdido en el camino.

Aprendí a amar la vida. A valorar cada mañana. A ver belleza en lo ordinario. A entender que vivir es un privilegio, no una condena.

Y por cosas del destino, sin saberlo, la madre de mis hijos también fue una niña de la 78. ¿Coincidencia? No lo creo. Así es la vida: misteriosa, pero llena de propósitos divinos. «Dios escribe derecho en renglones torcidos», dicen por ahí y mi vida es la prueba viviente de esa verdad.

Ella y yo nos encontramos años después, cada uno con su historia de supervivencia, cada uno rescatado por el mismo Padre, el mismo amor y la misma esperanza. Y juntos construimos lo que nunca tuvimos: Una familia, un hogar y un lugar seguro.

Hoy, gracias a Dios, tengo cinco hijos. Cinco razones para levantarme cada mañana. Cinco herederos de una historia de redención. Cinco vidas que existen porque un día, hace muchos años, alguien decidió que yo valía la pena.

Tengo una vida estable, he salido adelante con esfuerzo y fe, recordando siempre de dónde vengo y quiénes me tendieron la mano, no porque quiera vivir en el pasado, sino porque olvidar de dónde vienes es olvidar quién eres y a quién le debes tu futuro.

Mis hijos nunca conocerán el hambre que yo conocí, no dormirán en la calle, ni sentirán ese vacío existencial de no importarle a nadie. Y eso, eso es el verdadero legado del padre Javier. No solo salvó mi vida, salvó las vidas de mis hijos, mis nietos, generaciones que vendrán y que nunca conocerán la miseria porque él decidió romper ese ciclo.

Cómo olvidarte, Javier De Nicolás, si salvaste mi vida. Cómo olvidar al Instituto y a todos los que fueron parte de esa obra maravillosa. Cómo olvidar a mis compañeros de Barranquilla, que caminaron este camino conmigo. Cómo olvidar a los educadores que creyeron en mí, cuando yo ya no creía.

Mi gratitud será eterna, no porque deba serlo, sino porque no puede ser de otra manera. Cuando alguien te devuelve la vida, te rescata del infierno, te mira y ve en ti lo que ni tú mismo puedes ver, esa deuda nunca se paga. Solo se honra, viviendo bien, siendo mejor y pasando la antorcha.

5690 todavía lo recuerdo y me emociono al escribirlo, porque ese número representa el momento exacto en que mi vida cambió de dirección. El momento en que dejé de caer y empecé a subir. El momento en que alguien anotó mi nombre en un registro y me dijo: «Bienvenido a casa».

Si hay algo que quiero que quede de mi historia es esto: ¡nunca es tarde! No importa qué tan hondo hayas caído o cuánto tiempo lleves perdido. Siempre, siempre hay alguien buscándote y si tienes la valentía de dejarte

encontrar, la vida puede darte una segunda oportunidad. «Mondragón, número de cuenta 5690: El día en que un número me devolvió mi nombre y mi dignidad». De las calles de Santa Marta a una familia de cinco hijos: el milagro de una segunda oportunidad.

Gracias padre Javier. Gracias por ver en un indigente de Santa Marta, al hombre que hoy día soy. Gracias por el número 5690. Gracias por mi vida.

Mondragón

LA HAMBURGUESA DE LAS NACIONES UNIDAS

Cuando la dignidad vale más que cualquier escenario

Nos encontrábamos con la banda de músicos visitando la tierra del tío Sam, invitados por la American Foundation, corría el año 1989. Estábamos en el salón de prensa de las Naciones Unidas, para ofrecer un concierto musical ante personalidades de la política y gente muy prestante de los Estados Unidos, quienes participaban de una cena de gala.

Nosotros éramos los músicos invitados. Los niños de la calle de Bogotá, Colombia que habían llegado hasta la ciudad de Nueva York, para tocar ante la élite norteamericana. Suena glamoroso ¿verdad? Como un cuento de hadas en realidad, los niños pobres eran llevados al gran escenario internacional, pero la realidad fue diferente.

Recuerdo que llegamos muy temprano y mientras en el salón principal preparaban una cena elegante para los importantes invitados, a nosotros nos dieron nuestra comida: Una caja que contenía una hamburguesa, una fruta, un jugo de cajita y un chocolate, si no estoy mal. Nuestra cena fue detrás de bambalinas y escondidos, entre tanto, los demás disfrutaban del banquete.

A las siete de la tarde entramos al gran salón y esperábamos a la invitada más importante: la primera dama de la nación, la señora Bárbara Bush. El ambiente era de elegancia extrema, manteles blancos, cubiertos de plata y copas de cristal. Y nosotros, los niños de Bogotá, esperábamos nuestro turno para tocar.

Antes de salir al gran salón, escuché algo que nunca olvidaré, Javier estaba muy enojado. Lo escuché reclamarle a alguien, con una voz que mezclaba indignación y dolor: «¿Cómo es posible que mis muchachos vengan desde tan lejos, para amenizar una cena tan especial y su cena sea una hamburguesa detrás de bambalinas?» Momento en el que me sentí el hijo más honrado del mundo y no era para menos. Ya muchas veces lo había hecho delante de

quien fuera, sin importar el cargo o la investidura porque para el padre, la dignidad de sus muchachos estaba por encima de cualquier cosa.

«Mis muchachos no deben recibir lástima», decía con firmeza. «Ellos son seres tan importantes como tus hijos». Esa fue la lección de amor más hermosa que recibí de mi padre. No fue en una charla íntima ni en un momento privado, fue en la mismísima sede de la ONU, frente a la élite estadounidense, defendiendo nuestra dignidad como si en ello se le fuera la vida, ya que, para él, nosotros éramos su vida.

Su misión no era llevarnos a escenarios importantes, para que nos admiraran como proyectos de caridad exitosos. Su misión era recordarle al mundo, una y otra vez, que nosotros no éramos menos que nadie, por lo tanto, merecíamos el mismo respeto, la misma consideración, el mismo trato digno, que cualquier otro ser humano.

Posteriormente nos invitaron a una gran cena, diferente a la que habíamos participado antes, muy probable con la intención de subsanar el pequeño impase. Sin embargo, estoy seguro de que los organizadores y quienes fuimos testigos de ese instante, aprendimos la lección más importante de todas: que el amor verdadero de un padre, no negocia la dignidad de sus hijos por ningún escenario, por prestigioso que sea. Y aquella noche, una vez más, Javier nos hizo sentir más importantes que los invitados de gala.

Han pasado más de treinta años de aquel día en la capital del mundo. He tocado en muchos escenarios desde entonces, pero ninguna presentación me marcó tanto como aquella en Naciones Unidas y no por el lugar, ni por los ilustres invitados, sino por lo que presencié detrás de bambalinas.

Ese y muchos otros momentos que viví junto al padre Javier, me enseñaron todo acerca del gran amor que un padre siente por sus hijos. Un amor que no se conforma con oportunidades. Un amor que exige dignidad. Un amor que no acepta migajas para aquellos que ama.

Muchos nos llevaban a grandes lugares, para mostrarnos como sus «obras de caridad». Miren lo que hemos logrado con estos niños de la calle, parecían decirnos, pero el padre Javier nunca nos exhibió como trofeos de su trabajo. Él nos presentaba como lo que éramos: músicos talentosos que merecían el mismo respeto que cualquier otro artista.

Aquella hamburguesa, en una caja de cartón, detrás de bambalinas, pudo haber sido solo un detalle logístico menor, pero para el padre Javier fue una

ofensa imperdonable. Recordemos que él sabía algo que muchos olvidan: que la forma como tratas a alguien define cuánto valoras su humanidad.

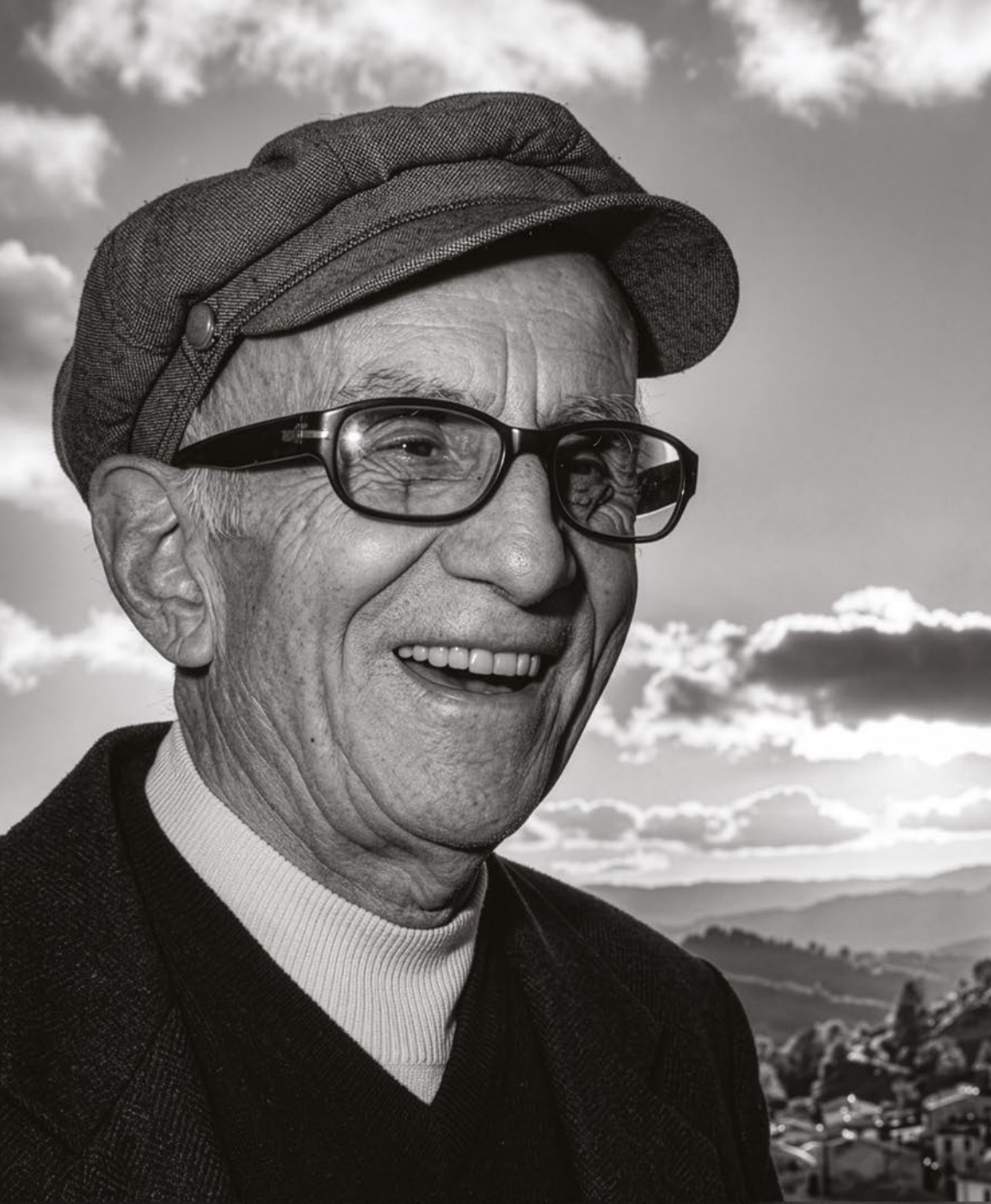
Hoy día, cuando veo a niños vulnerables siendo tratados con condescendencia, cuando escucho frases como «pobrecitos» o «hay que ayudar a estos niñitos», recuerdo la voz indignada del padre Javier, defendiendo nuestra dignidad en las Naciones Unidas.

Él nunca nos pidió que estuviéramos agradecidos por las migajas, en cambio nos enseñó que merecíamos sentarnos a la mesa completa. Nunca nos dijo que teníamos suerte de estar ahí, siempre nos recordó que el mundo tenía suerte de tenernos.

Esa noche tocamos ante la señora Bush y la élite estadounidense. Tocamos bien, como siempre lo hacíamos, pero lo que realmente resonó en ese salón no fueron solo nuestras notas musicales, fue la lección de dignidad que el padre Javier les dio a todos los presentes.

Gracias, padre Javier, por enseñarme que el amor verdadero no acepta que sus hijos coman sobras, mientras otros cenan en manteles blancos. Por mostrarme que defender la dignidad de los más vulnerables, es más importante que cualquier aplauso o reconocimiento. Y por recordarme, cada día de mi vida, que yo valgo tanto como cualquier hijo de la primera dama de los Estados Unidos.

Lucho García



**Descubre ahora cómo un
hombre convirtió ese abismo
en oportunidades infinitas.**

VOCES QUE APRENDIERON A CREAR

«Cuando las manos aprenden a crear»

El arte de renacer: Deportes, música, oficios y amor

1. Golpes de perdón: la pelea más difícil — *Steffany Pacific*
2. La pelea que valió la pena — *Horacio Contreras*
3. El boxeador de almas: entre cicatrices y esperanza — *Carlos Marín*
4. La danza de quien renace — *Kiberman*
5. La música saca lo mejor de mí — *Valentina*
6. De la Florida a la sinfónica — *Giovanny Patiño*
7. El ángel de luz que cantó conmigo — *William Fernando Bosa*
8. Las manos que construyen sueños — *Daniel Perdomo*
9. El amor que se cocina — *Oriana Reales Mosquera*
10. Salvado dos veces por el amor — *José Luis U*

La salvación no siempre llega con trompetas celestiales. A veces llega con una taza de chocolate caliente, con una palabra dicha en el momento exacto, con alguien que se sienta a almorzar contigo y te trata como si fueras importante. El Padre Javier sabía que antes de transformar una vida, primero hay que tocar un corazón. Y él tocó miles. Uno a la vez. Con paciencia infinita. Con amor profundo. Con la convicción inquebrantable de que ningún ser humano es desechable.

GOLPES DE PERDÓN LA PELEA MÁS DIFÍCIL

Dicen que el boxeo es el arte de golpear y no dejarse golpear, pero yo llegué al ring buscando algo mucho más oscuro: quería aprender a hacer daño. Mi historia con los guantes no comenzó por pasión deportiva, sino por una semilla de venganza que me quemaba la garganta.

La rabia que me consumía

Tenía menos de dieciocho años de edad y la rebeldía me brotaba por los poros. Me había ido de mi casa, coqueteando peligrosamente con la vida de calle y el vicio, creyendo que en la soledad del asfalto encontraría libertad. Estaba equivocada. La calle no perdona.

Un día, mientras estaba sentada en un sitio cualquiera, un grupo de jóvenes se abalanzó sobre mí. Aquello fue una violencia gratuita y cobarde. Me golpearon y humillaron sin razón, solo porque podían.

Mientras me limpiaba la sangre y el polvo, algo se rompió dentro de mí, aunque también algo se encendió: el odio. Un odio puro, ardiente y tóxico. Aquel día me prometí que nadie volvería a tocarme sin pagar por ello, los buscaría y les haría lo mismo que ellos me hicieron o peor. Desde entonces esa promesa me envenenaba cada día.

El salvavidas que me lanzó mi papá

Fue mi papá quien me lanzó un salvavidas, antes de que me ahogara en mi propio rencor. Él también conoció las sombras, había sido salvado por el IDIPRON años atrás y me habló de las UPIS, de una oportunidad. «Vaya, hija. Antes de que sea demasiado tarde», me pidió.

Así llegué a la unidad Liberia. Ahí lo primero que me impactó fue que no había rejas ni cerrojos obligatorios. Me enseñaron el principio de la libertad:

si me quedaba, era porque yo quería cambiar, no porque me obligaran. Y quise quedarme.

Buscando mi herramienta de venganza

Conocí a dos muchachos que entrenaban boxeo y al verlos golpear el saco con tanta fuerza pensé: «Aquí está mi herramienta». Me inscribí en el programa con una sola idea fija: volverme letal para buscar a quienes me agredieron y destruirlos.

Empecé a entrenar con furia. Cada golpe al saco era un golpe imaginario a mis agresores. «Acuérdate de quien te hizo daño», me decía a mí misma. Cada jab, gancho o uppercut era un «acuérdate y explota».

El entrenador me veía y probablemente sabía lo que estaba pasando en mi cabeza, pero no me detuvo. Me dejó canalizar esa rabia. Me permitió golpear y golpear hasta que mis manos sangraron.

La pelea más difícil

Entonces ocurrió algo extraño. El boxeo es una disciplina celosa; te exige conectar el cerebro con el cuerpo. Aprendí que, para pegar un puño fuerte, primero debes pisar duro, debes tener base y equilibrio. Y no puedes tener equilibrio, si tu mente es un caos de odio.

Entre el sudor, el cansancio y la disciplina, la rabia se fue evaporando. Empecé a entender lo que el entrenador me decía: «El boxeo no es venganza. Es control y disciplina. Es dominarte a ti misma primero».

Me di cuenta de que la verdadera fuerza no estaba en los nudillos, sino en la mente. Entendí que, si usaba lo que aprendía para vengarme, seguiría siendo prisionera de esos agresores. Ellos seguirían controlando mi vida, mis pensamientos y mis acciones.

El boxeo me enseñó que el perdón no es debilidad, sino el camino hacia la libertad real.

La victoria verdadera

Gané la «Copa Navidad». Cuando levantaron mi brazo en señal de victoria, con la medalla colgando en mi pecho, supe que no le había ganado a una opo-

nente, sino a mí misma. Había peleado la pelea más difícil: la pelea contra mi propia rabia, mi propio odio y mi propia sed de venganza. Y había ganado.

Llegó la pandemia y el mundo se encerró, pero mis sueños no. Seguí entrenando sola, visualizando mi futuro, con la certeza que ya no quería pelear en la calle, ni buscar a esos tipos para golpearlos y me dije: ¡Deseo ser campeona mundial!

Me gusta el Jiujitsu, el Sumo y el Kickboxing. Voy «suave», pero voy firme. Cada día un poco mejor, más fuerte y menos prisionera de mi pasado.

De venganza a redención

Hoy día entiendo que llevar un ring, donde la gente solo ve violencia es espectacular, porque transforma la energía. El boxeo no se aprende para pelear, sino para cambiar la vida.

Quiero estudiar todo lo que el Instituto me ofrece, exprimir cada taller y clase. Quiero seguir entrenando, competir y ser alguien. No para vengarme de nadie, en cambio sí para demostrarme a mí misma que puedo ser más que mi dolor.

Soy Stéffany Pacific, la chica que llegó buscando venganza y encontró la redención. Aunque no conocí al padre Javier De Nicoló en vida, su espíritu camina por los pasillos de Liberia. Él, incluso después de muerto, sigue salvando vidas a través de este legado. Me salvó a mí de convertirme en víctima y dio la disciplina para ser, algún día, una campeona de la vida.

Los golpes que curan

Ahora entiendo que el boxeo me enseñó sobre el perdón de la manera más inesperada, poniéndome guantes en las manos para que aprendiera que la verdadera pelea no es contra otros, sino contra los demonios internos.

Cada golpe al saco era una forma de sacar la rabia sin lastimar a nadie. Cada round de sparring era una lección de respeto, control y disciplina. Cada medalla ganada era una prueba de que podía ser fuerte sin ser violenta.

El padre Javier entendió algo que muchos no entienden: que la energía de un joven no se debe reprimir, se debe canalizar. Que la rabia no se debe castigar, se debe transformar. Que la rebeldía no es el enemigo, es una fuerza que puede construir o destruir dependiendo a dónde la dirijas.

Llegué a Liberia con los puños cerrados de rabia y salgo con los puños cerrados de disciplina. La diferencia es todo.

Gracias, padre Javier, por crear un lugar donde una chica que buscaba venganza pudo encontrar perdón. Donde la violencia se transformó en deporte. Y donde la rabia se convirtió en fuerza.

Los golpes que aprendí a dar en el ring, me enseñaron acerca de los golpes que debía dejar de dar en la vida. Y esa es la victoria más grande que pude haber ganado.

Algún día seré campeona mundial, sin embargo, ya soy campeona de mi propia vida, lo que al final, más importa.

Stéffany Pacific

LA PELEA QUE VALIÓ LA PENA

Guardia alta, mirada fija y puños cerrados frente al rostro. Tengo veinticinco años y he aprendido que la vida es un combate constante, pero mi verdadero enemigo nunca estuvo frente a mí en un cuadrilátero: estaba dentro de mí, en las calles que me tragaban, las drogas que me consumían, la rabia que me empujaba de pelea en pelea, sin saber exactamente contra qué carajos estaba luchando.

Cuando era otro Diego

Hace seis años yo era otro, no era Horacio Contreras, boxeador. Era Horacio el skinhead, el cabeza rapada y que andaba con la gallada buscando bronca en cada esquina. Pertenecía a un grupo de esos jóvenes de cráneos afeitados y puños rápidos, que encuentran en la violencia callejera una forma de existir, de sentir que importan y de gritar al mundo: «¡Aquí estamos, malparido!»

Las pandillas eran mi familia, las drogas mi refugio y las peleas mi único lenguaje. No sabía hablar de otra forma, por lo tanto, todo lo resolvía a golpes: Las frustraciones, el dolor, la rabia de no tener un futuro y la constante sensación de que la vida me había jodido desde el principio.

Bogotá puede ser brutal con sus hijos más vulnerables y yo estaba siendo devorado lentamente por sus calles más oscuras. Me levantaba cada día sin saber si volvería vivo a la noche y lo peor es que no me importaba, ya que estaba tan hundido en el barro que ya ni sentía que me ahogaba.

La mano que me sacó del abismo

Entonces apareció un amigo. A veces la salvación llega en la forma más simple: alguien que te extiende la mano y te dice «ven conmigo». Ese parcerero, que había sido de la calle como yo, me llevó un día a la Liga de Boxeo de Bogotá.

Loco, venga entrene boxeo. Usted pega duro, pero pega como un loco, le enseño a pegar bien me dijo. Yo me reí, ¿boxeo? ¿yo? Me parecía una mari-cada, una cosa de ricos, pero tenía tanto tiempo libre, tanta energía malgas-tada, que dije: «Bueno, qué carajo, voy». No lo sabía en ese momento, pero estaba a punto de descubrir que mis puños, esos mismos que usaba para destruir y destruirme, podían convertirse en instrumentos de construcción.

El ring que me salvó la vida

El primer día que me puse los guantes sentí algo raro, fue como si toda esa rabia que llevaba dentro encontraré un cauce, un lugar donde podía soltarla sin joder a nadie y sin joderme a mí mismo. Golpeaba el saco y con cada golpe salía un pedazo de veneno.

El entrenador me vio y dijo: «Tienes pegada, chino. Sin embargo, el boxeo no es solo pegar duro, es pensar, es estrategia y es respeto». ¿Respeto? Yo no sabía qué era eso. En la calle el respeto era miedo y pegar primero antes de que te pegaran, pero en el ring era diferente, entonces fue ahí que aprendí que, si respetas a tu rival e igualmente las reglas, te respetas a ti mismo.

Por primera vez en mi vida, la energía que me empujaba hacia la auto-destrucción encontró un propósito. En el ring aprendí disciplina, técnica y control, pero más allá de eso que el verdadero combate no es contra otro, sino contra uno mismo: Contra los demonios internos, las adicciones, la ten-tación de rendirse y el deseo de volver a las calles. Dejé las drogas, la pandilla y aquel Horacio que solo sabía destruir e inicié el desafío de empezar a cons-truir al Horacio Contreras que quería ser ¡un campeón!

De las calles al podio

Ese fue el salto que di, de las calles al cuadrilátero, de las pandillas a la Liga de Bogotá, de las drogas a las medallas y entonces me convertí en campeón internacional de boxeo. Esas manos que antes solo sabían golpear sin sen-tido, ahora ejecutan combinaciones precisas, jabs certeros, uppercuts resul-tado de horas de entrenamiento, sudor honesto y una transformación que comenzó por dentro.

Cada vez que subo al ring y me coronan campeón, pienso en ese Hora-cio de hace seis años, el skinhead perdido que no tenía futuro, me digo con

orgullo: «Lo lograste, hermano. Lo lograste». Ahora bien, mi mayor victoria no vino con ninguna medalla, llegó el día que el IDIPRON me llamó y dijo: Horacio, queremos que seas entrenador, pero en especial que compartas tu historia con aquellos chinos que ahora están precisamente donde tú un día también estuviste. Ahí entendí por qué había pasado por todo lo que pasé. No era solo para salvarme a mí, sino para poder salvar a otros.

Ahora soy yo el que extiende la mano

Hoy soy entrenador de boxeo en el Instituto, ya llevo un poco más de seis años trabajando con ahí y he convertido mi historia en herramienta de salvación para otros. En la UPI Oasis y en la UPI La 32, he encontrado «muchos talentos» en esos jóvenes que, como yo hace años, necesitan canalizar su energía hacia algo que los construya en lugar de destruirlos.

Los veo llegar y me veo a mí mismo hace seis años, con la mirada perdida, la rabia a flor de piel y esa energía caótica que no saben dónde meter. Entonces me acerco, les pongo los guantes y les digo: «Esa rabia que sientes o ese fuego que llevas dentro, no es tu enemigo, al contrario, es tu poder, así que solo tienes que aprender a usarlo».

Entreno a esos muchachos dos y hasta tres veces al día, porque bien sé que cada entrenamiento es una batalla ganada contra las calles, las drogas y el destino que les dijeron que tenían. Los números hablan: más de cincuenta medallas entre oro, plata y bronce. Once campeones distritales entre los años 2018 y 2019. Sin embargo, lo más importante es que detrás de cada medalla hay una historia de redención, un chino que eligió el ring en lugar de la calle y una vida rescatada del abismo.

El ritual de la esperanza

Cuando suena la campana en el IDIPRON, los jóvenes se reúnen alrededor del cuadrilátero, gritando y vibrando con cada combate. No es solo una velada boxística; es un ritual de esperanza. Yo organizo a mis boxeadores, les doy consejos, los acompaño, además los abrazo cuando ganan e igual cuando pierden, porque en el ring todos somos familia.

Soy el líder porque inspiro con mi ejemplo, estuve donde ellos están, conozco el peso de las adicciones, el frío de las calles o la desesperanza de no ver futuro. Razón por la que puedo muy bien mirarlos a los ojos y decirles

con certeza: ¡sí hay salida! No les miento, ni les digo que es fácil, porque me gusta hablarles con la verdad, entonces les digo: «es la pelea más dura de tu vida, pero es la única pelea que vale la pena ganar».

La pelea que nunca termina

Ya soy un adulto, pero sigo boxeando, compitiendo y soñando. Entreno dos y hasta tres veces al día con la naturalidad de quien ha convertido la disciplina en una forma de vida. Todo porque sé que el día que baje la guardia y deje de pelear, mi enemiga va a estar ahí esperando; la drogadicción siempre está al acecho, las calles siempre están llamando y la tentación de volver a lo fácil o lo destructivo, nunca desaparece del todo. La diferencia es que ahora no peleo solo, lo hago acompañado de decenas de jóvenes que han encontrado en mí un maestro, vivo ejemplo de que se puede salir del abismo a punta de golpes bien dados, lo que me da una fuerza que ninguna droga jamás me dio.

Cuando un chino me dice «profe, gracias por no rendirse conmigo» o veo a un muchacho subir al podio con su medalla, me acuerdo que hace tan solo seis años atrás yo estaba en la calle consumiendo. Cuando un joven me abraza y me dice «quiero ser como usted», entiendo que mi vida tiene sentido.

El legado que peleo por mantener vivo

Desafortunadamente no conocí en persona al padre Javier De Nicoló, él ya había partido cuando yo llegué al programa, pero su espíritu sigue vivo en cada uno de nosotros, en cada entrenamiento y, por tanto, en cada joven que encuentra en el boxeo una salida.

El padre Javier entendió algo que yo ahora también entiendo: que estos chinos no necesitan lástima sino oportunidades, a alguien que crea en ellos cuando nadie más lo hace y ver que el cambio es posible porque alguien como ellos lo logró. Yo soy la prueba viviente de que el método del padre funciona, porque a través de él se puede en efecto transformar la rabia en propósito, la violencia en disciplina y la desesperanza en victoria. Ese es el legado que nos dejó, que yo he asumido y peleo por mantener vivo cada día que me pongo los guantes.

Mantengo, sin embargo, la guardia alta y la mirada fija en mi enemiga: la drogadicción. Lo grandioso es que ya no le tengo miedo, porque he apren-

dido que las peleas más importantes son las que se dan contra uno mismo. Y esas, con disciplina, amor y alguien que te extiende la mano, siempre se pueden ganar. Esta es mi pelea, la única que en realidad vale la pena, la que doy cada día por mi vida y por la vida de cada joven que entreno. Y te juro que no voy a bajar los brazos.

Horacio Contreras

EL BOXEADOR DE ALMAS: ENTRE CICATRICES Y ESPERANZA

Cada madrugada, cuando Bogotá aún dormía y el frío calaba hasta los huesos, subía al cuadrilátero de la Unidad La 32, donde entre el olor a sudor y el sonido seco de los guantes golpeando el saco. No entrenaba solo el cuerpo, sino el espíritu de un hombre que, a los cincuenta y ocho años de edad, no había olvidado lo que significa dormir en la calle, el miedo, ni el hambre.

A veces los muchachos me retaban a que boxeara con ellos, les decía que sí, pero con una sola condición: «No me peguen en el pecho». Ellos se reían mientras que, en ese intercambio de golpes y risas sinceras, algo profundo sucedía, nos reconocíamos porque antes de ser director del IDIPRON, fui uno de ellos. Seguía siendo uno de ellos. Y mientras tuviera aire en los pulmones, seguiría siendo uno de ellos.

Mi historia comenzó en el asfalto

Mi historia no comenzó en un despacho ni en expedientes ordenados, sino en el asfalto. A los catorce años me volé de la casa, conocí el frío que atraviesa la ropa y congela el alma, cuando duermes en la calle. Sentí el miedo bestial a ser violado en la oscuridad. Coqueteé con el abismo de las drogas entre los diecinueve y los veintiún, jugando con mi propia destrucción como si fuera un juego.

Sin embargo, la verdadera herida, la que me marcó para siempre, vino de mucho antes: a los seis años, alguien de confianza me robó la inocencia, me violó. Guardé silencio durante décadas, cargando esa cruz a solas, como si el peso de mi dolor fuera un secreto que merecía la pena guardar.

Hasta que entendí la verdad: hablar, ser «frentero», como decimos aquí, era la única forma de sanar, ya que el silencio no es protección sino cárcel.

El sobreviviente que escucha a sobrevivientes

Por eso, cuando un chico venía a mi oficina y me contaba su dolor, no lo escuchaba como un funcionario detrás de un escritorio, en cambio sí como un sobreviviente que reconoce a otro sobreviviente. Mis cicatrices no estaban en la piel, sino tatuadas en el alma y esa fue exactamente la herramienta necesaria para ese trabajo.

Durante veinticuatro años caminé por el Bronx, el Cartucho y esa infame calle de «La L». Vi lo que la sociedad prefería ignorar y aquello que otros apartaban de la vista para no confrontar. Tomé una cámara y fotografié a los habitantes de la calle, pero nunca sus rostros. Fotografié sus cuerpos descansando en la intemperie, sus manos extendidas y sus sueños congelados en el frío. Lo hice para que el mundo recordara que ahí, tirado en el suelo, hay un sujeto de derechos y un ser humano sagrado.

El Padre Javier: Mi brújula

En todo ese caminar, fue la figura del Padre Javier De Nicoló la que se alzaba como un faro inamovible. Lo conocí en el año 1998 y no dudé en decirlo: si alguien merecía ser llamado santo en esta tierra, era él. No solamente sacó a más de cien mil jóvenes de la miseria humana, sino que además dignificó la calle y convirtió el dolor en propósito. Su rostro me vigilaba en los retablos de mi oficina y en cada pasillo del Instituto, pero su legado no era un cuadro en la pared; era una responsabilidad que latía en mi pecho.

Una misión de amor y resistencia

Mi misión, encomendada por la vida y por la Alcaldía Mayor de Bogotá D.C., fue mantener viva esa llama. No se trató de un trabajo administrativo, ya que en realidad fue un acto de amor y resistencia. Debía recuperar la infraestructura que papá Javier había soñado, esas joyas como La Florida y el alma de San Francisco, adaptarlas a los nuevos tiempos, ya que los demonios que atacaban a nuestros niños también habían evolucionado.

Luchábamos por los «trapevistas», aquellos jóvenes que caminaban en la cuerda floja entre la legalidad y la delincuencia, acorralados por las bandas que les ofrecían dinero fácil y respeto a cambio de sus vidas. Queríamos

arrebatárselos a la guerra. ¿Cómo? Con amor, pero también con estrategia. Llevábamos el boxeo a los barrios no para enseñar violencia, sino como un gancho y un canalizador de esa energía que hervía en sus venas. Cuando un chico se ponía las vendas por primera vez, aprendía a respirar, disciplina y, sobre todo, descubría que el dolor se podía transformar en fuerza y la rabia se podía convertir en determinación.

No fue nunca una tarea fácil. Recibí anónimos, amenazas y bullying por mi estilo descomplicado, por sentirme joven y por negarme a encajar en el molde del directivo acartonado que solo miraba números. Pero luego recibía una carta de unas niñas de una unidad, firmada, dando la cara, exigiendo sus derechos con una valentía que me dejaba sin aire, entonces todo volvía a cobrar sentido. Todo.

El mantra que me sostuvo

A veces, cuando veía a los niños sentados en el comedor, volvía a ser el niño que fui. Recordaba mis días de pan y aguapanela, la soledad de comer solo, porque mi madre debía salir a rebuscarse la vida en las calles de Bogotá y volvía a sentir esa sensación de abandono que dolía más que el hambre. Entonces acuñaba esa frase que repetía como un mantra, cada vez que me flaqueaban las fuerzas: «Si usted quiere conocer a Dios, mire a nuestros niños y niñas del IDIPRON, en ellos se refleja la imagen de Cristo».

Quién soy, quién fui y quién seré

Soy Carlos Marín, un hombre sencillo y un papá para miles. Un fotógrafo de sueños rotos, que se rehusaban a quedarse rotos. Y un boxeador que se negaba a tirar la toalla, aun que sus manos estuvieran cansadas.

Mientras hubiera un solo niño en la calle esperando una oportunidad, el legado del Padre Javier De Nicolás seguiría exigiéndonos dar la pelea. Asalto tras asalto. Hasta que la dignidad dejara de ser un lujo y se hiciera costumbre en esta ciudad.

Carlos Marín

Exdirector del IDIPRON

Reflexión del autor sobre el legado de Carlos Marín

A diferencia de un administrador que gestiona cifras, Carlos gestionaba vidas porque él mismo vivió el infierno del que intentaba rescatar a otros. Su historia valida el modelo psicosocial del IDIPRON, demostrando que el «habitante de calle» o el joven con problemas de consumo, no es un caso perdido, sino un líder dormido o un director en potencia.

Al utilizar el boxeo, la fotografía y su propia historia de abuso, como poderosas herramientas de conexión, Carlos continuo el sentido de humanización de la institución, el mismo que el padre siempre conservó. Enseñó que para salvar a los «trapecistas», esos jóvenes que caminaban al borde del abismo, no se necesitaba juzgarlos desde un pedestal moral, sino mirarlos a los ojos, ponerse los guantes junto a ellos y decirles: «Yo también estuve ahí y si yo pude salir, tú también puedes». Encarnación moderna de la pedagogía salesiana: Estar, acompañar y amar sin condiciones.

LA DANZA DE QUIEN RENACE

Tengo veintisiete años de edad y una verdad que me ha perseguido toda la vida: supe quién era desde que tengo uso de razón, pero en la ciudad de Cartagena y dentro de una familia conservadora, ser gay no era una opción, sino una condena. Soy el menor de cinco hermanos y hace tres años llegué a Bogotá huyendo del rechazo de mi propia familia y de los errores que cometí tratando de sobrevivir a ese rechazo.

Tres veces dije que no

Sufrí acoso escolar brutal por mi orientación sexual; aquello no eran miradas, en cambio sí golpes, insultos y humillaciones diarias. Cada día el colegio era un campo de batalla donde yo era el único sin armadura.

Con el tiempo el acoso se convirtió en depresión. La depresión en desesperación. Y la desesperación en tres intentos de suicidio durante mi adolescencia. Tres veces intenté quitarme la vida porque el peso de no ser aceptado, me pareció más fuerte que las ganas de seguir respirando. Tres veces pensé que mi familia estaría mejor, sin la vergüenza de tener un hijo como yo.

Mi madre me llevó a un centro psiquiátrico. Recuerdo esas paredes blancas y esos diagnósticos que me trataban como si estuviera roto. ¿Cómo explicar que mi dolor no era una enfermedad, sino el resultado de un mundo que insistía en que yo estaba equivocado?

Yo no estaba equivocado por ser quien soy. El mundo estaba equivocado por no aceptarme como soy.

La heroína: el abrazo que mata

A los quince años conocí las drogas, empecé con la marihuana, seguí con el bazuco, y finalmente llegué a la heroína.

La heroína es el abrazo más cálido y el más mortal que existe. Te arropa, te hace olvidar, te borra el dolor y lo más importante también te borra a ti. Te convierte en un fantasma que respira y camina, pero que ya no está realmente vivo.

La droga me apartó de mi familia y me convirtió en una persona sola y vacía. Cada vez que consumía, cavaba más profundo el abismo entre mi yo y la posibilidad de ser feliz.

Sin embargo, en medio de tan profundo vacío, había algo que permanecía intacto: mi amor. Con el chico que amo, iniciamos nuestra relación desde niños, él tenía doce años y yo catorce. Ambos somos cartageneros. Él me vio caer, intentar suicidarme y hundirme en las drogas, pero nunca se fue. ¡Nunca me soltó la mano!

El mundo me dijo que mi amor no valía, era enfermo y pecado, sin embargo, llevo más de una década amando a la misma persona. ¿Cuántas relaciones «normales» pueden decir lo mismo?

Bogotá: empezar de nuevo o morir

Hace tres años llegué a la capital solo, con una maleta pequeña y una carga enorme de dolor, vergüenza y adicción. Mi familia me había dado la espalda, mi ciudad se había vuelto inhabitable y necesitaba empezar de nuevo o morir en el intento.

Llegué al IDIPRON de manera voluntaria y muy convencido de que necesitaba ayuda profesional. Ya no quería seguir siendo ese fantasma drogado, deseaba volver a ser Kiberman y volver a ser yo.

Comencé por el Semáforo en la UPI Oasis, donde superé una fuerte dependencia. No fue fácil, hermano, ya que los primeros días sin consumir son un infierno. Tu cuerpo te grita que necesitas la droga, pero ahí estaban los profesionales, los otros chicos en proceso, el programa que te sostiene cuando sientes que te vas a caer.

Superada esa primera etapa, pasé a la UPI La Rioja. Ahora completo mi proceso en la UPI Bosa, mientras estudio asistencia social y comunitaria en la UPI La 32.

La danza que me devolvió la vida

Es muy frustrante no haber concluido mis estudios universitarios, ya que estudié dos años de ingeniería en telecomunicaciones en la UNAD, pero no pude terminarlos, una vez más por la droga que me quitó todo.

Llevo un proceso valioso, aunque ha sido muy duro porque estoy solo en esta ciudad, lejos de casa y de mi familia, la que amo a pesar que me rechazó. Sin embargo, en el Instituto encontré más que rehabilitación: encontré un propósito y me convertí en uno de los líderes de espiritualidad.

Hice la formación como líder de espiritualidad y es la experiencia más hermosa que he tenido en mi vida. Sé danzar y cantar, además de que tengo vocación de enseñar mi arte a los niños. He trabajado con los niños de la UPI Luna Park, con chicos, chicas y jóvenes de las UPI Oasis y La 32.

Al danzar, soy libre. Cada paso es un acto de resistencia contra todo lo que intentó destruirme y cada movimiento es una declaración: «Sigo aquí. Sigo vivo. Sigo siendo yo».

Y cuando enseño a los niños a danzar, veo en sus ojos lo que yo necesitaba ver cuando era adolescente: aceptación. Les ofrezco lo que a mí me costó tanto encontrar, un espacio seguro donde pueden ser ellos mismos sin miedo, sin vergüenza y sin que nadie les diga que están equivocados.

El trabajo social es mi todo y quiero trabajar con la comunidad. Mi mayor anhelo ahora es vincularme a un convenio laboral, para comenzar a generar ingresos, tener la estabilidad económica que me permita vivir con mi pareja y construir la vida que siempre he soñado, aquella que el mundo insistía en negarme.

Quiero ser el adulto que yo necesité cuando era adolescente, esa voz que le diga a un chico gay en un pueblo conservador: «No estás solo. No estás equivocado. Vas a salir de esto».

Pienso mucho en mi mamá, ahora la comprendo bien y quisiera pedirle perdón porque sé que sufrió mucho por mí. He aprendido a perdonar a mi familia, al mundo y sobre todo a mí mismo. Ya me probé, no quiero saber nada de la droga y sé que puedo vivir sin ella. Ser consciente de esa realidad me ayudó a comprender que debo superarme, ser alguien en la vida, no quedarme ahí echado a la pena, así todo el mundo esté en mi contra.

Danzar ahora es mi terapia, oración y forma de existir. Cada paso es una victoria contra la muerte, aquella que me llamó tres veces. Cada niño al que

le enseño, es una prueba de que mi vida tiene sentido y que mi dolor no fue en vano.

He aprendido que ser quien en verdad soy, no es un error. Que amar no es una enfermedad. Y que caer no es el final, sino la oportunidad para levantarme más fuerte.

Aquí encontré lo que mi familia no pudo darme: un espacio donde ser yo mismo, en el que mi orientación sexual no es una condena, sino simplemente una parte de quien soy y donde mi pasado no me define, en cambio me impulsa a ayudar a otros.

Soy líder de espiritualidad, porque yo mismo tuve que reconstruir mi espíritu desde las cenizas. Debí que encontrar a Dios o lo que sea que hay más allá después de haber perdido la fe en todo, incluso en mí mismo.

Me ocupo ahora de tener una vida bien, objetivo por el que he luchado todo el tiempo. Todavía sueño con mi pareja, mi trabajo comunitario, como también enseñar a bailar y cantar a más niños. Mientras danzo y comparto mi historia, me convierto en un faro de esperanza, para todos aquellos que todavía luchan en la oscuridad.

Mi misión se centra en declarar con palabras y ejemplo: «Si yo pude salir del abismo, después de tres intentos de suicidio y años de heroína, tú también puedes». Este es mi testimonio. Esta es mi danza. Esta es mi vida y sí finalmente es mía.

Kiberman

LA MÚSICA SACA LO MEJOR DE MÍ

En un mundo patriarcal, mi voz suena fuerte

Tengo veintidós años de edad y la música me salvó la vida. No de forma dramática, no me rescató de las drogas ni de la calle. Me salvó de algo más silencioso, pero igual de mortal: de creer que mi voz no importaba.

Cuando llegué al conservatorio de música Javier De Nicoló, venía cargando el peso de vivir en un mundo que constantemente me decía que, como mujer, debía ser más pequeña, callada e invisible, pero la música no entiende de género, ella solo entiende de verdad.

Empecé en «El Carmen», en el preparatorio con clases iniciales de música, técnica vocal y teoría. Al principio me sentía torpe y hasta fuera de lugar, ya que veía a los chicos tocar con tanta confianza que pensaba: «Yo nunca voy a ser así». Sin embargo, los profes nos miraban diferente, como si ya fuéramos músicos y solo faltara que nosotros mismos lo creyéramos.

Considero que es muy importante todo lo que nos enseñan nuestros compañeros y docentes, a pesar que aun vivimos en un mundo patriarcal, el que también se ve reflejado en la música, donde las mujeres no tenemos el mismo reconocimiento que los hombres, he aprendido algo fundamental: lo más valioso es cada persona en su esencia y cómo nos dejamos tocar por la música.

La música es una herramienta que nos permite sentir, entonces cuando sientes de verdad y cantas desde lo más profundo de tu ser, no importa si eres hombre o mujer. Importa que eres humana y que tienes algo que decir.

El conservatorio literalmente me dio voz... Me enseñó a proyectar, sostener notas que nunca pensé que podría alcanzar y contar mi historia a través de melodías. Sin embargo, también me dio voz en otro sentido: me empoderó, lo que significa que entendí que mi lugar en este mundo no lo definen otros, lo defino yo. Ahora, cuando canto, no solo proyecto mi voz sino, ante

todo, mi fuerza, al igual que la convicción y la certeza de que merezco estar aquí, en este escenario, en este mundo, ocupando espacio sin pedir permiso.

Camila la DJ que aprendió empatía

Soy DJ y cuando digo eso, la gente me mira sorprendida, porque no encajo en la imagen que tienen de lo que un DJ «debería» ser. Esa es exactamente la lección que el Conservatorio Javier De Nicoló me enseñó: que no tengo que encajar en las expectativas de nadie.

Mi pasión es la clase de producción, ahí frente a las consolas, mezclando tracks y creando beats soy completamente yo. Cada mezcla que hago es como resolver un rompecabezas sonoro, es decir que tomo pedazos de diferentes canciones y distintos ritmos, para unirlos en algo nuevo, algo que no existía antes.

La música me ha permitido ver la vida de manera más espiritual. Suena raro, lo sé. ¿Cómo puede algo tan técnico y matemático como la producción musical, ser espiritual? Pero lo es, porque cuando estás creando música, estás canalizando algo que va más allá de ti. Estás tocando frecuencias que resuenan en el alma de las personas.

Ahora bien, por encima de todo, la música me ha enseñado a ponerme en los zapatos de las demás personas y a ser empática. Eso es posible porque cada canción cuenta una historia y cada melodía es el dolor, la alegría o la esperanza de alguien. Entonces cuando mezclo esas canciones y las uno, en realidad estoy uniendo historias, por lo tanto, conectando emociones.

En mi proceso personal, el conservatorio ha sido muy importante. Llegué siendo una chica insegura que no sabía qué hacer con su vida y salgo siendo una DJ que sabe que su voz, aunque sea a través de las mezclas que crea, puede mover a multitudes.

Lo que el conservatorio nos dio a ambas

El profesor Johan Bolaños siempre nos dice: «Ustedes pueden contar sus propias historias de vida a través de la música». Y tiene razón; yo, Valentina, cuento la historia de una mujer que se negó a ser silenciada. Yo, Camila, cuento la historia de una chica que encontró su voz en las consolas de mezcla.

Nos tomamos muy en serio este proceso, que no es un pasatiempo, sino nuestra vida presente y futura. El conservatorio nos dio la posibilidad de adquirir herramientas en todo el proceso musical, desde lo más básico hasta crear nuestras propias producciones.

Sin embargo, más allá de la técnica, de las notas y los ritmos, él nos dio algo más valioso: nos enseñó a canalizar nuestros sentimientos y pensamientos, para expresarlos de una forma distinta que no necesariamente es hablando, ya que a veces las palabras no son suficientes. En ocasiones necesitas una melodía para decir lo que sientes o un beat para expresar tu rabia, alegría o esperanza.

La música ha sido un camino de vida para nosotras: Nos ha dado concentración, disciplina, propósito y una razón para levantarnos cada día, buscando crear algo bello en un mundo que a veces parece estar lleno solo de ruido.

El legado que llevamos

No tuve la fortuna de conocer al padre Javier De Nicoló, cuando llegué al conservatorio que lleva su nombre, él ya había partido de este mundo, pero sentimos su presencia en cada aula, cada instrumento y cada nota que tocamos. Y su presencia espiritual se siente porque él entendió algo que pocos entienden: que la música no es un lujo, es una necesidad y una forma de sanación; una herramienta de transformación más poderosa que mil terapias.

El Conservatorio Javier De Nicoló es su legado sonoro. Un lugar donde jóvenes como nosotras podemos vibrar en diferentes ritmos y ser lo que soñamos ser, sin que nadie nos diga que no podemos.

Somos Valentina y Camila, una es cantante y la otra DJ, pero ambas somos prueba viviente de que la música saca lo mejor de nosotras.

Gracias padre Javier, por crear un espacio donde las mujeres jóvenes podemos hacer sonar nuestra voz y tan fuerte como queramos. Donde podemos ser artistas, productoras y creadoras. Donde podemos contar nuestras historias a través de melodías que nunca se olvidan.

La música no solo nos enseñó a tocar instrumentos, sino mucho más allá, a tocar vidas. Y esa es la sinfonía más hermosa que podríamos crear.

Valentina

DE LA FLORIDA A LA SINFÓNICA

Cuando el corno francés se convierte en voz de gratitud

Salí del programa en el año 1999, de La Florida directo a la Sinfónica de Cundinamarca y así no más, sin escalas. De un hogar para niños de la calle a una de las orquestas más prestigiosas del país. Suena imposible ¿no? Y lo fue, pero el padre Javier tenía la costumbre de hacer posible lo imposible.

Las cosas no han sido fáciles, pero tampoco imposibles, la frase que resume mi vida. Cada día es un equilibrio entre el esfuerzo y la gratitud, entre el trabajo duro y el recuerdo de dónde vengo y quién me dio la oportunidad de estar aquí.

He grabado con la Orquesta Sinfónica Nacional varias producciones: la banda sonora de «Colombia Magia Salvaje» o el «Fonseca Sinfónico». Cada vez que escucho esas grabaciones, pienso en el niño que fui, en el camino recorrido y en las manos que me sostuvieron cuando yo no podía solo.

Me han invitado a tocar el corno principal, en las universidades más importantes del Distrito. He sido profesor en Tocancipá, Mosquera, Sopó, La Calera, Soacha, en Los Caballeros de la Virgen, en Cultura Boyacá y en la Sociedad Salesiana Divino Niño Jesús. En el IDIPRON fui docente por una corta temporada, pero muy valiosa porque volver como profesor, fue cerrar un círculo; de estudiante a maestro y de rescatado a rescatador.

El Congreso de la República y la Gobernación de Cundinamarca me condecoraron con la medalla «Antonio Nariño» por liderazgo y trayectoria. Cuando me la entregaron, pensé en el padre Javier, ya que aquella medalla no era solo mía, era de él y de todos los que creyeron en un niño que apenas sabía sostener un instrumento.

Hago arreglos musicales para colegas en Italia, México, Cuba y España entonces mi música viaja por el mundo. Las notas que aprendí en La Florida ahora suenan en escenarios internacionales. En 2007 gané el premio a mejor arreglo en el «Italian Brass Week» en Cesena, Italia, imaginen a un niño

de La Florida ganando en Italia, el país del padre Javier, solo él pudo haber soñado algo así. En resumen, siempre tendré presente que nada sería posible de no haber sido por él.

Esa es la verdad más simple que puedo decir: No hay éxito, ni medalla y menos reconocimiento que no esté cimentado en aquel día cuando alguien puso un corno francés en mis manos y me dijo «tú puedes».

Al curita, todos mis respetos y cariño porque él no solo me enseñó música. Me enseñó que mi valor no dependía de dónde venía, sino de hacia dónde podía ir. Que un niño de la calle puede pararse frente a una orquesta sinfónica con la cabeza en alto. Que el talento no tiene apellido ni dirección, solo necesita oportunidad y disciplina.

Cada vez que me paro frente a mis estudiantes, les cuento mi historia, no para presumir, sino para que sepan que yo estuve donde muchos están ahora. Que yo también tuve miedo, dudas y momentos en los que pensé que no lo lograría, pero lo logré porque primero alguien creyó en mí, cuando yo no creía en mí mismo. Ahora es mi turno de creer en ellos.

Ese es el legado del padre Javier, que no solo formó músicos, sino que creó maestros que multiplican lo que recibieron. Una cadena de oportunidades que va más allá de su vida, sus programas, las instituciones y las fronteras de Colombia.

Cuando toco el corno, dirijo un arreglo o enseño a un nuevo estudiante, siempre estoy honrando al padre Javier. Cada nota es un gracias. Cada clase es un tributo. Y cada reconocimiento es prueba de que su sueño funcionó.

De La Florida a la Sinfónica de Cundinamarca, de Bogotá a Cesena y de niño rescatado a maestro condecorado. El viaje fue largo, pero el punto de partida fue claro: un hombre que decidió que ningún niño debía perderse, que todos merecíamos descubrir nuestro talento y, que la música podía ser el puente entre la desesperanza y la dignidad.

Por siempre, para el curita mi cariño. «De La Florida a la Sinfónica de Cundinamarca: Cuando un corno francés se convierte en el instrumento de la gratitud».

El maestro Sandro: Cuando el miedo nos encuentra con el destino

La música cambió mi vida para siempre y de la manera más armónica. Después de pasar por soldadura donde casi me quedo ciego, por no usar la adecuada protección, decidí que necesitaba algo diferente y le dije al profesor que quería ingresar al taller de música, entonces junto con mi amigo Hildebrando Gómez, dejamos la soldadura.

El padre Javier tenía una orden sagrada: Existían diferentes talleres para prepararnos al entorno laboral, nosotros podíamos rotar por todos si queríamos, con el fin de encontrar las habilidades y gustos de cada uno, pero la orden era clara, el estudiante que entrara al taller de música salía de rotaciones. Ya no había más cambios de talleres. Eras músico de tiempo completo y eso asustaba, pero también seducía.

Estudié solfeo durante dos meses, primero quería saxofón y luego trompeta, pero una tarde, escuchando historias de otros compañeros, alguien mencionó un instrumento que nadie quería tocar porque el profesor era muy regañón, de fuerte carácter decían. Lo describían como algo que yo veía desde las ventanas del salón de dibujo técnico. Cuando me dijeron que se llamaba corno, algo dentro de mí lo supo: ese era mi instrumento.

Le dije a Nacho, que era la mano derecha del maestro Sandro, que quería corno. «Esperemos a que venga el maestro», me dijo. En ese momento, juro que pensé en desertar, ya que el maestro Sandro era legendario por sus regañones, por su fuerte carácter, sí muy fuerte. Ese día estaba arreglando un saxofón cuando Nacho me mandó a llamar, mi corazón se aceleró y mi garganta se secó. Entramos juntos al taller de música.

Nacho le dijo: «Maestro, él es uno de los chicos que quería trompeta». Sandro preguntó sin dejar su trabajo: «¿Ya se la vas a dar?». «No, maestro, es que ya no quiere trompeta. Quiere corno», contestó Nacho.

En ese momento, Sandro dejó todo lo que estaba haciendo. Gritó con su acento italiano: «¡Miriam, tráigame las llaves!». Entró rápido al depósito y salió con el mejor corno que había, el que estaba en mejor estado. Luego sacó una caja de boquillas, me miró los labios por entre sus gafas, sonrió y eligió la que consideró más acorde para mí. Después, con las pinzas que tenía en la mano, me agarró el pecho con una fuerza que no olvidaré jamás y me dijo: «Si se sale del corno, le arranco las pelotas con estas pinzas».

En ese instante entendí algo que cambió mi vida: el maestro Sandro no era un hombre regañón, era un hombre excelente, que te exigía excelencia porque creía en ti. Y era, además un abuelo muy sabio, que contaba historias a través de la música, historias que querías escuchar una y otra vez. Ese instrumento que veía desde lejos y que casi me asusta, se convirtió en un amor a primera vista.

Cuando ingresé a la banda, descubrí un grupo de músicos extraordinarios: Jefferson Castillo en flauta, Omar Casas en oboe, Henry Hernández en trompeta e Ignacio Moyano en trombón. Y los eminentes profesores entre otros: Jaime Rojas concertino de la banda nacional, Amílcar Villanueva oboísta de la filarmónica y profesores de la orquesta sinfónica nacional. Gaby, una pianista respetadísima del medio clásico. Y el maestro Sandro, pensionado de la orquesta sinfónica nacional. Puntos todos muy altos para alcanzar.

Papá Javier no contrataba lo bueno, contrataba lo mejor de los mejor, por el solo hecho que para él sus hijos merecían la excelencia. Y creía profundamente en lo que decía Don Bosco: «Un pueblo sin banda es como un cuerpo sin alma». La banda era su estandarte, su forma de mostrar al mundo lo que el programa lograba y la cara más sonora de cómo sus muchachos alcanzaban todos sus sueños.

Giovanny Patiño

EL ÁNGEL DE LUZ QUE CANTÓ CONMIGO

De cantar en buses a cantar en misas

En el año 1975, por razones que aún hoy no comprendo del todo, resulté en la calle. Tenía solo ocho añitos, dormía bajo la lluvia entre periódicos y cartones, sin mi padre ni mi madre. No sabía para dónde coger, no entendía cómo había llegado hasta allí y menos cómo salir.

Duré cinco años luché junto a otros niños, que buscábamos protegernos de todos los enemigos que hay en la calle y además no corrompernos. Cinco años es una eternidad cuando tienes ocho, nueve o diez años de edad. Cinco años en los que cada día era una batalla por sobrevivir, mantener algo de inocencia en medio del infierno y no perder la esperanza de que algún día algo cambiaría.

Cantaba en los autobuses, para conseguir algo de comer. Mi voz era lo único que tenía y que podía ofrecer. Subía a los buses, cantaba con toda el alma y la gente a veces me daba unas monedas, otras veces no. Sin embargo, yo seguía cantando, ya que era la única manera de sentir que todavía era humano y que tenía algo que dar.

Entonces apareció un ángel bello de luz, así lo recuerdo, así lo sentí en aquel momento y así lo siento ahora. Fue el padre Javier, el único que nos vio cuando nadie más lo hacía. Nos acompañó cuando todos nos habían abandonado. Nos dio vestido cuando andábamos en harapos. Nos protegió cuando el mundo entero parecía estar en nuestra contra.

Como por cosas del destino, ese niño que cantaba en los autobuses para sobrevivir encontró en el hogar que el ángel nos dio, una razón más hermosa para cantar. Hicimos grupos musicales, le cantamos siempre a Dios y paso a paso nos volvimos profesionales de la música. La misma voz que usé para pedir monedas, después se elevaba en alabanzas, conciertos y celebraciones de la vida.

Canté en las misas celebradas por el padre durante diez años, en las que cada nota musical era una oración de agradecimiento. También hicimos orquesta bailable y un grandioso grupo musical como la Gran Banda Musical de La Florida y ese coro de ángeles formado por sus hijas que hoy por hoy, de la mano de Mery Lazo y Javier Guevara, llevan a nivel internacional el legado de la música y el fulgor de la alegría, que Javier nos inculcó.

Gracias padre Javier, porque tuviste aquel corazón como nunca alguien tuvo y, salvaste a más de cien mil niños y niñas de las garras de la maldad y la muerte. Gracias por haber hecho tanta gente hermosa. Gracias por la República de Los Muchachos La Florida, Bosconia, La Arcadia, Chibchalá, San Carlos y Juventud Unida la casa de las niñas. Gracias por todas esas almas que salvaste llevándonos por el camino del bien.

Hoy por hoy gozo de buen descanso. Me logré ubicar como vigilante profesional durante veintitrés años. Trabajé honradamente, con dignidad, protegiendo lo que el Padre me enseñó a valorar: La seguridad, el orden y el respeto. Tengo cinco hermosos hijos, tres mujeres y dos varones, todos profesionales, cada uno en su especialidad. Mi esposa también estudió durante nuestra relación, crecimos juntos y construimos juntos. Ahora gozo de la existencia de cinco preciosas nietas, otras grandes razones para agradecerle cada mañana aquel ángel de luz que me encontró, cuando yo era un niño bajo la lluvia.

Gracias a Dios y a Javier logré salvar mi vida y formar un hermoso hogar, lleno de luchas y triunfos. Cada uno de mis hijos es un testimonio viviente de que el amor puede romper ciclos y cada nieta es la prueba de que cuando salvas a un niño, salvas generaciones completas.

Yo era ese niño sin rumbo, cantando en buses por monedas y durmiendo entre cartones. Hoy soy un abuelo que cuando miro a mis nietas pienso: «Si no fuera por él, ustedes no existirían» porque si yo hubiera muerto en esas calles, como tantos otros murieron, no habría hijos, ni nietas y tampoco esta familia hermosa que construí desde las cenizas.

El padre Javier no solo me salvó a mí, sino también a mis hijos, a mis nietas y a generaciones que todavía no han nacido, pero que llevarán en su sangre la historia de un niño que fue rescatado por un poderoso ángel de luz. Por siempre tu amigo, padre Javier, por siempre agradecido y cantando como me enseñaste, ya que la vida merece ser celebrada con música, alegría y esperanza.

¡Que Dios bendiga el espíritu y el legado de Javier! «De cantar en buses por monedas, a cantar en misas con gratitud: el viaje de un niño que encontró su voz en el amor de un padre».

William Fernando Bosa Vasco

LAS MANOS QUE CONSTRUYEN SUEÑOS

Tengo una sonrisa amplia y unas manos fuertes. Manos que antes se cerraban en puños para pelear en las calles de la localidad de Suba, pero que hoy tallan madera con la delicadeza de quien ha descubierto su propósito. Tengo veintisiete años de edad y, esta es mi historia, la historia de cómo pasé de destruir a crear, de pelear a construir y de sobrevivir a vivir.

El punk y la rabia

Nunca tuve problemas de drogas, mi problema era la violencia. Las peleas callejeras me llevaron a diversos barrios a enfrentarme con distintos grupos en la localidad de Suba. Yo chocaba con ellos y salíamos a sacarlos de los barrios, esa era la vida que conocía, la única manera que había encontrado de existir en un mundo que parecía no tener lugar para mí.

El punk era mi cultura, bandera e identidad porque más que música, fue la forma que encontré de gritar mi rabia y hacerme visible en medio de la indiferencia. En las calles de Suba me hice un nombre; Daniel el peleador, el del puño rápido y el que no se dejaba de nadie, aunque por dentro estaba vacío. Cada pelea me dejaba más solo y cada golpe que daba o recibía me alejaba más de lo que podía llegar a ser.

Mi mamá nunca se rindió

Entonces mi mamá me llevó al IDIPRON y a los quince años de edad crucé por primera vez las puertas de la UPI Servitá para estudiar tejidos, sin tan siquiera saber que estaba entrando a un lugar que transformaría mi vida para siempre.

Mi madre nunca me abandonó. Ella sigue ahí, guerreando por un diario en casas de familia, para sostener a nuestra familia y como gran guerrera, fue

la que creyó que yo podía ser algo más que un peleador callejero, así que fue la primera en darme una oportunidad.

Después del Servitá vino la ebanistería en la Escuela Taller. Intenté un proyecto productivo que fracasó, toqué fondo, pero volví. Regresé al Instituto a través del programa Jóvenes en Paz, donde cada paso o tropiezo, era parte de un camino que solo hoy puedo entender.

El día que mis manos descubrieron la madera

Tenía que pasar por todo eso porque si no hubiera vivido esas experiencias, no habría llegado a lo que quiero ser hoy y es un propósito contundente: un carpintero independiente, trabajando exclusivamente con madres cabeza de hogar. ¿Por qué madres cabeza de hogar? Porque las mujeres son más dedicadas en el trabajo y más delicadas con la madera, pero sobre todo porque quiero honrar a mi mamá, a esas mujeres que luchan solas y que guerrean todos los días para sacar a sus hijos adelante. Es mi manera de devolver algo de lo que recibí.

Hoy soy monitor y mano derecha de mi instructor en la UPI Perdomo, al que llaman cuando hay algo que restaurar en madera. Mis piezas han estado en Corferías y Expo Artesanías. ¿Yo? ¿El peleador de Suba? Sí, hermano, yo.

Con el incentivo que recibo por los convenios interinstitucionales, compro una máquina cada mes. Hago cuentas con la precisión de un carpintero: cuando cumpla treinta años o sea que estoy a tres años, para montar la mitad del taller. No es un sueño vago, sino un proyecto con fecha, plan y determinación.

Las zancadillas del camino

El camino por supuesto no ha sido fácil y más cuando alguien ve que uno trata de progresar, buscan hacerle zancadilla. Algunos amigos se ríen de mis sueños, «¿un taller? ¿Tú? Si antes estabas en la calle peleando», me dicen. Ser afrocolombiano me ha generado dificultades adicionales que prefiero no detallar, pero que están ahí, invisibles pero presentes. El racismo en Colombia no siempre grita, a veces susurra, te cierra puertas sin decirte por qué o niega oportunidades con sonrisas falsas.

Sin embargo, en el Instituto encontré algo que el mundo exterior me negaba: Apoyo genuino, un espacio para crear y materiales para construir no solo muebles sino futuro. Aquí no me miraron como «el negro peleador de Suba», me vieron como Daniel, el que tiene talento con la madera y puede llegar lejos si le dan la oportunidad.

La vida que elegí

La oportunidad que me da la institución es muy grande y no quiero desperdiciarla. De verdad, hermano, ya que hubiera seguido en las peleas en las calles. Yo ya estaba viendo que en cualquier momentico se me podía acabar la vida, porque vi a demasiados parceros caer. Algunos muertos, otros presos y muchos perdidos en la droga.

El IDIPRON ha sido mi tabla de salvación, pero más que eso, ha sido el espacio donde descubrí que mis manos podían crear en lugar de destruir, que mi fuerza podía usarse para construir en lugar de pelear y que mi vida podía tener un propósito más allá de sobrevivir.

Mi vida aquí es productiva, tengo una gran oportunidad de poder hacer mis propios proyectos acá. Cada día que entro al taller, huelo el olor de la madera fresca, entonces agarro mis herramientas y pienso: «Esto es lo que quiero hacer el resto de mi vida».

El taller de los sueños

Vivo con mi mamá y una hermana que logró entrar a la universidad gracias al apoyo de ambos, ya que somos una familia que ha aprendido a salir adelante unida, a pesar de todo. El taller que sueño, un espacio donde las madres cabeza de hogar encontrarán trabajo y dignidad, lo estoy construyendo paso a paso y con apoyo también de ellas,

Mi proyecto tiene fuerza porque yo se la he dado. Cuando uno se las cree, comienza a ver resultados, yo me lo creí, dejé de ser el peleador que cerraba los puños y me convertí en el carpintero que abre las manos para crear.

Cada corte en la madera es una victoria sobre mi pasado, toda pieza terminada es un paso más hacia ese taller propio y cada máquina que compro es un pedazo de mi sueño que se materializa.

Lo que mis manos construyen

Mis manos siguen tallando, ya no golpean, ni destruyen, ahora crean mesas, sillas, piezas de arte y, ante todo, crean futuro. Mi futuro, el de mi familia y el de aquellas madres cabeza de hogar que trabajarán conmigo.

Se que a pesar de no haber conocido al padre Javier de Nicoló, su legado me salvó la vida y su visión de que todos merecemos una oportunidad, sin importar de dónde vengamos o qué hayamos hecho, es lo que me dio este segundo chance.

Hoy soy Daniel, el carpintero en lugar del peleador, el hombre y la persona prueba viviente de que la educación, cuando se ofrece con amor y, sin prejuicios, transforma no solo al ser humano, sino al mundo que él construirá con sus propias manos.

Y te lo juro: voy a construir ese taller, a darles trabajo a esas madres y a honrar tanto a mi mamá como al legado del padre Javier, porque mis manos ya aprendieron que es más poderoso construir que destruir.

Daniel Perdomo

EL AMOR QUE SE COCINA

Nací en Acandí, en el hermoso departamento del Chocó, me llamo Oriana y tengo treinta y cuatro años de edad. Todos los días me levanto a las tres de la mañana para cocinar, no porque me obliguen, sino porque es lo que más amo hacer en este mundo.

La niña de la lancha

Mi historia con el programa comenzó en el año 2004, cuando yo era apenas una niña en Acandí y entonces pasaba en lancha por el río para ir a venderles productos de revistas, a las profesoras que trabajaban allá. Algunas veces les ayudaba en la cocina, ya que me fascinaba ver cómo preparaban comida para tantos chicos y cómo esos jóvenes comían con hambre, pero también con alegría.

La vida en el pueblo de Acandí era dura a nivel social y personal. Quedé embarazada de mi primer hijo siendo una adolescente a los diecisiete años, difícil situación que enfrenté como madre soltera, ya que no tenía nada, literalmente nada, pero había escuchado historias del Instituto. Y pensé: «Si ellos ayudan a tantos jóvenes, tal vez puedan darme una oportunidad a mí también».

La decisión más difícil

Después de un tiempo, conseguí trabajo como interna de cocina en la UPI El Tuparro, en el Vichada, al otro extremo del país, una decisión que no fue fácil. Significó dejar mi tierra natal, el mar y todo lo que conocía.

No tenía nada para el viaje, ni para el pasaje, tanto así que un amigo me regaló una chaqueta y yo empecé un ventilador con lo que conseguí la plata como pude. Era eso o seguir viviendo las duras condiciones de Acandí, era eso o ver a mi hijo pasar hambre, era eso o rendirme y yo no me rindo.

El 5 de diciembre de 2006

Llegué a Bogotá el 5 de diciembre del año 2006, con muy pocas cosas materiales pero cargada de sueños y con la esperanza de que mi situación podría cambiar para bien.

Recuerdo ese día como si fuera ayer, el frío de la capital me caló hasta los huesos. Yo, acostumbrada al calor del Chocó, al mar y la brisa, para verme de pronto en aquella inmensa y fría ciudad, donde no conocía a nadie. Sin embargo, tenía una oportunidad y aquello era más de lo que había tenido antes.

Las tres de la mañana

Desde aquel inolvidable día, hasta hoy han pasado catorce años, durante los cuales me he consolidado como una de las Tías más reconocidas en las UPI del Instituto. Quizá sea entre otras cosas porque todos los días me levanto a las tres de la madrugada para iniciar mis labores.

Presté mis servicios en la UPI La Rioja, una Casa de Cuidado donde vivían hombres, mujeres y población trans. Allí preparábamos todas las comidas, desde el desayuno hasta la cena. ¿Sabes lo que es levantarse a esa hora todos los días? Es duro y a veces mi cuerpo no quería porque se sentía cansado, pero entonces pensaba en los doscientos veinte jóvenes que estaban ahí esperando su desayuno, que tal vez no habían comido el día anterior o nunca nadie les había cocinado con amor. Y entonces me levantaba.

La mejor recompensa

Se me quiebra la voz cuando digo esto: la mejor recompensa que puede tener fue escuchar a los chicos darme las gracias por los alimentos que preparaba. Me fascinaba que los muchachos se pegaran a la ventana de la cocina y me decían: «Tía, muchas gracias». O salir y que me diera un abrazo. O poder darles una que otra palabra de aliento. Todo eso para mí eso era muy grande.

No solo cocinaba, también escuchaba, aconsejaba y apoyaba porque más que las cocineras o las tías, somos como las madres de los chicos de la Unidad, lo que hacemos en la casa con nuestros hijos, lo compartimos con alguien que lo necesita.

El secreto del sabor

La gente me pregunta cuál es el secreto de mi comida, por qué a los chicos les gusta tanto y cómo es qué siempre repiten. Bien el secreto es simple: le imprimo amor a lo que hago todos los días. No es solo mezclar ingredientes, es pensar: «Este muchacho viene de la calle, tal vez hace días no come algo caliente, quizá su mamá nunca le cocinó o quién sabe si esta sea la única comida decente que tendrá hoy». Al cocinar con ese pensamiento, la comida sabe diferente: Sabe a hogar, familia y amor.

Lo que el IDIPRON me dio

Es lo mejor que me ha podido pasar en mi vida, en el Instituto terminé mi bachillerato, actualmente estudio un tecnólogo en gastronomía, consolide una familia y estoy pagando mi casa propia.

Esa niña de Acandí, chocoana, que pasaba en lancha vendiendo revistas, que empeñó un ventilador para conseguir el pasaje a Bogotá, ahora tiene casa propia, educación, una profesión y dignidad, pero más que eso, tiene propósito. Sé para qué me levanto cada madrugada y por qué vale la pena el cansancio, el frío, las manos quemadas o la espalda adolorida. Vale la pena por ese «gracias, tía» que escucho todos los días.

El legado del chocolate y el pan

El espíritu del padre Javier De Nicoló, está en cada taza de chocolate que preparo y en cada pan que sirvo. Lástima que no alcance a conocerlo, pero comprendo parte de su legado y algo que muchos no entienden: que el amor entra por el estómago, ya que un niño con hambre no puede soñar. Que una taza de chocolate caliente, puede ser la diferencia entre quedarse en la calle o atreverse a cambiar.

Soy una de las setenta y nueve tías del IDIPRON, que mucho más que cocineras somos madres sustitutas, consejeras, el abrazo caliente en la mañana fría y la prueba de que alguien se preocupa por un chico, ofreciéndole un desayuno que lleva más que ingredientes. ¡Lleva amor!

Gracias, padre Javier, por enseñarnos que una taza de chocolate y un pan pueden cambiar una vida, en la medida en que la alimentación no es solo

nutrir el cuerpo, sino también el alma. Que cocinar con amor es una forma de decir: «Tú me importas. Tu vida vale. Mereces este plato caliente».

Así cada día que cocino, perpetúo tu legado porque sé que, en algún lugar, algún chico está probando su primer desayuno decente en días. Y ese desayuno le está diciendo lo mismo que me dijo a mí hace años: «Hay esperanza, amor y futuro».

Oriana Reales Mosquera

Tomado de la página web del IDIPRON

SALVADO DOS VECES POR EL AMOR

El infierno comenzó cuando yo tenía siete años de edad, claro que no sabía que eso era infierno porque era todo lo que conocía. Mi madre, mi padre, mi señora María y todos conspiraban para convertir mi infancia en dolor. Me mandaban cada mañana con una canasta llena de pasteles, sesenta aproximadamente, a venderlos por las calles, un gran peso que no podía cargar un niño, pero lo llevaba.

Tenía que llevarlo, ya que si no vendía todos los pasteles volvía a casa a enfrentar lo que los adultos llaman «castigo»: Me vestían de mujer, ponían bajo el chorro de agua fría, helada como la muerte y azotaban con un cable de plancha sobre la piel o con una hebilla de correa en la espalda. Después como si fuera poco lo anterior, me dejaban con hambre o encerrado con candado, mientras escuchaba a mi familia reír, comer y beber. El dinero de mis pasteles desaparecía en botellas de alcohol y al día siguiente, volvía todo a comenzar.

Poco a poco, las calles se convirtieron en mi refugio, sentía que era mejor dormir en una esquina del barrio Simón Bolívar, antes que enfrentar otro castigo. Los días pasaban sin que nadie se percatara de mi ausencia o quizá simplemente no les importaba.

El Siete de Agosto, Sears, el Campin o Galerías fueron mis nuevas casas, cada lugar un poco más lejos del hogar que nunca fue hogar, pasé por Chapinero, hasta que llegué al centro de Bogotá y con el centro llegó el resto. La marihuana, las pepas o la gasolina que inhalaba para olvidar. Esa fue la forma como me tocó vivir, que no lo elegí; simplemente sucedió. Me estaba convirtiendo en lo que todos en la calle llamaban «carasucia», «gamín» o un «completo ñero», es decir alguien que ya no valía nada.

Conocí de pronto el patio de la 11 y al inolvidable Majito que coordinaba ese lugar, y aunque era un patio para habitantes de la calle, era algo diferente, porque ahí había orden y respeto. Majito me vio como lo que era: un

niño perdido, no un delincuente o un problema, solo un niño. Fue así como conocí al programa del padre Javier De Nicoló.

No sabía en ese momento que mi vida estaba a punto de transformarse, gracias a que cuando el padre Javier me recibió, me ofreció algo que nadie me había ofrecido antes: Calor humano, buen trato, vivienda, comida garantizada, ropa limpia, estudio, talleres, deportes y valores entre otras muchas más oportunidades. Todo aquello que había visto a otros niños tener y que creía que estaba vedado para alguien como yo.

Día tras día, sentía que me estaban formando de nuevo, no como un criminal, ni como un desecho social, sino como una persona y alguien digno.

En medio de mi proceso hacia una nueva vida, el padre Javier y sus colaboradores hicieron algo aún más increíble: me ayudaron a encontrar a mi familia. Después de años en las calles, de haber creído que estaban muertos o que yo estaba muerto para ellos, los encontraron. Mi mamá seguía viva y mis hermanos existían, entonces fue como regresar a un mundo que nunca creí que volvería a ver.

Tomé la decisión de irme del Instituto, ya que creí que podría volver a casa, que quizá todo había sido un malentendido y que la familia sería diferente, sin embargo, no fue así. Encontré un nuevo padrastro, más hermanos y seguían las mismas dinámicas de siempre. Pronto estuve de nuevo en la calle, solo que en ese momento además del dolor, llevaba la esperanza que el padre Javier me había plantado.

Y el padre no me abandonó, me recibió nuevamente y me dijo: «vuelve» que «siempre hay espacio para ti aquí». Eso es lo que lo diferenciaba de todo lo demás: creía en las segundas oportunidades, las terceras o las que fueran necesarias.

Volví, pero un día la familia me llamó de nuevo porque el padrastro había muerto, así que otra vez pensé que las cosas serían diferentes. Abandoné el programa una vez más y volví a intentarlo, aunque de nuevo me equivoqué y en esa ocasión fue peor. Me humillaron en la casa donde estaba pagando arriendo, me dejaron en la calle con mi ropa en las manos y recaí.

Caí en el alcohol, el bazuco, el cigarrillo y en zonas de tolerancia, donde los hombres miran a los niños de una manera que te hace perder la fe en la humanidad. Perdí mi primer matrimonio con una mujer que me había salvado, que me amaba a pesar de todo y que creía en mí como nadie más había creído. Ella falleció y mi único salvavidas se fue.

Estuve cerca de terminar de la peor manera, ya que el Cartucho, el Bronx, La L o San Bernardo son todos nombres que en Bogotá significaban la muerte lenta y la desaparición del alma. Zonas de tolerancia donde los hombres como yo íbamos a terminar drenados, olvidados y convertidos en polvo.

Entonces alguien me dijo algo que cambió todo: «No busques más a tu familia porque pierdes lo que tienes y terminarás mal». Aquellas palabras fueron en realidad como un grito de un ángel en medio de la oscuridad. Alguien me estaba diciendo que yo tenía algo y poseía un valor que no debía perder. Y ese algo provenía del padre Javier.

Volví de nuevo y esa vez ya no me fui más porque entendí que la familia que necesitaba no era la que me parió, sino la que el padre Javier me había dado. Entendí que dos mujeres increíbles, junto con Javier De Nicoló, habían estado presentes en los momentos en que más necesitaba. Ángeles encarnados en forma de educadores, coordinadores, gente común que entendía que rescatar no es un acto fácil, sino un acto de fe.

Hoy tengo una esposa que se llama Hilda y dos hijos que llevan el nombre de Javier, como homenaje a quien me salvó dos veces. No soy un hombre rico y no tengo un título universitario, ni una profesión sofisticada, pero tengo algo que la calle nunca me permitió soñar: Vida, familia y dignidad.

No terminé con un costal al hombro, convertido en un desechable más de los que dormían bajo los puentes. No morí en el Cartucho como tantos otros que conocí. No desaparecí en las zonas de tolerancia.

Al padre Javier, Majito, los coordinadores y esas dos mujeres que me rescataron, no sé cómo agradecerles. Las palabras son insuficientes y todo lo que puedo decir es que ustedes me devolvieron la vida, dos veces, algo que solo los ángeles pueden hacer.

Gracias. De verdad, de corazón gracias.

José Luis



Los salvados se convirtieron
en salvadores este es el legado
del padre Javier.

VOCES QUE VOLVIERON A DAR

«El círculo que nunca termina»

De rescatados a rescatadores: el legado que se multiplica

1. De gamín a trabajador social — *Nelson Iglesias*
2. El niño que se convirtió en profe — *Gilberto Poloche*
3. El ingeniero que nació en El Tuparro — *Juan Carlos Romero*
4. De la calle a la vida — *Benjamín Baquero*
5. El círculo completo — *Liliana Márquez*
6. Muerte llama muerte — *Yako «El Arriero»*
7. De la bolsa de pegante a educador — *Carlos Javier Vargas Vanegas*
8. El Cric-Crac que funciona — *John Jairo Riascos*
9. El profe Rafa — *Rafael*
10. El maestro que me enseñó a servir — *Profe María Blanco*
11. Pescador de jóvenes — *Omar Barahona*
12. Mi poema pedagógico — *Francisco Calderón*
13. Las diferencias que construyen legados — *Juan Manuel Caicedo*

El verdadero milagro del Padre Javier no fue salvar cien mil vidas. Fue crear miles de salvadores. Cada joven rescatado se convirtió en semilla que plantó más esperanza. Cada niño transformado creció para transformar a otros. Nelson tiene medio siglo salvando niños. Gilberto es educador hace cuarenta años. Juan Carlos es ingeniero ambiental que educa. Yako rapea en las calles para arrebatarse hijos a la muerte. Y así el legado se multiplica, sin pausa, sin límite, sin fin. No son solo cien mil vidas salvadas. Son cien mil puntos de partida de una cadena que nadie podrá detener.

DE GAMÍN A TRABAJADOR SOCIAL

La transformación completa

Cuando las calles de Las Cruces y San Bernardo se convirtieron en mi hogar, yo tenía diez años de edad. Llegué a ellas no porque quisiera, sino porque en mi casa no había espacio para mí. Mi padre nunca existió, mi madre hacía lo que podía y yo, un niño, tuve que aprender a sobrevivir en el lugar más cruel que existe: las calles frías de Bogotá en los años 80s.

Cinco años en el infierno

Fueron cinco largos años deambulando entre drogas, licores adulterados, hambre y ansiedad, tiempo durante el cual los placeres fueron momentáneos: Una inhalada de pegante para olvidar el hambre, un robo exitoso para conseguir algo de comer o la camaradería efímera de otros niños igual de perdidos que yo.

Disfrutaba al no tener que cumplir las reglas que acostumbraban imponer los padres de otros niños, pero muy en mi interior las dolencias, la falta de amor y afecto, las nulas oportunidades a futuro y, el desprecio de la sociedad, me dejaban solo tristezas.

Cada noche llegaba a descansar entre andenes y el viento, bajo efectos de sustancias alucinógenas. Hurtaba las pertenencias de los caminantes del centro para sobrevivir. No tenía futuro, ni esperanza, solo tenía el presente, uno frío, oscuro y desesperante.

El hombre de la boina

En medio de aquellas noches, aún recuerdo con aprecio a un señor de saco y pantalón de drill, que siempre llevaba una boina. Llegaba junto a otras per-

sonas en una pequeña camioneta color verde, con la misión de calmarle el hambre a los niños y los habitantes de calle que estábamos por esos sectores.

Nos daba pan, chocolate y queso, manzanas, naranjas y duraznos. Otras veces nos reunía frente a una improvisada fogata, para escuchar nuestros problemas y también anhelos.

Yo no entendía por qué lo hacían. ¿Por qué un hombre así perdía su tiempo con nosotros, los «desechables», los ladrones y los gamines? ¿Qué ganaba él con alimentarnos? Con el tiempo entendí que no ganaba nada. Excepto la satisfacción de vernos comer caliente, escucharnos y tratarnos como personas.

El día que lloré por un perro

Para mí, cambiar mi estilo de vida habitando las calles no era una decisión fácil, ya que la calle era lo único que conocía. Era mi familia, refugio y mundo. Fue hasta unos días después, cuando observaba y lloraba la muerte de un perro callejero, que llegaron dos hombres y me invitaron a cambiar mi vida.

¿Por qué lloraba por un perro? Porque ese perro era yo. Murió solo, en la calle, sin que a nadie le importara. Y yo sabía que ese sería mi destino si seguía así. Cuando esos hombres me invitaron a ir con ellos, algo dentro de mí dijo: «Intenta. Una vez más. Intenta».

Bosconia: Mi renacer

Aquella invitación fue el inicio de una vida distinta en la sede Calle 11, Bosconia del IDIPRON, liderada por el padre Javier De Nicoló. El hombre de la boina, que nos daba pan y chocolate, el mismo que nos escuchaba sin juzgarnos.

Poco a poco fui al Patio de la calle 11 donde nos esperaba el padre. Algunos niños regresaban a las calles, pero yo, cansado de mi vida cotidiana, acepté la oferta. Desde mi llegada al Instituto, solamente bastaron el amor, el afecto y la libertad aquellos pilares que siempre destacó el padre Javier, para darle un vuelco a mi vida.

El padre Javier siempre estuvo con nosotros desde que nos acostábamos hasta que nos levantábamos, así que lo que soy se lo debo a él: La educa-

ción, el amor y el modelo pedagógico de la entidad nacido de sus enseñanzas, todos aquellos pilares que conquistaron mi corazón.

De gamín a estudiante

Mi etapa escolar la inicié en la sede Arcadia. Aunque no fui el estudiante más dedicado, recuerdo entre risas lo conflictivo que llegué a ser en muchas ocasiones, pero a pesar de todo, busqué destacarme para llegar a La Florida, donde estaban los beneficiarios de mejor comportamiento.

Jamás el padre Javier me regañó, al contrario, recibí muchos consejos para la vida. Me trataba como si yo fuera su hijo, no su proyecto.

Recuerdo con nostalgia las sedes de El Tuparro en el Vichada y Acandí en el Chocó. Lugares alejados de las tentaciones que ofrecían las calles y los vicios. Ahí, en medio de trabajos, cantos, risas, juegos, teatro, danzas y estudio, aproveché la vida y las diferentes oportunidades que me ofrecía el padre salesiano.

Hasta el último día

Hasta los últimos días de la vida del padre Javier, le agradecí por rescatarme de las calles, por haberme enseñado el valor del servicio frente al prójimo y a velar por las futuras generaciones de niños vulnerables.

Aquel día en que murió, lloré como nunca había llorado, ni siquiera cuando murió aquel perro callejero. El padre Javier no solo me había salvado la vida, me había dado una vida que valía la pena vivir.

El círculo completo

Hoy día tengo cincuenta años de edad cumplidos. Tengo esposa y dos hijas que son los motores para seguir aprendiendo como ser humano. Y soy profesional en trabajo social, vinculado a la lucha de trabajar por los niños, niñas, adolescentes y jóvenes en la misma entidad que me vio crecer, formarme y profesionalizarme.

El Instituto me rescató cuando era un niño de diez años y me salvó. Y ahora yo rescato a otros niños de diez años que están donde yo estuve.

He buscado seguir los pasos de la persona a quien reconozco como mi padre, porque Javier De Nicolás fue más padre para mí, que el hombre que me engendró y nunca conocí.

Lo que le debo

Parte de lo que soy se lo debo a papá Javier. No «parte» todo, absolutamente todo. Sin él, yo estaría muerto. Como aquel perro callejero que me hizo llorar hace cuarenta años. O peor aún estaría vivo, pero muerto por dentro, atrapado en las drogas, la violencia y la desesperanza.

Él me enseñó que yo no era lo que la sociedad decía que era: un desechable, un gamín o un ladrón. Él me enseñó que yo era un niño que merecía amor, educación y oportunidades. Y ahora yo les enseño lo mismo a los niños que llegan a la institución: que ellos no son sus circunstancias, no son sus errores y no son lo que la sociedad dice que son. En realidad, son niños con sueños, potencial y futuro.

Gracias papá Javier, por ver en un niño sucio, drogado y ladrón de diez años, a un futuro trabajador social de cincuenta. Y por enseñarme que el amor, el afecto y la libertad pueden transformar cualquier vida, sin importar qué tan rota esté.

Parte de lo que soy te lo debo. En realidad, te lo debo todo. Y ahora trabajo para pagar esa deuda, salvando a otros niños como tú me salvaste a mí. Ese es el legado que nos dejaste: que el rescatado se convierta en rescatador. Y que ese círculo nunca termine.

Nelson Iglesias

página web del IDIPRON

EL NIÑO QUE SE CONVIRTIÓ EN PROFE

A mis trece años de edad era un adolescente inquieto, rebelde y con problemas en mi hogar. Mi padre era agresivo y maltratador. Mi madre hacía lo que podía, pero no podía con todo. Así que me fui para la calle. Y la calle me comía vivo.

Mi madre me llevó a Las Granjas del Padre Luna, estuve ahí un año, pero escapé por malos tratos. Me llevaron al ICBF y me internaron en Cajicá, en una casa fría y dura llamada El Puente, donde compartí con más de ciento veinte niños y viví momentos difíciles, por falta de disciplina y buen trato.

Entonces, con el paso de los meses por suerte, aquella casa empezó a ser administrada por el padre Javier De Nicoló, bajo el funcionamiento del IDI-PRON. Ahí inicia lo que sería la mejor experiencia de mi vida.

«Estar con los educadores»

Esa época fue muy bonita, porque los educadores eran muy bácanos. El lema del padre era: «Estar con los muchachos». Todo el tiempo estaban con nosotros y no sentía soledad, ni vacíos de familia.

No era como en los procesos de internados por los que pasé antes. Lugares donde me sentía solo, donde teníamos libertad de volarnos, consumir sustancias prohibidas o actuar con malas conductas. Aquí era diferente porque alguien siempre se quedaba conmigo y me veía.

Fui aprendiendo de normas, disciplina, buen comportamiento, academia y el valor del amor propio. Así, mi vida se fue transformando y todo dentro de un verdadero hogar.

El viaje que lo cambió todo

«Los voy a llevar a Cartagena, pero tienen que comportarse bien y mostrar el cambio», dijo el padre Javier. Esa frase fue el inicio de mi nueva vida. Ahí quise cambiar y ser buen tipo.

Jamás había salido de Bogotá y nunca había viajado en avión, así que fue muy especial. En Cartagena nos esperaban unos buses que nos llevaron a conocer el Canal del Dique y playas maravillosas. Llegamos de noche, en medio de una fuerte lluvia, pero al otro día fue muy bonito, ver ese mar todo grande.

Compartimos durante cuarenta y cinco días. Caminábamos y gozábamos de los paisajes nunca antes vistos. Todo era muy valioso: Los educadores, la compañía, las enseñanzas y la misma naturaleza que nos acogió por más de un mes.

La casa donde leía la Constitución

De regreso a Bogotá, fui internado en Chibchalá, en el barrio 20 de Julio. Un día estudiábamos allí y otro día trabajábamos en la Arcadia. Un día era académico y otro de trabajo. Paseos, aprendizajes y cariño verdadero fuera de casa.

Luego pasé a La Florida, una experiencia enriquecedora donde la disciplina, las buenas costumbres, los hábitos de la lectura y el deporte le dieron otro rumbo a mi vida. Ahí incluso leí la Constitución Nacional de Colombia, para conocer mis derechos y deberes.

Después estuve en Industrias Bosconia, un lugar extenso donde había talleres de carpintería, metalistería y dibujo técnico. Trabajábamos con convenios con empresas que nos permitían ser productivos. Allí también hice mi bachillerato.

Brasil: «Filio» (hijo)

Gracias a mi buen comportamiento, el padre Javier me dio la oportunidad de viajar al exterior. Fue una experiencia muy bonita, porque nosotros éramos muchachos internos, con un pasado complicado de habitabilidad en

calle, nuestros padres sin oportunidades y de hogares complicados. En mi caso, un padre agresivo y maltratador.

Viví en São Paulo, conocí Río de Janeiro, Paraná y San José de los Campos. Al llegar al aeropuerto de Brasil, me sentí amado cuando vi las pancartas con avisos que decían «filio» (hijo).

Iba a compartir vivienda con una familia. Me subieron al carro de ellos. En su casa me asignaron una habitación con una cama propia, como jamás había tenido, con armario y alfombrado. Era una cosa espectacular, que me enseñó el sentido de la familia. Aprendí mucho.

El día que me pusieron al frente de dieciséis jóvenes

Después de un año regresé a Colombia. Entonces el padre Javier me puso a cargo de un grupo de dieciséis jóvenes para guiarlos y orientarlos. Ahí inicié mi labor como educador y en adelante gracias a mi experiencia debía ayudar a formar a niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situaciones difíciles. Tenía apenas unos años más que ellos, pero había vivido lo que ellos vivían y eso hacía toda la diferencia.

Continué como educador en El Tuparro, Bosconia y en Medellín donde me gradué de bachiller. Viajé al Chocó, a Acandí. De regreso a Bogotá, trabaje en distintas UPIS con habitantes de calle, niños de once a quince años.

Conocí la Operación Amistad en Soacha y Bosa. Preparé a más de doscientos chicos para Acandí. Pasé por La 12, Arcadia, San Francisco y Arborizadora Alta.

El legado que perpetúo

Hoy soy administrador Ambiental de la Universidad Distrital. Padre de un adolescente de diecisiete años y una niña de nueve, fruto de veinte años de matrimonio. Y me desempeño como profe del IDIPRON desde 1982.

Han sido más de cuarenta años en esta institución. Mi permanencia laboral la describo como muy bonita y magnífica. Ha sido una experiencia muy bonita ver muchos niños que han salido adelante y que hoy son profesionales, que conformaron sus hogares y que son buenos padres. Jóvenes que estaban en una vida muy complicada y ahora los veo salir adelante. Gracias

al programa van dejando la vida de calle, empiezan a estudiar y capacitarse. Es una alegría.

Lo que aprendí del padre Javier

Javier De Nicoló, estuvo siempre adelantado diez años a la educación tradicional. Gracias a Dios yo viví esa época de oro y todo lo que nos enseñaba para ser mejores.

Él siempre fue una persona que inculcaba cosas grandes. Por ejemplo: «Si va a ser panadero, sea el mejor. Sea el mejor siempre en todo lo que quiera hacer». Inculcaba la espiritualidad, el amor y, respeto a Dios, como guía y compañía en todo instante o situación.

Él siempre buscaba cómo ayudar a los demás y eso es lo que yo trato de hacer ahora. Nunca repetir los errores de mi padre, al contrario, ofrecerles lo mejor a mis hijos y cuidarlos para que no vivan lo que a mí me tocó.

El reto que nos dejó

El Instituto ofrece a los jóvenes estudio, vivienda, oportunidad de capacitarse y salir adelante, pero hay que ir por más, aspirar a ser profesional, conformar un hogar, una familia, ser responsable y respetuoso.

Destaco de la institución la opción que ofrece en el deporte, la recreación, el arte, la danza y la música, que va haciendo que el joven vea la luz en esa oscuridad que le tocó vivir.

El IDIPRON aún tiene cosas muy grandes por hacer. Hay que seguir buscando cómo ayudar a los más necesitados y combatir la dificultad de la vida de los jóvenes, por eso su reto es jamás bajar la guardia y, seguir transmitiendo el amor hacia el trabajo y los demás.

Soy parte del círculo que se cierra: el rescatado se convierte en rescatador.

Gracias padre Javier, por enseñarme que no importa de dónde vengas, sino hacia dónde vas. Por mostrarme el mar cuando yo solo conocía el asfalto frío de Bogotá. Por darme una familia en Brasil, cuando en mi casa solo había maltrato. Por confiar en un adolescente rebelde y ponerlo al frente de dieciséis jóvenes.

Hoy perpetúo tu legado. Cada niño que ayudo es un homenaje a ti. Cada joven que sale adelante es una prueba de que tu método funciona. Y mientras yo esté vivo, jamás bajaremos la guardia.

Gilberto Poloche

Tomado de la página web del IDIPRON

EL INGENIERO QUE NACIÓ EN EL TUPARRO

Me llamo Juan Carlos, tengo dos hijas hermosas, una de veintitrés años de edad y otra de dos años y medio que ahora mismo está a mi lado. Soy ingeniero ambiental, con dos especializaciones: una en seguridad y salud del trabajo, y otra en formulación de proyectos. Sin embargo, esta no es mi historia completa porque ella en realidad comienza en la calle.

El recorrido por el infierno

Pasé por diferentes casas del IDIPRON: Acandí, Bosconia, el Patio de la 12 y el Patio de la 24. Cada una fue un peldaño más hacia arriba y hacia la luz, aunque yo no lo entendiera en ese momento.

Sin embargo, fue en El Tuparro donde realmente nací. Ese lugar hermoso en el Vichada, lejos de todo y rodeado de naturaleza, fue donde me gradué de bachiller en el año 1997, pero donde entendí quién podía llegar a ser.

Antes de eso, yo era otro. Era el de la calle, la delincuencia, el hurto y demás actividades que la calle te pone en el camino, no como opción, sino como única forma aparente de sobrevivir.

La semilla que Javier sembró

El padre Javier nos inculcaba mucho tanto en El Tuparro, como en todas las casas del programa, el tema del cuidado del medio ambiente, la naturaleza y los animales. No era solo un discurso, sino su forma de ver el mundo: todo merece ser cuidado, todo tiene valor y todo puede florecer si alguien lo cuida.

Y esa semilla que él sembró en mí, germinó años después. Por eso opté por estudiar ingeniería ambiental, porque Javier me enseñó que cuidar es un acto de amor y que yo, que había necesitado tanto cuidado, podía dedicar mi vida a cuidar el mundo.

Recibiendo los consejos de Javier, ingresé a la universidad. Y, gracias a Dios, lo logré. Posteriormente me especialice en dos áreas. Y como la verdad es que la sociedad a veces es dura e indolente, no fue fácil lograr los objetivos.

Jamás fue fácil, pero esa perseverancia hacia adelante, esa semilla que Javier sembró en nosotros, hermano, cumplió sus metas y propósitos.

De beneficiario a educador

Después de haber terminado de estudiar, tuve la oportunidad de trabajar con Javier varios años en diferentes unidades, incluida El Tuparro, donde fui a hacer trabajo con los jóvenes, lo que en algún momento él nos enseñó.

Ese fue uno de los momentos más importantes de mi vida: volver a El Tuparro, pero ya no como el chico perdido que había llegado años atrás, sino como educador, el que ahora tendía la mano a otros que estaban dónde yo estuve.

Ver en los ojos de esos jóvenes el mismo miedo, la misma confusión y la misma esperanza escondida que yo tuve alguna vez. Y poder decirles: «Yo estuve donde tú estás. Y mira dónde estoy ahora. Tú también puedes».

El milagro que hoy vivo

Me enorgullece haber pasado por la calle, por tantos tropiezos, tantas dificultades y luego poder decir que hago parte de la sociedad de una buena forma. Gracias a las enseñanzas de Javier. Gracias a su apoyo hacia nosotros cuando más lo necesitábamos en la calle.

Haber dejado todos los temas de delincuencia, hurto y demás actividades que la calle me puso en algún momento, es valioso. Es gratificante saber que todo ese milagro se hizo única y exclusivamente gracias al apoyo que siempre me prestó mi papá, mi amadito Javier De Nicoló.

Y qué bonito es poder dejar plasmada una historia de superación, de vida, de muchas luchas, de muchos sacrificios y de grandes esfuerzos. Porque la verdad es que nunca fue fácil, pero creo que esa perseverancia, esa semilla que Javier sembró, cumplió sus propósitos.

Lo que mis hijas heredan

Mis hijas reciben de mi amor, el apoyo que yo recibí y llevan en su corazón a Javier. Conocen quién fue Javier, aunque nunca lo conocieron en vida, porque yo les cuento. Les cuento del hombre que me salvó, del lugar hermoso en el Vichada donde su papá aprendió a ser persona y de la naturaleza que me enseñó a cuidar el mundo.

Hoy por hoy seguimos apoyando este tipo de causas, ya que esa es la única forma de honrar su memoria: Replicando sus enseñanzas, multiplicando su amor y continuando su obra.

Los sueños donde Javier vive

Sueño con Javier muy seguido, en El Tuparro o en La Florida. Y cada vez que despierto de esos sueños, siento que él me está recordando algo importante.

Yo digo que la mejor forma de tener vivo a nuestro amado Javier es recordándolo, amándolo, pensándolo, recibiendo sus ejemplos y replicándolos por supuesto.

Desde el cielo nos cuida, estoy seguro de eso, porque los milagros que hizo en vida siguen multiplicándose. Yo soy uno de esos milagros. Mis hijas son parte de ese milagro. Los jóvenes con los que trabajé en El Tuparro son extensiones de ese milagro.

Para mí es una alegría enorme

Sí es una alegría enorme saber que todo eso se logró, no por mérito propio, sino por el esfuerzo, el sacrificio, la paciencia, las enseñanzas que Javier tuvo para conmigo y para con miles de mis compañeros.

Él nos sacó de la situación más difícil en la que nos encontrábamos. Nos sacó del abismo, para darnos amor, educación y oportunidades, pero, sobre todo, nos dio algo que ninguno de nosotros tenía: la convicción de que valíamos la pena.

Soy hijo del padre Javier De Nicoló. Gracias papá Javier, por enseñarme a cuidar. Por mostrarme que la naturaleza florece cuando la cuidas y que las vidas humanas también. Por sembrar en mí la semilla de la perseverancia. Por creer en un chico de la calle que hoy es ingeniero.

Desde el cielo nos cuidas y desde acá, seguimos multiplicando tu milagro, ya que esa es la única forma de agradecerte: siendo para otros lo que tú fuiste para nosotros. Un abrazo hasta el cielo, santo Javier. Tu legado vive en cada uno de nosotros.

Juan Carlos Romero

DE LA CALLE A LA VIDA

El día que un cura «loco» cambió mi destino

Mi nombre es Máximo Decimocuarto, pero en la calle nadie me conocía así, para la gallada yo era «Chichones», un apodo que me gané a punta de golpes, caídas y peleas en el infierno del centro de Bogotá.

La calle no perdona. Esa mañana había amanecido con el estómago pegado al espinazo, ya que llevaba dos días sin comer nada decente, solo lo que sacábamos de las canecas de basura, detrás del restaurante de la carrera séptima. Cremallera, el jefe de nuestra gallada, estaba tirando plan: Chichones ¿sí o qué? Hoy toca conseguir lo del día me dijo, mostrándome ese estómago cosido que parecía un mapa de cicatrices. Hay que bajar a la décima, que hay hartito chimbilaco por esos lados.

Yo tenía como quince años de edad, aunque en la calle nadie pregunta la edad. Tenía piojos, olía a orines y basura y, la ropa que llevaba puesta, la había sacado de un costal de la caridad. «Cara sucia», me decían algunos y tenían razón.

Nos movíamos en manada: Centavitos, los Riaño, Magito y yo. Éramos como treinta gamines de la gallada de la tercera y nuestro territorio iba desde el Parque de las Cruces hasta la calle octava. El Cartucho era nuestro reino, infierno y hogar.

El encuentro que no esperaba

Ese día andábamos por la octava con décima cuando lo vi. Un tipo alto, flaco, vestido de traje y corbata, caminando entre nosotros como si nada. En el Cartucho, un man así duraba cinco minutos antes de que lo pelaran.

—Ey, mire a ese gomelo, dijo Magito. —¿Apostamos a que lo atracamos? Pero había algo raro en ese man. No caminaba asustado. No apretaba su maletín. Nos miraba directo a los ojos, como si nos conociera de toda la vida.

Se nos acercó. Yo me tensé, listo para arrancar. —¿Cómo estás, muchacho? Me dijo con acento raro, medio italiano. —¿Ya comiste algo hoy? Preguntó.

Me quedé helado. Nadie, absolutamente nadie nos preguntaba eso. —No... No señor, le dije, sin saber por qué le estaba hablando de «señor». —Ven, vamos al Patio. Allá hay comida, duchas y un lugar dónde pueden estar tranquilos.

Magito se río. —Ay sí, ¿y quién es usted? ¿Papá Noel o qué? El man sonrió, una sonrisa que no parecía de este mundo. —Soy el padre Javier y ustedes son mis hijos, aunque todavía no lo sepan.

El Patio de los milagros

Terminamos yendo. No sé por qué, pero algo en ese man nos hizo seguirlo. El Patio de la 11 con 11 era como entrar a otra dimensión. Había canchas de micro, enfermería, duchas con agua caliente —¡agua caliente, hermano! Y, lo mejor de todo, comida. Comida de verdad.

—Vea, chino, me dijo uno de los voluntarios, —primero se baña, después come. Esas son las reglas. Me metí a esa ducha y vi cómo el agua salía negra, arrastrando la mugre de semanas. Los piojos se escurrían por el desagüe. Por primera vez en meses, me vi en un espejo y casi no me reconocí.

Nos dieron desayuno, merienda y almuerzo. Cremallera no podía creer. —Esto debe ser una trampa ¿cierto? Nadie regala nada.

Sin embargo, no era trampa. Era el padre Javier, ese cura «loco» que caminaba por el Cartucho sin miedo y que nos trataba como si fuéramos sus hijos, personas de verdad.

La tentación de volver

Después del almuerzo salimos para el Chorro de Padilla a fumar marihuana y a bañarnos en las piletas. La calle te jala, hermano. Te jala duro. Volvimos a la camada en Las Cruces, calle tercera con décima, ese lote detrás de la bomba de la Texaco que era el centro del universo del bajo mundo.

Ahí estaba todo: la olla donde vendían bazuco, las putas que trabajaban en la noche, los cosquilleros, los del pegante o los que olían gasolina hasta quedarse dormidos en el piso. Era nuestro mundo, el único que conocíamos.

—¿Ya se les olvidó ese cuento del Patio? Nos preguntó una vieja que vendía helados de leche—. Ustedes siempre vuelven a lo mismo y tenía razón.

Quince días estuvimos en la calle, hasta que un día Magito dijo: —Loco, ¿nos devolvemos al Patio? Allí había comida buena.

El avión que te cambia la vida

Cuando volvimos, el padre Javier estaba ahí, como si nos hubiera estado esperando todo ese tiempo. Con él estaban el Padre Alfredo Gómez, Papá López un negro grande que te miraba con firmeza, pero con cariño y Magito, que ya se había quedado.

Nos metieron a una sala de juegos y ahí soltaron la bomba: —Hay treinta cupos para Liberia. Es la primera etapa de Bosconia. ¿Quieren entrar? Yo no sabía qué era Bosconia, pero sonaba a algo grande.

—¿Y qué hay que hacer? Preguntó Cremallera, siempre desconfiado. —Tienen que tomar un avión, dijo el padre Javier—. Pero el avión se demora tres días en llegar, entonces vuelvan en tres días si de verdad quieren cambiar su vida.

Nos fuimos. En la calle, entre el humo y la locura, pensé en ese «avión». ¿Sería de verdad? ¿O era un cuento para sacarnos de ahí? Los tres días fueron eternos. Centavitos casi se muere de una sobredosis. A los Riaño los cogió la policía. Cremallera desapareció, no sé si estaba vivo o muerto.

Pero yo volví. Magito volvió. Algunos de la gallada volvieron.

El día que estrené

Cuando llegamos al tercer día, nos estaban esperando. El padre Javier, Papá López, Magito, la hermana Luisa —una monja joven de ojos claros que nos trataba con dulzura— y Rosa Irene, la secretaria del Padre.

Nos pasaron a un cuarto. Había ropa nueva, todita nueva, zapatos y tenis, dos mudas completas. —Vístanse, dijo Papá López porque hoy empieza su nueva vida.

Yo agarré esa ropa y me puse a temblar. Nunca, nunca en mi vida había estrenado. Siempre había usado lo que otros botaban, lo que encontraba en la basura. Me miré en el espejo con esa ropa nueva y lloré. Lloré como un bebé. Magito también estaba llorando.

—Ya no eres Chichones, me dijo el padre Javier, poniendo su mano en mi hombro. Eres Máximo y tienes un futuro.

El avión que era un abrazo

El «avión» no era un avión de verdad, era una metáfora, una forma de decirnos: «Van a volar alto y van a salir de donde están». Subimos al micro verde del Padre con el cucho Valerio al volante y nos llevaron a Liberia.

La casa era hermosa, tenía dormitorios limpios, cocina con comida de verdad, sala de juegos, canchas deportivas y baños con agua caliente. Era como un palacio para nosotros que veníamos del infierno.

Ese día entendí quién era el padre Javier De Nicoló. No era solo un cura con boina que caminaba por el Cartucho, sino un hombre que había dejado Italia, su familia y su vida cómoda, para venir a Colombia a salvarnos. A nosotros, los gamines, los desechables y los que la sociedad quería esconder bajo la alfombra.

Con el tiempo dejó de ser «el Padre» y se convirtió en nuestro papá. Nuestro verdadero papá.

Lo que la calle no pudo matar

Ahora cuando recuerdo aquellos días, todavía siento el olor del Cartucho, el frío de las noches en la calle y el miedo de no saber si iba a amanecer vivo. Sin embargo, también recuerdo la primera vez que comí sentado en una mesa, que alguien me dijo «hijo» con amor, que me vi en un espejo y me gustó lo que vi.

El padre Javier nos dio lo que la calle nos había quitado: dignidad. Nos enseñó que no éramos invisibles, ni desechables y que teníamos derecho a soñar.

Algunos de la gallada no lo lograron: Cremallera apareció muerto meses después en una zanja. Centavitos murió de sobredosis. Los Riaño siguen en la calle, si es que todavía están vivos. Sin embargo, yo sí lo logré, Magito también y miles más.

Hoy día tengo una vida, una familia y un futuro, todo porque un día un cura de traje y corbata me miró a los ojos y me dijo: «Eres mi hijo».

Benjamín Baquero

EL CÍRCULO COMPLETO

Tenía apenas siete años de edad cuando llegué a Bogotá desde La Salina, departamento del Casanare y a los trece, una llamada telefónica cambió el rumbo de mi vida para siempre. Alguien le explicó a mi mamá qué era el IDIPRON y cómo funcionaba. Así fue como en el año 2011, mi hermano mayor y yo cruzamos el umbral de un lugar que no sabíamos que se convertiría en nuestro verdadero hogar: yo entré a la UPI La Vega, él a Acandí en el Chocó. Éramos dos de cuatro hermanos, yo la segunda, enfrentando un nuevo capítulo lleno de interrogantes.

Las dudas se disiparon el primer día, cuando entré a mi nuevo dormitorio, encontré algo que nunca había tenido: una cama para mí sola. Compartía el espacio con otras veintiséis niñas que como yo buscaban una oportunidad. Todas estábamos felices y emocionadas. Nos dieron útiles de aseo personal, ropa nueva y calzado, pero lo más importante fue otra cosa, algo que transformó mi manera de entender el mundo: los profes no preguntaban por qué estaba una allí, sino «¿qué quieres hacer?, esto funciona así». No había juicio, ni señalamientos, solo futuro.

Comenzamos a ser como hermanas, ciento ochenta chicas entre los ocho y diecisiete años de edad viviendo, estudiando y soñando juntas. Empecé quinto grado con la certeza de que si me esforzaba podía hacer dos años en uno. Salíamos cada quince días los viernes y regresábamos los domingos a la UPI La 32, y de ahí a La Vega, en las afueras de Bogotá. Las clases académicas se entrelazaban con talleres de música, teatro, literatura, ajedrez y deportes. Yo estaba en música y deportes porque nos llevaban a todos los eventos que organizaba el padre Javier.

Ese primer año se realizaron las primeras olimpiadas del Instituto. Todavía recuerdo la emoción de ver a los chicos de todas las unidades bailando disfrazados, cada uno representando un país diferente. Fue más que una competencia deportiva, ya que fue una celebración de la vida, como una declaración de que nosotros también merecíamos alegría, jugar y ganar.

Mi vida por esa época fue exquisita, lo digo sin pudor y sin vergüenza de reconocer que fui feliz, porque el padre Javier tenía razón cuando decía que los chicos y chicas preferíamos quedarnos en el programa que salir a nuestras casas. Allí jugábamos con nuestras compañeras y compañeros, con los profes y hasta con los celadores. Salíamos a caminatas de cuatro a seis horas. Hacíamos asaditos. El Día de la Mujer, los profes nos preparaban agua de panela con galletas. Eran muy detallistas con nosotras.

Cada mes, el padre Javier organizaba integraciones con los chicos de otras casas. Me río cuando recuerdo cómo las chicas cambiábamos totalmente nuestra apariencia física porque estaban los muchachos, todas estábamos muy bonitas y educadas en la mesa. Eran momentos de normalidad en vidas que habían conocido demasiado poco de ella. La única exigencia era colaborar con el aseo de la casa y mantener todo en orden. Si no hacíamos las tareas, nos enviaban a la biblioteca. Eran exigentes y nos pedían que en todo nos fuera bien. Y cuando algo no marchaba, la directora preguntaba con genuina preocupación: «Chicas, ¿qué pasa? ¿Qué hay que hacer?». Además de todo nos enseñaron a ser independientes.

Al llegar a noveno grado, hice una prueba para pasar al Colegio Distrital Fleming. Cuando pasábamos allá era un lujo: salíamos del internado y convivíamos con más gente. En décimo escogí estudiar técnico en sistemas en el SENA y el 4 de diciembre del año 2017, a mis dieciocho años, me gradué como técnica y bachiller. Hubo un paseo de celebración no al mar que soñaba, sino a Bucaramanga, pero fue una semana inolvidable, yo era una de las líderes del grupo. Entre paseos y caminatas a pueblos vecinos, supe que el mundo era más grande de lo que había imaginado.

Al dejar la Unidad, tenía un sueño claro: estudiar en la universidad y mantenerme por mis propios medios. Todos los profes me conocían y eso me ayudó muchísimo. Un lunes, estando ya fuera, recibí una llamada para una entrevista en el área de sistemas y así fue como el 25 de enero de 2018, apenas un mes después de graduarme, firmé mi contrato con el Instituto. El círculo se completaba: la niña que había llegado con dudas e interrogantes ahora regresaba como profesional. «Ahora eres nuestra compañera», me dijeron mis antiguos maestros y en ese momento colegas.

Hoy día estudio entrenamiento deportivo en la Universidad del Área Andina. Me gustan mucho las artes marciales, el deporte y la cultura. He conocido muchísimos casos donde adolescentes y jóvenes han salido del vicio

como de la calle, gracias al deporte. Cuando empecé a entrenar, el programa tenía un patrocinio para nosotros. Aprendí a formar mi carácter, porque antes era explosiva y el deporte me ayudó a ser más tranquila y disciplinada. También toqué el corno durante cinco años en la escuela de música del instituto, porque en ese lugar aprendí que ser persona significa ser múltiple, compleja, capaz de contener contradicciones y desarrollar talentos diversos.

Mi mensaje para los chicos y chicas que hoy caminan por los mismos pasillos que yo recorrí viene del corazón: cuiden lo que tienen. Si ven una oportunidad aprovechenla, escuchen a los profes, atiendan a las psicólogas, diviértanse y disfruten de todo lo que organizan. Recuerdo con claridad lo que nos decían en música: «Primero aprendan a ser persona y luego a ser lo que ustedes quieran». Y añadido algo que aprendí con los años: uno viene a este mundo a servir, se los digo por experiencia, pero también ríen y agradezcan mucho, para que más adelante puedan decir: «gracias a esa profesora que me corrigió, mi vida es otra».

El legado que ahora cargo

Soy en la actualidad contratista del IDIPRON por mi buen desempeño laboral. También estudiante universitaria, deportista, música y líder, pero, sobre todo, soy la prueba viviente de que el instituto no solo transforma vidas: crea círculos virtuosos donde los que fuimos salvados, regresamos a salvar a otros.

El padre Javier nunca me conoció personalmente, pero su legado me abrazó desde el primer día. Cada vez que un profesor me preguntó «¿qué quieres hacer?» en lugar de «¿por qué estás aquí?», estaba aplicando la filosofía del Padre. Cada vez que me enseñaron que primero debo ser persona antes que profesional, estaban transmitiendo su visión. Cada vez que me trataron con dignidad y mostraron que merecía alegría, estaban honrando su memoria.

Ahora yo hago lo mismo. Cuando veo a una niña cruzar esas puertas con las mismas dudas que yo tenía, entiendo que mi papel no es solo hacer mi trabajo, sino ser el espejo donde ella pueda verse en el futuro y decirle con mi presencia: «Yo estuve donde tú estás. Y mira dónde estoy ahora».

El padre Javier nos enseñó que servir es la mejor profesión del mundo, lo aprendí recibiendo y ahora lo práctico dando. El círculo está completo, pero

no cerrado porque soy parte de ese engranaje que sigue girando, acogiendo y transformando.

Gracias, padre Javier, por construir un lugar donde las niñas también del Casanare, pueden tener una cama propia y un futuro propio. Por enseñarnos que no importa de dónde venimos, sino hacia dónde vamos. Por mostrarnos que el amor verdadero no solo transforma: se multiplica.

De La Salina a una cama propia en La Vega. De quinto de primaria a técnica en sistemas. De beneficiaria a profesional. De estudiante a maestra. Y en cada niña que hoy cruza esas puertas con interrogantes, veo mi propio reflejo de hace años, por eso sé exactamente qué decirle: «¿Qué quieres hacer? Esto funciona así». Y funciona. Vaya que funciona.

Liliana Márquez

MUERTE LLAMA MUERTE

Me llaman Yako «El Arriero» y si hoy me ves con un bafle portátil en una esquina de Caracolí o Ciudad Bolívar, cantando sobre la esperanza, es porque sobreviví al infierno. Y cuando digo infierno, no hablo de metáforas, sino de Las Cruces, ese pedazo de Bogotá que durante años fue la frontera invisible del miedo, vecino del Cartucho, el Bronx y San Bernardo. Crecí donde el aire olía a bazuco y el pavimento se manchaba con la sangre de mis amigos.

Mi juventud no fue un juego de niños, sino una ruleta rusa, en la que cada día que amanecía vivo era porque una bala no me había tocado. Vi caer a mis parceros uno a uno, devorados por el vicio o silenciados por las balas. Cada semana un entierro y cada mes una cruz nueva en la pared.

«El Mono» cayó a los quince años de edad, baleado por pelear territorio. «Pipe» se murió con una sobredosis a los diecisiete, tirado en un callejón donde nadie lo encontró hasta dos días después. «Lechuga» con dieciséis, fue acribillado por los tombos cuando intentaba robar una tienda.

Yo mismo fui parte de ese paisaje gris, atrapado en la delincuencia, buscando en la droga una salida que solo me hundía más en el laberinto, robaba para consumir, consumía para olvidar y olvidaba para no sentir que estaba muriendo en vida.

En ese mundo, uno aprende lecciones a la fuerza y la más dura de todas la convertí en canción: «Te gustan las pistolas hasta que alguien te dispara. Muerte llama muerte». La verdad que nadie te dice cuando te entregan tu primera pistola, te sientes poderoso e invencible, pero la muerte no respeta a nadie. Y cuando eres tú el que está tirado en el piso con un balazo en el pecho, entiendes que la pistola nunca fue tu amiga.

La única institución que se dio la pela

En medio de esa oscuridad, hubo una luz que no se apagó. Recuerdo con un respeto profundo al padre Javier De Nicoló, a pesar que nunca lo conocí personalmente, ya había fallecido cuando yo llegué, pero su legado estaba vivo en cada rincón del IDIPRON.

Él y la institución fueron los únicos que, en nuestros peores momentos, «dieron la pela» por nosotros. No nos miraron como delincuentes desechables, ni trataron como basura que había que esconder, en cambio nos vieron como muchachos perdidos que merecían una oportunidad.

Esa casa fue el refugio donde entendí que mi vida valía más que una dosis o un gatillo. Ahí me dijeron algo que nunca nadie me había dicho: «Tú puedes ser algo más que esto». Y por primera vez en mi vida, les creí.

Encontré mi salvación en el rap y el skate. Descubrí que podía soltar la rabia no con golpes, sino con versos. Contar mi historia no con balas, sino con palabras. Y ser escuchado no por miedo, sino por respeto.

El rap fue mi terapia, en la medida en que cada rima que escribía era un pedazo de dolor que sacaba de adentro. Cada canción que componía era una forma de gritarle al mundo: «¡Aquí estoy! ¡Sigo vivo! ¡No me derrotaron!»

Y el skate me enseñó algo más: que caerse no es el problema, es no levantarse. Me caí mil veces en esa tabla, me raspé, pegué y frustré, pero siempre me volví a parar. Entonces aprendí que la vida es igual: te caes, pero te levantas, una y otra vez.

Hoy, gracias a esa semilla que sembró el padre Javier y que IDIPRON continúa regando, ya no soy el problema, soy parte de la solución.

Caminando relajado por las calles baldías

Lidero la estrategia Caminando Relajado, una iniciativa impulsada por el director, que busca descentralizar la ayuda y llevarla allá, al territorio, a las «calles baldías». Esas mismas calles que la sociedad prefiere ignorar, donde los niños crecen sin esperanza y donde también yo crecí.

Mi trabajo ahora es volver al barro. Me meto en las zonas donde otros no entran, armado únicamente con mi música y mi historia. No llevo pistola, ni billete, solo mi bafle, mi micrófono y mi verdad.

Cuando me paro frente a los «chirretes» que están hoy donde yo estuve ayer, me escuchan porque saben que es verdad. Saben que yo también habité la calle, que conozco el frío y el hambre. Que sé lo que es dormir con un ojo abierto porque en cualquier momento te pueden atacar. Que sé lo que es tener tanta hambre que el estómago duele.

Les propongo que desarmen el corazón. Que las armas más letales son las que significan venganza, rabia u odio. Que por supuesto hay otra vía. Que el rap puede ser más poderoso que una pistola. Y que el arte salva vidas.

Cuando veo a un chico cambiar una navaja por un micrófono o que se aferra a las redes de apoyo en lugar de a una pipa, es mi mayor victoria. Estamos arrebatándole hijos a la guerra y la droga, cien mil jóvenes es la meta, pero cada uno cuenta como el universo entero.

Hoy camino relajado, tranquilo, sin miedo al qué dirán. Mi pasado delictivo quedó atrás, enterrado junto a mis viejos dolores. Ya no soy «Yako el ladrón» o «Yako el drogadicto», ahora soy «Yako el rapero» y «Yako el que volvió para salvar a otros».

Mi presente es cambiar el sonido seco de los disparos que nos cortaron las alas, por rimas y palabras que nos enseñan a volar de nuevo. Cada concierto que hago en una esquina, es un acto de resistencia. Cada verso que rapeo, es una declaración de guerra contra aquella violencia que se llevó a mis parceros.

Cuando rapeo en Caracolí, veo en los ojos de los chinos lo mismo que yo sentía hace años: desesperanza, rabia y vacío, pero también veo algo más: la chispa de curiosidad preguntándose: «¿Cómo lo hizo este man? ¿Cómo salió?»

Entonces les cuento mi historia, del Cartucho, Las Cruces, de mis parceros muertos, del padre Javier que nunca conocí, pero que me salvó la vida con su legado, del Instituto, de Caminando Relajado y de las oportunidades que todavía existen. Les hablo de la verdad más importante: «Muerte llama muerte, pero la vida también llama vida. Y enseguida les pregunto: ¿Qué vas a elegir?»

El padre Javier creía en dar segundas oportunidades y yo soy la prueba viviente de que esa confianza no fue en vano. Él apostó por muchachos como yo cuando nadie más lo hacía, por esa razón ahora yo apuesto por los chirretes, que están donde yo estuve.

Para sanar las heridas de la calle, a veces necesitamos un lenguaje distinto, que no siempre es el de la norma o la ley. A veces es el lenguaje del corazón, del arte o de la música. El rap me habla en un idioma que yo entiendo, por esa razón ahora uso ese mismo idioma para hablarles a otros.

Quien ha conocido las tinieblas, es la mejor guía para llevar a otros hacia la luz. Yo conozco cada esquina oscura de Las Cruces, cada callejón del Samber y cada trampa de la calle, de ahí que puedo guiar a otros para que no caigan en las mismas.

El legado del padre Javier, sigue vivo en cada rima que rapeo. En cada chino que decide agarrar un micrófono, en lugar de una pistola. En cada mamá que recupera a su hijo de la calle. En cada vida que se salva.

Este es el legado que recibí y el que ahora entrego: la certeza de que el arte cura lo que la calle rompió. Que el rap puede ser más poderoso que una bala. Que la esperanza no es un caso perdido, mientras haya alguien dispuesto a «dar la pela» por la juventud.

Mis parceros cayeron, El Mono, Pipe, Lechuga y tantos otros que ya ni recuerdo sus nombres, sin embargo, yo sigo aquí. Así que cada día que rapeo, chino que rescato y vida que cambio, es mi forma de honrar su memoria. La muerte ya se llevó suficientes de los nuestros y ahora es el turno para la vida.

Hoy camino relajado, con mi música, arrebatándole hijos a la muerte, porque muerte llama muerte, pero yo decidí llamar a la vida y la vida me respondió.

Gracias padre Javier, por creer que muchachos como yo merecíamos una segunda oportunidad. Aquí estoy, cumpliendo tu legado, con un verso a la vez.

YAKO

DE LA BOLSA DE PEGANTE A EDUCADOR

Cuando el rescatado se convierte en rescatista

Era un niño muy pequeño, cuando mi papá falleció en Girardot después de pasar un tiempo hospitalizado por un problema renal, causado por una fuerte golpiza que le propinó el ejército. Mi mamá quedó sola con tres hijos pequeños: uno de nueve, una niña de ocho y yo, el menor, con seis años de edad.

A pesar de que teníamos familia, nadie nos ayudó; nos daban posada por unos días y después nos echaban. Mi mamá tuvo que aguantar muchas humillaciones, así que decidió trasladarse con nosotros a Bogotá, pensando que todo iba a ser más fácil. Llegamos donde una tía que nos acogió bien al principio, pero después de un tiempo todo cambió, mis hermanos y yo, empezamos a recibir maltratos y humillaciones por parte de mis primos e incluso de la tía.

Mi mamá consiguió un empleo en una fábrica de muñecos y logramos rentar una pieza para los cuatro en Bosa. Ella ganaba muy poco, solo alcanzaba para algo de mercado y el arriendo. Mis hermanos iban al colegio en la tarde, por lo que me quedaba solo todas las tardes. Cuando crecieron, ya les interesaban otras cosas: se gastaban lo del almuerzo, se iban con los amigos, entonces yo de nuevo me quedaba solo sin la protección de nadie y aguantando hambre.

Esa situación me llevó a comenzar a salir a la calle. Frente a nuestra casa en Bosa La Palestina había un paradero de buses, allí conocí a un niño de mi edad, yo tenía diez años aproximadamente y corría el año 1993. A aquel niño lo apodaban Monstruo, ganaba plata barriendo y sacándole los grifos a los buses, me hice amigo de él y me enseñó el oficio. Empecé a conseguir plata, al menos para mitigar el hambre.

Un día Monstruo estaba detrás de los buses con una bolsa, inflándola y desinflándola, le pregunté qué estaba haciendo. «Prueba», me dijo y aña-

dió «esto te hace ver cosas inexplicables, te va a gustar». Le hice caso, era pegante Bóxer, conocido en las calles como «gale». Desde ese momento mi vida cambió para mal y perdí la poca inocencia de niño que aún tenía.

A los trece años ya consumía todos los vicios que existían, entonces vivíamos en Bosa La Independencia y yo permanecía en las ollas del sector, ya en pésimas condiciones, a pesar que era un niño todavía.

Un día me encontraba con el parche en el río Tunjuelito, cuando se nos acercaron dos egresados del IDIPRON a hacernos la invitación para que fuéramos a los patios, sin embargo, como ellos no tenían chaleco ni carnet que los identificara, nos generó desconfianza, ya que en ese tiempo existían en Bogotá «Los Rayas» y la famosa «Mano Negra», quienes mataban y desaparecían a los jóvenes de los combos o a los viciosos. No aceptamos ir con ellos.

Después de un tiempo nos encontrábamos fumando un bareto en la cancha del barrio El Recuerdo, cuando llegaron los mismos educadores, llevaban además chocolate y pan. Volvieron a invitarnos al Patio de la 24 y por cosas de la vida ahí se encontraba un ciudadano habitante de calle que estaba poniendo cuidado. Él nos dijo que hiciéramos caso, ya que el programa era dirigido por un sacerdote llamado Javier. Manifestó que él había tenido muchas oportunidades con ellos, pero que no las había aprovechado y recalcó que no nos fuera a pasar lo mismo, que todavía estábamos a tiempo.

El relato de esta persona nos motivó, así que cuadramos un punto para vernos con los educadores al día siguiente. Nos recogieron en una ruta y llegamos al sitio, donde nos recibió el mismísimo Padrecito. Nos dijo palabras tan sabias, que nos puso a cuestionar sobre cómo estábamos llevando nuestras vidas. Recuerdo que me miró fijamente, como si pudiera ver más allá de la mugre y el vicio, como si viera algo en mí que yo mismo no podía ver.

Después de un tiempo de asistir de manera intermitente, IDIPRON abrió el Trapecio de la 27. Yo estaba muy demacrado por el consumo y por aguantar hambre, entonces decidí seguir los consejos de este hombre tan sabio que era papá Javier. Hice todo mi proceso, pasé por los proyectos y los convenios requeridos, hasta salir como egresado.

Siempre mostré liderazgo en los convenios y fui monitor en varios de ellos. Entonces ocurrió algo que nunca imaginé: el padre Javier me dio la oportunidad de empezar a trabajar como educador desde la Operación Amistad.

Yo, el niño de diez años que había inhalando pegante detrás de un bus, que había perdido mi inocencia en una bolsa inflada de gale y que había

vivido en las ollas de Tunjuelito, esperando morir antes de cumplir veinte, me había convertido en educador. Y era yo quien llegaba con chocolate y pan a buscar a otros niños perdidos.

Gracias al padre Javier, que me dio la mano e hizo caer en cuenta de que valía la pena y podía trabajar para esta obra tan maravillosa. Él vio en aquel niño demacrado de trece años, al educador que podía llegar a ser. Me enseñó que mi historia no era mi condena, sino mi credencial, precisamente porque yo había estado allí, podía llegar a otros que seguían estando.

Hoy tengo mi familia, sirvo como testimonio de vida para nuestros jóvenes y cada vez que llego a una olla, un río o una esquina donde hay niños consumiendo, veo al Carlos Javier de trece años. Recapitulo y les digo lo mismo que aquel habitante de calle nos dijo a nosotros: «Todavía están a tiempo».

El círculo se cerró de la manera más hermosa posible: De ser rescatado pasé a ser rescatista. De recibir chocolate y pan pasé a repartirlo. De escuchar palabras sabias que me cuestionaron, pasé a pronunciarlas para otros.

Ese es el verdadero legado del padre Javier: no solo salvó vidas, sino que creó salvadores de vidas. Y más allá de rescatar niños, creó una cadena infinita de rescates que continúa hasta hoy.

Yo soy la prueba viviente de que la transformación es posible, que un niño con una bolsa de pegante, puede convertirse en un hombre con una misión. Que el amor cuando es genuino y persistente, tiene el poder de romper cualquier cadena.

Gracias padre Javier, por verme cuando yo no me veía, creer en mí cuando yo no creía en mí mismo y enseñarme que mi pasado no define mi futuro, sino que siempre lo ilumina, para ayudar a otros a encontrar su propio camino.

Carlos Javier Vargas Vanegas

EL CRIC CRAC QUE FUNCIONA

El legado imperecedero del padre Javier De Nicolás

Han pasado diez años desde que el padre Javier dejó este mundo. Una década, sin embargo, cada día que entro al Oasis y cada mañana que paso por los talleres, la biblioteca o las zonas deportivas, su voz sigue resonando. No como un eco lejano que se desvanece, sino como un grito de vida que se niega a callar: «Si te rindes hoy, de nada sirvió el esfuerzo que iniciaste ayer». «Levántate que el mundo hoy te invita a trabajar».

Esas frases están en las paredes, las le todos los días y cada vez que lo hago, siento que el Padre me está hablando directamente a mí, recordándome por qué estoy aquí y para qué hago lo que hago.

Donde esté el egresado, ahí está él

Soy profesor del Oasis y déjame decirte algo que he aprendido en todos estos años: el padre Javier no murió. No puedo haber muerto, porque donde quiera que esté un egresado del programa, hay un poco de la esencia de él: el aseo, la actividad y la recreación.

Esos tres principios que él nos enseñó, se han convertido en el ADN de miles de jóvenes que pasaron por aquí. Los veo en la calle, años después de haber egresado y ahí está: el aseo en su forma de vestir, la actividad en su forma de trabajar y la recreación en su forma de disfrutar la vida sin necesidad de sustancias.

El Padre no solo enseñaba, sino que transformaba. No impartía conocimientos como quien llena un balde vacío, en realidad sembraba dignidad, como quien planta un árbol que dará frutos por generaciones. Cada gesto, cada palabra, cada momento compartido con él llevaba impresa una verdad fundamental: todos merecen mil y una oportunidades.

Mil y una oportunidades

«A los chicos hay que darle mil y una oportunidades y, si usted ha hecho algo de mil por uno, ha hecho demasiado», decía el Padre. Al principio no lo entendía y pensaba: «¿Mil y una? ¿No es mucho? ¿No se están aprovechando de nosotros?» Sin embargo, con los años comprendí que no era ingenuidad, sino amor en su forma más radical. Era la certeza de que nadie está perdido y que la redención no es un privilegio sino un derecho universal.

He visto chicos recaer cinco, diez o veinte veces. Chicos que vuelven a la calle, a consumir y a robar, pero cada vez que regresan, golpeando la puerta del Oasis con vergüenza en los ojos, yo les abro, porque el Padre me enseñó que esa puede ser la oportunidad número quinientos uno. Y puede que esa sea la que finalmente los salve.

Amar al joven tal como es

Cinco palabras que encierran una revolución, en una sociedad que juzga y descarta, enseñadas por el padre que todo lo hizo diferente. Él proclamó la aceptación incondicional como punto de partida para la transformación, la que no se trata de corregir primero y abrazar después, sino de abrazar primero para que la corrección sea posible.

Yo veo llegar chicos con tatuajes en la cara, cicatrices de peleas o los ojos rojos de tanto consumir y mi primer impulso, como ser humano imperfecto que soy, a veces es juzgar. Pero entonces recuerdo al Padre, cómo él veía todo lo bueno de los demás y las cosas que de cierta manera eran negativas, las veía como algo a mejorar.

Él veía potencial donde otros veían perdición. Observaba semillas de grandeza donde otros veían solo maleza. Y con esa mirada transformadora, ayudó a miles de jóvenes a verse a sí mismos de manera diferente. Intento hacer lo mismo cada día, a veces lo logro, a veces fallo, pero lo intento.

El ritual del Cric-Crac

El famoso «Cric» del Padre, se convirtió en algo más que un saludo, era un ritual de pertenencia y una señal de que en ese espacio todos importaban. Él decía «Cric» y los jóvenes respondían «Crac», un intercambio mágico

durante el cual se creaba un silencio sagrado, en el que las palabras que venían después tenían el poder de cambiar vidas.

Los chicos y chicas se callaban y lo escuchaban atentamente, no por obligación sino por respeto, sin miedo y con amor. Yo he intentado hacer el Cric-Crac con mis estudiantes, a veces funciona, a veces no, porque no se trata de repetir un gesto mecánicamente, sino de crear ese espacio sagrado donde las palabras importan, ya que el silencio no es imposición sino invitación a escuchar algo valioso.

El Padre tenía esa autoridad moral que no se puede fingir, que viene de vivir lo que predicas, de amar realmente a quienes dices amar y, de dar mil y una oportunidades no como eslogan, sino como práctica diaria.

Su presencia en cada rincón

Hoy, sentado en la biblioteca de la UPI Oasis, rodeado de esos mensajes que él repetía una y otra vez, es imposible no sentir su presencia. Su imagen sigue indeleble en la memoria de «los hijos del Instituto». Aquellos que llegaron rotos, perdidos, consumidos por las drogas, la violencia, el abandono y que hoy son profesionales que siguen multiplicando las enseñanzas que él les dejó como herencia invaluable.

Algunos son maestros, como yo, otros trabajadores sociales y muchos tienen negocios propios, pero todos, absolutamente todos, llevamos algo del Padre en nosotros. Una frase suya que nos salvó en un momento crítico, un principio suyo que aplicamos sin darnos cuenta o esa forma de mirar a los demás que aprendimos de él.

Colócate en el lugar del otro

«Siempre colócate en el lugar de los demás antes de arremeter en su contra y verás que solo vas a tener amor», decía el padre. Esa enseñanza contiene el secreto de su éxito: la empatía como fundamento de toda transformación social.

Cuando te colocas en el lugar del otro, cuando entiendes su dolor, su historia, sus circunstancias, ya no puedes juzgar con la misma dureza. Solo puedes amar.

Yo trabajo con chicos que han hecho cosas terribles: han robado, herido o vendido droga a niños. Mi primer impulso es la indignación, el rechazo, pero entonces me obligo a preguntarme: «¿Qué tuvo que vivir este chico para llegar a esto? ¿Qué dolor, qué abandono, qué violencia lo trajeron aquí?» Cuando hago esas preguntas y me coloco en su lugar, la indignación se transforma en compasión. No en excusa, ni justificación, sino comprensión, desde la cual es posible la transformación.

El Padre vive en cada uno de nosotros

Vive en cada egresado que mantiene el aseo en su vida, en cada joven que elige la actividad sobre la ociosidad destructiva, en cada adolescente que descubre en la recreación una forma de alegría sin sustancias, en cada funcionario que trabaja con el corazón o en cada educador que da esa mil y una oportunidad. En todos, el padre vive.

Los espacios que él creó para dar acogida a quienes no tenían techo, ni esperanza siguen abiertos y transformando. Las paredes aún gritan sus mensajes de esperanza. Miles de vidas aún se salvan porque un día, hace muchos años, un sacerdote italiano decidió que ningún niño, ninguna niña y ningún joven merecía ser olvidado en las calles de esta ciudad.

Lo que él entendió

Javier De Nicoló entendió algo que muchos aún no comprenden: que la diferencia entre un delincuente y un ciudadano ejemplar no es la esencia de la persona, sino las oportunidades que ha recibido.

Que detrás de cada joven en la calle hay una historia de abandono, de violencia, de dolor que nadie se detuvo a escuchar. En cambio, él se detuvo, escuchó y amó, al hacerlo, cambió la forma en que toda una ciudad entiende la redención.

El legado verdadero

Su legado no son los edificios, por importantes que sean, ni los programas, por innovadores que resulten. Su legado son las personas, el egresado que

hoy construye una vida digna, el funcionario que trabaja con amor o el ciudadano que aprendió a ver al otro con empatía en lugar de hacerlo con juicio.

Su legado somos todos los que aprendimos que el amor puede más que el abandono, que la esperanza puede más que la desesperación y, que las mil y una oportunidades pueden más que una condena definitiva.

Los verdaderos maestros no mueren

El padre Javier De Nicoló sigue vivo y no solo en la memoria, sino en la acción. En cada vida transformada, oportunidad ofrecida y corazón que elige amar en lugar de juzgar. Y seguirá vivo mientras haya un solo niño, niña o joven que necesite escuchar: «Levántate, que el mundo hoy te invita a trabajar», ya que eso es lo que hacen los verdaderos maestros: no mueren, se multiplican.

Yo soy uno de los miles que el padre Javier tocó con su vida, amor y ejemplo. Y cada día que entró a trabajar, cada joven que recibo con la oportunidad número quinientos uno o cada vez que digo «Cric» esperando el «Crac», estoy multiplicando su legado.

El Padre se fue hace diez años, pero mientras yo esté aquí, mientras todos sigamos dando mil y una oportunidades y, mientras continuemos amando al joven tal como es, él seguirá vivo.

John Jairo Riascos

EL LEGADO VIVO DEL PROFE RAFA

Desde el primer día en que ingresé al IDIPRON en el año 2021, sentí la presencia del padre Javier De Nicoló a quien nunca conocí, pero que se encontraba en cada rincón de la institución, en los gestos de mis colegas y en la mirada de esperanza de los jóvenes. Su legado no estaba en placas conmemorativas ni en fotografías enmarcadas. Estaba vivo, respirando y transformando vidas todos los días.

La escuela de vida que nunca esperé

El Instituto representó para mí un espacio de enorme crecimiento humano y profesional. Venía de trabajar en otros contextos educativos, en colegios tradicionales donde la educación física era solo deportes y calificaciones, pero ahí se me abrió un mundo completamente nuevo.

Aprendí el valor de servir a quienes más lo necesitan, aquellas personas que la sociedad con frecuencia relega u olvida. Conocer las historias de vida de niños, niñas y jóvenes, comprender sus luchas o esperanzas, me permitió ver la realidad con otros ojos.

Un chico me contó que había vivido en las calles desde los ocho años. Otro me mostró las cicatrices de cuchillo en su espalda. Una niña me confesó que nunca nadie le había dicho «bien hecho» en toda su vida. Y yo, que creía que sabía de educación, entendí que no sabía nada.

Trabajar inspirado en los principios que dejó el padre Javier, fue una escuela de vida: aprendí a servir, acompañar y formar, pero también a valorar lo que tengo y encontrar felicidad en lo esencial.

Como docente de educación física, asumí los tres valores del padre Javier: Afecto, alegría y libertad como parte fundamental de mi práctica pedagógica. Al principio no entendía por qué eran tan importantes, sin embargo, con el tiempo los vi obrar milagros.

El afecto: Una palabra oportuna, un gesto de comprensión, un acompañamiento cercano puede abrir caminos donde antes solo había barreras. Aprendí que un abrazo sincero después de un partido de fútbol, puede sanar heridas que ninguna terapia había logrado tocar.

La alegría: Transmitir el conocimiento desde la alegría, creando experiencias educativas que permitan descubrir capacidades y construir confianza. Vi a chicos que odiaban su cuerpo porque había sido violado, maltratado o drogado, redescubrir el placer de correr, saltar y jugar sin miedo.

La libertad: Entendida como autonomía y capacidad para tomar decisiones, se convirtió en un pilar para promover proyectos de vida sólidos.

Comprendí cómo estos tres principios les ofrecían herramientas para imaginar una vida digna, acceder a oportunidades y creer en su propio potencial. Estoy convencido de que los jóvenes de IDIPRON pueden alcanzar justicia social y superar las brechas económicas que persisten en Colombia. Estos principios no solo orientan la educación, también iluminan caminos para construir una sociedad más humana, justa y esperanzadora.

La canción de los monos y otros regalos

Las anécdotas y los momentos especiales que viví en el Instituto son innumerables. Uno de los más significativos fue cuando me enseñaron la famosa «canción de los monos», no la conocía, pero al llegar me la cantaron con tanta energía y alegría que quedó grabada en mi memoria para siempre.

Ese gesto simple, pero lleno de sentido, me hizo sentir parte del espíritu de la institución y entender que el padre Javier había creado algo más que un programa educativo. Su creación era toda una cultura, una forma de ser y una gran familia.

También participé en las salidas pedagógicas, experiencias que no solo fortalecían los vínculos con los jóvenes, sino que me permitieron conocer a Bogotá con otros ojos: los de ellos. Descubrí lugares, historias y realidades que jamás habría conocido por mi cuenta.

Guardo con cariño las celebraciones de cumpleaños, donde las risas, la música y la espontaneidad hacían sentir que todos éramos parte de una misma familia.

El día que me atracaron

Hay una anécdota que nunca olvidaré, ocurrió el día que me atracaron por haberme separado del grupo durante una salida pedagógica. Los muchachos, apenas se enteraron reaccionaron de inmediato, se indignaron por lo sucedido, repetían una y otra vez que «eso no podía pasarle a un profe» y me ayudaron a buscar a quienes me habían robado. Su reacción me reveló el profundo sentido de pertenencia que tienen, no solo al instituto, sino hacia los docentes o «los cuchos» como ellos nos llaman con afecto.

En ese momento entendí algo fundamental: estos chicos, que la sociedad etiqueta como peligrosos, problemáticos o perdidos son capaces del amor más puro y la lealtad más sincera, solo necesitan que alguien crea en ellos primero.

Los encuentros que le dan sentido a todo

A veces me encuentro con algunos de ellos en la calle o en otros lugares de la ciudad, entonces cuando me saludan con alegría, recuerdan algo bueno que hice por ellos o una palabra que los acompañó en su proceso, siento que toda esa labor tuvo sentido.

Esos encuentros breves, pero cargados de significado, me llenan de motivación. Un chico que ahora trabaja en una panadería. Una chica que terminó su bachillerato. Un joven que dejó las drogas y tiene una familia. Cada uno es un milagro pequeño y una victoria del legado del padre Javier.

Lo que me enseñaron

Verlos crecer, avanzar y construir caminos posibles, transformó mi forma de entender la educación. Ellos me enseñaron que la pedagogía también se nutre del reconocimiento, del acompañamiento sincero y del creer en el otro incluso cuando él mismo duda de sí.

Descubrí la enorme gratitud de los chicos, su capacidad de aprender aun en medio de la adversidad y la fuerza con la que enfrentan cada día. Ellos, que tienen todas las razones para rendirse, son los que más luchan.

El IDIPRON no solo transformó mi manera de trabajar, sino de ver, sentir y acompañar, una experiencia que me marcó para siempre.

Trabajo todos los días guiado por el legado del padre Javier De Nicoló; cada vez que abrazo a un chico que acaba de meter un gol, que le digo «tú puedes» a una niña que cree que no sirve para nada o que elijo la alegría sobre el castigo, el afecto sobre la dureza y la libertad sobre el control.

Su legado sigue vivo y mientras haya educadores dispuestos a servir a quienes más lo necesitan y existan jóvenes que encuentren en IDIPRON una segunda oportunidad, el padre Javier seguirá transformando vidas. Él también cambió mi vida y eso, al final, es lo que hace un verdadero maestro: transformar incluso después de partir.

Rafael

EL MAESTRO QUE ENSEÑÓ A SERVIR

Educadora del programa desde el año 2000

Llegué al programa sin saber que estaba a punto de conocer, a uno de los seres humanos más excepcionales que cruzarían mi vida. El padre Javier De Nicoló no era solo un sacerdote ni solo un educador, era algo más grande, profundo y real que cualquier título pudiera describir. ¡Era amor en acción!

Desde el primer día quedé impactada por su forma de ser: Profundamente amoroso, cercano y comprometido. Para él, cada joven era importante, no había uno más valioso que otro, no había favoritos ni desechables. Todos eran sus hijos y, todo lo que hacía estaba guiado por el cariño, el respeto y una dedicación que desafiaba cualquier lógica humana.

Su amor por los jóvenes y las niñas no conocía límites, no le importaban la hora, el día ni el lugar, ya que siempre estaba dispuesto a ir en busca de ellos donde fuera necesario, a las dos de la mañana, bajo la lluvia, en los barrios más peligrosos de Bogotá, porque donde había un niño que necesitara ayuda, allí estaba él.

Tenía una forma única y especial de tratar a cada persona. No importaba si era un muchacho recién llegado de la calle o una niña con años en el programa, si era un empleado o un voluntario, brindaba el mismo respeto y afecto a todos. Esa coherencia entre lo que predicaba y lo que vivía era su mayor enseñanza.

Trabajar junto a él fue una escuela permanente porque no solo me enseñó técnicas pedagógicas o metodologías educativas, sino algo mucho más valioso: ¡ser mejor persona! A servir con entrega, colaborar de manera constante y, ponerme siempre al servicio de los jóvenes y las niñas, tal como él lo hizo.

El padre Javier no daba discursos sobre el servicio, lo vivía. No hablaba de amor, amaba. No teorizaba sobre el compromiso, se comprometía hasta las

últimas consecuencias. Verlo en acción, era presenciar un testimonio vivo de lo que significa entregar la vida por los demás.

Recuerdo su mirada cuando hablaba con los muchachos: «Yo creo en ti. Yo sé quién eres realmente, más allá de lo que hayas hecho o de dónde vengas». Esa mirada acompañada de sabias palabras transformaba, sanaba y redimía.

Su conducta siempre fue intachable. Considero que no existe un solo joven que pueda expresar algo negativo sobre el padre Javier, porque él era genuino, sin máscaras, ni doble moral. Además, era el mismo en público que en privado, con los poderosos que con los más vulnerables.

Mi experiencia junto a él fue profundamente enriquecedora. Aprendí que educar no es transmitir conocimientos, sino acompañar al joven, que el verdadero servicio no espera reconocimiento ni agradecimiento, simplemente se entrega porque es lo correcto y, que la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace es la base de cualquier liderazgo verdadero.

El padre Javier me enseñó a ver a cada joven no como un caso, un número o un problema a resolver, sino como una persona completa, valiosa, digna de todo el amor y el esfuerzo del mundo. Me enseñó que nadie está perdido, que siempre hay esperanza y se puede volver a empezar.

Su compromiso con esta labor tan valiosa fue total y su entrega a los muchachos fue absoluta. No guardaba nada para sí mismo, cada minuto o gramo de energía estaba dedicado a sus hijos. Y cuando digo «sus hijos», no es una metáfora, así los llamaba, los trataba y los amaba.

Estoy convencida de que todos los que trabajamos con él empleados, educadores, voluntarios y profesionales de todas las áreas, lo recordamos con profundo respeto y admiración. Y los jóvenes, ay, los jóvenes, ellos saben mejor que nadie quién fue realmente su padre Javier: una persona especial, maravillosa, que entregó su vida por completo al servicio de quienes más lo necesitaban.

Hablar de él y recordarlo es algo muy significativo y valioso, porque su legado permanece vivo en todos quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo y trabajar con él. Vive en cada educador que aprendió a servir con amor, en cada joven que descubrió su valor gracias a su mirada y en cada vida transformada por su fe inquebrantable en el potencial humano.

Yo no fui la misma después de conocer al padre Javier. Él me cambió como profesional y como persona, me enseñó que el verdadero éxito no se mide en

títulos ni en reconocimientos, sino en vidas tocadas, esperanzas restauradas y futuros contruidos.

Gracias padre Javier, por enseñarme que servir no es una obligación, sino un privilegio. Gracias por mostrarme que el amor verdadero no tiene horarios ni condiciones. Gracias por ser coherente hasta el final, nunca rendirse con ninguno de sus hijos y creer contra toda evidencia que cada joven merece una oportunidad.

Su vida fue su mejor sermón, por eso quienes tuvimos el honor de caminar a su lado llevamos ese sermón grabado en el corazón, intentando cada día ser un poco más como él: más amorosos, entregados y dispuestos a servir sin esperar nada a cambio.

Eso es lo que puedo expresar sobre el padre Javier, a partir de lo que viví y de todo lo que aprendí a su lado. Que fue un hombre excepcional, que su amor fue real y que su legado es eterno. El mundo necesita más personas como él: que no hablen de cambiar el mundo, sino que lo cambien, un joven a la vez, con amor, respeto y dedicación absoluta.

María Blanco

PESCADOR DE JÓVENES: UN DIOS EN LA TIERRA

Me considero un hombre rico, aunque no tengo dinero en el bolsillo ni puedo pagarle a mi hijo las escuelas de fútbol que sueña, pero tengo riquezas divinas que el dinero no compra. Soy cabeza de familia, padre de dos hijos, esposo de una mujer africana. Mi hijo mayor nació en Burundi, centro de África y ha crecido aquí en Colombia con el sueño de ser futbolista mundial. Yo no tengo lo suficiente para apoyarlo materialmente, pero tengo mi presencia, barra y amor. Y todo esto, créanme, vale más que cualquier fortuna.

En el año 2020 las cosas estaban difíciles: no tenía trabajo, el mercado escaseaba en casa y la decadencia tocaba la puerta. Entonces llegó una noticia: estaban reclutando personas para trabajo social con la Alcaldía de Bogotá. Me apunté, me escogieron y ahí comenzó mi encuentro con algo que cambiaría mi perspectiva para siempre.

Empecé a trabajar en un hermoso proyecto que se llamaba «Caminando Relajado», estudiado las calles, los códigos, el lenguaje, la jerga y, todo sobre, la delincuencia juvenil y adolescente. Cuando entré a trabajar con el IDI-PRON, lo primero que escuché fue el nombre del padre Javier De Nicoló.

Y déjenme decirles algo con toda claridad: el padre Javier era un hombre profundamente espiritual cuando hablaba, sus palabras tenían el peso de la sabiduría celestial. Era un hombre lleno del Espíritu, enviado a rescatar a los que todos habían olvidado.

Gracias a él entendí lo que significa la pedagogía de calle. Aprendí que éramos pescadores de jóvenes, no pescadores de peces, sino rescatadores de vidas en peligro de caer en la drogadicción, la violencia, la delincuencia, el hurto y la cárcel. Ese era mi trabajo y mi misión ejecutado con mi herramienta: el boxeo.

Soy entrenador de boxeo a nivel nacional e internacional, tengo un club que se llama Soacha Box. Llevamos dos años trabajando con las uñas, al aire libre, sin techo ni gimnasio propio, pero con un sueño firme: crear una

escuela de boxeo reconocida a nivel mundial. Yo no logré ser campeón olímpico ni mundial, pero voy a esforzarme en el conocimiento, la experiencia y la actividad, para sacar campeones y campeonas. Así darles a los jóvenes lo que muchos no tienen: una oportunidad.

Eso es lo que el padre Javier nos enseñó: que todos merecen una oportunidad. Que un joven parado en la esquina, consumiendo, robando, perdido en las calles, no es un caso perdido, sino un alma esperando ser rescatada, un talento esperando ser descubierto y una vida que puede cambiar si alguien cree en ella.

Mi trabajo con «Caminando Relajado» me mostró la realidad de las calles. Vi jóvenes con tanto talento desperdiciado, niños que necesitaban una casa cultural donde aprender música, boxeo, deporte o arte. Vi también la ausencia de espacios seguros y la presencia constante del peligro. Y entendí que mi ring de boxeo al aire libre no es solo un lugar para entrenar puños, es un refugio, un espacio donde los jóvenes pueden canalizar en algo productivo rabia, frustración y energía,

El padre Javier nos enseñó a ser silenciosos en nuestro trabajo: «Entre más calladito se ve más bonito», decía. No se trata de hacer ruido, sino de hacer obra, ni de presumir, sino de transformar. En mi caso trabajar con los barrios, limpiar las calles, rescatar jóvenes uno a uno, guante a guante y round a round.

Hoy día, cuando entreno a mis muchachos en Soacha Box, les enseño más que golpes, ellos aprenden disciplina, respeto, perseverancia, que la vida puede tumbarlos, pero que siempre pueden levantarse y que no importa de dónde vengan, lo importante es hacia dónde van. Y todo eso lo aprendí del padre Javier.

Él ya no está físicamente entre nosotros, pero dejó su espíritu aquí. Dios lo llamó a su lado, pero su legado permanece en cada educador de calle, entrenador que trabaja con las uñas y persona que decide ser pescador de jóvenes, en vez de juzgar a los que están cayendo.

Yo soy uno de esos pescadores. No tengo recursos abundantes ni apoyo económico fuerte, pero tengo convicción, fe y el ejemplo del padre Javier grabado en mi corazón. Cuando se quiere, se puede y cuando Dios Todopoderoso te elige para esta labor, no importa cuántos obstáculos pongan en tu camino, tú sigues adelante.

Mi sueño es tener mi propia escuela de boxeo y gimnasio, un espacio donde mi firma esté presente y sea reconocida mundialmente. No por ego, sino porque quiero multiplicar lo que el padre Javier sembró, que más jóvenes tengan un lugar seguro donde desarrollar su talento, alejarse de las drogas y encontrar su propósito.

Esta es mi verdad: el padre Javier De Nicoló fue un hombre de Dios, un siervo del Altísimo en la tierra. Y los que tuvimos el privilegio de conocer su obra, entender su pedagogía y ser tocados por su espíritu, somos llamados por el Todopoderoso para continuar su misión. No por mérito humano, porque el ser humano es imperfecto y pecador, sino por Gracia Divina.

Que el alma del padre Javier viva siempre y, su espíritu nos guíe en todo y a todos para que sigamos siendo pescadores de jóvenes, rescatadores de vidas y constructores de sueños.

Este testimonio es un recordatorio de que el legado del padre Javier vive en las calles, los rings de boxeo al aire libre y los educadores que trabajan con las uñas. Su espíritu permanece en cada joven rescatado, cada vida transformada y cada pescador que decidió no rendirse.

Omar Barahona

MI POEMA PEDAGÓGICO

Cuarenta y tres años al servicio del amor

La voz de Javier De Nicoló resonó al otro lado del teléfono aquel 8 de mayo del año 1983: «Francisco, ¿estás listo? Te espero en Chibchalá para que firmes contrato. El Mono Gómez te recogerá y partirás para San Carlos. Ven, acompáñame en esta bella experiencia que es ser educador con los muchachos de la calle».

Había pasado apenas ocho días de dejar el seminario. Una semana desde que tomé la decisión más clara de mi vida: no necesitaba ser sacerdote para entregar mi existencia a los jóvenes más pobres. Necesitaba ser educador. Tenía veinte años de edad, el corazón desbordado de vocación y las manos vacías pero dispuestas. Cuando escuché esas palabras de Javier, supe que mi vida estaba a punto de encontrar su verdadero sentido. Así comenzó lo que siempre he llamado mi poema pedagógico.

San Carlos me recibió con los brazos abiertos y un inmenso desafío. Allí empezó mi camino como educador, para trabajar con niños en alto riesgo social. Yo, apenas salido del seminario, lleno de ideales, pero sin experiencia, me encontré frente a frente con la realidad más cruda, pero hermosa a la vez: los rostros de niños que habían visto y sufrido demasiado, pero que aún guardaban en algún rincón del alma la capacidad de soñar.

Pasé por todas las instituciones del programa: Fui educador, coordinador y director de diferentes sedes, sin embargo, lo más importante de todo esto no fue lo que yo les enseñé a ellos, sino lo que cada uno de esos niños, jóvenes y niñas me enseñaron a mí. Ellos fueron mis verdaderos maestros y compartieron conmigo la experiencia sagrada de construir proyectos de vida desde las cenizas. Me mostraron que la resiliencia no es una palabra bonita en un libro de pedagogía; es sangre, sudor, lágrimas y, sobre todo, esperanza obstinada.

Yo amo la pedagogía de Javier De Nicoló, no como se ama una teoría abstracta, sino como se ama aquello que salva, define y da razón de ser. Su propuesta educativa no fue un método frío, sino un acto de fe radical en la humanidad de cada muchacho. Y parte de mi vida se construyó, gracias a todo lo que me regalaron esos jóvenes en el programa. Son ya cuarenta y tres años de servicio como educador social y pedagogo social, los que no han sido de trabajo, sino de amor convertido en acción.

Acandí en el Chocó, un nombre que resuena en mi memoria como el eco de un lugar sagrado. Allí se solidificó mi vocación, tuve las experiencias más íntimas y más profundas con el padre Javier. Los coloquios largos bajo el cielo de tan maravillosa tierra, los silencios compartidos que decían más que mil palabras y la certeza de estar participando en algo trascendente.

Recuerdo con claridad meridiana cuando nos atacó la fiebre amarilla, pasamos la cuarentena completa allí, aislados, luchando contra la enfermedad. Y entonces, después de esos días oscuros, Javier apareció con su voz firme y su sonrisa tranquilizadora: «Francisco, vámonos. Te llevo a Bogotá para que descanses unos días, y luego preparamos otro grupo de jóvenes. Traeré un grupo de chinchas para que continúes con la labor».

Ese viaje marcó mi vida como educador para siempre. Salimos de Acandí, Choco atlántico en avioneta. Volamos sobre la selva, las montañas, aquel paradisiaco territorio que guardaba tantas historias de redención. De Medellín a Bogotá, en el transcurso del viaje, lo que pudimos compartir Javier y yo fue inmenso: Sus palabras, sus enseñanzas, su manera de ver el mundo y de ver a los muchachos, así cada frase fue un regalo y cada reflexión una semilla que germinaba en mi corazón.

Eso me inspiró a ser un educador entregado, sin cansancio ni desmayo. Me enseñó a estar ahí, acompañar procesos, aunque fueran lentos y creer en proyectos de vida, aunque parecieran imposibles. Javier me mostró que educar no es transmitir conocimientos, en cambio sí acompañar transformaciones y ser testigo del milagro cotidiano de una vida que decide cambiar de rumbo.

Hoy me encuentro en Roma, Italia en la ciudad donde nacieron las ciudades de los muchachos. Trabajo en la Città dei Ragazzi, una institución fundada hace setenta y cuatro años. Cuando llegué aquí y vi las fotografías en las paredes, el corazón me dio un vuelco: allí estaba Javier De Nicoló, años atrás, con un grupo de jóvenes, bebiendo de las mismas fuentes de pedagogía que nosotros replicaríamos en Colombia.

Estoy en su tierra, en el país donde nació y siento que continuó alimentándose de esa energía tan positiva que él irradiaba. Su legado se ha extendido a tantas partes del mundo. Su pedagogía abierta y su propuesta viva, ha salvado tantísimas vidas. Y yo tengo el privilegio de estar aquí, en el origen de todo, llevando su mensaje adelante como una antorcha que no debe apagarse.

En el año 2020, el COVID-19 me atacó con ferocidad, era director de la Casa de Servita cuando caí gravemente enfermo, estuve un mes entubado, al borde de la muerte. Los médicos no daban esperanzas, pero entonces supe algo que me devolvió el alma al cuerpo: en todas las casas de Javier De Nicoló, en cada una de ellas, los muchachos se reunían en oración por mí.

Esos niños que una vez acompañé, esos jóvenes a los que dediqué mi vida, me devolvieron la vida con sus oraciones. Ese es el milagro del padre: crear lazos tan fuertes que trascienden el tiempo y el espacio, tejer una red de amor tan sólida que ni la muerte puede romperla. Sobreviví no por mi fuerza, sino por la fuerza colectiva de una comunidad que aprendió a amar porque alguien la amó primero.

Aquí sigo, vivo, trabajando, aportando mi vida a los jóvenes. Ese es el verdadero milagro: poder continuar siendo parte de esta obra que restaura derechos, saca a los oprimidos de su opresión y les devuelve la dignidad que nunca debieron perder.

Hace algunos años, en Colombia, me los encontré. Muchachos que conocí cuando eran niños, ahora con sus propios hijos, algunos incluso con nietos. Los vi sonreír, trabajar y vivir vidas plenas. Y la emoción fue inmensa, casi insoportable, lo que demuestra que la obra de Javier De Nicoló continúa salvando vidas, generación tras generación.

Agradezco profundamente a los muchachos, la oportunidad que nos dieron a los adultos, a los educadores, de acompañarlos en sus procesos. Ellos no nos necesitaban a nosotros; nosotros los necesitábamos a ellos, para descubrir el verdadero sentido de la vida.

Desde esta distancia, desde Roma, con el corazón los acompaño a todos. Extraño a mis muchachos del IDIPRON, la vida en Colombia, el bullicio de las casas, las risas, las luchas, como las victorias pequeñas y enormes de cada día. Sin embargo, sé que el amor no conoce fronteras, y que cada oración, pensamiento o recuerdo, nos mantiene unidos.

Solo me queda decir: gracias, gracias y mil gracias a Javier De Nicoló. Gracias por esa llamada telefónica en el 83 que cambió mi destino. Gracias por confiar en un joven de veinte años recién salido del seminario. Gracias por enseñarme que la pedagogía es amor convertido en método, que educar es creer contra toda evidencia y que acompañar es un acto de fe.

Gracias a todos los jóvenes que conocí durante mi permanencia en el Instituto. Ustedes construyeron al educador que soy, escribieron las líneas de mi poema pedagógico y me dieron el privilegio de participar en algo más grande que yo mismo.

Con la mano en el corazón y la voz quebrada por la emoción, les digo: ¡los amo! La obra continúa, el legado vive y mientras haya educadores dispuestos a entregar su vida como Javier lo hizo, habrá esperanza para los muchachos de la calle.

Que las bendiciones de Don Bosco y la protección de la Virgen Auxiliadora los acompañen. Sigán alimentando vidas, escribiendo poemas pedagógicos y creyendo que el amor cambia el mundo. Porque puede, porque lo hace y, porque cuarenta y tres años de mi vida, son el testimonio viviente de que sí se puede.

Francisco Calderón

LAS DIFERENCIAS QUE CONSTRUYEN LEGADOS

Era un joven con más sueños que experiencia, cuando llegué al programa en el año 1977. La Florida me recibió con su sistema de autogobierno, algo que nunca había visto antes y que me dejó muy asombrado. Eduardo Mechan era el alcalde en ese momento, de inmediato quedé impactado al ver a los muchachos organizándose, tomando decisiones y asumiendo responsabilidades, fue mi primera lección sobre la pedagogía del padre Javier: confiar en los jóvenes cuando nadie más lo hace.

Pasé cinco años allí como educador de vivienda, durante los cuales aprendí que educar no es controlar, sino acompañar. Que los muchachos de la calle no necesitan más reglas, en cambio sí más amor, oportunidades y personas que crean que ellos pueden. Luego vino mi promoción como director de Bosconia, en la calle octava con carrera décima. Y ahí comenzó lo que hoy, con la perspectiva que dan los años, llamo mis «desacuerdos pedagógicos» con el padre Javier, lo que paradójicamente, terminaron siendo las mayores enseñanzas de mi vida.

El primer choque llegó cuando teníamos que programar las vacaciones de los jóvenes. En ese momento yo no conseguía los recursos, me sentía frustrado e incapaz. Entonces un educador salesiano llamado Jairo Díaz, tomó el asunto en sus manos y desapareció, por casi un mes no dio señales. En esos tiempos no existían los celulares y yo pensé: «Este nos abandonó».

Un día inolvidable, Jairo regresó con un itinerario que parecía sacado de un sueño. Doscientos muchachos viajarían en avión de la Fuerza Aérea desde Bogotá a Barranquilla. Las damas voluntarias del Club de Leones atenderían a los chicos como reyes en la base naval de Cartagena. Aquello fue algo impresionante, algo que yo nunca imaginé posible.

El padre Javier no estuvo de acuerdo, ya que consideraba que un muchacho en segunda etapa del proceso educativo, no debía tener unas vacaciones tan elegantes y espectaculares. Fue entonces cuando tuvimos nuestra pri-

mera diferencia grande, porque él pensaba que era demasiado pronto y que podía malcriarlos, mientras que yo creía que era exactamente lo que necesitaban: sentirse dignos y merecedores de cosas buenas. Que crearan identidad y pertenencia con el proceso educativo que habían aceptado

Hoy entiendo que ambos teníamos razón; él cuidaba el proceso, la disciplina y la gradualidad, yo en tanto defendía el impacto emocional y el mensaje implícito: «Ustedes valen esto y mucho más». Esa tensión creativa entre su prudencia y mi audacia fue la chispa que encendió algo más grande.

Mi segunda diferencia con el Padre, llegó cuando me promovió como director de la San José, en la calle 170, una casa para niños pequeños, de ocho a doce años de edad. Yo los observaba y veía en ellos todo el potencial del mundo encerrado en cuerpos pequeños, que habían conocido demasiado dolor.

Con el apoyo del Club Rotario de las Damas y el Club de Leones, construimos una cancha de fútbol monumental y montamos una banda de guerra con los niños. Los vecinos quedaron impresionados: de ser «esa casa problemática» nos convertimos en «esos niños maravillosos», así que empezaron a consentirnos, protegernos y ayudarnos muchísimo.

El padre Javier me observaba con esa mirada suya, mezcla de orgullo y preocupación. Yo iba rápido, muy rápido, pero algo estaba funcionando: los niños se transformaban no solo por dentro, sino por cómo el mundo los veía.

Luego vino la Arcadia, mi tercera diferencia grande con el Padre. Me envió como director encargado, entonces junto a un egresado conocido como Pico de Chulo y más colaboradores que también habían sido muchachos del programa, construimos un parque temático en madera. ¡Espectacular, hermoso y funcional!

Conseguimos un bus desechado y grande que nadie quería y lo convertimos en biblioteca dentro del parque, recuerdo que lo llamamos: «El expreso del saber». ¡Quedó increíble! Los muchachos tenían un espacio que no parecía una institución, sino un parque de diversiones y auténtico lugar de ensueño.

El padre Javier llegó, pero cuando lo vio pude leer en su rostro esa mezcla de asombro y desaprobación. Otra vez iba yo más allá, invertía más y arriesgaba más. «Juan Manuel» me dijo: «no se trata de impresionar, se trata de educar». Y yo le respondí: «Padre, educar es impresionar. Es mostrarles que

el mundo puede ser bello, que ellos merecen belleza y que la vida no tiene que ser solo supervivencia».

Llegó en Nemocón y ahí mi mayor desacuerdo con el Padre. Me envió como director de una casa, con ciento sesenta jóvenes, que se encontraban en un limbo legal. Estaban dados en adopción por el Instituto de Bienestar Familiar, pero nadie los iba a adoptar, ya que tenían entre diecinueve y veintiocho años. Los mantenían en una burbuja asistencialista, que no correspondía con la realidad de su edad.

Con la autorización del ICBF y los abogados defensores, acabé con todo eso, los puse en las mismas condiciones que cualquier joven. Cerré la escuela diurna, para que todos fueran a trabajar de día y estudiaran de noche, como lo hacían miles de jóvenes en todo el país. El propósito era que ganaran su dinero, administraran sus recursos y se sintieran productivos. Aquello fue revolucionario y al tiempo aterrador, porque con la libertad llegaron también los problemas reales: El licor, la prostitución y las malas decisiones. Ya no era el ambiente controlado y seguro, sino la vida real, con todos sus peligros, pero también con todas sus posibilidades.

El padre Javier me llamó y tuvimos una conversación muy dura: «Juan Manuel, los estás exponiendo demasiado». Y yo le dije: «Padre, los estoy preparando para la vida que van a vivir, no para la vida que queremos que vivan». Fue un momento definitivo y en el fondo, aunque no lo dijera con palabras, creo que él entendió. Los resultados hablaron por sí solos: los muchachos se realizaron, cambiaron y crecieron. Dejaron muchos problemas forzados por el encierro, como la apatía del asistencialismo o la desesperanza del abandono, entre otros y se convirtieron en hombres.

¿Qué concluyo de todo esto? Que el padre Javier me volvió una persona ambiciosa. No ambiciosa de riquezas o poder, sino ambiciosa para los jóvenes: Me enseñó que a ellos hay que darles lo mejor. Que el amor verdadero no es sobreprotección, sino creer en ellos hasta cuando fallan, exigirles hasta cuando duele y darles oportunidades que los saquen de su medio ambiente, les muestren que sí pueden, que merecen cosas buenas y que merecen amor.

Me enseñó que hay que luchar y buscar lo mejor para los muchachos. Que más allá de los beneficios personales o de las comodidades institucionales, hay que pensar siempre en los jóvenes primero. Buscarles oportunidades que realmente los transformen, además que formen en ellos carácter, satisfacción y orgullo.

Cada una de nuestras diferencias era en realidad una lección disfrazada. Él me enseñaba prudencia; yo le mostraba audacia. Él cuidaba el proceso; yo perseguía el impacto. Y en esa tensión creativa, entre desacuerdos respetuosos, nacieron algunas de las experiencias más transformadoras para los jóvenes. Sin embargo, lo de mayor valor fue que a pesar de todas las diferencias que tuvimos, el padre Javier y yo fuimos muy buenos amigos. Siempre recibí sus consejos, incluso cuando no los seguía al pie de la letra. Él me ayudó a formarme no solo como educador, sino como hombre, padre y ser humano.

Parte de lo que tengo hoy, mis hijos que son mi orgullo más grande o el hogar que construí, fueron los mejores resultados de haber aprendido su lección fundamental: si amas a alguien, debes darle lo mejor que puedas. No lo mediocre, no lo suficiente, ni lo mínimo, sino lo mejor. Y eso aplica para todo en la vida: Para los muchachos de la calle que merecen vacaciones en avión. Para los niños pequeños que merecen bandas de guerra y canchas de fútbol. Para los jóvenes en Nemocón que merecían la oportunidad de fracasar y aprender en la vida real. Para mis propios hijos, que crecieron viendo a su padre luchar por darles no solo lo necesario, sino lo extraordinario.

El padre Javier me enseñó que amar es una decisión profunda. Es negarse a conformarse con menos para aquellos que ya han recibido tan poco, ver potencial donde otros ven problemas e invertir esperanza donde la mayoría invierte lástima.

Hoy, mirando hacia atrás, agradezco cada desacuerdo, ya que en esas diferencias se forjó algo más fuerte que la simple obediencia y fue la comprensión profunda de una filosofía. El padre Javier no quería discípulos que repitieran sus palabras, él esperaba educadores que entendieran su corazón y lo expresaran a su manera. Y eso es exactamente lo que hice, a mi manera, con mis errores, excesos y mi propia versión de su amor por los jóvenes. Y funcionó porque al final, lo que importa no es el método perfecto, sino el amor genuino.

Gracias padre Javier, por confiar en mí incluso cuando no estabas de acuerdo conmigo. Por dejarme fallar, aprender y crecer. Por enseñarme que educar es amar y que amar es desear siempre lo mejor para el otro, incluso cuando ese «mejor» se ve diferente a lo que imaginamos.

Tu legado no está solo en los muchachos que salvaste. Está también en los educadores que formaste, en la filosofía que inspiraste o en los desacuerdos productivos que permitiste. Está en cada banda de guerra, biblioteca-bus

o joven de Nemocón que aprendió a trabajar y soñar. Tu ambición por los jóvenes se contagió y aun después de tu partida, tras una década sigue multiplicándose en cada uno de nosotros que aprendimos que amar no es dar lo suficiente, sino lo extraordinario.

Juan Manuel Caicedo Martínez



El verdadero legado del padre Javier fue formar salvadores, no solo salvar vidas. Cada joven rescatado se convirtió en semilla de esperanza. Su legado no muere; se multiplica en generaciones enteras.

VOCES QUE EL MUNDO DEBE ESCUCHAR

«Testimonios de esperanza, advertencia y triunfo global»

Testimonios de esperanza, advertencia y triunfo global

1. El nombre que soy — Alex
2. El espejo que salva — Camila
3. La niña que se hizo invisible — La Bonnetty
4. El ángel que nació del infierno — Harold
5. Yo sí puedo — Paula Andrea Vargas
6. Las oportunidades que dejé pasar — Karen Benavides
7. No se fie de la amistad de un tombo ni del amor de una puta — Anónimo
8. De no saber leer a ingeniera en Australia — Angie Garzón
9. Desde Australia con gratitud — Anónimo
10. De San Juan de Rioseco a la maestría — José Abraham Ruiz Campos
11. De cara sucia a vendedor profesional — Arturo Barón
12. La fotografía que viaja conmigo — Cristian Sánchez
13. Donde termina el mapa — Mery, El Tuparro
14. La niña rebelde y el árbol — Mayerly

Estas quince voces finales son el eco de una vida bien vivida. La prueba irrefutable de que un solo hombre, con una convicción inquebrantable y un amor terco como una mula, puede cambiar el destino de miles. Alex encontró su nombre. Camila encontró su voz. Paula Andrea desafió a la muerte seis veces y ganó. Angie llegó a Australia sin saber leer. Karen nos advierte para que no cometamos sus errores. Abraham alcanzó su maestría. Y todas, absolutamente todas estas voces, gritan la misma verdad: el amor transforma.

El Padre Javier de Nicoló ya no camina por las calles de Bogotá con su camioneta verde y su boina casi siempre azul. Sin embargo, su legado camina en cada testimonio de este libro. Camina en cada niño que hoy recibe un plato caliente. Camina en cada joven que aprende un oficio. Camina en cada educador que da mil y una oportunidades. Su cuerpo descansa en paz mientras su obra vive intacta, una década después. Y vivirá mientras exista un solo niño en la calle que necesite escuchar tres palabras: «Tú me importas.»

EL NOMBRE QUE SOY

El primer día que llegué al IDIPRON, pasaron lista. Como no sabían los nombres de los chicos trans, me llamaron por mi nombre de nacimiento, el que ya no me pertenecía, que había dejado atrás hacia nueve años, junto con una vida que no era mía.

Algunos comenzaron a burlarse, sentí rabia y me tensé, listo para defenderme como siempre había tenido que hacerlo. Sin embargo, ese fue el único altercado, después todo se arregló y ahora todos me llaman por el nombre que es: Alex. Un nombre que parece poca cosa, pero que para alguien que ha luchado toda su vida por ser quien realmente es, él significa todo.

Sobrevivir no era suficiente

Tengo veintisiete años de edad, nací en Medellín, viví cinco años en Cali y llevo trece en Bogotá. Soy un hombre trans; tomé esa decisión hace nueve años, cuando todavía era habitante de calle. Desde que tengo uso de razón me gustan las mujeres, pero por diferentes problemas no había podido cambiar mi forma de ser, hasta que un día lo hice y no me arrepiento.

Mi historia comenzó con una traición que ningún niño debería vivir. Sucedió que mi padrastro abusó de mi hermana, pero cuando le contamos a mi mamá, ella no nos creyó y eligió creerle a él en lugar de creernos a nosotros. Entonces nos fuimos los dos, apenas unos niños, a enfrentar un mundo que no estaba preparado para recibirnos. Decidí salir de mi casa cuando apenas era un niño y no fue una aventura, sino supervivencia.

Lo que vino después fue la calle: Primero la marihuana y, el pegante en Medellín, luego el basuco en Cali, donde mi mamá me vio demacrado, flaco y destruido. Entonces ella me trajo a Bogotá buscando un nuevo comienzo, pero a los tres meses un compañero de trabajo me llevó a la «olla» y todo se derrumbó de nuevo.

Perdí el trabajo, empecé a robar, camellaba en la calle, aunque de otra forma; robaba y hacía de todo para conseguir el consumo, ya que el basuco te vuelve un fantasma que solo piensa en la próxima dosis, nada más importa y nadie más existe.

Las cicatrices que nadie ve

Una noche, siendo aún menor de edad, un hombre intentó abusar de mí, así que me defendí con un cuchillo y me juzgaron por tentativa de homicidio, condena que ya pagué.

Luego vino lo peor, alguien me lanzó desde un cuarto piso en Bogotá, no sé quién fue ni por qué razón, solo sé que caí. Estuve tres meses y medio en coma, perdí la dentadura, me hicieron una cirugía maxilar y me colocaron diez tornillos en la cara. Casi pierdo la vida, sí casi, pero no la perdí.

Al desperté de aquel estado de coma, me vi en el espejo por primera vez y vi mi cara destrozada, tuve que tomar una decisión. Podía rendirme y dejarme morir, aunque siguiera respirando o decidir que sobrevivir no era suficiente. ¡Yo quería vivir!

El lugar donde me llaman por mi nombre

Unas amigas me invitaron a la UPI Luna Park y así conocí el Instituto. Como todos, inicié mi proceso en el Oasis, después estuve en la UPI de Bosa y estudié hasta noveno grado. No hay vergüenza en ello, solo determinación. Me han ayudado en toda clase de cosas: Salud, estudio y con todo lo necesario. Yo no tenía ni EPS, nada, estaba solo en esta ciudad, con la cara llena de tornillos y el cuerpo lleno de cicatrices que nadie veía.

Reconozco que dejar el consumo fue duro, ya que repito, el basuco te agarra y no te suelta fácil, pero con fuerza de voluntad pude. Eso es querer y si uno quiere, lo consigue.

Todavía uso marihuana, para mitigar la ansiedad por el basuco, porque la ansiedad es horrible, hermano. Es un monstruo que te come por dentro, te grita que consumas y te dice que no vas a poder. Así que hay que manejarla de alguna forma, mientras el proceso avanza.

No soy perfecto, ni estoy limpio al cien por ciento, pero estoy mejor que hace un año. Y el año que viene estaré mejor que hoy. Un día a la vez.

Mi mamá y mis sueños

Recientemente ingresé a un convenio con el IDIPRON. Es la primera vez y quiero dejar una buena impresión; el Instituto me ofrece dotación de ropa, elementos de aseo, cinco comidas al día, pues me da la comida y la merienda para que la lleve, a cambio voy a trabajar. Puede parecer poco para algunos, sin embargo, para mí lo es todo.

Mi mamá está en Cali con mi hermana y mis tres sobrinas, llevo cinco años sin verlas, pero llamo todos los días. Ella está contenta porque yo estoy logrando el cambio y dejé el vicio, aunque también sé que está sufriendo, está enferma y se le hinchon los brazos e incluso a veces no puede hacer nada. Además, bebe y no es que tome todos los días, porque es ama de casa, lo hace cada ocho días, pero lo hace y lastimosamente no lo supera.

Algunas veces la llamo para saber si almorzó y ella responde que nada. Eso es duro, hermano, muy duro. Razón por la que quiero trabajar y ahorrar, por eso estudio aun a mi edad sin importarme lo que piensen los demás, ya que quiero terminar la secundaria y en dos añitos montar un negocio.

Mi sueño es tener una barbería, ya que sé medio peluquear y si me dan un taller en la UPI en donde estoy actualmente, voy a escoger peluquería y luego voy a estudiar en el SENA un técnico en belleza.

Quiero ser bueno en algo, tener un negocio propio y ayudar a mi mamá, para que ella vea que su hijo, el que salió de la casa siendo apenas un niño, que cayó en las drogas y, que estuvo en coma tres meses, pudo salir adelante.

Las prioridades de un sobreviviente

El IDIPRON también quiere ayudarme con mi dentadura, los tornillos en la cara y todo lo que quedó roto después de aquella caída de es cuarto piso, pero yo prefiero esperar. Primero el convenio, trabajar y mandar plata a mi mamá.

Yo pienso primero en mi madre e intento ayudarla, aunque no me creyó cuando más la necesité, pero sigue siendo mi mamá. Está sola, enferma y yo no la voy a abandonar como ella me abandonó a mí.

No tengo pareja en estos momentos porque quiero concentrarme en mi proceso. Sé que la transformación requiere enfoque, disciplina, todas las energías puestas en un solo objetivo: construir una vida que valga la pena

vivir. Ya viví demasiado tiempo sin rumbo, perdí demasiados años en las drogas y casi muero demasiadas veces, entonces ahora quiero vivir con propósito.

El consejo de quien ha estado en el abismo

Si estás leyendo esto y estás empezando en el consumo, pensando que puedes controlarlo y si crees que a ti no te va a pasar lo que me pasó a mí, déjame decirte algo: todavía estás a tiempo de salir de eso. Con fuerza de voluntad y si quieres, lo haces. Si yo pude, tú también puedes.

El derecho a soñar

Agradezco a Dios y a la institución la oportunidad de poder estar cambiando mi mundo. Un mundo donde finalmente puedo ser quien soy, en el que me llaman por mi nombre y donde mi identidad no es motivo de burla sino de respeto.

Un mundo donde un hombre trans, que sobrevivió al abuso, la calle, las drogas, al intento de violación y a una caída de cuatro pisos, puede volver a soñar, ya que eso es lo que el Instituto me devolvió: el derecho a soñar y el nombre para hacerlo.

¡Soy Alex! No el nombre que me pusieron al nacer, sino el que elegí. ¡El nombre que soy! Y mientras tenga ese nombre, ese derecho a ser yo mismo, la oportunidad de soñar con una barbería y con ayudar a mi mamá, sé que todo valió la pena.

Nunca conocí al padre Javier De Nicoló, ya se había ido de este plano cuando yo llegué, pero su legado me salvó la vida, porque creó un lugar donde cada persona es llamada por el nombre que es, donde un chico trans con diez tornillos en la cara puede estudiar sin vergüenza y donde todavía hay esperanza para los que casi morimos.

Gracias padre Javier, por enseñarnos que todos merecemos ser llamados por nuestro verdadero nombre. Por crear un espacio donde la identidad es respetada, el pasado no define el futuro y los sobrevivientes pueden convertirse en soñadores. Soy Alex y finalmente, después de veintiséis años, puedo decir mi nombre con orgullo.

Alex

EL ESPEJO QUE SALVA

Un día descubrí algo sobre mí misma que me marcaría para siempre, tan solo tenía doce años de edad: me gustaban las niñas. En una sociedad que no estaba lista para entenderme y en un hogar donde el tema ni siquiera se nombraba, esa verdad se convirtió en mi condena silenciosa.

Fue una etapa horrible para mí, porque no le decía a nadie y tenía un conflicto interno constante, sentía que no estaba bien, que algo en mí estaba mal. A los quince, mi mamá lo descubrió y ahí sí que comenzó todo a estar mal de verdad.

Cayendo en el vacío

Lo que siguió fueron años de caída libre. La depresión que había comenzado en la adolescencia se fue agudizando con el tiempo, alimentándose del rechazo y el silencio, de la incomprensión. Yo no quería cosas materiales esas las tenía, lo que deseaba era algo mucho más difícil de conseguir y era que alguien me pusiera cuidado. Muchas veces cambié lo material por tener tranquilidad y paz. Sin embargo, la paz no llegaba.

Primero fue el alcohol, el peor de los vicios, te lo digo ahora con certeza. Luego la marihuana, los ácidos y la cocaína. A los diecisiete años pesaba 45 kilos, no dormía bien, tenía la cara brotada y los riñones dañados. Estaba demacrada por fuera y destruida por dentro.

Las depresiones me llevaron a intentar contra mi vida en varias ocasiones. Era una joven que se estaba apagando lentamente, mientras permanecía invisible para el mundo que me rodeaba.

El espejo del abismo

Un día conocí a unos chicos que se inyectaban drogas. Quedé en shock «yo no quiero esto», me dije. Vi cómo mi amigo se transformó y fue terrible ver

su cara, sus ojos vacíos y su cuerpo destruido. Ese fue el espejo que necesitaba: ver en otros el abismo hacia el que yo misma me dirigía. Si seguía así, en seis meses yo sería él y en un año estaría muerta.

Fue entonces cuando un amigo me habló del IDIPRON. Y algo dentro de mí, algo pequeño pero terco dijo: «Intenta. Una vez más. Intenta».

La música que sana

Ingresé a la UPI La Favorita, sin saber que estaba entrando a mi salvación. Comencé a estudiar música y descubrí que mis manos, las mismas que habían buscado destruirse, podían crear belleza.

Aprendí a tocar el corno francés, la guitarra, la batería mi instrumento favorito y también a cantar. Cada nota que tocaba era un pedazo de dolor que salía. Cada canción era una forma de decir: «Sigo aquí. Sigo viva. No me derrotaron».

Las historias de mis compañeros se convirtieron en constantes espejos. De verdad es como un espejo, ver cómo la gente puede caer tan bajo, pero también ver cómo pueden levantarse. Y eso me dio esperanza: si ellos pudieron, yo también.

Los niños que me salvaron

En un campamento del SENA conocí a un líder de espiritualidad, que vio en mí capacidades que ni yo misma reconocía, entonces me invitó a formar parte de su grupo y de una acepté.

Trabajé con niñas y niños, fue cuando algo en mi interior se transformó definitivamente. Me enamoré de ellos cuando vi su felicidad a través de los talleres de liderazgo, además había encontrado mi vocación: enseñar, cuidar y acompañar a los más pequeños.

Es muy bonito cuando te los encuentras y te dicen: «Profe, ¿cuándo nos vas a ver?» En esas palabras simples de niños que me buscan, encontré el sentido que había perseguido durante años entre sustancias y oscuridad.

Ahora quiero estudiar trabajo social y ser educadora de niños. La chica que no sabía para qué vivir, ahora sabe exactamente qué quiere hacer con su vida.

El camino de regreso a casa

Me fui de mi casa dos veces: la primera a los diecisiete años, la segunda el año pasado. En esa segunda ocasión viví seis meses con una compañera y una familia que me acogió como propia, ahí la señora me trataba como si fuera su hija. Entonces entendí que la relación con mi mamá no era buena. Nosotros no hablamos de mujer a mujer, sino de mamá a hija y a veces eso no es suficiente. Se necesita que alguien te escuche sin juzgarte y te vea sin tratar de cambiarte.

Hoy, a mis veintiún años, reconozco que amo a mi mamá. Es una gran persona, pero hay muchas cosas que no comparto con ella y está bien. He aprendido que el amor puede tomar formas diferentes y que la familia a veces se encuentra fuera de la sangre.

La mujer que soy ahora

He aprendido a ponerme una coraza emocional, para protegerme de las depresiones y, cuido mi cuerpo con ejercicio y agua, reparando el daño que las sustancias le causaron. Todo eso ha servido, porque he aumentado de peso y ya no tengo la cara brotada. Ya no quiero morir, deseo vivir.

Mi contacto con el Instituto me llevó más allá de mi propia historia: durante dos años lo he representado en las mesas de políticas públicas sobre equidad de género, juventud y movimiento LGBTI, una actividad que ha hecho que esté más comprometida con el movimiento juvenil. He recibido reconocimiento del gobierno distrital y pese a que no he conseguido trabajo, creen en mis capacidades, lo que es importante para mí.

Mi punto de quiebre fue entender que la sociedad rechaza y juzga mucho la diversidad y en mi caso eso sucedió desde mi propia familia no me aceptaba, ni siquiera cómo me vestía, menos que fuera lesbiana. Me costó muchísimo ser la mujer que soy ahora.

La mujer que soy ahora

Esas palabras lo contienen todo: desde la niña de doce años aterrada por su propia verdad, pasando por la adolescente demacrada que pesaba 45 kilos,

hasta la joven de veintiún que lidera espacios de política pública, que enseña a niños, que toca la batería y que sueña con estudiar trabajo social.

La mujer que soy ahora fue construida con dolor, caídas y sustancias que casi me matan, pero también con música, niños que me llaman «profe» y espejos que me mostraron tanto el abismo como la salida.

El que no vive para servir...

El padre Javier De Nicoló dejó una frase que he convertido en mi mantra personal: «El que no vive para servir, no sirve para vivir». Yo, que alguna vez no encontraba razones para seguir viviendo, ahora vivo para servir. Y en ese servicio, paradójicamente, encontré la razón para vivir que tanto busqué. Eso es lo que aplico en mi vida todos los días. ¡Ahora sé para qué vivo!

Ya no me miro en espejos de destrucción, en cambio ahora yo misma soy el espejo donde otros jóvenes pueden verse reflejados y entender que, sin importar qué tan profundo sea el abismo, siempre hay un camino de regreso.

Gracias padre Javier, por enseñarnos que la vida tiene sentido cuando la ponemos al servicio de otros. Por crear un lugar donde una chica gay, demacrada y con ganas de morir, encontró una batería, una profesión como «profe» y una razón para seguir viviendo. Un camino que comienza con alguien que simplemente te pone atención y en el IDIPRON, finalmente, alguien me puso cuidado.

Camila

La Niña Invisible: Cuando el Amor de un Padre Llega Demasiado Tarde

Tenía tan solo cinco años cuando mi pequeño mundo se derrumbó desde un cuarto piso. Esa mañana mi mamá se fue a trabajar en la Alcaldía Mayor de Bogotá como cualquier otro día. Yo no sabía que esa sería la última mañana en que la vería de pie, caminando, siendo la mamá que conocía. Ella estaba embarazada de mi hermanita, tuvo un accidente y se cayó desde un cuarto piso, el golpe fue tan brutal que después del parto entró en estado de coma. Un año completo. Durante ese tiempo no volví a escucharla decir mi nombre.

Yo no tenía papá. Mi hermanita tenía otro papá, pero no vivía con nosotros. Así que cuando se llevaron a mi mamá al hospital, me quedé sola en esa casa con una bebé recién nacida. Una niña de cinco años cuidando a otra niña de días. Limpiando, cocinando lo que podía, tratando de ser adulta en un cuerpo que apenas sabía atarse los zapatos.

Una mañana, mientras limpiaba la casa, dejé a mi hermanita al sol. No sabía que no debía hacerlo. Yo era apenas una niña jugando a ser madre. Cuando me di cuenta, su carita estaba quemada, llena de ampollas. Llegaron funcionarios del Departamento Administrativo de Bienestar Social al ver que no existía un adulto que respondiera por nosotras, nos llevaron para esa institución era 1978 o 1979, los años se confunden cuando eres tan pequeña y todo se derrumba.

La Noche en Que Dejé de Ser Niña

En esa institución dormíamos cuatro personas en una misma cama. Niños grandes mezclados con pequeños. Una noche ellos empezaron a manosearme. Así que Preferí la calle que seguir en esa institución. Duré casi un año en ese infierno, pero fue en la calle donde conocí un ángel: el Padre Javier.

Para sobrevivir en las calles de Bogotá tuve que dejar de ser niña. Me vestía como niño, actuaba como tal y me peleaba con quien fuera. Fue la única

manera que encontré para protegerme. Mis amigos de ese tiempo aún me recuerdan, pero no como la niña que realmente era, sino como el niño que fingía ser. Ellos no saben que bajo esa ropa de hombre, debajo de esa actitud agresiva, había una niña aterrada tratando de no desaparecer.

El día que entré a Camarín con un grupo de chicos, el Padre Javier me pidió que me quitara la gorra. Se quedó mirándome fijamente a los ojos con una mirada tan especial, tan profunda, que jamás olvido. En ese momento supo que no era un niño.

“No tengo casa para niñas”, me dijo con tristeza. Y yo sentí que el piso se abría bajo mis pies. Pero luego agregó algo que cambió mi destino: “Voy a hacer una casa para niñas y tú vas a ser la primera que va a entrar”.

Eso fue una promesa. Una promesa de un hombre a una niña invisible.

En Camarín conocí a Majito y a Libardo, unos educadores increíbles, y tuvimos una amistad muy bonita. Ellos comprendieron muchas de mis acciones: por qué me quedaba de últimas para bañarme, por qué evitaba que nadie me viera en ciertos momentos. Pero aun así, el miedo persistía. Sentía que en cualquier momento me descubrirían, que alguien revelaría lo que intentaba ocultar. Así que me escapé de Camarín. Volví a las calles.

Fue entonces que conocí a Belisario, otro ángel que cuidó de mí como si fuera su hermanita. Recuerdo que los domingos me buscaba para darme comida y ropa. Un día me dijo, para mi gran sorpresa, que el Padre ya había cumplido su promesa. Que ya existía una casa para niñas. La casa de la 78.

La Casa Donde Volví a Ser Niña

En un principio no quería ir. Me escondía en la misma habitación donde había vivido con mi mamá antes del accidente, los demás inquilinos me permitían entrar sin que el dueño de la casa se diera cuenta, entraba por una ventanita y dormía ahí o en la Plaza del barrio Inglés.

Un día el Padre llegó a buscarme y me encontró. Me invitó a que fuera para la casa de las niñas que había creado, como yo no quería dejar mis cosas me permitió llevar todas mis pertenencias a la casa de las niñas. Fui así la única que llegó con trasteo completo. Como si fuera una mudanza de verdad. Como si mis cosas importaran y ante todo, como si yo importara.

Los siguientes diez años de mi vida fueron un regalo que no sabía que necesitaba. Una década en la que volví a ser niña. Jugaba mucho, trepaba

los árboles cuando no quería ir a los talleres. Recuerdo que había un árbol frondoso justo frente a la habitación del Padre, y allá me subía a esconderme. Un día el Padre salió, se quedó mirándome entre las ramas, y en lugar de regañarme, sin decir palabra, solo me aplaudió.

Fui muy deportista. Les ganaba a todos los muchachos: subir la barra, carreras atléticas y demás competencias. Una vez estuve muy enferma durante unas olimpiadas, pero Dorita, la hermana del Padre Javier y directora de la casa de la 78, me insistió para que participara en representación de las niñas. A pesar que estaba muy enferma y que casi no podía mantenerme en pie, gané en casi todo, incluso superé al Oso, Manuel Redilla, quien era el chico más veloz de las pruebas de atletismo de todo el programa.

El Padre me llevaba cuando iba a recoger chicos de las camadas de las calles, salía a buscar a los rechazados, a los invisibles, como yo había sido. También me llevaba a San Carlos, una de sus casas retirada de la ciudad, que había creado especialmente porque tenía piscina. Era un lugar tranquilo, alejado del caos de Bogotá, donde los niños podían ser niños sin el acecho de las calles. Allá, durante las competencias de natación, el Padre ponía billetes en los extremos de la piscina para estimular a los chicos a que nadaran. Yo siempre ganaba. Me salía del agua y recogía todos los billetes, momento en que todos los niños me perseguían. Entonces el Padre intervenía con su especial sutileza y casi en secreto me decía: “Deja que te los quiten, que yo después te los doy”. Era su manera de enseñarme que no necesitaba competir por dinero para tener valor. Que yo ya tenía valor.

Mis noches eran otra aventura porque me daba mucha hambre. Con mucho sigilo me salía del dormitorio y me iba a la cocina a robar bocadillo, queso o panela. En varias ocasiones el padre me pilló cuando el bajaba a tomar agua a la cocina. Yo le decía: “Pruebe, pruebe”, y le daba del queso que había robado, pensando: “Ahora es cómplice mío, ahora no me puede delatar”. Él se reía y me decía: “Lo malo no es robar, lo malo es dejarse pillar”. Con esas palabras me estaba enseñando que lo importante no era la acción, sino la conciencia. Que yo era lo suficientemente inteligente para ser más cuidadosa.

Los domingos el Padre me daba plata para que visitara a mi mamá al hospital y a mi hermanita a la institución a la que la habían llevado. Ella estaba en una clínica de reposo a las afueras de Bogotá, cargaba esa responsabilidad en mis hombros de niña porque había aprendido muy temprano que cuando

eres un hijo de la calle, tienes que ser fuerte. Tienes que cargar el peso de los demás. En la casa de la 78, el Padre me permitía seguir haciéndolo, pero ahora con su bendición, con su apoyo silencioso.

El Quiebre y la Lucha

Un día Dorita me echó de la 78 porque las niñas se portaron mal y yo puse la cara por todas. Esa fue la única vez que el programa no fue suficiente. Me dolió tanto que me echara, sabiendo que yo no tenía familia ni a dónde ir. Volví a la Plaza de Mercado del Inglés. Dormí ahí durante tres o cuatro meses. Trabajé en ese mismo lugar hasta que ahorré lo suficiente para pagar el arriendo de una habitación. Compré mi cama, mis cosas. Fue como recuperar mi dignidad pieza por pieza.

Salí de la casa de la 78 a los catorce años, pero el padre Javier nunca se fue de mi lado. A los quince quedé embarazada. Tuve a mi hijo a esa edad y a mi hija a los dieciséis. El padre los quería mucho y los bautizó a los dos. Fue como si los adoptara en espíritu.

Justo cuando iba a tener a mi hijo, me llamaron del hospital. Después de diez años de estar en la clínica de reposo me la entregaron, fue un milagro que disfruté mucho de repente tenía que cuidar a alguien que no me reconocía. Tenía quince años, un bebé en los brazos y una madre que necesitaba volver a aprender a vivir. El papá de mis hijos me dejó sola. Pero lo hice. Trabajé, estudié de noche, conseguí que me dieran mi hermanita que el DABS se había llevado años atrás. Al pasar los años mi hermana se volvió drogadicta yo la busqué por todos lados, incluso en el Cartucho. No la recuperé. Tuve otra hija con un delincuente. Cada capítulo era un nuevo dolor, un nuevo reto, pero algo dentro de mí—algo que el Padre Javier plantó en esa casa de la 78—me hacía seguir adelante.

Desde la Invisibilidad a la Luz

Hoy en día soy profesional: Licenciada en Educación Básica con énfasis en Ciencias Naturales y Ambiental. Yo me graduaba en el mes de junio, incluso había hecho la invitación a mi grado al padre Javier, pero desafortunadamente falleció en el mes de marzo, lo que generó en mi profunda tristeza ya que el grado lo había logrado en honor a él, mis hijos mayores también

son profesionales, y mi hija menor está cursando medicina. Enseño. Educo. Cambio vidas. Lo que el Padre Javier hizo por mí, ahora lo hago yo por otros.

A pesar de haber estado en la calle, nunca abusaron sexualmente de mí. Me volví niño en la calle para auto protegerme y lo logré. En la casa de la 78, pude volver a ser niña, y eso también fue un logro. Ahora comprendo que todo lo que me propongo lo logro. Esa es la diferencia entre sobrevivir y vivir.

El Padre me devolvió mi infancia cuando nadie más lo hizo. Creyó en mí y me retó a lograr todo lo que me propusiera. No solo salvó a una niña invisible ese día en Camarín. Creó un universo donde esa niña podía existir nuevamente. Y ese universo se multiplicó a través de cada vida que toqué después.

Por eso estoy aquí. Por eso mis hijos están aquí. Por eso sobreviví.

Porque una vez, un hombre con una gorra y un corazón infinito, se dio cuenta de que bajo mi gorra había una niña. Y la vio. Finalmente, me vio. Y cuando alguien te ve de verdad, cuando alguien cree que mereces existir plenamente, entonces ya no eres invisible. Ya no desapareces. Ya eres real.

La Bonnetty

EL ÁNGEL QUE NACIÓ DEL INFIERNO

Del abismo de las ollas a la redención

Hay lugares en Bogotá donde la esperanza muere y que ni siquiera tienen nombre, solo apodos que describen su naturaleza: Hotel Muerte, sopla-deros u ollas. Yo los conocí todos, viví en ellos y morí en ellos mil veces, antes de que mi corazón dejara de latir por sesenta y ocho días en una cama de hospital.

Mi historia comenzó mucho antes de las calles, en una casa donde el alcohol era el único idioma que mi padre sabía hablar, tanto así que con mi hermana recogíamos en una olleta los cunchos de cerveza, aguardiente y vino, para hacer «helados de cerveza». Terminábamos intoxicados, borrachos y sin saber por qué. Así fue nuestra infancia: dos niños aprendiendo que el mundo duele menos cuando estás ebrio.

Tenía ocho años y medio cuando entré a aquella ferretería, mi padre me había pedido comprar unos materiales, el hombre me entregó los elementos, la factura y las vueltas. Cuando fui a abrir la puerta, puso su mano dura, me llevó al baño y me violó. «Si le cuentas a alguien, mato a tu mamá o a tu hermana», me dijo. Se me destruyó la vida en ese instante y decidí que no se lo contaría a nadie. Un año después, en una fotografía donde aún parezco un niño inocente, ya estaba consumiendo cocaína.

Tenía catorce años y medio cuando un amigo sacó billetera blanca y una cucharita, entonces me preguntó: «¿Quiere perico?». Le dije que sí, me mandó ese perico por una nariz y por la otra. Así conocí a mi nuevo dios, ese que me prometía olvidar y que me mentía diciéndome que todo estaría bien con una raya más.

Después vino el bazuco, «todo vicio es malo, pero ese es el papá de los malos», diría después mi madre, Ana Dolores, la mujer que más sufrió viéndome desaparecer por días y semanas, para volver a casa cada vez más irrecor-

nocible. El adicto al que más perjudica es a los que más ama y yo amaba a mi madre, pero amaba más el perico.

Las ollas son el infierno en la tierra. Si esas paredes del Santa Fe pudieran hablar, contarían de muertos, desaparecidos y ajustes de cuentas, yo vi todo eso. Viví entre personas que, a las tres de la mañana, desesperadas por consumir, mataban a cuchillo al que accidentalmente apagaba la vela, la única fuente de fuego para prender el perico. Los picaban, los mataban del desesepero, la euforia y la rabia de no poder seguir consumiendo.

Pasé por treinta y cinco procesos de rehabilitación, treinta y cinco veces intenté salir y, treinta y cinco veces volví, porque el infierno no te suelta fácil. Te conoce por tu nombre y sabe exactamente qué botón presionar para que regreses.

Entonces llegó mi último día, estaba en un caño, tomando aguardiente y consumiendo bazuco, de pronto me caí, sentí un golpe y cuando desperté estaba en una camilla. Sesenta y ocho días hospitalizado, sondeado, con pañal, pesando 40 kilos, la boca abierta, con muchísimo frío y muchísima hambre. En ese momento le dije a Dios: «Sácame de esta, que si me sacas yo me pongo a ayudar, servir y hacer lo que toque». Y Dios, por alguna razón que aun no comprendo completamente, me sacó.

El legado que me encontró cuando desperté

Nunca conocí personalmente al padre Javier De Nicoló, cuando yo andaba perdido en las ollas, él ya había partido, pero su obra me encontró. En uno de esos treinta y cinco intentos de rehabilitación, pasé por programas que él había fundado. Vi su rostro en fotos pegadas en las paredes, escuché historias de educadores que habían sido formados por él y que trabajaban con su misma convicción: que ninguna vida está perdida mientras alguien crea en ella.

Entendí algo: el padre Javier no rescató solo a los niños de su época, sino que rescató la idea misma de que el rescate es posible. Creó una cultura y una forma de mirar al habitante de calle no como basura, sino como ser humano. Esa cultura me salvó la vida.

Cuando salí del hospital y decidí crear mi Fundación Clínica del Hogar, no inventé nada nuevo. Estaba replicando lo que el Padre había enseñado: que servir es la mejor profesión del mundo, que el amor se demuestra con

comida caliente y dignidad y, que quien fue rescatado tiene la obligación de rescatar a otros.

Hoy camino por las mismas calles donde me perdí, pero ya no voy a consumir, voy a entregar comida, quinientas comidas cada semana. Entro a las ollas más peligrosas de Bogotá, en San Bernardo, Santa Fe, esos lugares donde todavía me sudan las manos, me tiemblan las piernas y me da ansiedad, ya que la tentación nunca se va del todo. Esto se trabaja solo por hoy, solo por veinte cuatro horas, así que hoy no consumo, mañana no sé.

Cada vez que veo a esas personas, a mis antiguos compañeros de infierno, recuerdo por qué vale la pena mantenerse limpio. Detrás de cada habitante de calle hay un ser humano que busca una oportunidad, que merece ser visto y tratado con dignidad. Cuando les entrego un plato de comida caliente, se sienten seres valiosos que merecen alimentarse dignamente. Y a partir de ahí, tal vez, solo tal vez, puedan comenzar a creer que merecen algo mejor.

Eso me lo enseñó el padre Javier sin conocerlo, lo hizo a través de los educadores que formó, los programas que creó y el espíritu que dejó sembrado en esta ciudad que tanto lo necesitaba.

¿Soy un milagro? Después de vivir tanta oscuridad, de haber visto tantos muertos en las ollas, los sopladeros o las taquilleras, de todo lo que he vivido y estar aquí, parado, respirando y ayudando, sí, creo que soy un milagro de Dios. Sin embargo, también soy el resultado de un legado, el de un hombre que creyó que nadie está tan perdido que no pueda ser encontrado.

No cuento mi historia para ser admirado, sino porque sé que en algún lugar hay, un niño de ocho años al que le están destruyendo la vida, un joven de catorce que está conociendo la cocaína o una madre llorando porque su hijo desapareció hace tres días. Y necesitan saber que el infierno no es para siempre, que de él se puede salir y que Dios pone ángeles incluso en los lugares más oscuros.

El padre Javier fue uno de esos ángeles. Y su obra sigue creando ángeles, uno tras otro, generación tras generación. Yo soy uno de ellos, no porque haya sido perfecto en mi recuperación, ya que incluso tenga días donde las manos me tiemblan al pasar por una olla. Sino porque decidí convertir mis heridas en alas para ayudar a otros a volar, tal como él enseñó. Por esa ruta, día a día me siento más orgulloso de mí mismo, mi recuperación y el ser humano que soy. Mira todas las personas que me necesitan, entonces vale la pena recuperarme como ser humano.

Gracias, padre Javier, por enseñarnos que servir es la forma más alta de agradecimiento. Que quien fue rescatado debe rescatar. Y que el amor no es un sentimiento, sino una acción cotidiana.

Yo nunca pude estrechar tu mano, no pude mirarte a los ojos y decirte gracias, pero cada plato de comida que entrego en las ollas, en las mismas donde casi muero, es mi forma de decírtelo. Cada vez que entro al infierno del que salí, llevando esperanza en lugar de desesperación, estoy honrando tu legado. Tú nos enseñaste que el ángel no es el que nunca cayó. El ángel es el que cayó, se levantó y decidió ayudar a otros a levantarse también.

Harold

YO SÍ PUEDO

Cuando la vida te dice que no y tú respondes que sí

A los seis años de edad, cuando una debería estar pensando solo en jugar, jugar y jugar, yo estaba pensando en cómo mantener vivo a mi hermano. Aquella situación me hizo madurar muy rápido, porque si yo no maduraba, mi hermano era el que estaba en riesgo. Aprendí a preparar agua de panela y arroz, no porque quisiera jugar a la casita, sino porque mi hermano y yo teníamos que comer y, no había nadie más para hacerlo.

Mi mamá tenía veintiún años, dos hijos y problemas con el alcohol. Vivíamos en Ciudad Bolívar y la vida era una lucha diaria por sobrevivir. Yo sentía que en un momento estaba ahí, normal y viva, pero al siguiente no había nada, solo oscuridad, silencio o vacío.

Así pasaron los años y a los diez, ya sabía que lo que estábamos viviendo no era normal, que los niños no deberían estar criando a otros niños y que a mi edad no debería conocer al hambre como yo la conocía.

Un día mi mamá me dijo que me iba a internar en el IDIPRON. Le respondí sin dudar: «Pero que sea ya, porque esto no es vida».

Agradezco al Instituto por ser mi familia desde que era niña, por darme la oportunidad de estar aquí, aprender mucho, laborar y devolver con mi trabajo lo que recibí con amor. Siempre ha estado apoyándome y dándome cariño.

Ahora soy una persona feliz: Charlo, hablo y me compro lo que me gusta. Quiero seguir estudiando en la universidad ya sea trabajo social o derecho. Cuando muera, a los veintiséis o a los cien años, deseo que digan de mí que luché hasta donde pude y que era medio jodida, pero risueña. Además, me encanta bailar, pero ¿quién no aprendió a bailar en el programa? ¿A hacer teatro, manualidades, a nadar y a defenderse en la vida?

Cuando llegué a la Casa La 78, estaba feliz. Por primera vez en mi vida, tenía una cama para mí sola, una cama limpia, con sábanas que olían a fresco

y cuando abría los ojos en la mañana, no tenía miedo de lo que me esperaba. Luego pasé a la Casa Belén, después vino El Cuja, a los trece años fui a la UPI de externado La Rioja, para cursar séptimo grado y, vivir de nuevo con mi mamá, quien para entonces tenía un hogar formado y su vida había dado un giro de 180 grados. Por ser una de las niñas más juiciosas y buena estudiante, me inscribieron en el Colegio Alexander Fleming para terminar la secundaria.

Tenía profesores que eran como mi papá y mi mamá, comida todos los días tres veces al día, disfrutaba de recreación, hice amigas que se convirtieron en casi hermanas y las tías de la cocina, eran como mis abuelas, las que me guardaban postre cuando veían que estaba tristes, además disfrutaba mucho las diferentes salidas. Uno aprende a valorar lo que tiene cuando ha vivido sin nada, por eso valoraba cada plato de comida, cada noche que me acostaba sin hambre y cada abrazo.

El día que caí en coma

Estando en La Rioja, sin previo aviso, caí en estado de coma y desde entonces me han operado seis veces. Seis veces han abierto mi cráneo, he estado al borde de la muerte y he decidido volver.

Tras varios exámenes de salud, comprobaron que tenía un tumor cerebral. De inmediato, el programa activó toda la red de salud y me operaron de urgencia. Como no reaccioné después de la primera cirugía, me tuvieron que intervenir de nuevo para colocarme una válvula en la cabeza, la cual me mantiene con vida.

Los límites están para romperlos

Los límites están para romperlos, los pronósticos médicos están para desafiarlos y las estadísticas están para demostrar que están equivocadas.

Los médicos me dijeron que me iba a morir máximo a los veintisiete años, pero aquí estoy, con mi válvula en la cabeza, mi sonrisa amplia y mi cabellera azabache. Me dijeron que no me podía poner tacones, pero mírenme ahora con mis zapatos de tacón medio, que no podría estudiar, pero soy bachiller y técnico del SENA.

Pronosticaron que mi vida sería limitada, dolorosa y corta. Me pasaron cosas feas, sí, pero siempre he volteado la hoja y he seguido adelante.

Yo no les creí entonces y aun no quiero creer en esos diagnósticos, por eso me digo todos los días: «Yo sí puedo». No sé si llegaré a los veintisiete, a los cincuenta o a los cien años de edad, pero lo que sí sé es que cada día que esté viva, lo voy a aprovechar al máximo. Voy a bailar, reír, trabajar, amar y vivir.

Yo sí puedo. Y si hubiera seguido las recomendaciones de los médicos, no estaría aquí dando mi testimonio de vida a los chicos.

Devolviendo lo que recibí

Lo hago siempre con cada joven que encuentro y al que tengo la oportunidad de decirle: «Yo sí puedo. Y tú también». Ellos no tienen jabón, champú, un cepillo de dientes, una ducha, una cama limpia todos los días, así que cuando trabajo con ellos, recuerdo de dónde vengo, a la niña de seis años preparando agua de panela, el hambre y el miedo.

Es un círculo hermoso, el Instituto salvó a mi mamá, me salvó a mí y ahora yo ayudo a salvar a otros. Ese es el legado del padre Javier De Nicoló, no solo salvar una vida, sino crear una cadena de salvación que se perpetúa, multiplica y nunca termina.

Esos momentos son los que me mantienen viva. Saber que mi historia, mi dolor y mis seis cirugías, sirven para algo, para que otro chico diga: «Si ella pudo, yo también puedo».

Gracias al padre Javier por crear un lugar donde niñas como yo, que a los seis años ya no podían ser niñas, pudieran volver a serlo, por darme todo lo que necesitaba y lo más importante, esperanza. La esperanza de que no importa de dónde vienes, puedes llegar a donde quieras y de que tu pasado no define tu futuro porque siempre, siempre hay una salida.

Gracias, porque con su apoyo pude convertirme en una mujer que hace peinados para sanar, que recuerda a sí misma y a otros que el amor transforma, la esperanza salva y que sí podemos lograr lo que nos proponemos.

Hoy trabajo como estilista en todas las Unidades de Protección Integral: Saco cejas, maquillo, corto pelo, tinturo y hago masajes. Es un trabajo fuerte, en especial con la población de habitabilidad de calle. Sin embargo, tengo la oportunidad diaria de decirle a los adolescentes y jóvenes: «A ustedes nada

les duele. Miren esos cabellos tan hermosos. Miren esa salud que tienen. Salgan adelante. ¡Cuánto quisiera yo tener la salud de ustedes!»

Una vez mientras hablaba sobre mi vida, con un grupo de hombres y mujeres jóvenes, ellos de pronto se pusieron a llorar. Se preguntaban: «¿Por qué soy así, matándome con las drogas?» Después me he encontrado con algunos de ellos en las unidades, me saludan con cariño y me dicen que han cambiado o que estudian en el SENA gracias a mi testimonio.

Y les digo: «Yo fui como ustedes. Asistí a la entidad como beneficiaria y pude salir adelante. Mi mamá me entregó muy chiquita al Instituto y no conté con ella, pero ahí me enseñaron a ser totalmente independiente. Entonces ustedes también pueden».

Lo que más me gusta

Me encanta mi trabajo con los chicos, porque a veces me victimizo. Me quejo de mi válvula, mis dolores de cabeza y las limitaciones que tengo, pero luego veo a un chino que ha vivido en la calle desde los cinco años, que fue abusado, golpeado o abandonado, entonces me doy cuenta de que no he vivido nada en comparación con ellos.

Mi gratitud eterna

Mi mamá me entregó a IDIPRON cuando yo tenía diez años. Hoy yo le agradezco esa decisión todos los días, porque si no hubiera sido por eso, yo probablemente estaría muerta. Muerta de hambre, abandono o por el tumor que nadie hubiera detectado a tiempo.

Mi mamá también estuvo en el programa cuando fue niña. Y ahora yo estoy aquí, no solo como egresada, sino como trabajadora, devolviendo lo que me dieron, ya que yo no vine a este mundo a esperar la muerte, sino a vivir y voy a vivir hasta donde pueda, hasta donde Dios me lo permita.

Razón por la que sostengo que además de la crianza, le debo al IDIPRON mi vida, literalmente. Si no hubiera estado ahí y no hubieran activado esa red de salud, yo estaría muerta, así de simple. Y la vida vale la pena, como nos enseñó el padre, cada segundo es un regalo.

Hoy día estoy aquí, dando mi testimonio de vida a los chicos, no en mi casa esperando a morir, viendo pasar los días hasta cumplir veintisiete. En

cambio, elegí una vida dedicada a probar que los límites están para romperlos, feliz, trabajando y devolviendo, entonces no hay excusa.

Yo soy un milagro, todo está en Dios. Si Él me tiene viva será para algo y ese algo es compartir mi historia con los jóvenes.

Paola Andrea Vargas

Tomado de la página web del IDIPRON

LAS OPORTUNIDADES QUE DEJÉ PASAR: MI ADVERTENCIA PARA TI

Hoy día les comparto algo que me duele admitir: yo conocí la obra del padre Javier, tuve oportunidades y las dejé pasar.

Esta no es la historia de una víctima, sino la de alguien que eligió mal, una y otra vez, por lo tanto, hoy vive las consecuencias de esas decisiones. Si estás leyendo esto y estás en una situación parecida a la mía, por favor, no cometas mis errores.

Cómo empezó todo, lo que pude haber detenido

No empecé en la calle, sino en mi casa, cuando tenía siete años de edad y ayudé a mi mamá a prender un cigarrillo. Ella trabajaba tanto que apenas tenía tiempo para nosotros, éramos seis hermanos de diferentes papás, con una madre que luchaba sola para que no nos faltara comida.

«No lo vayan a chupar, solo pónganlo en la candela», nos decía, pero yo decidí chuparlo. Me atoré y ahogué, entonces se me volvió un reto aprenderlo. Mi hermano, dos años mayor empezó conmigo. A los nueve años ya le sacábamos cigarrillos para fumar cuando ella se iba. Primera decisión equivocada y oportunidad de detenerme que no tomé.

A los diez años encontré un tarro de pegante en la terraza. Mi hermana mayor había vuelto después de irse con un hombre a los quince, traía amigos, hacían fiestas y consumían. Yo solo tenía que no mirar, no imitar, pero elegí hacerlo.

Ese mismo año, un hombre de casi treinta años me prometió que sería mi novio, entonces tuve mi primera relación sexual con él cuando tenía once años. Un día me dejó, no busqué ayuda, me volví más loca y pensé: si eso es querer, entonces no quiero volver a querer a nadie.

La primera vez que vi la salida y no la tomé

Mi mamá seguía trabajando. Un día llegó protección infantil y nos metieron a una fundación mientras ella trabajaba, allí me hablaron de los programas del padre Javier y de Bosconia, para niños como yo que habían encontrado una salida. Sin embargo, ya había arrancado en el consumo del bóxer, así que en vez de pedir ayuda me junté con niños que sabían más de drogas y de calle que yo. Pude haber pedido ayuda, pero no lo hice.

A los doce años llevé a todo mi grupo de amigas del colegio: Empezamos a ir al Samber, a la L, al Bronx e incluso entrábamos en uniforme. Una trabajadora social nos vio, nos habló del padre Javier otra vez y dijo que había un lugar donde podíamos estar seguras, estudiar de verdad, en el que nadie nos iba a lastimar, pero yo dije que no porque en esos lugares había reglas y yo no quería reglas.

De cigarrillo pasé al bóxer, del bóxer al perico, las pepas y la marihuana. También consumí alcohol barato a tres mil pesos el litro. Cada vez que alguien me hablaba de buscar ayuda, yo decía: «No necesito ayuda. Yo controlo esto». Mentira, ya que nunca lo controlé.

El novio que me alejó de mi salvación

A los doce años tuve mi primer novio, era el que manejaba la distribución de drogas en la zona, además era controlador y violento.

Mi mamá sufría con esa relación, me rogaba que terminara con él y que fuera al IDIPRON. Sabía de los programas y conocía historias de muchachos que habían salido adelante. Pero mi novio me decía: «Si vas a esos lugares, te van a lavar el cerebro. Te van a quitar de mi lado» y yo le creí a él en vez de a mi mamá.

Él decidía si yo entraba o no al colegio, porque ya no me pertenecía. Cuando sentí que me iba a matar, en vez de buscar ayuda en los programas del padre Javier, busqué otro novio igual de problemático. Siempre tenía miedo de lo que el novio me haría si me iba a un programa de protección y la verdad es que tenía más miedo de perder a un hombre que me maltrataba, que de perder mi propia vida.

Embarazada y perdiendo oportunidades

Me fui de mi casa a los trece años y medio, estaba en octavo y quedé embarazada. El papá de mi hijo también vendía droga, robaba y consumía.

Una educadora del colegio me llevó información sobre La 78; la casa para madres adolescentes en situación de riesgo, fundada por el padre Javier. Ella me aseguro que ahí me darían refugio, educación y apoyo con el bebé. Dije que no porque mi novio no me dejaba.

Nunca pude dejar de consumir. Con tres meses de embarazo, él me encontró tirada en el piso, pegada al tarro y me golpeó brutalmente. Volví entonces a casa de mi mamá embarazada, él no me apoyaba con nada y de nuevo mi mamá me rogó que fuera al Instituto, que aceptará la ayuda. De nuevo dije que no y en ese momento porque tenía vergüenza.

A los siete meses de embarazo, en una fiesta, uno de mis amigos le dio una puñalada en el pecho al papá de mi hijo y casi lo mata. Y quince días antes de que naciera mi bebé, lo capturaron por hurto.

Mi hijo nació con problemas respiratorios graves, síndrome de abstinencia por todo lo que yo consumí estando embarazada. Trabajo social llegó, me volvieron a hablar del padre Javier y de programas de rehabilitación para madres adolescentes con adicciones. Dije que no, porque cuando el papá saliera de la cárcel, se iba a enojar si yo estaba en un programa.

Mi mamá se hizo cargo de mi hijo, mientras yo seguía saliendo a fiestas con mi bebé en el coche y hasta lo dejaba en una esquina mientras yo consumía.

Mi hermano cayó en la calle completamente y verlo decaer fue uno de los dolores más grandes de mi vida. Entre tanto, seguía visitando a ese hombre en la cárcel, dos años y medio acompañándolo, mientras mi hijo crecía sin mí.

Lo que perdí por mis decisiones

Hoy miro hacia atrás y me pregunto: ¿Cómo sería mi vida si hubiera dicho sí? Si a los once años cuando me violaron, hubiera buscado ayuda en vez de volverme más loca. Si a los doce cuando me hablaron del programa, hubiera ido en vez de seguir yendo al Bronx. Si a los trece ya embarazada, hubiera aceptado ir a La 78 en vez de quedarme con ese hombre.

¿Dónde estaría hoy? Probablemente habría terminado el colegio, tendría una carrera, mi hijo no habría nacido con síndrome de abstinencia y mi hermano estaría vivo. Sí, porque mi hermano murió en la calle y no estuve ahí para salvarlo, ya que estaba metida en mi propio infierno.

El padre Javier construyó esos programas exactamente para niñas como yo, pero yo tenía que elegir tomarlos y elegí escuchar al que me decía «no», en lugar de escuchar a los que me decían «sí».

Mi mensaje para ti

Si estás leyendo esto y te identificas con mi historia, por favor, escúchame: no importa que tu novio te diga que no vayas. Ese novio no va a estar ahí cuando toques fondo.

No importa que tengas miedo de que te «laven el cerebro». Lo que te están ofreciendo es educación, no manipulación.

No importa que tengas vergüenza. Todos los que están en esos programas vienen de donde tú vienes, entonces nadie te va a juzgar.

El padre Javier dedicó su vida a crear oportunidades para niños como tú y como yo. La diferencia entre los que salieron adelante y yo es que ellos aprovecharon esas oportunidades, mientras yo las dejé pasar: Por miedo, por vergüenza, por un hombre que no valía la pena y por creer que yo controlaba la situación.

En la actualidad pago las consecuencias: Mi hijo creció sin madre los primeros años de su vida, mi hermano murió en la calle, perdí mi adolescencia, mi educación y mi futuro, todo porque dije «no» cuando debí haber dicho «sí».

Lo que haría diferente

Si pudiera volver atrás, cuando me hablaban del IDIPRON a los doce años, iría ese mismo día. Cuando mi mamá me rogara que buscará ayuda, le haría caso. Cuando me ofrecieran La 78 estando embarazada, aceptaría sin dudar. No dejaría que ningún hombre decidiera mi futuro.

Porque eso es lo que pasó, yo dejé que hombres que no me amaban, maltrataban y usaban, decidieran si yo merecía o no una oportunidad. La respuesta siempre fue no para ellos, porque a ellos les convenía mantenerme

dependiente, asustada y sin opciones. Mientras que el padre me estaba diciendo «sí», pero elegí escuchar al que me decía «no».

El día que finalmente pedí ayuda fue demasiado tarde

Ahora mismo estoy en proceso de rehabilitación, finalmente dije «sí», pero lo hice años después de que debí haberlo hecho, después de destruir la relación con mi familia y tocar fondo de maneras que no puedo ni contar aquí.

Y lo peor es que pude haberme ahorrado todo ese dolor, ya que las oportunidades estuvieron ahí, sin embargo, nunca elegí tomarlas.

Para los niños y niñas que están donde yo estuve

Si estás en las calles, consumiendo, con un novio o novia que te controla, crees que no mereces ayuda, tienes miedo de pedir ayuda o piensas que puedes controlarlo solo, escúchame: ¡no puedes! Yo también creía que podía y mira dónde terminé.

Hay personas que dedicaron su vida entera a ayudarte, el padre Javier fue uno de ellos. Hoy hay maestros, trabajadores sociales y psicólogos que continúan su trabajo y todos están esperándote, con las puertas abiertas, sin juzgarte. Todo lo que tienes que hacer es decir «sí».

No cometas mi error y no dejes pasar las oportunidades que yo dejé pasar porque cuando las pierdes, cuando las dejas ir, puede que no regresen. Entonces te quedas con la pregunta que me atormenta todos los días: ¿Cómo habría sido mi vida si hubiera dicho «sí»?

Lo que pude haber sido

Cierro los ojos y me imagino: Graduándome de bachillerato en La Florida, con mi bebé en brazos y mi mamá llorando de orgullo. Estudiando una carrera técnica, como tantos egresados de los programas del padre Javier. Criando a mi hijo en un hogar estable, sin drogas, ni violencia. Siendo un ejemplo para mi hermano menor en vez de un mal ejemplo. Visitando a mi hermano mayor no en las calles sino en su casa, con su familia.

Todo eso pudo haber sido real. El padre Javier lo hizo posible para miles de personas y yo solo tuve que haber dicho «sí». Hoy finalmente lo estoy

haciendo, pero perdí años que no voy a recuperar. Te invito a que no seas como yo, di «sí» mientras todavía estás a tiempo.

Karen Benavides

NO SE FÍE DE LA AMISTAD DE UN TOMBO NI DEL AMOR DE UNA PUTA

Nací en Bogotá, en el barrio Villaluz, en una familia de bien. Mi mamá es profesora, mi hermana trabajadora social y mi abuela tiene sus negocios. Nadie me dio mala vida ni me empujó a la calle, fui yo quien decidió torcerse, gracias a mi prepotencia y el querer hacer mi vida a mi manera, sin que nadie me mandara, lo que me llevó al abismo.

A los nueve años empecé a juntarme con la barra de Millonarios, ahí llegó la marihuanita, el pegante y el cuchillo para defenderse. A los doce, un problema con otra barra me obligó a huir de mi barrio, así llegué al centro de Bogotá, con el uniforme del colegio todavía puesto. Una banda de cosquilleros me adoptó como volteador: yo, con mi cara de niño, distraía a la gente mientras ellos robaban.

Recuerdo que, en esas primeras semanas en la calle, alguien me habló de un cura italiano que recogía muchachos como yo. Decían que tenía una casa grande donde daban comida, uno podía dormir bajo techo y aprender un oficio. La obra del Padre Javier De Nicoló, de Bosconia a La Florida, pero aquellos nombres me sonaban a cuento de hadas, algo demasiado bueno para ser verdad. Yo, que ya me creía muy vivo, pensé que nadie regala nada por nada a cambio y preferí seguir con los cosquilleros.

Del Cartucho nos sacaron y nos mandaron al matadero, después vino la L y el Bronx, en ese transcurrir un hombre me vio actitud y me ofreció ser campanero. Mi trabajo era vigilar doce horas de pie, avisar si venía la policía o algún infiltrado y me pagaban doscientos mil pesos por turno de veinticuatro horas. A los catorce años, yo manejaba más plata de la que mi familia honrada veía en semanas.

Sin embargo, el Bronx no era solo dinero fácil, sino el infierno con reglas propias. Vi hombres colgados de los pies y desangrándose para poder picarlos después. Vi canecas de ácido donde desaparecían los cuerpos. Supe del

caimán que tenían en el sótano y de los pitbulls que alimentaban con lo que uno no quiere imaginar.

En medio de todo aquello, lo que más me marcó fueron las niñas. Chinitas de doce y trece años que llegaban, para ser enviadas a la fuerza. Una vez me ordenaron acompañar a una de ellas, claro después de que terminaran con ella. Tenía los pantaloncitos llenos de sangre por detrás, marcas en las muñecas de donde la habían amarrado y apenas si caminaba. Yo tenía que escoltarla hasta la salida y quedarme callado.

El Padre De Nicoló decía que lo que más le dolía era ver a los niños en la calle, que el secreto de su obra era darles amor, ya que la falta de amor era la raíz de todos los males. ¿Qué habría sido de esa niña si alguien la hubiera rescatado antes? ¿Qué habría sido de mí?

Yo tenía la inteligencia, en el colegio era brillante académicamente, aunque un desastre en disciplina. Soñaba con ser piloto y mi familia tenía los recursos para apoyarme, pero elegí la calle porque me parecía libertad. Y mientras yo elegía hundirme, el padre Javier y sus muchachos caminaban esas mismas esquinas ofreciendo otra vida. Vi pasar a los educadores de Bosconia más de una vez, sin embargo, nunca me acerqué.

Los mismos policías cobraban su tajada para mirar hacia otro lado, «no se fíe de la amistad de un tombo, ni del amor de una puta» aprendí. Era el único mandamiento que todos respetaban allá dentro.

Caí preso tres veces: Trece meses en la Modelo, cuarenta y dos en la Picota, además de veintisiete después. La cárcel es otro infierno donde la pelea y el puño fueron mi escuela. Ahí adentro, con tiempo para pensar, a veces me acordaba de aquella invitación que nunca acepté. Los muchachos de Bosconia que sí entraron al programa aprendieron panadería, música o carpintería. Algunos tocaron en la Casa Blanca, otros fueron aplaudidos en España, formaron familias y se convirtieron en hombres de bien. Yo, en cambio, aprendí a sobrevivir puñaladas y a distinguir qué patio era sinónimo de paracos o de guerrilleros.

Conocí a mi mujer por Facebook, desde la cárcel. Ella tampoco es ninguna santa, también tiene su pasado, pero cuando salí en el año 2020, ella estaba ahí esperándome. Entonces por primera vez en mi vida, tuve alguien por quien luchar. ¡El amor fue mi cura!

Hoy día llevo seis años limpio del bazuco y trabajo en construcción, a pesar que la primera vez que me mandaron a hacer un hueco de un metro

por un metro, hice un círculo en vez de un cuadrado, pero aprendí. Y la plata sudada sabe mejor, no se vive con zozobra.

A veces pienso en todo lo que el Padre De Nicolás construyó: más de cien mil muchachos rescatados, setenta centros en todo el país y vidas transformadas. Pienso en las fogatas donde les pedía a los chinos que quemaran su prenda más sucia y pidieran un deseo. Muchos cuentan que su deseo se cumplió. Sin embargo, mi camino fue el más largo y a la vez muy doloroso. Tengo cicatrices en el cuerpo que cuentan historias que preferiría olvidar, como también fantasmas que de cuando en cuando todavía me visitan, pero estoy vivo, limpio y a mi lado hay una mujer que me ama.

El otro día me encontré en el centro a un parcero de aquellos tiempos, estaba vuelto mierda, sin dientes y consumido por el vicio, fue un chino percha antes, ahora es un despojo. Ese pude haber sido yo.

Este testimonio es mi forma de honrar lo que el Padre De Nicolás hizo, aunque yo no haya sido una de sus historias de éxito. Es mi mensaje para los chinos que quieren picárselas de locos, a ustedes le digo: cuando alguien les extienda la mano, tómennla. Los papás pueden ser canzones, pero saben lo que hacen. Y si aparece un cura o un educador ofreciéndoles otra vida, no sean tan imbéciles como fui yo. Acepten.

Porque salir del infierno es posible, pero es mucho más fácil no entrar.

Autor anónimo

DE NO SABER LEER A INGENIERA EN AUSTRALIA

Llegué a la casa de las niñas de la 78 con ocho años de edad, no sabía leer, ni escribir porque nunca había pisado un colegio, ya que mi mamá no pudo darnos educación a mis tres hermanas, ni a mí. Fuimos cuatro niñas rodeadas de peligros que prefiero no nombrar y mi papá nunca estuvo presente.

Entonces mi mamá hizo lo más difícil y lo más valiente a la vez que una madre puede hacer: Primero llevó a mi hermana mayor a Bosconia cuando era muy pequeña. Años después, como la situación seguía siendo desesperada, para salvarme me entregó al padre Javier.

Recuerdo entrar a esa casa sin saber qué me esperaba; yo era una niña analfabeta, sin futuro visible y sin opciones. Sin embargo, al ingresar lo que encontré fue un castillo lleno de magia.

El padre Javier me dio lo que nadie más podía darme: educación. Aprendí a leer, escribir, hacer cuentas y música. Cada día había comida en la mesa, como también alguien que me miraba y me decía con sus actos: «Tú vales, tú puedes».

No todo fue fácil. Hubo momentos incómodos cuando era necesario, porque el amor verdadero también corrige, exige y pone límites. En ese proceso formativo Dorita, la hermana del padre, nos enseñó algo que nunca he olvidado: la importancia de ser alguien y de amar al prójimo.

En el año 2011 me gradué del colegio. Esa niña que había entrado sin saber leer salió con un diploma en la mano y un fuego en el pecho: iba a ser alguien en la vida, como él y Dorita me habían enseñado.

Entré al SENA por dos años, estudié con unas ganas que ni sabía que tenía. Luego di el salto más grande, entré a la universidad a estudiar ingeniería industrial. Trabajaba en las mañanas y estudiaba en las noches, cinco años así sin detenerme, sin permitirme el lujo del cansancio, ya que cada vez que pensaba en rendirme, recordaba al padre Javier y como él nunca

se rindió conmigo. Si él creyó cuando yo no sabía ni leer, ¿cómo iba yo a rendirme ahora?

Me gradué como ingeniera industrial, pero no me detuve y al año siguiente terminé una especialización. Todos eran sueños que se volvían realidad, uno tras otro.

En el año 2023 vine a Australia por seis meses, para estudiar inglés. Un semestre que se convirtió en una nueva vida. Aprendí un segundo idioma, decidí quedarme y seguir estudiando para complementar mi carrera. Hoy día vivo en el continente austriaco, soy autosuficiente, fuerte, como también próspera física y mentalmente.

Ahora estoy aprendiendo italiano, ya que quiero hablar el idioma del padre Javier. He viajado por diferentes países y su amada Italia es uno de mis favoritos. Amo esa cultura que él llevaba en la sangre y que tanto compartió con nosotras.

A veces, cuando estoy sola en mi apartamento en Australia, cierro los ojos y me veo a mí misma: una niña de ocho años que no sabía leer, parada frente a la puerta de la Casa de la 78 y me pregunto: ¿Dónde estaría hoy si esa puerta no se hubiera abierto? No quiero saberlo. Lo que sí sé es que gracias a la educación que el padre Javier me brindó, puedo ser quien soy hoy.

No tengo ningún temor ni arrepentimiento. Amo mi vida de niña en ese castillo lleno de magia y valoro cada año que pasé allí e incluso los momentos difíciles.

Cómo olvidar los cantos de alegría que solíamos cantar a grito entero, con tanta unión y esperanza. Hoy canto acá, en inglés y pronto cantaré en italiano. Cada vez que canto, pienso en ustedes que me enseñaron que primero viene la educación y todo lo demás llega por añadidura.

Y tenían razón. El trabajo llegó por añadidura, los idiomas llegaron por añadidura, los viajes llegaron por añadidura y la libertad llegó por añadidura... Todo llegó por añadidura, porque alguien decidió que una niña analfabeta de ocho años merecía aprender a leer y educarse.

Javier, querido padre y Dorita, donde quiera que estén: miles de sonrisas, agradecimientos y amor de parte de Angie.

Angie Garzón León

DESDE AUSTRALIA CON GRATITUD

Cuando el amor verdadero no viene de la sangre

Hoy escribo desde Australia, del otro lado del mundo, pero mi corazón sigue viviendo en aquellas madrugadas cuando una camioneta verde aparecía en el barrio Santa Lucía y todos corríamos hacia él como si fuera Navidad, aunque en cierta forma, sí lo era. Era la llegada de mi padre, no el que me dio la vida, sino el que me enseñó a vivirla.

Desde mis cortos diez años llegué a ser habitante de calle, no porque yo quisiera, sino porque el hogar que debía protegerme se convirtió en mi mayor amenaza. Todo comenzó con una separación que nunca fue mi culpa, pero que pagué como si lo fuera. El simple hecho de parecerme a mi padre, desató una rabia desenfrenada hacia mí: los golpes llegaban hasta desmayarme, me convertí en la sirvienta y la cuidadora de responsabilidades que no eran mías.

Yo siempre fui una niña demasiado juiciosa y estudiosa lo que nunca fue suficiente, ya que nada fue suficiente para mi familia. Me empezaron a rotar de familiar en familiar y siempre para lo mismo: sirvienta de los que se aprovechaban de mi forma de ser hacendosa. Hasta que mi padre y mi madrastra me llevaron a vivir con ellos, pero el resultado fue igual, caracterizado por maltrato y más maltrato.

Allí tomé la decisión de escapar e irme a vivir a la calle junto con mi hermano menor, que ya habitaba el asfalto. Es aquí donde la historia se pone extraña, casi contradictoria, porque fue en ese hogar de asfalto donde encontré el verdadero amor de familia. Fue en la calle, entre mocosos mal presentados y mal olientes, donde aprendí lo que era ser valorada.

Nuestra vida se iluminaba cuando nuestro padre Javier llegaba en las madrugadas, a bordo de la camioneta de color verde, con una inmensa olla llena de chocolate caliente y en cajas de cartón, unas enormes mogollas con

chicharrón, para todos los del parche del barrio Santa Lucía, ahí junto a la Virgen de nuestro barrio, lugar de tan especiales encuentros.

En ocasiones también estábamos en el centro de la ciudad, en la calle del Bronx y allí también llegaba nuestro padre Javier para llevarnos Chocolate caliente y algo para comer. En mi mente vive el recuerdo imborrable de cuando él se sentaba al lado de nosotros, solo mocosos, mal presentados y mal olientes, sin embargo, lo hacía como si estuviera frente a gente importante y en el lugar más lujoso del mundo. Nos daba amores, abrazos y palabras reconfortantes. Nunca vi asco en sus ojos ni rechazo, solo amor.

Siempre dio todo por nosotros y nos alentaba para seguir adelante, ofreciéndonos un mejor estilo de vida. Fue así que empecé el proceso de resocialización, íbamos al Patio de la 12 a bañarnos, lavar nuestras prendas de vestir y colocarnos ropa limpia. Ahí había lavaderos de ropa, jabón, cuerdas, muros para tender la ropa y que se secara. También comida y salas de juegos, pero ante todo era un lugar para sentirnos amados.

Frecuentábamos el Patio de la 12 cada vez más, realmente a mí sí me gustaba ese lugar. Muy seguramente me gustaba porque desde niña siempre me he caracterizado por ser muy hacendosa, juiciosa y disciplinada. Dios, si en mi casa me hubieran apoyado así, sería aún mejor ser humano del que soy.

Aquí debo decir algo importante y es que nunca consumí drogas, ya que me daba miedo dañar mi cuerpo. No me prostituí, porque tampoco esas cosas me llamaban la atención. No robaba, eso lo hacían los más grandes del parche que nos protegían a los pequeños. Tuve la oportunidad de irme con los grupos armados, pero aún tan pequeña tuve la gallardía de decirle a esa persona que me lo propuso que no, que no quería estar en ese tan nombrado lugar.

La calle no me destruyó porque algo dentro de mí se negaba a ser destruido. Y porque había un hombre en una camioneta verde que me recordaba cada madrugada, que yo valía más de lo que mi propia familia me había hecho creer.

Finalmente acepté ser parte de las niñas Juventud Unida, dónde viví y fui muy feliz. No feliz como en un cuento de hadas, sino feliz de la forma real: Con estructura, límites, amor incondicional y oportunidades de ser quien yo realmente era.

Por cada vivencia y enseñanza de nuestro amado padre Javier, soy lo que soy hoy en día: Pedagoga, investigadora judicial, actriz, modelo y líder social.

Vivo en todo un continente llamado Australia, del otro lado de mi mundo, pero llevo a Colombia y al padre Javier, en cada latido de mi corazón.

Lucho incansablemente por la reivindicación de los artistas, porque sé lo que es ser pequeña para el mundo, pero inmensa en potencial. Trabajo con población vulnerable desde la pedagogía del amor y la inclusión sin discriminación para todo tipo de población. Eso fue lo que aprendí en la 78: que todos merecemos oportunidades, que nadie es desechable y que el amor puede transformarlo todo.

Hoy día lidero un colectivo artístico, creado para personas de bajos recursos llamado: Academia de Formación Artística Integral e Incluyente Camaleón. Nuestro lema es: «Se puede brillar sin opacar a nadie», el mismo lema que aprendí del padre Javier. Él brillaba con luz propia, pero su luz nunca opacó a nadie, al contrario, su luz iluminaba a los demás con el fin que también pudieran brillar.

Cada vez que trabajo con un niño vulnerable, veo en sus ojos los míos de hace tantos años atrás. Cada vez que alguien me dice «no puedes» o «no sirves», recuerdo al Padre sentado en el asfalto del Bronx, abrazándome y diciéndome que yo sí podía, como todo lo que valía.

En Australia ahora tengo una vida, que aquella niña de diez años en las calles de Bogotá nunca hubiera imaginado posible. Sin embargo, no olvido de dónde vengo, las madrugadas esperando la camioneta verde, el delicioso sabor del chocolate, de las grandes mogollas y del pedazo de queso, sin embargo, lo más valioso es que no olvido los abrazos con olor a esperanza, de aquel hombre que me enseñó que la familia no es la que te trae al mundo, sino la que te ayuda a encontrar tu lugar en él.

Mi madre biológica me golpeó hasta desmayarme, mientras mi padre biológico permitió que me trataran como a una sirvienta, pero mi verdadero Padre, el padre Javier De Nicoló, me enseñó que yo era digna de amor, respeto y oportunidades.

Gracias a él, hoy puedo decir con orgullo: fui una niña de la 78. Esa es la mejor credencial que llevo; no mis títulos académicos, logros profesionales, ni la distancia que he recorrido. Lo en verdad importante que llevo, es saber que fui amada, rescatada cuando estaba perdida y vista cuando era invisible.

Si alguien lee esto y está pasando por momentos difíciles, quiero que sepa algo: el amor verdadero existe. Y a veces llega en una camioneta

verde en las madrugadas, con una olla de chocolate caliente y un corazón lleno de esperanza.

Desde Australia, con todo mi amor y gratitud eterna les digo: el legado del padre Javier sigue vivo. Vive en cada uno de nosotros que fuimos rescatados, en cada vida que ahora ayudamos a rescatar y en cada abrazo que damos sin esperar nada a cambio. Todo porque el amor se multiplica cuando se comparte y eso es lo que él nos enseñó.

Hoy brillo desde esta gran lejanía australiana, pero mi luz viene de aquellas madrugadas en Santa Lucía, cuando un hombre santo me recordó que yo era digna de amor. «Se puede brillar sin opacar a nadie», Academia Camaleón, Australia: El legado de una niña del Programa Bosconia en Sur América y que ahora ilumina transcontinentalmente el camino para otros.

Autor Anónimo

DE SAN JUAN DE RIOSECO A LA MAESTRÍA

El niño que lloró dos semanas y se convirtió en maestro

Tenía ocho años de edad cuando llegué a la Fundación Servicio Juvenil, aquel 25 de julio del año 2005. Mi hermano gemelo Edilberto y yo veníamos de San Juan de Rioseco, un municipio tranquilo de Cundinamarca, donde la vida era sencilla y predecible. Habíamos pasado dos años en un hogar sustituto del ICBF y cuando se cumplió el plazo que la ley permitía, el Defensor de Familia, el doctor Eduardo Soto Aparicio, junto con la doctora María Mercedes Contreras, tomaron una decisión que cambiaría nuestras vidas para siempre: llevarnos al programa Bosconia del padre Javier De Nicoló.

La sede El Rosal, en Facatativá, nos recibió como un mundo completamente nuevo. La doctora María Teresa Pinto y la rectora, nos dieron la bienvenida, junto con todo el equipo psicosocial. Trescientos jóvenes entre siete y diecinueve años habitaban ese inmenso espacio, que tenía escuela, dormitorios, comedor, establos de ganadería, talleres de lácteos, informática, torno, ebanistería y música. Fue impresionante llegar ahí, pero a la vez aterrador.

El choque cultural fue brutal: Edilberto y yo veníamos de un pueblo sano, de una realidad pausada y de repente nos encontramos en medio de historias que ni siquiera entendíamos. Recuerdo ese primer día cuando un niño al que llamaban Banano, por sus pecas y piel muy blanca, se acercó a nuestra mesa, tenía un ojo morado. Ese detalle quedó grabado en mi memoria, como el símbolo de todo lo que no comprendíamos de ese nuevo mundo.

Sin embargo, lo peor vino después. Alguien tuvo la desafortunada idea de dejarnos en la cocina, justo el día en que las tías habían sacrificado una res. Las cavas estaban llenas de partes del animal, soltando sangre por todos lados, entonces mi hermano y yo cuando vimos aquel espectáculo rojo, sentimos que algo se rompió en nuestra frágil comprensión de niños de ocho años.

Creímos lo peor y lloramos dos semanas sin parar, durante las cuales gritábamos: «Vámonos porque aquí nos van a matar», «vámonos para San

Juan», ya que «aquí matan a los niños». Lloramos tanto, que los educadores tuvieron que pasar nuestras camas a la sala de televisión para calmarnos. Hoy puedo reír de eso, pero en ese momento fue el terror más real que había sentido en mi corta vida.

El tiempo, como siempre, fue sanando, poco a poco nos adaptamos, aprendimos las rutinas, el régimen casi militar del programa y su estricta disciplina. Conocimos a los educadores, como el que llamábamos «Gato» por sus ojos claros, un hombre de autoridad que inspiraba respeto. Aprendimos ganadería, asistimos a la escuela básica e hicimos parte del bachillerato dentro del programa.

La convivencia era generalmente calmada, aunque no faltaban los castigos pesados y, a veces, la violencia que en ese entonces parecía parte normal de la vida institucional. En medio de todo eso, descubrí algo que no sabía que llevaba dentro: liderazgo.

Con el tiempo llegué a ser líder de líderes. Las niñas de la sede de la 78 —donde vivía el padre Javier me llamaban cariñosamente «Uribito». Participábamos en integraciones con ellas, conocí a la hermana del Padre, Dora De Nicolás y tuve el privilegio de vivir experiencias que parecían imposibles para niños como nosotros: paseos a La Vega en Cundinamarca, El Edén en Melgar, Cartagena, la Casa Marcelino en Cali y Buenaventura. Lugares que se convirtieron en ventanas hacia un mundo más amplio del que jamás imaginamos.

El coro y la banda sinfónica del programa eran tesoros que nos daban identidad y mostraban al mundo que éramos más que nuestra historia de dolor. Allí, en El Rosal, viví mi infancia y culminé mis estudios de primaria en la escuela Bermeo de la institución Juan XXIII, ya que fui parte de una prueba piloto que permitía a los niños del programa estudiar afuera, como cualquier otro niño de Colombia.

Al cumplir quince años, nos trasladaron a la sede Nemocón, en Zipaquirá. Esta casa surgió después de un doloroso incidente de abuso sexual por parte de uno de los mayores en otra sede, entonces se decidió crear un espacio específico para jóvenes de quince a dieciocho años. Llegamos el 15 de febrero del año 2011.

La vida en Nemocón era diferente, cada quien en lo suyo, pasábamos el tiempo jugando fútbol o en los talleres del SENA. Fue una época de madurez, repensar el futuro y preguntarme qué pasaría después. Allí aprendí uno

de los oficios que me ayudarían a salir adelante: ser mesero, gracias al educador Héctor Maldonado, que en paz descanse.

El director que llegó del IDIPRON nos dio otra visión de la vida: propuso, como se había hecho en El Rosal, que estudiáramos fuera de la casa. Fui uno de los ocho jóvenes elegidos para la prueba piloto, y nos fue muy bien, así terminé noveno grado con orgullo.

Y entonces todo comenzó a desmoronarse... El programa entró en decadencia. Cambiaron al director y llegó un cura llamado Martín Mendoza, cuyo testimonio era de odio y maldad. Fue tan cruel que después de unas vacaciones no me permitió regresar a la sede y ahí terminó mi historia con el programa. El 14 de julio de 2013 cerré ese capítulo de mi vida.

Cuando salí, sabía que tenía que demostrarme algo a mí mismo, que todo lo vivido no había sido en vano. Que los esfuerzos del padre Javier De Nicoló y de todas las personas que nos formaron habían valido la pena.

Trabajé como lavador de carros, luego como mesero en uno de los mejores restaurantes de Zipaquirá llamado «Restaurante El Político». Además, me puse «piloso» y terminé mi grado once. No iba a desperdiciar la oportunidad que el padre Javier me había dado, aunque tristemente él ya no estuviera para verlo.

Me mudé a Medellín, estudié en la universidad y me convertí en licenciado en ciencias sociales. Luego estudié derecho y me hice abogado. Después vino la especialización en gerencia educativa y derecho administrativo. Y hoy, mientras escribo esto, estoy en el último semestre de mi maestría en educación.

Cada título, logro y paso adelante, ha sido mi manera de honrar al padre Javier y mi forma de decirle: «Padre, no se equivocó. Ese niño de ocho años que lloró dos semanas creyendo que lo iban a matar, ese pequeño de San Juan de Rioseco que no entendía nada, aquel adolescente se ha convertido en maestro, abogado y líder. Valió la pena creer en él».

Nunca escogí este camino, ya que la vida me llevó por rutas que no pedí recorrer, pero Javier De Nicoló, con su valentía, amor por el otro e inquebrantable fe en que cada niño merecía una oportunidad, me enseñó que lo que importa no es de dónde vienes, sino hacia dónde decides ir.

Lloré dos semanas en El Rosal y hoy llevo ocho años en Medellín construyendo la vida que ese niño asustado nunca imaginó posible. El programa me dio estructura, disciplina, educación y oficios, pero sobre todo algo que

no tenía: la certeza de que yo importaba, que mi historia no estaba escrita y que el futuro era mío para construirlo. Llegué llorando y salí preparado para conquistar el mundo, ya que a pesar que tuvo miedo, aprendí a ser valiente.

Edilberto, mi hermano gemelo, también salió adelante. Los dos llegamos juntos, lloramos juntos, crecimos juntos y hoy día cada uno a su manera, es el testimonio vivo de que el legado del padre Javier trasciende las instituciones, los programas e incluso los finales dolorosos.

Su obra no está en los edificios, está en nosotros, en cada niño que rescató del abandono, cada joven que educó para la vida y cada adulto con historias que usted transformó con amor y disciplina.

Querido padre Javier, gracias por no rendirse con los niños que llegaban asustados. Gracias por construir espacios donde el miedo se convertía en liderazgo, el llanto se transformaba en canto y el abandono encontraba familia.

Su legado vive en mí y mientras yo respire, lo llevaré adelante.

José Abraham Ruiz Campos

DE «CARA SUCIA» A VENDEDOR PROFESIONAL

Llegué a Bogotá en los años 70s, tendría unos ocho o diez años de edad y estaba abandonado. En ese entonces nos decían «las caras sucias» así sin más, como si ese fuera nuestro apellido. Yo andaba por ahí, en las calles, buscándome la vida como un animalito salvaje que tiene que conseguir su diario, sin importar lo que tenga que hacer. Raponazos, sustancias, cannabis o pepas y hasta llegué a chupar gasolina, sacada de esos carros viejos de los años 50s.

Yo estaba perdido, totalmente desprotegido, ya que el ambiente lo va volviendo a uno así, ¿sabe? Va endureciéndolo y quitándole lo humano. Entonces apareció ese angelito que Dios nos puso para sacarnos de la perdición.

Primero fue el patio de la 11 con octava, uno iba, se bañaba, le lavaban la ropita y le prestaban atención médica. Ese fue el primer paso, el primer llamado de atención de que tal vez, solo tal vez, la vida podía ser diferente. Después vino Liberia, ahí uno ya podía dormir, dejar la calle, tener una cama de verdad, con tendidos y con ropita limpia. Era como otro mundo.

Luego llegó Bosconia, la oportunidad grande. La estadía interna y dependiendo del comportamiento, nos iban dando más oportunidades. Había nombres de tribus: Tayrona, Chibchas o Nenqueteabas, dormitorios donde uno vivía mientras estudiaba o trabajaba. Estudié primaria en la Arcadia y trabajé en el 20 de Julio, ahí aprendí un oficio. Me estaba capacitando académicamente y por primera vez en mi vida, estaba aprendiendo algo útil.

Nos escogieron para Chibchalá, que era la vivienda en el 20 de Julio. Tuviimos buenos educadores, a las hermanitas que nos colaboraban y experiencias maravillosas de aprendizaje, que un niño de la calle nunca imagina que va a tener. Con el tiempo avanzamos y nos recibieron en La Florida, para pasar a secundaria. Fue otro paso maravilloso: Olimpiadas, paseos a Acandí en el Choco y al Tuparro en el Vichada. Y llegó la promoción del 83, mi graduación.

Nos tocó alfabetizar a otros chicos. También llegaron los de Cali y Medellín, entonces los que estábamos más adelantados, los ayudábamos. En Acandí

íbamos en las tardes a enseñarles a leer a los nuevos. Eso fue lo que el padre Javier nos enseñó: que quien recibe, debe dar.

También perdimos al Padre Alfredo en esos días, se nos fue ese gran pedagogo y ahí entendí que estos hombres sacrificaron su propia vida, para darnos a nosotros un futuro. ¿Y sabe qué? No siempre fui un estudiante modelo y después de graduarme estuve vagando por ahí: Pasé por correccionales; en El Redentor por un accidente de tránsito cuando estaba recochando karate con un compañero. En la correccional de la 30, esa que supuestamente era «de menores». Cuando era más pequeño hasta estuve desnutrido, pero al final el padre Javier fue el que más me dio oportunidades y el que mejor encajó conmigo, para ser alguien en la vida.

Después de la promoción del 83 di con buenas empresas. Aprendí sobre comercio y ventas, así que de eso he vivido durante treinta y ocho años, vendiendo, sacando la familia adelante y aprendiendo profesionalismo. Hoy día me desempeño como vendedor independiente. Y gracias a Dios ya tengo hasta pensión, para el mejor vivir mío y de mi familia.

Mis padres no tuvieron la oportunidad de darme lo que el padre Javier me dio, además de esa gran acogida y alternativas de formación. No hay palabras para agradecer eso, simplemente hay que demostrar los resultados para que él se sienta satisfecho, allá donde Dios lo debe tener en su buen regazo, que se lo merece. A veces me pongo a pensar: ¿qué hubiera pasado si yo hubiera seguido en la calle? Consumiendo, dejándome maltratar de los adultos y los mayores, porque siempre el pez más grande quiere aprovecharse del más pequeño.

No sé qué hubiera sido de mí, pero sé lo que soy ahora: Un hombre de bien, padre de familia, vendedor profesional con larga experiencia, pensionado y alguien que puede contar su historia sin vergüenza. Y todo empezó en ese patio de la 11 con octava, cuando alguien decidió lavar la ropa de un «carasucio».

Me pongo muy sentimental cuando pienso en todo lo que viví en mi infancia y de todo lo que me salvé. Hoy estoy contando mi vida con orgullo y no tendido en alguna calle o muerto hace décadas.

El padre Javier me salvó la vida, entonces la única forma de pagarle es vivir esa vida bien vivida.

Arturo Barón

LA FOTOGRAFÍA QUE VIAJA CONMIGO

Es aquella fotografía que llevo a todos lados, está en mi billetera, arrugada en las esquinas por el uso, desgastada por los viajes y manchada por el tiempo. Es la imagen de un hombre mayor, de mirada serena y sonrisa bondadosa. Para cualquiera que la vea, es solo una foto vieja, pero para mí, es el recordatorio de que alguien vio luz donde todos veían oscuridad.

Tengo treinta años de edad. Trabajo en el Aeropuerto Internacional de Dubái, visto el uniforme de Emiratos Árabes Unidos, hablo tres idiomas y estudio música en mis tiempos libres. Cuando mis compañeros me preguntan por mi historia, sonrío y digo algo breve, algo ligero y no porque me avergüence de dónde vengo, sino porque es difícil explicar cómo se llega desde las calles de Bogotá, Sur América hasta los cielos del Medio Oriente. Es difícil resumir en palabras simples, el abismo que separa al niño que fui del hombre que soy.

Sin embargo, hoy quiero contarlo y todo se lo debo a ese hombre de la fotografía. Tenía ocho años cuando probé por primera vez lo que significa no tener hogar y no me refiero a no tener un techo físico, ya que mi madre, una guerrera silenciosa, criando sola a cuatro hijos en Colombia, nunca nos dejó sin una casa. Me refiero a ese otro tipo de desamparo: el de un niño que se pierde en las grietas del sistema, en los espacios vacíos entre el trabajo de una madre soltera y las necesidades de un hijo que grita atención de la peor manera posible.

Me volví rebelde, desobediente e incontrolable, entonces me escapaba a la calle, buscaba problemas y rechazaba cualquier intento de disciplina. Durante más de un mes viví en las calles, entre los ocho y nueve años, tiempo durante el cual probé cosas que queman la inocencia de un niño para siempre. Mi madre lloraba, trabajaba de sol a sol para darnos de comer, mientras tanto yo le pagaba con desafío y autodestrucción.

A los diez años, ella tomó la decisión más valiente de su vida. No fue rendirse, todo lo contrario, buscó ayuda y encontró al IDPRON, enton-

ces me llevó al Patio de la 12. Recuerdo ese día con una claridad brutal: Mi rabia, su dolor y aquella pregunta que me persiguió durante años ¿me estaba abandonando? Pasé quince días en ese lugar, dos semanas durante las cuales comencé a entender que el mundo era más grande que mi rabia. Luego me enviaron al Chocó, a Acandí, donde pasé los siguientes tres años de mi vida.

El Chocó me recibió como un lienzo en blanco o más bien, como un cuaderno garabateado que necesitaba borrarse y volver a empezar. Volví a primaria, literalmente. Un niño de diez años sentándose en un pupitre de primero, rodeado de niños más pequeños, tragándose el orgullo, aprendiendo de nuevo las vocales, los números y la disciplina de levantar la mano antes de hablar. Fue humillante, pero necesario, ya que fue el comienzo de todo.

Allí descubrí algo que la calle nunca me había dado: Rutina, estructura y propósito. Alguien se preocupaba si llegaba tarde, notaba si no hacía mis tareas o celebraba cuando lo hacía bien. Durante tres años, el Chocó me enseñó a ser niño de nuevo, pero esta vez de la manera correcta. A los trece años, me trasladaron. Primero, a la Arcadia por un año, luego a la Florida, donde permanecí hasta cumplir dieciocho. La Florida fue mi verdadero hogar, ya que allí no solo encontré refugio, sino identidad. El Instituto no se conformaba con darnos comida y techo porque más allá nos daba posibilidades y sueños.

Estudí música, recuerdo como aquellas primeras veces que sostuve un instrumento, mis manos temblaban y no de miedo, sino de emoción. Era como si cada nota me dijera: «Tú puedes ser más que tu pasado». Aprendí japonés ¿pueden imaginarlo? Un niño que apenas hablaba bien español, estudiando los complejos caracteres de un idioma del otro lado del mundo. Jugué ajedrez, asistí a talleres, me llenaron la cabeza de conocimiento, el corazón de esperanza y las manos de herramientas, para construir una vida diferente. A los diecisiete años me gradué, mi madre estaba en la ceremonia, lloró y yo también, aunque intenté disimularlo.

Entré al preparatorio de la Universidad Distrital, ahí estudié dos años con una voracidad que sorprendió hasta a mis profesores. Viajé a Italia, volví, entré a la Universidad Pedagógica. Mientras tanto, seguía vinculado al IDPRON, ahora en la Favorita, un programa de externado. Hasta los veintidós, veintitrés años, ellos estuvieron ahí, incluso cuando ya trabajaba y era un universitario, ellos no me soltaron hasta estar seguros de que podía cami-

nar solo. Entonces lo hice ¡caminé solo! Pero nunca, nunca olvidé quién me enseñó a caminar.

Conocí al padre Javier De Nicoló en persona, estreché su mano y mirarlo a los ojos fue mirar a alguien que realmente me vio, no solo me observó. Él vio al niño de ocho años perdido en las calles, al adolescente luchando con su identidad, al joven universitario y al hombre en el que podía convertirme.

Me regalaron una fotografía del padre Javier. Esa misma que llevo en mi billetera ahora, mientras escribo esto desde Dubái, a miles de kilómetros de Bogotá, en un apartamento que jamás imaginé poder tener, con un trabajo que alguna vez me pareció imposible.

Cuando miro esa foto, no solo veo la imagen de padre Javier, sino también a todos los educadores de la institución que se negaron a rendirse conmigo. Veo a mi madre, entregándose con el corazón roto, para que pudiera tener futuro. Veo a ese niño de diez años que pensó que su vida ya estaba escrita, sin saber que apenas comenzaba el primer capítulo.

No tengo hijos todavía, pero si los tengo algún día, les mostraré esa fotografía. Les contaré sobre un hombre que dedicó su vida a rescatar niños, todos aquellos que la sociedad había desechado. Les diré que su abuelo no me crió, pero que sin él no estarían aquí. Les explicaré que el legado de una persona no se mide en monumentos de piedra, sino en vidas transformadas, en futuros reescritos y en niños perdidos que se convirtieron en adultos plenos.

Trabajo con viajeros de todo el mundo, cada día, cientos de historias pasan frente a mí en el aeropuerto: Familias, empresarios, soñadores o refugiados. Todos van a algún lado y yo también. Sigo estudiando inglés, persiguiendo la música y construyendo al hombre que papá Javier supo que podía ser.

Desde las calles de Bogotá hasta los cielos de Dubái, mi vida es un testimonio viviente de que el amor trasciende. De que una mano extendida en el momento exacto, puede alterar el destino completo de una existencia. De que ningún niño está perdido si alguien decide buscarlo.

Padre Javier, esta vida es su obra y este hombre es su legado. Y mientras respire, la fotografía seguirá viajando conmigo, recordándome cada día que yo importaba, cuando creí que no importaba para nadie. Gracias por verme cuando era invisible. Gracias por creerme cuando yo no creía en mí. Gracias por enseñarme que la redención no es un milagro, sino una decisión y un acto de amor repetido día tras día, hasta que un niño roto se convierte en un hombre completo. Su obra no termina. Vive en cada uno de nosotros que

salimos adelante. Viaja conmigo, arrugada y desgastada, en una fotografía que vale más que cualquier diploma.

Cristian Sánchez

DONDE TERMINA EL MAPA

Tres días de sufrimiento por carretera, varadas interminables, trochas que sacudían hasta los huesos y al final, cuando mi cuerpo ya no daba más, había un kiosco perdido en la mitad de la nada, donde una gaseosa fría sabía a gloria. Sin embargo, el viaje apenas comenzaba: faltaba embarcarme por el río Orinoco, ese gigante de agua que serpentea por el extremo oriente de Colombia, para llegar finalmente a un lugar que parecía existir fuera del tiempo y del espacio: El Centro Educativo El Tuparro, en el departamento del Vichada.

Allí, en los confines del país, donde termina el mapa, como también la extensa llanura colombiana y comienza la selva, el padre Javier construyó uno de sus sueños más audaces. Hasta donde audazmente también, llegué hace treinta y dos años como cocinera, era joven, valiente y tenía que serlo para aceptar semejante aventura, sin saber que estaba a punto de vivir una de las experiencias más intensas de mi vida.

Viajé cuatro veces al Tuparro, en estadías que duraban hasta ocho meses cada una. Cocinaba a punta de leña, rodeada de selva, en un lugar donde la única comunicación posible con el exterior era por radio o teléfono y donde las noches sin luna eran tan oscuras, que parecían tragarse al mundo entero.

El Centro Educativo era inmenso, con cuatro sedes llamadas Tambora, Pinardi, Palomazón y El Cejal. Las dos más grandes tenían capacidad para acoger a unas ochocientas personas. Quienes conocieron esas instalaciones aún hablan de su imponente tamaño y gran belleza, de esa mezcla imposible entre civilización y naturaleza salvaje, que el padre Javier logró crear en uno de los rincones más remotos de Colombia.

Cuando llegué ya había dormitorios y cocinas, donde nos tocaba como les cuento cocinar a punta de leña. Las mañanas comenzaban antes del amanecer, con el afán de tener listo el cafecito y la galleta para todos. El padre Javier nos decía con su característica mezcla de autoridad y cariño: «Bueno tías, cocinen rico para los muchachos» y eso hacíamos.

Después del tinto, los jóvenes salían a los primeros trabajos y regresaban a las nueve de la mañana para un desayuno contundente: Arroz, huevos, café o chocolate. Al almuerzo, arroz con atún o sardinas, lentejas o garbanzos. Descanso breve y a seguir trabajando. A las tres o cuatro de la tarde, la merienda: algo de tomar bien frío para combatir el sofocante calor. Y por la noche, la comida.

Era una vida de rutinas simples pero exigentes, de trabajo duro bajo un sol inclemente, de noches silenciosas interrumpidas solo por los sonidos de la selva. Una vida que forjaba carácter, enseñaba el valor del esfuerzo y transformaba a jóvenes que llegaban perdidos, en hombres capaces de construir su propio futuro.

Ahora bien, tal selva también tenía sus propias reglas, y yo las aprendí de la manera más aterradora. Recuerdo que una vez estaba haciendo arroz para el desayuno, cuando ya estaba seco lo fui a poner en la brasa y en ese momento se me perdió el trapito para coger la olla, mientras lo buscaba volteeé a mirar y tenía una culebra cuatronarices enredada en las piernas. La cuatronarices es una de las serpientes más venenosas de Colombia, capaz de matar a un hombre adulto en horas. Y ahí estaba, enroscada en mis piernas mientras yo, paralizada de terror, no sé cómo solo atiné a gritar.

Uno de los chinos me miró y me dijo: «¿Qué pasa tiita?». Le conté y muchos corrieron para salvarme y sacarla de la cocina. Los chinos, como llamábamos cariñosamente a los muchachos del IDIPRON: Jóvenes que habían llegado de las calles de Bogotá, con vidas rotas, adicciones y abandono, en ese momento me rescataban de una serpiente mortal hija de la selva. Aquella escena contiene toda la esencia de lo que el padre Javier había construido: una comunidad donde todos nos cuidábamos, los roles se invertían constantemente y el que llegaba necesitando ayuda terminaba siendo quien la ofrecía.

Yo era una de las «tías del Tuparro», una de esas muy valientes mujeres que dejábamos atrás la comodidad de la ciudad, para adentrarnos en la selva y literalmente alimentar el sueño del padre. Cocinábamos en condiciones difíciles, soportábamos el intenso calor, convivíamos con serpientes y animales salvajes, madrugábamos antes del sol, etcétera. Y lo hacíamos con amor, porque Javier De Nicoló nos había contagiado esa certeza de que cada plato de comida servido a esos muchachos, era un acto de amor, una forma de decirles: aquí importas, te cuidamos y tienes un lugar.

El Centro Educativo El Tuparro, fue una hazaña que desafió toda la lógica. ¿Quién construye un centro para jóvenes en situación de vulnerabilidad, en uno de los lugares más inaccesibles de Colombia? ¿Quién lleva esperanza a dónde ni siquiera llegan las carreteras? Solo alguien con la visión y la terquedad del padre Javier. Solo alguien convencido de que ningún rincón es demasiado remoto para el amor y que la transformación puede ocurrir incluso o especialmente donde termina el mapa.

Miles de muchachos fueron atendidos en esa sede perdida en el Vichada. Miles de historias de vida se escribieron entre la selva y el río Orinoco, entre el trabajo duro y las noches sin luna, entre el cafecito de la mañana y la merienda de la tarde. Miles de jóvenes descubrieron que, lejos de todo, podían encontrarse a sí mismos.

En medio de todo aquello, las tías como yo, cocinando rico para los muchachos, sobreviviendo a culebras cuatronarices o guardando en la memoria recuerdos que treinta y dos años después, siguen frescos como el primer día. Todo porque hay experiencias que no se olvidan, lugares que marcan para siempre y personas como el padre que dejan una huella tan profunda, que el tiempo no puede borrar.

El Tuparro, fue la prueba de que el amor no conoce fronteras geográficas, la esperanza puede florecer incluso en la selva más remota y que donde termina el mapa, apenas comienza la obra de quienes creen que todas las vidas merecen una oportunidad.

Mery

Tomado de la página web del IDIPRON

LA NIÑA REBELDE Y EL ÁRBOL

Nunca vi a mis padres juntos como pareja, desde que tengo memoria, solo recuerdo peleas, gritos y golpes porque no se llevaban bien. Mi padre decidió alejarnos de mi madre, entonces como trabajaba y decía no poder hacerse responsable de nosotros, tomó la decisión de internarnos. Yo tenía cuatro años de edad, mi hermana Angie siete y mi hermano Johan era apenas un bebé.

El primer internado fue de lunes a viernes. Estudiábamos en un colegio externo, hacíamos tareas, comíamos, rezábamos y participábamos en catequesis. Yo era una niña rebelde, por lo que me castigaban constantemente por ser impulsiva y pelear con mis compañeros. Castigada pasaba horas mirando la pared o sola en el patio a oscuras, momentos en que me llenaba de rabia y preguntaba por qué estaba allí, por qué no podía tener una familia «normal», con un papá y una mamá juntos.

Debía pedir perdón, a «las hermanitas» aquellas mujeres consagradas que nos cuidaban, para que me levantaran los castigos. Aunque hubo momentos muy duros, no todo fue malo, hice amistades muy lindas que aún conservo, me enseñaron valores, cuidaron y estuvieron pendientes de mí. Siempre agradeceré su dedicación, pero mi comportamiento siguió siendo difícil y tras una fuerte pelea con una compañera, me expulsaron.

Mi padre entonces escuchó hablar del IDIPRON y decidió internarnos a los tres: Angie, Johan y yo tuvimos que ir a la oficina de la calle 57, para una entrevista con una psicóloga. Mi papá me pidió que dijera que yo pasaba mucho tiempo en la calle y que fumaba cigarrillos, porque así nos aceptarían. Tenía miedo de mentir, pero aun así lo hice.

Días después, mi hermana y yo ingresamos a la Casa de Belén. Fue impaciente, algunas niñas nos trataban mal y nos molestaban. Esa primera noche, cuando todas se durmieron, me pasé a la cama de mi hermana, así que dormimos juntas, llorando y preguntándonos por qué estábamos allí y cómo íbamos a soportar ese lugar.

Ocho días después tuvimos la primera salida a casa. Mi papá nos recogió y pasamos todo el fin de semana suplicándole que nos dejara volver a casa, que no queríamos regresar a Belén. Mi relación con él nunca fue buena, me rechazaba porque decía que no me parecía a él, pensaba que mi mamá lo había engañado y que yo no era su hija. Siempre escuchaba más a mi hermana, por eso al final, decidió regresar a la casa solo a mi hermana y dejarme a mí de nuevo internada.

Recuerdo haber llorado sin consuelo y suplicarle a mi hermana que no me dejará, pero no sirvió de nada. Volví a Belén sola, aunque allí no podía quedarme porque era mayor que las niñas que solían vivir en esa casa, entonces me trasladaron a la 27, donde había chicas más grandes.

Entonces algo cambió, no me costó adaptarme. Me inscribí en talleres de música, teatro y danza. Me enamoré del baile y empecé a destacar. Participaba en presentaciones en las integraciones entre casas, hacía amigos, comencé a estudiar en un colegio regular, saliendo todos los días de la 27 al colegio. Aquello me motivó muchísimo y me ayudó a creer que podía lograr más cosas.

La niña rebelde que pasaba horas castigada mirando la pared, comenzó a transformarse en una joven con sueños, talento y futuro. Me gradué de grado 11 con doble titulación: bachiller y técnica en producción multimedia. Salí del IDIPRON con buenas bases académicas, valores y una visión diferente de la vida. Mi experiencia ahí fue fundamental para forjar mi futuro, porque me dio herramientas, disciplina y la confianza para creer en mí misma. Fui la primera de mis hermanas en terminar el bachillerato y eso fue mi gran orgullo.

Después estudié en el SENA, hice prácticas en una empresa y por fortuna me contrataron. Mientras tanto, mi hermano Johan seguía en el Instituto, pero teníamos poco contacto, ya que yo estaba enfocada en construir mi proyecto de vida, ganar dinero y salir adelante, aun así, lo aconsejaba, porque para él también era muy difícil tener una buena relación con nuestro padre. Él me decía que ya no quería seguir en el internado y siento que sin querer estuve un poco ausente de su vida en ese momento.

Un día, mi hermano me escribió por Messenger para decirme que se había escapado de La Florida. Se había ido con un amigo a una casa abandonada que mi padre tenía en un pueblo llamado Une, Cundinamarca. Para él, con apenas quince años, ese lugar se convirtió en su refugio.

Todo pasó muy rápido, hasta el día que recibí una llamada de mi novio, quién me dijo que mi hermano había muerto. Sentí un terrible frío recorriendo todo mi cuerpo, no lo podía creer, pero contuve las lágrimas porque me negaba a aceptar la noticia. Salí corriendo del trabajo, me fui al Restrepo a tomar un carro hacia el pueblo y durante todo el trayecto pensaba que eso no podía ser verdad. Y aunque suene cruel decirlo, en mi mente solo repetía que ojalá no fuera mi hermano, que tal vez se habían equivocado y que el que había muerto era el amigo con el que él estaba. Me aferraba a esa idea, con el fin de no aceptar lo que me estaban diciendo.

Al llegar a la plaza del pueblo, vi a mi papá. Lo vi bajar por una colina, acompañado de un joven de la edad de mi hermano y vestido muy parecido a él. A medida que nos acercábamos, me daba cuenta de que no era mi hermano, pero aun así no quería aceptarlo. Empecé a llorar y me alejé de mi padre; no quise ni siquiera mirarlo.

Mi hermano se había ahorcado en un árbol, fuera de la casa. En la mañana lo encontró su amigo. Dijeron que estaba bajo los efectos del alcohol. Cuando llegué a la casa del pueblo, vi el árbol y en el pasto la silueta marcada de su cuerpo, sentí entonces tal dolor, imposible de describir.

En el velorio, sus compañeros de La Florida, algunas amigas de la 27 y el grupo de músicos, le hicieron una muy sentida presentación para despedirlo. Ellos fueron más familia que nadie. Fue un acto muy hermoso ver cuánto lo querían. Mi hermano era muy inteligente; los profesores siempre me decían que era un buen estudiante, que además le gustaba el baile y la música igual que a mí. Sin embargo, yo no estuve ahí cuando más me necesitaba.

Han pasado años desde ese doloroso día en Une y he aprendido a vivir con el peso de esa ausencia, con la pregunta para la que nunca tendré respuesta: ¿Qué hubiera pasado si hubiera estado más presente? ¿Si lo hubiera apoyado más? ¿Si hubiera insistido en que no se fuera?

También he aprendido algo más, que el IDIPRON nos dio a ambos lo que nuestra familia no pudo darnos: Estructura, amor, oportunidades, disciplina, nos enseñó que éramos valiosos, que podíamos lograr cosas y que merecíamos algo mejor.

A mí me salvó, me transformó de una niña rebelde y llena de rabia en una mujer capaz de graduarse, trabajar y construir su vida. Me dio el baile, que se convirtió en mi refugio y pasión. Me dio amigos que se convirtieron en

familia. Me dio la certeza de que yo sí era suficiente, aunque mi padre dijera lo contrario.

A Johan le dio lo mismo: Amigos que lo querían tanto que fueron a despedirlo con música, profesores que reconocían su talento y compañeros que lo cuidaban. Le dio momentos felices, baile, música y risas. Le dio una familia que lo lloró de verdad. Y aunque el Instituto no pudo salvarlo de su dolor, le dio años de amor y dignidad que nuestra familia rota nunca pudo ofrecerle.

Estoy profundamente agradecida con todos los profesores, compañeros y personas del IDIPRON, que acompañaron a mi hermano, pero que también me acompañaron a mí. Gracias a ellos hoy puedo decir que, a pesar de todo, salí adelante.

Actualmente vivo en España, trabajo y estudio, llevando conmigo todo lo que viví, lo que aprendí y la memoria de mi amado hermano. Llevo también la gratitud hacia esa institución que nos recibió cuando nadie más quiso hacerlo, cuidó cuando nuestra propia familia nos rechazó y creyó en nosotros cuando ni siquiera nosotros creíamos en nosotros mismos.

El legado del padre Javier De Nicoló, está en cada niño rebelde que encuentra su camino a través del baile. En cada joven que descubre que es inteligente y talentoso. En cada historia que, aunque no termine como quisiéramos, al menos contó con momentos de luz, amor y dignidad.

Yo soy la niña rebelde que miraba la pared durante horas, preguntándose por qué no podía tener una familia normal. Hoy soy la mujer que vive en Europa, que trabaja, estudia, baila, lleva a su hermano en el corazón y al programa en cada paso que da.

Gracias padre Javier, por construir lugares donde los niños rechazados encuentran aceptación, la rebeldía se transforma en talento y el dolor encuentra compañía, porque incluso en las historias más difíciles, hay espacio para el amor.

Johan bailaba hermoso, así que cuando bailo, siento que él baila conmigo. Esa es su herencia y esa es mi gratitud. «El IDIPRON nos dio la familia que nuestra sangre no pudo darnos. A mí me salvó. A mi hermano le dio dignidad y amor hasta el final».

Mayerly

CAPÍTULO 5

LA
RESPONSABILIDAD
DE SEGUIR
SUS PASOS

LA RESPONSABILIDAD DE SEGUIR SUS PASOS

El llamado a los exalumnos

Imagina por un momento el valioso recorrido que has realizado a través de estas páginas, has revivido, conocido o conectado con más de cincuenta historias que te han removido algo por dentro y, a tal punto, que tu alma se encuentra nostálgica, emocionada, feliz, agradecida y llena de amor.

Caminaste por el viejo Cartucho junto a Milena, sentiste las lágrimas rodar con la promesa de Luis Gabriel en Roma y viste cómo la furia de Steffany se convirtió en golpes precisos en el ring... Nelson con sus cincuenta años de vueltas y revueltas, ahora es trabajador social, Camila encontró su ritmo en la batería y Juan Carlos dejó la calle por un título en ingeniería ambiental... Cada uno de ellos, en el fondo, debe su cambio a una mano tendida en el momento justo; aquella mano grande, fuerte y siempre abierta del padre Javier De Nicoló.

Si eres uno de los miles que pasaron por el programa que este gran ser creo, por la Fundación Servicio Juvenil o el IDIPRON y Bosconia, La Florida, El Tuparro, Acandí, Juventud Unida o cualquiera de sus casas, esta no es solo una lectura ajena y este un libro más.

¡Es tu propia historia! Fuiste tú quien recibió esa ayuda cuando el mundo te daba la espalda. Con esa realidad viene un peso inevitable y de mucha responsabilidad, ¡no dejar que se apague la llama! Aquella antorcha que el padre encendió.

Nunca vas a poder «pagar» lo que el padre Javier hizo por ti. ¿Cómo se devuelve ese plato de comida dado cuando el hambre te carcomía, aquel techo que se convirtió en tu hogar cuando la calle era tu cama y esa tan importante educación cuando todos te daban por perdido? Él te dio amor, cuando te sentías como basura tirada, segundas, terceras y hasta vigésimas oportunidades. No hay cheque que cubra tal cuenta.

Sin embargo, considera que Javier no quería pago, su único deseo fue hasta su último suspiro que lo multiplicaras. Recuerda la frase que repitió hasta el cansancio y que no fue solo un lema para colgar en la pared: «El que no vive para servir, no sirve para vivir». Fue su manera de decirte, con esa tan cariñosa terquedad suya: «Te saqué del barro, para que saques a otros. Te di alas, para que ayudes a volar a otros».

Ahora, la pregunta que duele es ¿qué estás haciendo con esa vida que te regalaron? No me refiero a si eres un alto ejecutivo o un humilde carpintero –eso está muy bien, pero no es el punto. ¿Estás siendo para alguien lo que el Padre fue para ti? ¿Has tendido tu mano a un muchacho que anda perdido, como tú lo estabas? ¿Compartes tu experiencia, con el fin de encender esperanza dónde solo hay oscuridad? ¿O la vida te ha absorbido tanto que lo has dejado atrás?

Es tentador olvidar. Te estabilizas, consigues un trabajo, una familia y quizás el Cartucho se vuelve un eco lejano. Te miras al espejo y ves a un adulto «normal», no al gamín de antes. «Ya salí, ahora me toca a mí» piensas, pero mientras tanto, en las calles de Bogotá, Medellín o cualquier rincón de Colombia, hay muchachos pasando frío, hambre y desesperanza. Ellos necesitan que no olvides y recuerdes lo que duele, con el propósito de que actúes.

Y no, no tienes que ser perfecto, el padre no lo pedía. Mira a Gilberto Poloche con sus cuarenta años en el IDIPRON, a Nelson Iglesias sirviendo medio siglo y a Javier Vargas que pasó del pegante a educador. Ellos lucharon con sus demonios, pero la gratitud los impulsó. Si llevas esa misma condición en el pecho, ya estás listo.

¿Qué puedes hacer, entonces, para honrarlo? Aquí van algunas ideas concretas, sin complicaciones:

Comparte tu camino: Tu historia vale oro. Ve a una UPI, charla con los muchachos y diles que se puede salir. No hace falta que seas un conferencista, solo sé real, tú mismo.

Vuelve al Instituto: Llama y averigua cómo ayudar. Quizás un rato como voluntario, enseñando un oficio o solo jugando un partido de fútbol los fines de semana.

Crea tu impacto local: En tu barrio, ofrece mentoría a un joven, contrata egresados en tu taller o sé el adulto confiable que te faltó a ti.

Da lo que tengas: Si es plata, dona. Si no, tiempo o conocimiento. El padre Javier te dio cuando no tenías nada; ahora tú tienes algo.

Mantén vivo su nombre: Habla de él con tus hijos, comparte este libro, lleva gente a conocer las casas. El olvido borra todo, mientras que la memoria lo hace eterno.

Se luz para alguien en la oscuridad: Sin importar donde vivas ahora, en qué lugar del país o del mundo, siempre hay un niño o un joven en sufrimiento físico, psicológico o espiritual que espera le tiendas tu mano.

Un día, vas a cruzarte con alguien en la calle: un niño pidiendo, un adolescente robando por necesidad, un joven hundido en vicios o un muchacho con algún profundo dolor. Ese será tu examen real: ¿Pasas de largo, juzgas e ignoras? ¿O paras, recuerdas que fuiste tú, y actúas como tu papá Javier lo hizo: Arrodillándose, mirando a los ojos y ¿diciendo «tú importas?»

Exalumno, hijo del padre Javier, ¡este es tu momento! No esperes a «estar mejor». Hay niños durmiendo en aceras ahora mismo, niñas huyendo de abusos o muchachos rindiéndose al pegante. Tú sabes de ese dolor de primera mano. Sobreviviste gracias a él. Ahora sé tú el salvavidas.

No te pido que lo dejes todo, solo que no te vuelvas ciego al sufrimiento. El legado no está en ladrillos, sino en cómo vives. Si lo ignoras, muere contigo, pero sí en cambio lo extiendes, se expande y fluye como un río.

El Padre te creyó cuando nadie más. Te amó cuando eras «nada». Te dio infinitos chances. Miles de niños esperan ahora lo mismo, ¿vas a ser tú quien se lo dé? Demuéstralo con hechos: Levántate, muévete y extiende tu generosa mano. Sé el milagro que Javier De Nicoló fue para ti y para cien mil muchachos más. Eso es perpetuar su legado y honrar su vida, no solo recordarlo o extrañarlo, sino vivirlo en el corazón, siendo proactivo y a través de la acción, aquella que él tanto amo.

CUANDO EL AMOR SE MULTIPLICA

Beatriz, Dorita y Capulina
La República de los Muchachos
Soporte a la transformación desde las oficinas
La promesa que sigue viva

En la presente obra, hemos reunido valiosas historias de vida que van más allá de lo común. Vidas que cerraron el círculo del legado del padre Javier de tal forma, que solo se explica por la Gracia Divina: Personas que no solo fueron rescatadas, sino que terminaron rescatando a otras y que no únicamente recibieron amor, sino que aprendieron a regalarlo sin guardarse nada. Son las caras de una obra que sigue viva, se renueva y crece con cada generación que decide caminar por la senda trazada. No podemos traer a las cien mil, pero las que hacen parte son una muestra representativa de gran inspiración.

De otro lado, en el sendero abierto, recorrido y dejado por Javier De Nicoló, existen cientos de personas significativas que fueron arte y parte del engranaje del Programa Bosconia-La Florida, a nivel público como privado, en toda su historia o que en el presente continúan su legado. Impactadas en sus vidas por la misión de servicio, ya sea que conocieran personalmente o no al padre, han multiplicado el mismo amor. Algunas ya han partido, sin embargo, para todas es también este homenaje. Y aquí una minúscula muestra que confiamos las represente de una u otra manera.

Beatriz Elena Ramirez Betancur q.e.p.d. Dio su corazón completo hasta el final, miró a cada muchacho para ver en él o ella a alguien que merecía ser amado sin peros y cuya muerte en plena pandemia no fue un punto final, sino la confirmación de una fe que nada pudo quebrar. Ella dejó huérfanos a muchos porque quiso demasiado y su amor fue tan inmenso que alcanzaba para todos.

Dora De Nicoló Lattanzi q.e.p.d. La querida Dorita para todos, que viajó desde Italia y se quedó, ya que entendió que Colombia la necesitaba más.

Apoyo incondicional para su hermano en el cumplimiento a plenitud de la misión. Aquella religiosa, pero también mujer, que miró con ojos de mamá a cada niña rota y vio en ella a alguien que merecía ser amada sin condiciones. Dejó marcadas a muchas chicas porque fue honesta en su amor y mostró que ser madre es una elección. Su legado no murió con ella, sino que vive en cada mujer que hoy sabe que merece dignidad, porque una italiana se lo demostró. Dejó corazones transformados y eso es todo lo que importa.

Héctor Maldonado «Capulina» q.e.p.d. Quien salió de las sombras de la calle y se convirtió en salvador de otros, demostrando que el círculo de la redención no tiene dónde acabar. Él entendió que contar manzanas con cariño es también una forma de rezar y que aquello de todos los días, se puede volver sagrado.

La República de los Muchachos. Lugar bendito que cambió vidas y cambió la mía aquel 30 de noviembre de 1977, cuando empezó un viaje que transformó para siempre mi manera de entender la existencia y lo que vine a hacer aquí. Ese primer hogar donde conocí al padre Javier y comprendí que otra vida era posible.

Lenny Z. Pito Bonilla. Trabajó al lado del Padre durante cinco años, pero se relacionó con él por veintitrés. A partir de su compartir con él como funcionaria y su rol de profesional, honra el papel de cada funcionario en la construcción, el desarrollo, la consolidación y la historia del programa Bosconia-La Florida. La misión del director, también fue posible gracias a las oficinas y a cada alma detrás de un escritorio. Un caminar conjunto durante el cual, todos fuimos impactados por el servicio y el amor que Javier De Nicoló con su ejemplo de vida, inculcó de la manera más profunda.

Javier Palacios Torres. Director actual del IDIPRON, quien mantiene encendida la llama que el padre Javier prendió hace décadas, recordándonos que el legado no es un álbum de recuerdos bonitos, sino un proyecto vivo que sigue cambiando corazones, avanza y se ajusta a los tiempos, sin perder su esencia.

Estas páginas honran a quienes muy bien entendieron, que servir es lo más revolucionario que existe. Comprendieron que la muerte no puede contra el que amó sin medida. Descubrieron que el verdadero círculo perfecto no es algo que ya lograste, sino la decisión de cada día de seguir creyendo en los que están perdidos, seguir extendiendo la mano al que tropieza y seguir

sembrando esperanza donde solo hay sombra. Aprendieron que el legado no es de uno solo, es responsabilidad de todos.

Que estas historias hechas poderosos testimonios, alumbren nuestro camino. Inspiren a otros a seguir con la obra. Prueben que el legado del padre Javier está más vivo que nunca. Y recuerden a quien las lea que la redención existe, ya que el amor es revolucionario y que mientras haya un joven perdido en las calles de esta ciudad, siempre habrá alguien dispuesto a buscarlo, creerle y salvarlo.



**Beatriz Elena
Ramirez Betancur**

AMOR INCONDICIONAL DE UNA MADRE PARA TODOS

Beatriz: Incansable guerrera del programa Homenaje póstumo a la mujer que caminó junto a la obra del padre Javier

Me llamo Juan Manuel y estas son las palabras que le debo a una mujer extraordinaria, que caminó a mi lado durante toda una vida, dedicada a acompañar la misión del padre Javier.

Escribo estas líneas como un homenaje a mi compañera de vida, mi esposa y la madre de mis hijos. Una mujer que durante muchos años compartió conmigo el trabajo silencioso, exigente y profundamente humano en la obra del padre Javier. Su nombre era Beatriz Elena Ramirez Betancur, pero para muchos en las calles de Bogotá era simplemente «Beata». Para los jóvenes del programa fue la madre que nunca tuvieron. Para nuestros hijos fue amor, presencia y ejemplo vivo. Para mí fue hogar, convicción y sentido.

No fuimos fundadores de la obra del padre Javier, cuando llegamos el programa creado por él, ya funcionaba como un modelo educativo admirado en todo el mundo. Decidimos quedarnos, ser parte de esa gran familia de hombres y mujeres que, sin buscar reconocimiento ni protagonismo, simplemente dijeron «aquí estamos», entregando su tiempo, energía y vida a jóvenes que el mundo prefería no mirar.

Beatriz desde el primer momento entendió, que esta no era una labor pasajera ni un empleo más, sino una forma de vivir. Entonces cuando decidimos formar nuestra propia familia, ella tuvo una claridad que siempre admiré profundamente: nuestro hogar no podía vivir de espaldas al dolor del mundo. Nuestros hijos debían crecer sabiendo que servir es una de las expresiones más puras del amor.

La manera especial de Beatriz

Tenía una manera muy particular de acercarse a las personas: No imponía su punto de vista, no juzgaba sin conocer, no interrogaba como quien investiga, simplemente escuchaba haciéndolo con genuina atención y profundo respeto. Sabía hablar con el joven más endurecido por la calle y con el más frágil. Con quien cargaba rabia en el pecho y con quien solo tenía miedo.

Su belleza no estaba solo en lo físico, aunque era muy bella, sino en su mirada limpia y aquella capacidad casi sobrenatural de reconocer dignidad, incluso donde la vida había dejado cicatrices profundas. Así que para ella como para el padre, nadie era un caso perdido.

Nuestra vida, su obra

Durante muchos años, nuestra vida familiar se entrelazó completamente con la obra del padre Javier. Hubo noches largas en hospitales, madrugadas esperando noticias de jóvenes enfermos, fines de semana separados y un cansancio que se acumulaba en silencio, sin que ella se quejara jamás.

Nuestros hijos crecieron en medio de esa realidad y con unos abuelos que los adoraban. Vieron a su madre partir muchas veces, para acompañar a un joven que se moría sin tener a nadie a su lado, sostener a alguien que estaba completamente solo o estar en el lugar exacto donde más se necesitaba. No fue fácil para ellos, pero aprendieron algo que la escuela nunca enseña: que su madre no se ausentaba por falta de amor, sino porque su amor era lo suficientemente grande, para alcanzar a más gente.

Recuerdo con claridad cómo la esperaban, ellos no reclamaban cosas materiales, ni exigían explicaciones, tampoco experimentaban resentimiento, simplemente esperaba a su madre. Y cuando regresaba, aunque fuera tarde, agotada y tuviera el cuerpo cansado de tanto trabajar, la abrazaban con una intensidad que solo nace del amor verdadero.

En más de una ocasión, Beatriz les preguntaba de manera directa si estaban molestos porque tenía que irse, entonces le respondían con una madurez que la conmovía hasta las lágrimas: «Mamá, esos chicos no tienen a nadie. Tú eres su mamá también». Esa comprensión, aquel amor de nuestros hijos hacia su madre y hacia la obra, fue uno de los mayores regalos que la vida le dio.

El trabajo de sus manos

Beatriz trabajó conmigo en distintas etapas y espacios de la obra del padre Javier: En las casas, las calles y los procesos más difíciles o emotivos. Acompañó jóvenes en sus momentos de crisis. Cuidó a los enfermos con las manos de una madre. Alimentó con dignidad a quién tenía hambre. Limpió heridas que eran visibles, pero también, aquellas que solo se ven en el alma.

Nunca pidió reconocimiento, tampoco buscó aplausos ni menciones especiales y servía porque creía que era lo correcto. Su fe no se quedaba en palabras bonitas, sino que se expresaba en acciones concretas, gestos cotidianos y decisiones diarias, ya que para ella ayudar no era un sacrificio, que es lo que cuesta, era una responsabilidad asumida con amor.

Los años de desgaste

Con el paso de los años, el trabajo fue pasando factura, se veía cansada, aunque nunca rendida. Muchas personas le decían que debía cuidarse más, que había límites razonables o que no todo dependía de ella sola. Beatriz escuchaba con paciencia, sonreía con ternura y respondía siempre con la misma convicción serena: «Hay alguien que nos necesita ahora».

Así vivió; entregándose sin medida y confiando en que mientras tuviera fuerzas debía usarlas para servir.

La pandemia y el final

Cuando llegó la pandemia del COVID, recordemos que el mundo se detuvo, todo se paralizó, sin embargo, la necesidad no paró. Los jóvenes siguieron sufriendo y Beatriz siguió acompañando, en uno de los momentos más duros que les tocó vivir.

Se enfermó y aun así quería continuar el trabajo. Nuestros hijos le pedían que descansara, pensara en ella misma y se cuidara, pero su sentido de responsabilidad fue más fuerte. Su amor por la obra del IDIPRON fue más fuerte que el miedo e incluso más fuerte que el cuidado de sí misma.

Finalmente, su corazón no resistió más. Se rindió y falleció a causa de un infarto cardíaco, como secuela de la pandemia y una vida entregada sin

reservas. Es la pérdida más grande que hemos vivido como familia y el dolor fue devastador.

La paz inesperada

Sin embargo, en medio de ese tan profundo dolor ocurrió algo que nos dio una paz inesperada. Llegaron muchos jóvenes, personas que habían pasado por la vida de Beatriz y que hoy eran adultos con historias transformadas. Al igual que nosotros, ellos llegaron con lágrimas corriendo por sus rostros. Llenos de gratitud en la voz, con palabras que confirmaron lo que siempre supe, pero que necesitaba escuchar: que su entrega no había sido en vano.

Contaron historias. Historias de cómo ella estuvo a su lado cuando nadie más lo estuvo, de cuando les dio el abrazo que necesitaban, de tantas veces que una palabra suya los salvó, de esa oportunidad ofrecida cuando todo parecía perdido o de cómo les hizo creer que merecían vivir.

Ver a nuestros hijos escuchar esos testimonios, abrazar a esos jóvenes y comprender que el amor de su madre, había dejado profundas raíces en el mundo, fue entender que su legado no murió con ella. Vive en cada joven que pudo reconstruir su vida, cada persona que aprendió a creer en sí misma y en nuestros hijos herederos de su sensibilidad e inquebrantable sentido de compromiso.

Mi rol actual

Hoy día mi cuerpo ya no me permite seguir en las unidades educativas como antes, ya que los años de trabajo y el desgaste de una vida dedicada a servir, finalmente también cobraron su precio, sin embargo, sigo siendo parte de la obra desde otro lugar. Recuerdo, escribo y dejo constancia de lo vivido con el propósito que no se pierda en el olvido.

Escribo para que el mundo no olvide quién fue el padre Javier y que su legado continúe vivo en los nuevos corazones. Y para honrar a Beatriz, una mujer que eligió servir sin medida y nos enseñó qué significa amar de verdad.

Mientras exista un joven que necesite esperanza y a su lado haya alguien dispuesto a acompañarlo sin juzgarlo, el legado del padre Javier seguirá vivo. Y con él, seguirá vivo también el legado de Beatriz Elena Ramírez Betancur. Mi compañera de vida, esposa, madre de nuestros maravillosos hijos y la

mujer que caminó conmigo por las calles de Bogotá, llevando amor incondicional a quienes estaban solos.

Gracias Beata. Gracias por todo.



Dora De Nicoló
Lattanzi

LA RELIGIOSA CON ALMA DE MAMÁ

Dorita: La madre de todas las niñas Homenaje póstumo a Dora De Nicoló Lattanzi abandera de la obra

Cuando pienso en la Unidad Juventud Unida o mejor conocida como «La 78», no recuerdo primero a un edificio o un lugar físico. Recuerdo a cientos de ojos femeninos y en medio, a una mujer italiana que atravesó el Atlántico buscando acompañar a su hermano en una misión imposible, pero que al final se encontró con el hecho que esa misión se multiplicaba cada vez que una niña cruzaba la puerta.

Dorita, para cientos de niñas y jóvenes que pasaron por La 78, fue simplemente «mamá». No porque les faltara amor, sino porque fue quizá para la mayoría la primera vez en sus vidas, que alguien les demostró que lo merecían.

La mujer que viajó desde Italia

Llegó desde Italia para una visita que nunca terminó, todo porque aquel viaje coincidió con el hecho que su hermano, el Padre Javier, había comenzado una obra que parecía imposible: rescatar a niños de las calles de Bogotá. Razón por la que cuándo Dorita vio aquello comprendió la magnitud de lo que estaba ocurriendo y tomó una decisión que cambiaría para siempre las vidas de miles de jóvenes. ¡Se quedó!

No volvió a Italia y se quedó porque vio algo que otros no veían: que mientras el Padre Javier rescataba niños de la calle, había niñas que también estaban perdidas, solas o rotas y nadie las estaba buscando.

Dorita comprendió que esas niñas necesitaban más que un refugio. Requerían de algo que ella podía ofrecerles: una presencia maternal, no una asistente social o una psicóloga, sino una mamá. Alguien que las besara en la

frente cuando tenían fiebre, que les peinara el cabello como si fuera propio o que les dijera con la voz llena de convicción: «Tú eres alguien. Tú vales».

La 78: Un castillo lleno de magia

Cuando Dorita asumió la dirección de la casa, a comienzos del año 1980, transformó un edificio institucional en un hogar. Las niñas que llegaban, venían de lugares terribles, habían dormido en la calle, sido abusadas u olvidadas. Algunas tenían cicatrices visibles y otras traían heridas que nadie podía ver. Entonces ella las miraba a los ojos y les decía: «Aquí no eres lo que la calle te hizo ser. Aquí eres lo que tú puedes llegar a ser».

La 78 se convirtió en lo que las propias egresadas recuerdan años después: «Un castillo lleno de magia». Tenía camas de verdad, no cajas de cartón, comida servida con amor, no sobras apesadas y una puerta grande que se abría, no rejas que encerraban. Todo aquello porque Dorita entendía algo que era revolucionario: la libertad verdadera no se gana quitándola, sino ofreciéndola.

Las niñas podían irse, la puerta siempre estaba abierta para ellas cuando quisieran, pero la mayoría se quedaban. Y lo hacían porque por primera vez en sus vidas, tenían algo más valioso que cualquier calle, tenían a alguien que las amaba.

La disciplina del amor

Dorita era estricta, muy estricta. Las niñas recuerdan su mirada firme, sus reglas inquebrantables y su exigencia de que «fueran alguien». No permitía mediocres, ni derrotas. Si una niña venía con la ropa descuidada ella se la arreglaba, si faltaba a clase la confrontaba y si desistía la levantaba.

Sin embargo, esa dureza nunca fue cruel. Era el tipo de severidad que solo puede venir de quien ama profundamente. Era la disciplina de una madre que sabe que el mundo no va a ser gentil con sus hijas, así que las prepara, procura que sean fuerte, pero también las sostiene.

Les enseñaba labores que sus propias madres nunca les habían enseñado: Tejer, cocinar y cuidar una casa. Como buena italiana, era experta en la pasta. Las niñas recuerdan aún cómo ella preparaba las comidas para el Padre Javier, poniendo «mucho tomate» en la salsa, mientras los oídos del

sacerdote probablemente pedían clemencia. Era en la cocina donde Dorita se volvía más humana, más cercana y más ella misma. Pero lo que realmente les enseñaba no era a cocinar bien, sino a amarse a sí mismas, a cuidar de otros y a servir con dignidad.

La música como libertad

Como educadora sabía algo que pocos educadores comprenden: que una niña rota necesita antes que nada tocar algo hermoso. Razón por la que creó el muy famoso coro de La 78. Insistía en que las niñas aprendieran danza, que participaran en presentaciones, que viajaran representando al programa en escenarios nacionales e internacionales.

Las otras unidades hacían talleres, mientras Dorita creaba tesoros. Consideraba el coro y la danza no solo como actividades, sino como privilegios y herramientas de transformación. Las niñas las ganaban con su buen comportamiento, dedicación y fe. Entonces cuando las tenían, descubrían algo extraordinario: que sus cuerpos podían expresar alegría. Sus voces podían crear belleza. Y que eran capaces de cosas que la calle les había dicho que eran imposibles.

El coro se convirtió en un «coro de ángeles» que viajaba por el mundo. Esas niñas que habían dormido bajo puentes o en andenes, se presentaban en escenarios internacionales. Las mismas que habían sido abusadas sanaban a través de la música. Y aquellas que fueron olvidadas eran reconocidas y aplaudidas. Todo porque Dorita creyó que merecían más.

Los dos hermanos: La complicidad del amor

Cualquiera que viera a Dorita y al Padre Javier conversando pensaba que estaban discutiendo, ya que hablaban en italiano, con la efusividad de quien viene de una tierra de pasión. Las niñas los escuchaban «gritar» y los veían manotear, lo que sonaba o parecía como un enfrentamiento, pero era el simple lenguaje del amor entre hermanos que entienden cada palabra, sin necesidad de suavidad.

«¡Saverio, ¿por qué eres tan terco! ¡Saverio, no seas así!», le decía Dorita a su hermano cuando consideraba que se estaba equivocando. Y el Padre Javier

sonreía, porque sabía que esa era la voz que lo mantenía cuerdo, lo cuestionaba y lo amaba lo suficiente como para confrontarlo.

A veces, los dos se sentaban y cantaban juntos en italiano frente a las niñas, momentos de magia pura. Las niñas veían en ellos algo que muchas nunca habían visto: a dos personas que se querían de verdad, que podían discutir y seguir amándose, que no necesitaban pelear para afirmar su valor.

En la cocina, Dorita insistía en que la salsa tuviera mucho tomate, mientras el Padre Javier pedía más queso parmesano. Era una batalla que se repetía cada vez, con el mismo resultado: comían juntos, reían juntos y hacían una gran familia.

El legado de una madre

Dorita, quien había nacido el 2 de febrero del año 1925, falleció el 9 de junio 9 de 2011, pero sus amadas hijas siguen vivas. Una es ingeniera en Australia, muchas son profesoras, enfermeras, trabajadoras sociales, psicólogas y profesionales en todas las áreas, otras tocan un instrumento musical, cantan o bailan e incluso tienen un coro con el que se ganan la vida, la mayoría son madres de familia, pero todas conocen el amor, solo porque una mujer italiana les mostró lo que significa amarse y amar.

Todas ellas llevan consigo la lección que Dorita les enseñó: que primero viene la educación y lo demás llega por añadidura. Que la disciplina y el amor no son opuestos. Y que una niña rota puede convertirse en una mujer fuerte, si alguien cree lo suficientemente en ella.

Recuerdan a Dorita cada vez que confrontan a sus propios hijos con firmeza. Cada vez que enseñan a cocinar con paciencia. Cada vez que exigen lo mejor de alguien porque saben que es capaz. Cada vez que acogen a quien está solo. Y cada vez que dicen: «Aquí eres alguien. Aquí importas».

Un castillo que sigue de pie

La 78 ya no existe como la conocía y la dejó Dorita, pero su espíritu permanece en cada niña que entra a cualquier unidad del IDIPRON y siente que es bienvenida. Permanece en cada educador que entiende que su trabajo es ser padre, madre o hermano. Permanece en cada joven que, a los dieciocho años, se va no porque sea expulsada, sino porque está lista para volar.

Dora De Nicoló Lattanzi llegó desde su país natal, con el fin de apoyar la misión de su hermano, sin embargo, encontró una misión que la necesitaba a ella y lo que dejó fue un legado que continúa tocando vidas, quince años después de su partida.

Mientras haya una niña en la calle que necesite saber que merece más, Dorita seguirá ahí: En la firmeza de una voz que exige lo mejor, la calidez de una presencia que sostiene y la magia de un hogar donde es posible volver a ser niña. Fue la mamá de todas las niñas y ese es el más grande de todos los legados.

Gracias amada Dorita. Gracias por quedarte cuando pudiste irte. Gracias por ver ángeles donde otros veían pérdidas. Gracias por demostrar que la obra del Padre Javier no era solo de un hombre, era de dos hermanos, que se complementaban y vivían unidos por la fe y la determinación de que ningún niño, ni ninguna niña, sería dejado atrás.

Tu castillo lleno de magia sigue en pie. Seguirá en pie, mientras haya una hermana italiana, un sacerdote visionario y miles de hijas, que se atreven a creer que otra vida es posible.



**Hector Enrique
Maldonado Pablos**

LA SONRISA ETERNA DE «CAPULINA»

Homenaje póstumo a Héctor Enrique Maldonado Pablos el contador de manzanas

Querido hermano, mientras escribo estas líneas siento tu presencia aquí conmigo. Te veo y escucho riendo con esa carcajada tan tuya que hacía eco en los patios del IDIPRON. «Capulina», te decían, un apodo que te quedaba perfecto y no solo por tu tamaño, sino por esa capacidad extraordinaria que tenías de arrancarle una sonrisa a la vida e incluso cuando la vida nos mostraba sus dientes más afilados.

Naciste en mayo del año 1961 y te fuiste en abril de 2021, cuando tu corazón, el mismo que tanto amó, decidió detenerse de golpe. Sin embargo, tú y yo sabemos que las fechas son solo números en una lápida, porque lo que en realidad importa es todo lo que sucedió en el medio: En el barro, los patios, el economato y cada esquina de Bogotá donde fuiste a buscar muchachos que nadie buscaba.

De alumno a hermano y a maestro

Te conocí primero como alumno y debo ser honesto contigo, Héctor: le sacaste muchas canas al padre, ya que eras cansón, travieso y tenías una energía que a veces nos hacía preguntarnos si algún día te calmarías. Él te miraba con esa mezcla única de firmeza y ternura que solo Javier sabía tener, después te corregía, pero de tal manera que terminabas riendo incluso en mitad del regaño.

Lo hermoso fue ver transformarte y aunque no dejaste de ser el mismo Héctor alegre, bullicioso y sonriente lo que nunca cambió, si te atreviste a cambiar la dirección de aquella desbordada energía y aprendiste a canalizarla hacia el servicio. Y cuando lo hiciste, hermano, fuiste imparable.

El padre Javier siempre vio algo especial en ti, por eso te amó con paciencia infinita, especialmente a ti, que tanto lo desafiabas y es que él sabía que detrás de cada travesura había un corazón enorme buscando su propósito.

Con los años dejaste de ser mi alumno, para convertirte en mi hermano. Y después, sin que ninguno de los dos lo dijera en voz alta, te convertiste también en mi maestro, ya que entendiste algo que muchos educadores nunca logran hacer: que la verdadera grandeza no está en los títulos ni en los discursos, sino en los detalles cotidianos del amor.

No eras hombre de grandes teorías pedagógicas, eras un educador de trinchera, acción y calle. Consagraste tu vida a lo que llamabas con ternura tus «musarañas»: los cientos de niños, niñas y adolescentes que atravesaron las puertas del programa. Aquellos que ara la sociedad eran solo estadísticas de la calle, pero para ti, hermano, eran tu familia extendida y la razón por la que te levantabas cada mañana.

Aprendiste del mejor maestro que jamás hayas tenido; Javier fue tu guía, padre espiritual y modelo. Y tú absorbiste su pedagogía del afecto, como la tierra absorbe la lluvia, comprendiste que la libertad no es un concepto abstracto que se enseña en los libros, sino la capacidad real de elegir el bien cuando te sientes profundamente amado. Razón por la que tu forma de amar fue el servicio constante, silencioso y alegre.

El contador de manzanas

Muchos te recuerdan en la calle, en el territorio, buscando jóvenes y rescatándolos del infierno. Eras el amigo que todos en algún momento quisimos tener. Todavía puedo escuchar a los muchachos gritar: «¡Cucho todo Horray!», cuando sabían que habías visitado las unidades. Ese grito era su manera de decir: hoy fuimos felices porque Capulina estuvo aquí.

Hay una época especial que no quiero olvidar jamás, aquella cuando fuiste servidor en el economato. Algunos hubieran pensado que era una tarea puramente administrativa, rutinaria y de menor importancia, pero tú tenías un secreto, hermano: cuando te veía separando frutas, seleccionando alimentos o revisando inventarios, no estabas simplemente haciendo un trabajo y eso lo dejabas en claro, con aquello que solías decir que tampoco nunca olvidaré: «Yo cuento esas manzanas con cariño para mis pelados».

Esa frase, Héctor, resume tu existencia entera, en la medida en que cada manzana que pasaba por tus manos no era simplemente una fruta, era un verdadero mensaje de dignidad. Te asegurabas de que la fruta estuviera buena, roja y jugosa porque sabías que para el chico que venía del frío de la calle, ella podía ser el primer gesto de consideración que recibía en años o tal vez el primer acto que le dijera: «¡tú importas!»

Contar manzanas con cariño es una forma de orar, hermano y de decir «tú tienes valor». Algo que tú entendiste mejor que nadie y que yo aprendí de ti.

El caminante incansable

No hubo rincón de Bogotá por recóndito que estuviera a donde no te metiste, si sabías que allí había un joven que necesitaba ayuda. Fuiste esposo, padre de tus hijos, amigo incondicional de muchos, pero sobre todo un servidor público en el sentido más sagrado de la palabra. Tu oficina no tenía cuatro paredes, en cambio ella fue el territorio, el patio de juegos, la cocina y la calle.

Tu alegría era muy contagiosa y tu buen humor levantaba los ánimos en los días más oscuros. Tuvimos el honor de conocerte, trabajar contigo, llamarte hermano y cada día que pasamos a tu lado fue un regalo, pero que no sabía que fuera regalo mientras lo vivía.

El último domingo

El 11 de abril de 2021, un domingo cualquiera, la muerte te sorprendió sin aviso, con un ataque fulminante. No hubo tiempo para largas despedidas, pero honestamente, hermano, no hacían falta porque tu vida entera fue tu despedida y a la vez tu constante saludo. Te fuiste con la satisfacción profunda del deber cumplido y la certeza de que la semilla de alegría que sembraste en tantas generaciones, ya por un lado había germinado y, por el otro, seguía creciendo.

Cuando recibí la noticia, sentí que se me partía el alma, pero después recordé algo que el padre Javier nos enseñó hace años: que la muerte no es el final para quienes han vivido amando. Y tú amaste, Héctor. Vaya que amaste.

El abrazo eterno

No tengo dudas de que, al cruzar el umbral, el primero en recibirte fue nuestro maestro, el padre Javier. Seguramente te miró con esa picardía que le conocías y te dijo algo así: «Bienvenido, Capulina. Llegaste justo a tiempo. Hay mucho trabajo que hacer acá arriba y necesito a alguien que cuente las bendiciones, con el mismo cariño con el que contabas las manzanas».

Y tú, hermano, seguramente respondiste con esa inconfundible sonrisa tuya: «Padre, ya sabe que donde usted esté, ahí estaré yo. Póngame a trabajar».

Tu legado sigue vivo

Héctor, tu legado no está en los libros de historia, sino en la sonrisa de cada niño que, al morder una manzana bien seleccionada o recibir un amoroso abrazo, siente en lo profundo que el mundo no es tan malo después de todo. Está en cada educador que comprendió que no hay roles pequeños en la misión de salvar vidas. Y está en cada uno de nosotros que aprendimos de ti, que el amor verdadero se manifiesta en los detalles.

Me enseñaste algo que cambió mi forma de entender la educación: que ya sea en la calle, el aula de clase o el economato, tanto la pedagogía de la libertad como la alegría, funcionan porque hay hombres como tú, dispuestos a impregnar de humanidad y grandeza a la vez, hasta el acto más sencillo. Eres la prueba viva de que, para el verdadero educador, la burocracia nunca está por encima del corazón.

Hasta siempre, hermano

Mi querido Capulina, alumno, amigo y hermano donde quiera que estés, quiero que sepas que te recordamos todos los días. Tu risa todavía resuena por doquier en todo el IDIPRON y los muchachos aún hablan de ti con profundo cariño. El padre Javier debe estar muy orgulloso de ti, del alumno travieso que le sacó tantas canas, pero que entendió mejor que nadie lo que significa servir con verdadera alegría.

Fuiste incondicional, luz y amor en acción. Y aunque ya no estés físicamente entre nosotros, continuas contando manzanas con cariño para tus

pelados, ya que el verdadero amor no muere, hermano, solo se multiplica. El tuyo se multiplicó en cientos de vidas que tocaste, miles de sonrisas que provocaste y generaciones enteras que aprendieron de ti lo que en verdad significa ser humano.

Gracias por todo, Héctor. Gracias por enseñarnos que la revolución más grande es la de la ternura. Gracias por ser fiel al padre Javier y honrar su legado con cada gesto, manzana o sincero abrazo.

Descansa en paz, hermano. O, mejor dicho, sigue trabajando allá arriba con el mismo entusiasmo con el que trabajaste acá, ya que sé que no puedes estar quieto. Además, sé que el padre Javier te tiene ocupado, contando bendiciones con cariño, haciendo sonreír a los ángeles y siendo exactamente quien siempre fuiste.

¡Te amaremos siempre! ¡Hasta que nos volvamos a encontrar! Pero por ahora, ¡todo Horray!!!

EL SUEÑO HECHO NACIÓN

Un homenaje a La República de los Muchachos



¿Alguna vez has soñado con un mundo perfecto? ¿Un lugar donde puedas tener lo que necesitas, el gobierno funcione como debe funcionar, las casas o los edificios se construyan para servir a la gente y no al revés?

En 1972, frente a un lote baldío al lado del río Bogotá, muy cerca del Aeropuerto El Dorado y el parque La Florida, un sacerdote italiano soñaba exactamente eso, sin embargo, su sueño no era para él: era para los niños que había rescatado de las calles, para esos muchachos que el mundo había olvidado y que él se negaba a abandonar. El padre Javier De Nicoló miraba ese terreno y veía lo que nadie más podía ver: una república y no una república cualquiera, sino la grandiosa República de los Muchachos.

La primera piedra se colocó a principios de los años 70s, y con ella comenzó a materializarse uno de los experimentos sociales más audaces y hermosos que Colombia y toda Latinoamérica haya conocido. Piedra sobre piedra y sueño sobre sueño, fue surgiendo un mundo nuevo: Una alcaldía, varias casas, un auditorio, grandes campos deportivos, una Maloka, etcétera, constituyeron un país dentro de un país, construido por y para los muchachos que alguna vez no tuvieron nada.

Entonces ocurrió algo extraordinario: los muchachos comenzaron a ser felices, solo porque el padre Javier entendió algo fundamental: no basta con rescatar a un niño de la calle, si después lo tratas como un objeto de caridad. Hay que devolverle la dignidad, la que viene con la responsabilidad, con la capacidad de decidir y con el derecho a gobernar la propia vida. Así fue que creó un autogobierno donde los jóvenes elegían entre sus compañeros al alcalde, al personero, al secretario de deportes y demás figuras de gobierno. Se elaboró una Constitución con derechos y deberes. Se creó una moneda propia: los Florines y los Camellos.

Durante más de cuarenta y ocho años, generación tras generación, los muchachos ejercen la democracia en esa soñada república. Aprenden que sus voces importan, sus decisiones tienen consecuencias y que ellos precisamente ellos, los descartados por la sociedad son capaces de organizarse, liderar y construir. Cada elección de alcalde, es una lección de ciudadanía más poderosa que cualquier clase teórica y cada debate en el gobierno estudiantil es una preparación para la vida adulta, que ningún otro programa podría ofrecer

Aquella República no solo formó y forma ciudadanos sino artistas. Los grandes talleres de tejido, se convirtieron en espacios donde alumnos y maestros comenzaron a tejer sueños, hilar pensamientos y crear obras de arte que trascendieron las paredes de la institución. Generaciones de jóvenes aprendieron el oficio, descubrieron que sus manos, las mismas que quizás alguna vez robaron para sobrevivir o se cerraron en puños de rabia, podían crear belleza.

Hasta que llegó el 6 de septiembre del año 2017 y el mundo entero fue testigo de esa belleza. El Papa Francisco visitó a Colombia y sobre sus hombros, abrigándolo del frío bogotano, llevaba una hermosa ruana blanca, tejida por las manos expertas de los artesanos del programa. Una ruana cargada del mismo amor que el padre Javier había sembrado décadas atrás. Una ruana

que representaba miles de horas de trabajo, vidas transformadas y sueños hilados pacientemente en los telares de La Florida. El Sumo Pontífice, líder de más de mil millones de católicos, vestido por muchachos que alguna vez vivieron en las calles de Bogotá. ¿Puede haber imagen más poderosa del legado del Padre De Nicoló?

La República de los Muchachos también recibió visitas ilustres a lo largo de los años y Bogotá recuerda a los jóvenes en la Maloka, representando a los diversos clanes. Recuerda la visita de la tenista Martina Hingis en el año 2000, cuando era número uno del mundo. Recuerda al legendario Lucho Bermúdez, gran maestro de la música colombiana, compartiendo con los muchachos que estaban aprendiendo a crear sus propias melodías. Cada visita era un mensaje: ustedes importan, son dignos de atención y merecen que el mundo los vea.

Hoy, casi cinco décadas después de aquella primera piedra, la República de los Muchachos sigue viva. Ahora se llama UPI La Florida, pero la esencia permanece intacta: Miles de niños siguen pasando por esta sede, dejando atrás esas vidas llenas de azares y obstáculos, con el fin de restablecer sus derechos, su libertad y su felicidad. Aprendido y desarrollado diferentes artes, aquellas que les permiten construir su autonomía económica y una nueva vida.

El sueño del padre se hizo realidad, no fue un sueño efímero que se desvanece al despertar, sino uno de esos sueños tercos que se niegan a morir, que se construyen ladrillo a ladrillo, generación tras generación o ruana tras ruana. Un sueño que demostró que los niños de la calle no son un problema a resolver, sino ciudadanos a formar, artistas a descubrir y líderes a empoderar.

La República de los Muchachos, es la mayor prueba de que cuando alguien cree verdaderamente en los jóvenes, no con palabras vacías sino con hechos concretos, ellos responden. Responden eligiendo alcaldes, tejiendo ruanas para papas o construyendo vidas dignas donde antes solo había supervivencia. Responden demostrando que el padre Javier tenía razón: dentro de cada niño abandonado hay un ciudadano esperando nacer, un artista deseando crear o un líder preparado para gobernar.

La república, uno de los más imponentes sueños del padre hecho realidad, es la nación de muchachos que aprendieron, que merecían tener su propio país. Y lo construyeron.

SOPORTE A LA TRANSFORMACIÓN DESDE LAS OFICINAS

**Homenaje a cada funcionario, que en medio de su quehacer
aprendió del padre, el arte del amor incondicional**

«La transformación de la vida de nuestros muchachos, es posible también gracias al aporte de aquellos que usted llama burocracia y que en nuestro programa es tanto pública como privada. Cada empleado que a usted le interesa del Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud, es un alma fundamental detrás de su escritorio. Y además existe la fundación Servicio Juvenil, que es soporte del programa Bosconia-La Florida. Los funcionarios en general y los distritales en particular, permiten que cada niño y joven tenga todo lo necesario a nivel de infraestructura, implementos, suministros y cada cosa requerida para cubrir sus necesidades básicas, como en cualquier hogar con un hijo. Ellos no solo cumplen funciones directivas y administrativas, son parte de todo el engranaje institucional, a tal punto que participan y están listos para realizar actividades operativas, comunicarse con los chicos y darles una mano en cualquier momento. Además, tenemos un gran ejército de empleados ejecutores en terreno, desde el trabajo en las calles con la “operación amistad”, hasta los profesionales, pasando por los conductores, las cocineras, los educadores y los maestros en todos los niveles. Y todo esto, hasta el día que el muchacho se gradúa».

Palabras que el padre Javier De Nicoló, una tarde de marzo del año 1992, le dijo al doctor Jaime Castro alcalde electo, en una reunión de acercamiento entre el grupo de empalme de la administración entrante y la existente. Yo había coordinado el comité de política social del candidato y entre lo que destacamos como muy importante fue al IDIPRON y lo valioso de que su director continuará al frente. El alcalde tenía inquietudes sobre el sostenimiento financiero de un Instituto tan complejo, con tal presupuesto y que solo atendía un grupo poblacional, sin embargo, las poderosas palabras del

padre fueron tan convincentes, que al final afirmó que costara lo que costara, el programa no solo debía seguir, sino que había que fortalecerlo.

El padre fue imponente es su corta presentación, pero además humilde, coherente y abanderado de lo que merecían los más pobres entre los pobres, según sus propias palabras. Su presencia conquistó, en unos minutos, el corazón del alcalde y de las personas que lo acompañábamos. De Nicoló, en solitario, sin informes pesados de entender o frías estadísticas, solo con una boina en mano, habló por decenas de funcionarios y miles de beneficiarios, con tal convencimiento, que al despedirse el doctor Castro nos indicó de manera precisa, «hagamos todo lo que sea para apoyar al padre y al Instituto».

Eso fue exactamente lo que se hizo desde la Consejería para Asuntos Sociales, dependencia que el creó, directa de su despacho. Apoyamos al padre Javier desde lo distrital, la presidencia de la república y con agencias internacionales. Yo tuve la oportunidad de coordinar en la alcaldía, la temática de la población de la calle y con ello la bendición de estar en directo contacto con él. Nos conocimos bien, dimos muchas peleas interinstitucionales, con frecuencia fui invitada a los eventos del programa y tuve la oportunidad de visitar casas de Bogotá y otros lugares del país. Al final me volví una abanderada más de la causa, a tal punto que cuando llegó el doctor Antanas Mockus como alcalde, hizo una evaluación y terminó convencido también desde la Consejería, de la importancia de continuar apoyando al Instituto.

En octubre del año 1996 el padre me invitó a trabajar directamente con él, sin dudar acepté, empaque maletas porque me encontraba en New York y retorné al país. «¿Tu serías capaz de acompañarme en unas funciones muy específicas?» me preguntó. Y mi respuesta fue «no solo soy capaz, sino que es un honor padre». Con el tiempo verifique que preguntar en forma desafiante, era costumbre con las personas que trabajaban para él.

Mi curriculum vitae ni lo miró, le importó lo que conocía de mí. El cargo no era muy claro, osciló entre asesora y asistente de dirección, el lugar tampoco, fui empleada del IDIPRON y en etapas también de la fundación, tuve escritorio en ambos lugares, pero en realidad mi oficina fue ambulante, para estar dónde fuera requerida y en cualquier momento. Las tareas se ajustaban a los intereses del director, de acuerdo a proyectos puntuales que requerían de su gestión, pero que iría delegando en mí. El horario oficial era de ocho de la mañana a cinco de la tarde, el mío no tenía ni inicio ni final específico,

en la mayoría de los casos dependía de agendas más allá de la mía y de la del mismo padre. Así que podía trabajar a las 6:00 am o a las 9:00 pm. Su comedor era con frecuencia nuestra sala de reuniones y trabajo o su camioneta verde mientras nos desplazábamos de un lugar a otro e incluso el estudio en mi apartamento, él buscaba para desarrollar sus propuestas más «locas», lugares lejos del agite, la presencia constante de personas, las ocupaciones directivas o los teléfonos que nunca paraban de sonar. Una forma de trabajar muy diferente e incluso cuestionada por otros funcionarios porque lo que se sale de lo mandado inquieta.

Libreta en mano, una pequeña grabadora, después el primer celular tipo panela y la primera laptop también una novedad, fueron mis instrumentos de acción, dentro de un maletín ejecutivo de cuero, mi oficina portátil, por cinco años al lado del padre. Asistía como su representante a decenas de reuniones interinstitucionales. Recibí, acompañé e incluso en algunas ocasiones hospedé visitantes al programa nacionales e internacionales. Escribí proyectos de inversión social, para presentar a diferentes entidades. Estudié a su lado con juicio, porque él fue un eterno estudiante, temas de psicología y escribí cientos de resúmenes, que se convirtieron en una gran recopilación de material. Recorrí las calles en operación amistad, visité las casas, charlé con los directores, los operativos y los muchachos, que al final fue mi actividad preferida, en medio de lo cual, mi vida fue profundamente impactada. Lo acompañé a eventos donde su presencia era requerida y viajé con él en avioneta a los confines del programa. Todo dentro de una relación muy profesional, pero ante todo humana.

Pedirme coordinar y consolidar un grupo de artistas del más alto nivel posible, para otra de sus propuestas más ambiciosas, cuyo fin no era que se volvieran famosos, sino que apoyarán el trabajo en los barrios, a favor de esa nueva población llamada los trapeceistas. Y ser la directora de uno de los patios, el oasis de la décima con sexta, para largos, ante la intervención en el Cartucho, fue el doctorado que recibí como funcionaria. Todo aquello puso a prueba mi ego, a cambio gané como profesional lo unimaginable. Trabajar mano a mano con el padre y en silencio, fue el diploma de aquel doctorado. Labores que me permitieron comprobar el valor de las oficinas.

Renuncié en el año 2002 y fui a vivir a los Estados Unidos, pero durante los siguientes catorce años, el padre no solo siguió siendo mi amigo, paño de lágrimas cuando la situación como inmigrante me ahogaba, sino además

el abuelo que él siempre me dijo que sentía ser. Lo recibí en sus visitas a New York y lo visité varias veces, incluso cuando ya sus fuerzas se estaban apagando, pero desde la primera hasta la última conversación durante veintitrés años de amistad, se centró en su mensaje de amor por los muchachos... Aquello quedó anclado en mi corazón para siempre.

Así como me involucró en la esencia del programa, lo hizo con todos los funcionarios, soy testigo, ya que para él cada uno era operativo y el «motor invisible» que sostenía e impactaba de manera directa desde los escritorios. Las labores directivas y administrativas eran de suma importancia en la transformación de los muchachos. Apoyo de la gestión, la organización y la ejecución de un quehacer cotidiano rutinario que estructuraba y facilitaba el accionar en las calles, como la vida de las casas, al asegurar con cada tarea —desde las labores de las secretarías hasta las responsabilidades de los directores—, que cada beneficiario recibiera lo necesario para vivir, educarse y transformarse. También que los funcionarios operativos y del área pedagógica tuvieran lo que requerían, para realizar su tan significativo trabajo.

Las oficinas como las llamaba, eran soporte operativo en la acción transversal del propósito institucional, a nivel de planeación, financiero, contable, legal, compras, almacén, comunicación, transporte, servicios generales, revisión fiscal y personal, entre otros, garantizando siempre los recursos a tiempo, la ejecución correcta del presupuesto y la existencia de material para las actividades en el terreno. Diseñaban y coordinaban proyectos para crear oportunidades dentro del programa, como en el proceso de transición al mundo laboral. Articulaban acciones de cooperación con empresas, organizaciones, voluntarios, donantes, benefactores o talentos y las alianzas estratégicas con diferentes sectores.

No se trataba solo de burocracia, sino de la traducción de la misión del Instituto en acciones concretas, permitiendo que la transformación de los muchachos fuera sostenible y efectiva. Un proceso en el cual el padre nos involucraba a todos, nos escuchaba y nos hablaba de tú a tú, dándonos responsabilidades más allá de los cargos específicos y permitiéndonos comprender que como empleados, funcionarios o profesionales nuestro deber fundamental era desafiarnos a nosotros mismos, arriesgar y participar de la vida completa del programa. Por ese sendero esperaba que pasáramos de la pura ejecución de un trabajo, a ejercer una o múltiples acciones con verdadera pasión, compromiso sin límites, auténtica misión de servicio y amor

incondicional. Todo aquello mientras laborábamos, en nuestra vida personal, familiar y cuando como ciudadanos caminábamos las calles, sin ya ser indiferentes.

Igual que a los muchachos, el padre nos puso un «sello» a los empleados todos, el que después de una década aun nos identifica como «bosconianos», sin importar los caminos que cada uno haya seguido, ya que el Programa Bosconia-La Florida y la vida junto a ese maestro de maestros llamado Javier De Nicoló, transformó nuestras existencias para siempre y nos unió a su gran comunidad. De ahí que era tan feliz durante las fiestas comunitarias y la celebración de su cumpleaños porque sentía que, en torno a él, sin distingo alguno nos reuníamos como una gran familia.

Padre querido y muy extrañado, a través de esta maravillosa obra literaria, que he tenido el honor de editar acompañada de su presencia espiritual, le hacemos un homenaje póstumo a usted, a Dorita y a todos los que han partido. Honramos, después de diez años su obra pedagógica y de amor, a todos los que fuimos tocados por su propósito de vida, a quienes recogieron su bandera para continuar con el legado, pero ante todo a cada uno de sus amados hijos: frutos directos de su existencia.

Lenny Z. Pito Bonilla

Psicóloga y exfuncionaria

LA PROMESA QUE SIGUE VIVA

Honrar el legado del padre Javier De Nicoló El peso de una herencia viva

«Los verdaderos maestros no mueren. Se multiplican»

Hay momentos en la vida en los que uno siente que la historia pesa y se posa sobre los hombros con toda su fuerza. Cuando asumí la dirección del Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud, sentí exactamente eso: no solo la responsabilidad de liderar una institución con décadas de trabajo y aprendizajes, sino el compromiso profundo de honrar el legado de un hombre que transformó para siempre, la manera en que esta ciudad entiende la redención y la esperanza. El padre Javier De Nicoló no creó simplemente un programa social, sino que sembró una verdadera filosofía de amor y una forma diferente de mirar la vida, que se niega a abandonar a cualquier niño, niña o joven, sin importar cuán hondo haya caído.

Mi trayectoria profesional ha estado marcada por el trabajo en políticas públicas poblacionales, la construcción de metodologías con enfoque diferencial y el trabajo social en los territorios, siempre de cara a la gente. He dedicado años a promover la participación, fortalecer organizaciones sociales y trabajar en cultura ciudadana. Sin embargo, nada me preparó del todo para la dimensión humana que implica dirigir el IDIPRON, porque aquí no hablamos de cifras, metas administrativas o informes. Aquí hablamos de vidas, de miles de vidas que cada día llegan buscando aquello que la sociedad les ha negado: una oportunidad real.

Vengo de Quibdó, del barrio La Yesquita, donde el tambor y, el clarinete, conversan con el río y la memoria camina descalza por las calles. Llegué a Bogotá con la maleta cargada de sueños y la certeza de que el estudio sería mi mejor refugio. No sabía entonces que esta ciudad fría y vertiginosa terminaría reclamándome como uno de los suyos y que el camino me llevaría,

décadas después, a sentarme en la silla del Instituto que más vidas ha transformado en la capital del país. Cuando eso sucede, uno no puede evitar sentir que algo más grande que uno mismo lo ha puesto donde está.

Los pilares que no se negocian

El IDIPRON tiene una misión clara: formar ciudadanos creativos e innovadores con oportunidades, a partir de un modelo pedagógico sustentado en los tres principios que el padre De Nicoló dejó como herencia viva: Afecto, alegría y libertad. Ellos no son conceptos decorativos para un documento institucional, en cambio sí, el corazón de todo lo que hacemos. Son la promesa que renovamos cada mañana, cada vez que un joven cruza nuestras puertas, cargando un mundo de heridas y encuentra en lugar de rechazo, un abrazo.

Un niño que ha vivido en la calle no necesita compasión vacía, sino afecto genuino, aquel que no pregunta qué hiciste, ni de dónde vienes, ya que simplemente dice: aquí hay un lugar para ti. Un joven que solo ha conocido el dolor, no necesita más castigos disfrazados de disciplina: requiere alegría, como la posibilidad de reírse, jugar y descubrir que la vida también puede ser liviana. Un adolescente que ha estado controlado por las circunstancias toda su vida, no necesita más órdenes: requiere la libertad de descubrir quién puede llegar a ser.

A diez años de la partida física del padre Javier, comprendemos con más claridad que nunca por qué esos tres pilares son indestructibles. Han resistido décadas, cambios de administración, presiones presupuestales y la evolución de problemáticas sociales cada vez más complejas. Siguen en pie porque no son una política, son una convicción y las convicciones verdaderas no se derrumban.

Las mismas heridas, una ciudad más compleja

Las dinámicas de la calle no han cambiado tanto desde los tiempos del padre De Nicoló, aunque hoy son más complejas. La desintegración familiar sigue siendo una de las heridas más profundas. El consumo de sustancias, la ausencia de vínculos afectivos, la influencia de pares en contextos violentos, la falta de oportunidades educativas y laborales o las relaciones familiares con-

flictivas, con la violencia a su interior y la violencia de género, entre otras muchas más. Son las mismas heridas, pero en una ciudad más grande y exigente, con drogas más adictivas, tecnologías que pueden salvar o condenar y pandillas más organizadas que reclutan a adolescentes para conflictos que no les pertenecen.

Trabajamos con niños, niñas, adolescentes y jóvenes entre los seis y los veintiocho años de edad, que se encuentran en situación de habitabilidad en calle o en riesgo de estarlo, en contextos de vulneración o fragilidad social, en conflicto con la ley o son víctimas de explotación sexual comercial. Cuando leo estas categorías, —necesario para organizar nuestra labor— siempre recuerdo que detrás de cada una hay un rostro, un nombre y una historia. Están, por ejemplo, Carlos Andrés, luchando cada día contra la adicción. Camila, aprendiendo que su identidad merece respeto. Diego, transformando la violencia en disciplina y técnica. Liliana, regresando al Instituto que la salvó, pero ahora como profesional... Y así, uno a uno, miles de nombres con identidad propia.

La mendicidad infantil es una realidad que me duele profundamente. Ver a niños y niñas acompañando a sus familias en las calles, normalizando una vida llena de riesgos, es una de las fallas más graves de nuestra sociedad. Desde el Instituto trabajamos con estas familias, hacemos prevención en los territorios y cuando hay apertura, integramos a los niños a nuestro modelo pedagógico. Aun así, sé que nunca será suficiente mientras exista un solo niño pidiendo limosna, cuando debería estar aprendiendo, jugando y creciendo.

Nuevas rutas, la misma brújula

Para responder a estas realidades sin perder la esencia, hemos construido seis rutas de servicio y doce Unidades de Protección Integral que funcionan en modalidad de internado, externado y enfoque lúdico-recreativo. Contamos con un equipo humano interdisciplinario que identifica riesgos y atiende necesidades de forma permanente. Sin embargo, más allá de las estructuras, lo verdaderamente esencial es que cada profesional, educador, cocinera y celador lleva consigo la convicción de estar participando en algo sagrado: el rescate de vidas que muchos ya habían dado por perdidas.

Nuestro Modelo Pedagógico Institucional ha evolucionado con el tiempo, porque la realidad social cambia y nosotros debemos cambiar con ella, sin

perder la esencia. Está compuesto por ocho componentes transversales de derecho: Educación, oportunidades, inserción social, espiritualidad, salud, acompañamiento sociolegal, apoyo psicosocial, deporte, arte y cultura. Estos componentes se articulan de acuerdo con las necesidades específicas de cada niño, niña, adolescente o joven, identificadas desde el primer momento de su ingreso. Esa es otra lección viva del padre De Nicoló: no hay dos historias iguales y no se puede tratar a todos de la misma manera, cuando cada uno carga un universo distinto de heridas, sueños y capacidades.

Entre las apuestas estratégicas que hemos impulsado, «Caminando Relatar» es quizás la más emblemática: una estrategia territorial para rescatar a adolescentes y jóvenes de las pandillas, antes de que la violencia los defina para siempre. Muchos de ellos viven rodeados de tensión permanente, expuestos a grupos delincuenciales que los reclutan y los usan en conflictos que no son suyos. Nuestra meta es vincularlos a la oferta institucional y brindarles oportunidades reales que les permitan construir proyectos de vida dentro de la legalidad. Queremos que sean protagonistas de una Bogotá más segura, no víctimas de su violencia.

También hemos implementado el «Servicio de Atención Nocturna», que amplía la cobertura y garantiza una respuesta digna e integral para jóvenes en situación de habitabilidad en calle, durante los horarios más críticos. La estrategia de «Territorio Prevención», lleva la oferta del Instituto directamente a los barrios, donde los jóvenes están, antes de que el riesgo los alcance. Y a través de la georreferenciación de situaciones de «Explotación Sexual Comercial de Niños, Niñas y Adolescentes» (ESCNA), hemos ganado una herramienta de precisión para identificar, analizar y atender oportunamente cada vulneración de derechos.

Lo que las cifras no pueden decir, pero sí confirman

Sé que no debemos reducir nuestra labor a números. Cada vez que alguien me pide un informe, recuerdo que detrás de cada estadística, hay un ser humano al que le devolvimos la posibilidad de soñar. Sin embargo, también sé que los números, bien leídos, son testimonio de compromiso y de escala.

Bajo esta administración, el IDIPRON ha brindado atención integral a más de dieciocho mil jóvenes, fortaleciendo sus procesos de inclusión social, formación y construcción de proyectos de vida. Hemos suscrito convenios

estratégicos con TransMilenio S.A., la Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos (UAESP), y con las Secretarías Distritales de Cultura, Movilidad y Planeación, abriendo las puertas del primer empleo a jóvenes que antes solo conocían la calle. Fueron reconocidas por el Congreso de la República y el Ministerio de Salud, las acciones desarrolladas en favor de la población más vulnerable de la ciudad. Y en materia de ejecución presupuestal, se ubicó entre las entidades distritales con mayor desempeño —puesto 19 de 42—, porque cada peso transforma una vida, sin perderse en la burocracia.

Sin embargo, si hay un número que me conmueve por encima de todos, es ciento cincuenta. En el año 2025, fue el número de jóvenes que se graduaron como bachilleres. Durante años caminaron las calles con el corazón cargado de tristeza y frustración, viendo a otros jóvenes —tan parecidos a ellos— rumbo al colegio. Enfrentaron el hambre que duele, el frío que cala los huesos, el rechazo social, el desarraigo del hogar y la sombra de un futuro que parecía negárseles, pero sus historias cambiaron. El Instituto les abrió las puertas cuando más lo necesitaban, les devolvió la esperanza y les recordó que sí había un camino distinto. Ese año, revestidos de dignidad, esfuerzo y elegancia, recibieron su diploma en una ceremonia que no solo celebró un título, sino la victoria de la resiliencia y la realización de sueños que se negaron a morir.

Hay otro hecho que permanecerá en la memoria del Instituto: tres mil armas cortopunzantes, entregadas de manera voluntaria por jóvenes en proceso de transformación, en un acto simbólico en la Plaza de Bolívar. No fue una requisita, ni una imposición, sino una decisión libre, tomada por quienes eligieron, a pesar de todo, otro camino. Aquel día entendí, más que nunca, que el afecto transforma lo que la coerción nunca podrá.

Mis prioridades: Lo que sana y lo que abre caminos

Mis prioridades son claras: La salud mental, porque las heridas invisibles son las más profundas. La educación de calidad, porque es el camino más sólido hacia la movilidad social y la dignidad. El arte y la cultura, porque sanan de maneras que ninguna otra herramienta logra y el Conservatorio Javier de Nicoló lo demuestra, cada vez que lleva música al corazón de la ciudad. Y el deporte, porque enseña disciplina, trabajo en equipo y superación, como quedó demostrado en las Olimpiadas IDIPRON 2025, cuando trescientos

cincuenta y cuatro jóvenes compitieron y compartieron y, setenta de ellos volvieron a casa llenos de orgullo, con una medalla colgada al cuello.

También quiero subrayar la importancia de la participación de los propios jóvenes, en la construcción de sus proyectos de vida. El autogobierno —la posibilidad de que sean ellos mismos quienes toman decisiones sobre su proceso—, es una apuesta pedagógica que honra directamente el principio de libertad que el padre De Nicoló nos dejó. No se trata de administrar a los jóvenes, sino de empoderarlos.

El legado como promesa, no como monumento

Cada mañana me pregunto cuál será mi legado al frente de este Instituto y siempre llego a la misma respuesta: El IDIPRON del futuro debe ser audaz, amoroso, persistente, incluyente y esperanzador. Me he comprometido a: Fortalecer su infraestructura social, innovar el modelo pedagógico incorporando tecnología sin sacrificar el calor humano, ampliar convenios que generen oportunidades reales de empleo y emprendimiento y certificar formalmente sus talleres, ya que nuestros jóvenes merecen que el mundo reconozca lo que aprendieron aquí.

El mundo ha cambiado. Bogotá es más compleja. Las drogas son más fuertes. Las pandillas están mejor organizadas. La tecnología es ambivalente porque puede conectar o condenar. Sin embargo, en medio de todo eso, hay algo que no cambia: siguen existiendo niños y jóvenes que necesitan que alguien crea en ellos, les diga que no están perdidos y les abra una puerta, igual que en los tiempos del padre. Mientras eso sea así, el Instituto seguirá aquí, con las puertas abiertas, los talleres encendidos, las aulas llenas de esperanza y los educadores manteniendo viva la llama, que el padre Javier prendió hace más de cincuenta años. Este libro es testimonio de lo que hemos sido y promesa de lo que seguiremos siendo, porque su legado no está hecho de edificios, ni de placas conmemorativas, sino de vidas transformadas.

Soy economista de profesión y servidor público por convicción. Llegué desde el Quibdó con los sueños intactos y aprendí, con el tiempo, que servir es la forma más alta de pertenecer. Asumo este rol cada día no como una carga, sino con el privilegio de continuar la obra esencial de salvar vidas, una a una, con afecto, alegría y libertad. Mi tocayo, el padre Javier De Nicoló, sigue vivo en cada niño que cruza nuestras puertas, educador que extiende su

mano, joven que recibe su diploma y arma entregada voluntariamente. Son el legado, la promesa y el futuro nuestros.

Javier Palacios Torres

Director del IDIPRON · Bogotá, 2026

EPÍLOGO

La Segunda Oportunidad

No sé en qué punto exacto comenzaste a leer este libro, ni cuál de todas estas historias tocó más profundo tu corazón. Lo que sí sé, con certeza, es que, si llegaste hasta aquí, algo de todo esto ya vive en ti.

A lo largo de estas páginas desfilan muchos nombres, muchas voces y muchas existencias marcadas por un mismo encuentro transformador: el de alguien que decidió detenerse y eligió ver cuando era más fácil mirar hacia otro lado.

Ese fue el padre Javier, no una figura lejana ni un personaje digno de admiración desde la distancia, sino un hombre que se paraba en la calle, escuchaba sin prisa y reconocía personas donde otros solo veían casos perdidos o problemas sin solución.

Él fue para miles de muchachos, el punto de quiebre entre continuar cayendo o comenzar a levantarse. Para otros miles más, la primera vez que alguien creyó en ellos sin esperar nada a cambio, sin condiciones o sin el peso de la compasión condescendiente. Simplemente creyó.

Hay gestos que no se devuelven, que no se pagan con palabras ni con éxito, uno de ellos es la segunda oportunidad. Ella significa que no se cancela a ninguna persona, ni se archiva como un capítulo cerrado de un libro, ya que ella se vive cada día o en cada decisión y acto de seguir adelante a pesar de todo.

Durante años, muchos de quienes pasaron por sus casas intentaron reconstruirse sin mirar hacia atrás, lo que es comprensible porque recordar duele y el pasado pesa como una mochila llena de piedras. La vida exige seguir, avanzar y no quedarse estancado en lo que fue.

Sin embargo, el tiempo tiene su propia lógica y enseña que nunca nos vamos del todo del lugar donde fuimos salvados. Esa experiencia se graba a fuego en el cuerpo, en la memoria o en la manera de mirar al otro cuando

está roto. Entonces tarde o temprano, aunque nadie la formule en voz alta, se vuelve una pregunta incómoda: ¿Qué hiciste con la vida que te devolvieron?

No es una pregunta para responder con discursos y nunca lo fue, ya que el padre Javier no formó héroes ni santos, sino personas capaces de recordar. No es tampoco nostalgia melancólica, en cambio sí, responsabilidad viva, pulsante y que exige respuesta.

Responsabilidad de no ser indiferente frente al dolor ajeno o de no cerrar el círculo solo para uno mismo, sabiendo que detrás siempre hay alguien más esperando una mano extendida, porque está cayendo por el abismo y necesita ver que es posible levantarse.

Claro que no todos estamos equipados para ayudar de la misma manera o podemos hacer grandes gestos o no encontramos el momento correcto, pero aquí es donde precisamente radica la verdad profunda y es que ayudar no siempre significa hacer cosas grandes. A veces es el simple hecho de escuchar, contar la propia historia, mostrar las propias cicatrices y demostrar que la supervivencia es posible. Y en ocasiones es tan sencillo como no apartar la mirada, cuando alguien que conocemos vuelve a caer.

El legado del padre Javier no respira en los edificios, ni en las siglas de las instituciones, ni en los reconocimientos públicos. Vive en las decisiones pequeñas, repetidas, casi silenciosas, de quienes un día recibieron una mano tendida y decidieron no olvidarlo jamás. Existe en las decisiones que tomamos cuando nadie ve y no hay aplauso ni recompensa.

Si este libro logra que una sola persona recuerde quién fue realmente, de dónde viene y por qué es vital tender la mano al caído, entonces su legado no muere. No porque el pasado vuelva a repetirse de la misma manera, sino porque el amor que lo originó sigue buscando caminos por donde filtrarse y fluir.

Tal vez al cerrar estas páginas aún no sepas qué hacer con todo esto y está bien. La respuesta no llega de golpe, ni viene en forma de iluminación repentina. Lo verdaderamente importante es no apagar esa inquietud que sientes, no confundirla con culpa paralizante y no silenciarla con excusas fáciles. Recuerda que esa inquietud es el inicio, no es culpa, es activación de la memoria y gratitud buscando una forma de existir.

El padre Javier creyó en miles y miles, cuando eran solo niños heridos, jóvenes perdidos en laberintos sin salida o vidas que el mundo ya había descartado. Hoy día, sin decirlo de manera explícita, vuelve a confiar y con la

misma actitud de siempre; no para exigir ni para juzgar, sino para esperar. Sí, para esperar que comprendamos que el legado no termina en un libro, ni se agota en estas páginas. El legado empieza y continua cada vez que alguien decide no olvidar y ahora de manera inevitable, esa decisión también está en tus manos.

Semillas que Florecen

Cuando se entierra una semilla, desaparece de la vista, queda sepultada bajo la tierra, en el silencio y la oscuridad más absolutos, sin que nadie pueda atestiguar lo que ocurre en las profundidades. Durante un tiempo aparenta que nada sucede, que todo permanece inerte, pero allá bajo el peso del suelo, algo fundamental comienza a transformarse.

Así mismo fue el trabajo del padre Javier: Sembraba donde otros preferían no mirar y donde la sociedad había decidido que no había futuro. Sembraba en vidas exhaustas, cuerpos heridos, existencias que el mundo había descartado como basura. Sembraba sin garantías y sin la certeza de que sus esfuerzos generarían resultados visibles. Sembraba simplemente porque era lo correcto.

No todas las semillas que plantó brotaron rápidamente, algunas esperaron años para salir a la luz. Otras parecieron perdidas para siempre, absorbidas por la tierra sin dejar rastro. Hubo quienes crecieron torcidas, deformadas por el peso de sus historias. Decenas tuvieron que resistir sequías emocionales, caídas brutales o retrocesos que parecían irreversibles. Sin embargo y a pesar de todos los obstáculos, miles florecieron y se convirtieron en flores hermosas que el mundo finalmente pudo ver.

Este libro es el testimonio viviente de todas aquellas maravillosas semillas. poderosas historias de vida que comenzaron siendo apenas una posibilidad remota, un «qué pasaría si alguien creyera en mí». Relatos de personas que recibieron amoroso cuidado, en el momento exacto, cuando más lo necesitaban, aunque parecía demasiado tarde y todo en contra, indicaba que la salvación era imposible.

Nada de esto ocurrió por magia ni por accidente, se dio porque una persona decidió creer en otras, cuando ellas mismas habían dejado de creer. Sucedió porque alguien se quedó, se mantuvo firme y no huyó ante la dificultad. Fue porque ese hombre eligió amar, incluso en aquellos períodos

oscuros donde no había resultados visibles y el esfuerzo parecía evaporarse sin retorno.

Aquí y ahora, quien ha llegado hasta esta página, forma parte del sagrado terreno del legado. Algunos fueron semillas, existencias rotas esperando una oportunidad. Otros fueron las manos que cuidaron, regaron y se mantuvieron alertas. Sin embargo, la mayoría fueron ambas cosas: ¡Semillas que aprendieron a sembrar! Entonces la verdad sencilla pero revolucionaria que sostiene todo el legado del padre Javier reside aquí: Las semillas que florecen también aprenden a sembrar.

Su medida, por lo tanto, no se limita a lo que él personalmente hizo en vida. Se mide en lo que continúa sucediendo gracias a él, en cada gesto que sus hijos espirituales repiten o cada vida que decide no cerrarse sobre sí misma, para elegir abrirse al mundo y al prójimo. En cada persona que alguna vez fue tocada por su amor incondicional y decidió no dejar que ese amor muriera con él.

Tal vez nunca sabrás hasta dónde llegará lo que hoy hagas. Quizá no vivirás lo suficiente, para ver el fruto de tu siembra. Incluso es probable que otros recogerán la cosecha que plantaste y ni siquiera sabrán tu nombre. Sin embargo, ten presente que eso no lo vuelve inútil, al contrario, lo vuelve verdadero y un valioso acto de fe pura.

Sembrar siempre ha sido un acto de fe: creer en algo que no puedes ver, confiar en procesos que escapan a tu control o renunciar al consuelo de la recompensa inmediata, para servir a algo mayor que tú mismo.

Si algo de este libro quedó grabado en ti, cuídalo como se cuida una semilla frágil. No lo apresures buscando resultados inmediatos, ni lo conviertas en una obligación que pesa. Déjalo germinar en tu propio tiempo y crecer en silencio.

Tengamos la certeza que una vida tocada una sola vez con amor genuino, nunca vuelve a ser tierra estéril, en la medida en que una semilla sembrada en el momento correcto, tiene el poder de transformar un bosque entero. Y todo por la sencilla razón que el padre Javier sigue vivo, actuando y transformando el mundo en cada semilla que alguien se atreve a plantar, aun sin saber si la verá florecer, pero confiando profundamente en que, algún día, alguien más lo hará.



Padre Javier
De Nicoló Lattanzi

AGRADECIMIENTOS FINALES

Quiénes hicieron posible este legado

Este libro no existe por la decisión o el esfuerzo de una sola persona, sino porque muchas personas, en distintos momentos y lugares, eligieron mirar hacia atrás, recordar y contar con una nueva narrativa lo que alguna vez vivieron. Eligieron transformar el dolor del pasado, en poderosa palabra que perduran en el futuro. Y eso requiere un tipo de coraje que no todo el mundo reúne.

A los exalumnos, niños y jóvenes en las casas del padre Javier, les debo todo. Ustedes abrieron sus mentes, cicatrices y triunfos. Escribieron y compartieron sus historias de vida sin protección, mostrando cómo era vivir en la calle y cómo era el momento exacto en que alguien creyó en ustedes, cuando ustedes mismos habían dejado de hacerlo. Sus testimonios no son decoración de estas páginas, sino el corazón mismo de esta obra literaria, la mayor prueba de que la obra del padre Javier funcionó y cada uno de ustedes es auténtica prueba viviente.

A los educadores, a quienes estuvieron día tras día con estos y miles de jóvenes más, escuchando, acompañando y estableciendo límites que parecían imposibles de sostener, todo porque ustedes saben algo que el mundo olvida: que la educación no es transmisión de datos es, ante todo, presencia, acompañamiento y decisión diaria de creer en alguien, aunque todos los datos digan que no vale la pena. Ustedes fueron los puentes entre la calle y la esperanza y los primeros que dijeron «tú vales», cuando los jóvenes solo escuchaban «tú no sirves».

A todos los trabajadores, profesionales y colaboradores quienes trabajaron en la sombra, organizando, gestionando, resolviendo los problemas cotidianos que nadie ve. El trabajo bonito solo existe, en la medida en que existe el trabajo invisible. Las historias de redención solo suceden porque alguien compró la comida, reparó el techo que filtraba, procesó los docu-

mentos o respondió los teléfonos, unas entre cientos de acciones cotidianas a nivel operativo, administrativo, ejecutivo y directivo. Ustedes hicieron que la visión del padre Javier no se quedara en palabras, sino que se convirtiera en reales casas, comidas y oportunidades.

A los núcleos familiares que regresaron, que aprendieron a sanar las fracturas más profundas, que descubrieron que el amor es más fuerte que el abandono y que eligieron enseñarle al mundo que la familia rota puede recomponerse. Ustedes también son testimonio de lo que significa esperar, tolerar los silencios y no cerrar definitivamente las puertas, demostrando así que el trabajo del padre Javier no terminaba en los jóvenes, sino que se extendía a hogares donde la esperanza parecía imposible.

A donantes, benefactores, voluntarios y amigos todos del programa como los llamaba el padre, en Colombia y el mundo, quienes apoyaron la obra de manera silenciosa, con una palabra oportuna en el momento exacto, acompañamiento, un donativo que nunca fue publicitado, una presencia discreta pero inquebrantable, porque ustedes bien saben que el verdadero servicio no busca aplausos, sino que es aquel pilar firme que sostiene. Ustedes sostuvieron esta obra, tanto en sus épocas de gloria como cuando parecía que se derrumbaba, por eso son también parte de su éxito como la razón por la que en tiempos de oscuridad no se apagó la luz.

A las instituciones, las organizaciones, las comunidades y, las casas que hoy mantienen vivo el espíritu del padre Javier, que continúan el trabajo en las calles y siguen creyendo en jóvenes como nadie más cree. Ustedes demuestran que la obra no muere con una persona, sino que se renueva, adapta y continúa. Contundente prueba de que el legado de Javier De Nicoló, a diez años de su partida está más vivo que nunca.

A nuestros queridos lectores, por abrirse a estas historias, incluyendo la vida y obra del padre, por leer con humanidad, sin juicio y permitiendo que la existencia de otro toque la suya. Un libro biográfico y testimonial como este no se completa cuando se termina de escribir, sino cuando alguien lo lee y decide que su vida también puede significar algo. Cuando al finalizar su lectura cierra estas páginas y se pregunta: ¿Qué estoy haciendo con mi existencia? ¿A quién puedo tenderle la mano? Así es como ustedes, al leer, dan completo sentido a estas letras.

Al padre Javier que, aunque ya no se encuentra físicamente entre nosotros, sigue acompañándonos a nivel espiritual, sin apartar su mirada de nues-

tros rostros y su mano de nuestros hombros. Por creer cuando nadie más lo hacía, sembrar en tierra que parecía estéril confiando en que algún día, de todas formas, florecería y demostrar que una vida entregada al otro no se pierde, en cambio se multiplica con el propósito de convertirse en legado.

Esta obra escrita a varias manos, no pretende contar historias completas, sino honrarlas, recorriendo un sendero por el cual quienes las vivieron, reconozcan con orgullo y felicidad su propio dolor transformado en palabra, ya que sabemos que la palabra es poder. Pretende también que quienes las lean, comprendan que todo cambio social comienza cuando una persona decide creer en otra. Y finalmente, que ustedes, lectores, se atrevan a preguntarse si hay alguien en su círculo o ahí en la esquina, que necesita ser escuchado o que alguien le dé un poco de atención y una gota de amor.

Si algo permanece después de la última página de este libro, que sea esto: la certeza de que ustedes, cada uno de ustedes, hicieron posible que la obra del padre Javier no muriera. La certeza de que su participación, sacrificio y amor, continúan dando fruto. La certeza de que mientras alguien lea estas páginas con el corazón abierto, el legado seguirá vivo.

A todos ustedes, sin importar donde estén, pero unidos por una misión de servicio común, desde el pasado y hacia el presente, desde las calles de Bogotá o desde lejos, gracias. El trabajo continúa, porque ya tenemos más que claro y somos muy conscientes, mientras haya un joven esperando que alguien crea en él, la obra del padre Javier seguirá siendo necesaria. Y ustedes, de distintas maneras, continuarán siendo parte de ella.

Gracias por haber hecho posible que este legado tenga voz.

Gracias por haber demostrado que la redención es posible.

Gracias por haber creído, como el padre Javier creyó.

JERGA DE LOS GAMINES Y PANDILLEROS

Término	Significado	Contexto
Abataneo / Bataneo	Robo que se realiza arrebatando bruscamente un objeto o comida.	Estrategia de supervivencia y hurto rápido en la vía pública.
Amistad / Ñero / Parce	Amigo o compañero de absoluta confianza.	Vínculo social y lealtad fundamental para la supervivencia en grupo.
Basuco	Droga altamente adictiva, fabricada con residuos de cocaína.	Sustancia que fragmentó la colectividad de las galladas en los años 80s.
Bicha	Papeleta de basuco.	Unidad de medida en el tráfico y consumo de estupefacientes.
Bobo	Reloj de pulso.	Objeto de valor codiciado en los hurtos callejeros.
Cacho / Bareto	Cigarrillo de marihuana listo para ser fumado.	Consumo de sustancias psicoactivas, como rito de grupo.
Camada	Sitio en la calle donde duermen grupos de muchachos, generalmente cubiertos con cartones.	Organización social nocturna y refugio ante la intemperie.
Cambuche / Parche	Lugar improvisado de reunión o donde pernoctan los jóvenes.	Identidad grupal y delimitación de territorio en los barrios.
Camellar	Trabajar o en el contexto de calle, salir a realizar hurtos.	Actividad diaria para conseguir sustento o dinero para el vicio.
Cana / Pote / Talego	La cárcel o centro de reclusión.	Relación de hostilidad con el sistema judicial y pérdida de la libertad.
Carramaniado / Carramán	Persona drogada o deteriorada físicamente por el consumo de basuco.	Término despectivo usado por los trapevistas, para marcar distancia con el habitante de calle.

Término	Significado	Contexto
Chinche / Chichigua	Muchacho de la calle muy pequeño o el miembro más joven del grupo.	Roles jerárquicos; usados para pedir limosna o realizar hurtos sin ser notados.
Cirilo / Gilipo	Individuo tonto o que se deja humillar y mandar de cualquiera.	Clasificación social interna dentro de las jerarquías de la gallada.
Fierro / Manca	Arma cortopunzante o cuchillo.	Herramienta de defensa personal y resolución de conflictos violentos.
Gallada	Grupo de muchachos que se organiza de día para «trabajar» y defenderse.	Estructura social básica de protección y delincuencia menor.
Jíbaro	Vendedor de sustancias psicoactivas (marihuana, basuco).	Figura de autoridad y control dentro de las zonas de tolerancia u «ollas».
Largo / Perro	Líder de la gallada, generalmente el de mayor edad o experiencia.	Autoridad interna que impone reglas, reparte el botín y a veces explota a los menores.
Olla	Sector sórdido donde confluyen la droga, el hampa y la prostitución.	Entorno geográfico de alto riesgo y expendio de SPA como el Cartucho o el Bronx.
Paila / Quedar paila	Estar en una situación crítica, sin dinero o ante el fracaso de una acción.	Expresión de precariedad absoluta o imposibilidad de actuar.
Pipo	Mezcla de alcohol con gaseosa, gasolina u otros ingredientes de alta toxicidad.	Consumo de sustancias extremas, para mitigar el hambre y el frío.
Pormis	Ley de repartición equitativa («por mitades») del botín conseguido.	Ética colectiva estricta que garantizaba la cohesión y justicia del grupo.
Repele	Sobras de comida que se consiguen o regalan en los restaurantes.	Estrategia de alimentación básica y subsistencia diaria.
Sapo / Rana / Renato / Anfibio	Delator o persona que acusa a sus compañeros ante la autoridad.	Transgresión máxima de la «ley del silencio», castigada con violencia o expulsión.
Tombo / Castalia / Cerdo / Marranos	El agente de policía o autoridad externa.	Relación de conflicto permanente y desconfianza con las instituciones de control.

Término	Significado	Contexto
Trabado / Colino / Sollado	Estar bajo los efectos de sustancias psicoactivas.	Estado mental derivado del consumo de pegante, marihuana o gasolina.
Trapecistas	Jóvenes que oscilan entre el hogar y la calle, en riesgo de habitabilidad permanente.	Categoría poblacional atendida por el IDIPRON desde los años 90.

La jerga de los muchachos es como un mapa cifrado, por lo tanto, para el extraño, es una barrera que genera miedo o confusión, pero para el educador del programa, descifrarla fue la llave maestra que permitió abrir los corazones de quienes se sentían invisibles para el resto de la sociedad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Estas obras son el corazón del pensamiento pedagógico del Padre y recogen la evolución del Programa Bosconia-La Florida ya sea a través del IDIPRON o de la Fundación Servicio Juvenil desde sus inicios.

De Nicolás, J., Ardila, I., Castrellón, C., y Mariño, G. (1981). Musarañas: Programa de intervención con niños de la calle. Bogotá: Fundación Servicio Juvenil e Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud.

De Nicolás, J. (2000). El niño de la calle, ¿qué hacer? Musarañas II. Bogotá: UNICEF – Fundación Servicio Juvenil – IDIPRON.

IDIPRON (2011). Pedagogía de la calle: actualización del modelo pedagógico del Instituto. Editado por: Alirio Pesca Pita y Erwin Fabian García.

IDIPRON (2019). Del gaminismo al habitante de calle: Musarañas III. Bogotá: Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud. Esta obra compila la historia institucional hasta la salida del Padre Javier de Nicolás.

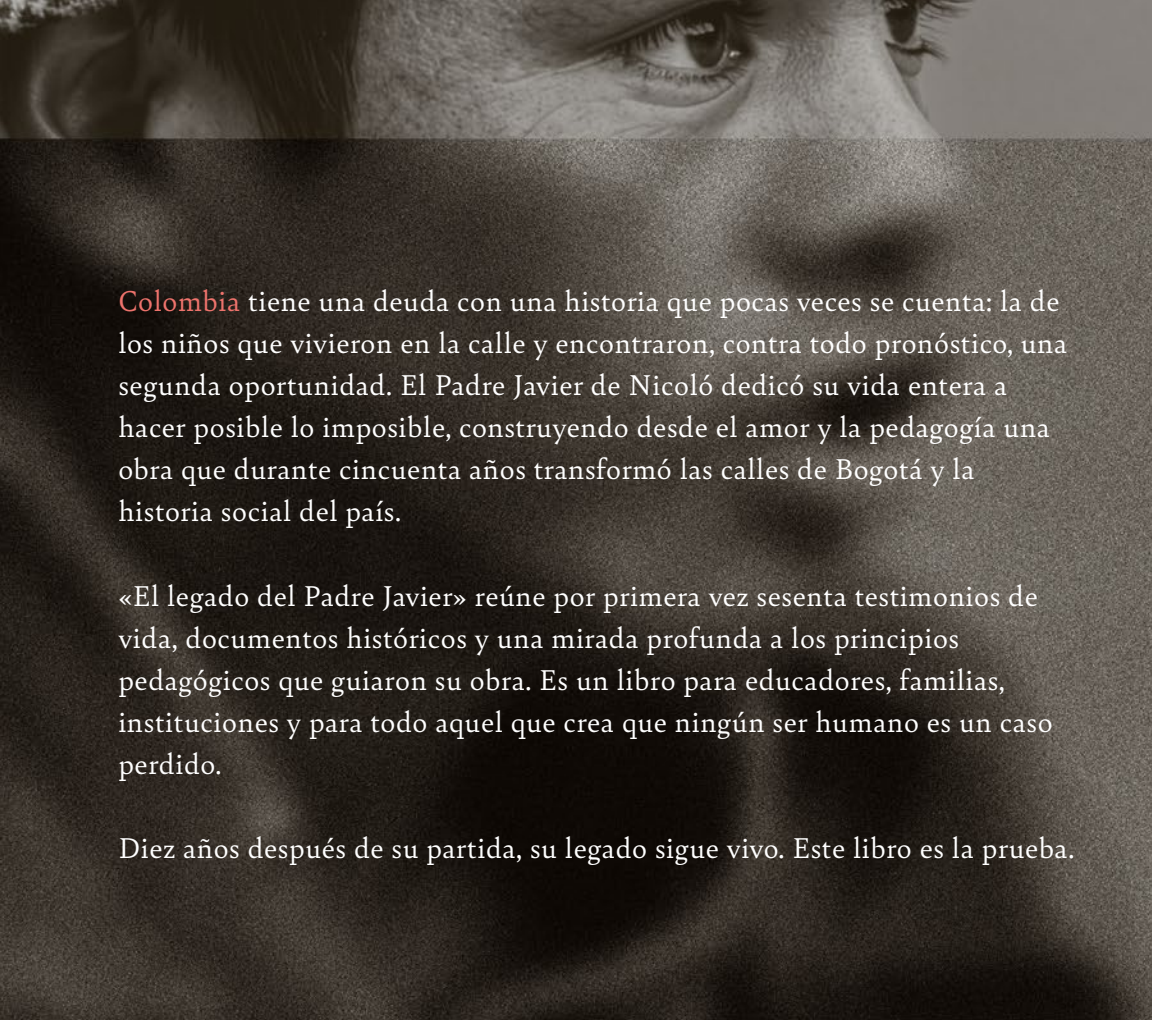
Textos de base pedagógica y metodológica referencias esenciales, para explicar el modelo de intervención:

De Nicolás, J. El gaminismo en Colombia. Publicación que detalla la etio-logía y el contexto social del fenómeno callejero.

De Nicolás, J. El programa Bosconia-La Florida. Texto que describe la estructura escalonada y la «República de los Muchachos».

IDIPRON (2022). Actualización del Modelo Pedagógico del IDIPRON para el Siglo XXI. Documento técnico institucional, que adapta la mística del padre Javier De Nicoló a los nuevos retos sociales.

Testimonios de vida ofrecidos por los egresados que, con profundo impacto humano y espiritual, demuestran como el modelo de «segundas oportunidades» salvó miles de vidas.



Colombia tiene una deuda con una historia que pocas veces se cuenta: la de los niños que vivieron en la calle y encontraron, contra todo pronóstico, una segunda oportunidad. El Padre Javier de Nicoló dedicó su vida entera a hacer posible lo imposible, construyendo desde el amor y la pedagogía una obra que durante cincuenta años transformó las calles de Bogotá y la historia social del país.

«El legado del Padre Javier» reúne por primera vez sesenta testimonios de vida, documentos históricos y una mirada profunda a los principios pedagógicos que guiaron su obra. Es un libro para educadores, familias, instituciones y para todo aquel que crea que ningún ser humano es un caso perdido.

Diez años después de su partida, su legado sigue vivo. Este libro es la prueba.



Juan Manuel Caicedo Martínez acompañó durante más de 40 años desde adentro la obra del Padre Javier de Nicoló como educador y servidor público del IDIPRON, institución fundada por el sacerdote salesiano para proteger y transformar la vida de más de 100.000 niños y jóvenes en situación de calle en Colombia. Testigo directo de una pedagogía basada en el amor, la libertad y la alegría, recoge en "No éramos invisibles" los testimonios y reflexiones profundas de egresados, educadores y servidores, vivencias que marcaron su alma y que hoy entrega generosamente al mundo como un acto de memoria, gratitud y esperanza.